MANUEL C. LASSALETTA

# APORTACIONES AL ESTUDIO *del* LENGUAJE COLOQUIAL *GALDOSIANO*

(Premio Rivadeneyra de la Real Academia Española)

INSULA - MADRID, 1974

Este libro de Manuel Lassaletta, profesor de la Universidad de Virginia, es una importante aportación al estudio del lenguaje coloquial en Galdós, centrado principalmente en cuatro de sus grandes novelas: *Fortunata y Jacinta, Torquemada en la hoguera, Miau* y *Tristana.* El objetivo del autor es mostrar el medio de que se servía Galdós para devolver al lenguaje literario el aliento vital de la palabra hablada. Es sabido cómo el lenguaje galdosiano es el producto de una paciente y amorosa atención al habla espontánea del pueblo español. De aquí el rico tesoro de coloquialismos que hallamos en las novelas de don Benito y el tono directo, expresivo, plástico, coloreado y lleno de inmediatez que nos gana cuando las leemos.

En su detenido estudio examina el autor centenares de vocablos y locuciones coloquiales usados por Galdós en las citadas novelas, distribuyéndolos y organizándolos metódicamente de acuerdo a su función sintáctica y psicológica. Su conclusión es que una parte esencial del valor de la novela galdosiana se debe precisamente al arte con que supo Galdós llevar a ella el lenguaje coloquial de los españoles de su siglo, gracias al cual consigue una atmósfera de familiar intimidad que logra meter de lleno al lector en el ambiente de la ficción.

El examen del lenguaje coloquial que usa Galdós nos muestra, además, que la inmensa mayoría de sus expresiones gozan todavía de vigencia. «Galdós no sólo ha puesto en boca de sus personajes el lenguaje que realmente habrían usado de existir como personas de carne y hueso, sino que él mismo, al hablar como autor, usa una lengua de una riqueza extraordinaria en giros populares y expresiones coloquiales.»

Este libro fue galardonado con el Premio Rivadeneyra de la Real Academia Española.

# APORTACIONES AL ESTUDIO
## DEL
# LENGUAJE COLOQUIAL GALDOSIANO

MANUEL C. LASSALETTA

# APORTACIONES AL ESTUDIO del LENGUAJE COLOQUIAL GALDOSIANO

(Premio Rivadeneyra de la Real Academia Española)

INSULA - MADRID, 1974

PRINTED IN SPAIN

Depósito legal: M. 38.028.—1973 I. S. B. N.: 84-7185-113-X

ARTES GRÁFICAS BENZAL - Virtudes, 7 - MADRID-3

*A Toni*

## CONTENIDO


Introducción 11

I. Sustantivos y locuciones nominales 23

II. Adjetivos y locuciones adjetivales 63

III. Verbos y locuciones verbales 81

Conclusión 249

Bibliografía sumaria 253

Indice alfabético 257

Indice general 271

## RECONOCIMIENTO

*Deseo expresar mi gratitud a los que con su experiencia me han dado utilísimas orientaciones: los académicos don Rafael Lapesa y don Alonso Zamora, quienes en Madrid me aconsejaron para encauzar la forma inicial de este estudio; el catedrático don Manuel Muñoz Cortés, quien puso a mi disposición los servicios de la biblioteca de la Universidad de Murcia y, lo que es mucho más, su tiempo en innumerables consultas; mis colegas el profesor Luis López Molina, colaborador del Diccionario Histórico, y la doctora Charlotte Stern de Randolph-Macon Woman's College, y mi compañero en el Departamento de Español de la Universidad de Virginia, doctor Arnold A. del Greco.*

*También agradezco a la Universidad de Virginia la ayuda económica recibida del «University Committee on Summer Grants».*

# INTRODUCCION

Si el objeto del presente estudio debiera ser resumido en un breve enunciado, sería éste: mostrar el medio de que se sirvió Galdós para devolver al lenguaje literario el aliento vital de la palabra hablada. El novelista se dio cuenta claramente de que en su tiempo la admiración hacia la oratoria grandilocuente producía como consecuencia un sentimiento de menosprecio hacia el estilo espontáneo, creando así un obstáculo para la lengua literaria, particularmente en el campo novelístico. En el prólogo que escribió a la novela de Pereda *El sabor de la tierruca,* precisa los resultados y el origen de la actitud al uso: «Una de las mayores dificultades con que tropieza la novela en España consiste en lo poco hecho y trabajado que está el lenguaje literario para producir los matices de la conversación corriente. Oradores y poetas lo sostienen en sus antiguos moldes académicos, defendiéndolo de los esfuerzos que hace la conversación para apoderarse de él; el terco régimen aduanero de los cultos le priva de flexibilidad.»

Galdós se convierte en su tiempo en el paladín de la postura que defiende la naturalidad del lenguaje literario. Llevó a cabo eficazmente la consigna que Ricardo Palma le había sugerido: «Es usted el llamado a enarbolar en la Academia el pabellón liberalísimo de amplitud en el léxico, a fin de que el castellano alcance a enriquecerse en armonía con el espíritu de la época.» [1] Efectivamente, el lenguaje galdosiano es el producto de una paciente y amorosa atención al habla espontánea del pueblo español. Cuando en su discurso de entrada a la Academia enumera los elementos que hacen de la novela una

---

[1] Carta fechada en Lima el 23 de noviembre de 1891 y conservada en la Casa-Museo Pérez Galdós, Las Palmas, Gran Canaria. Citada por Andrade Alfieri en «El lenguaje familiar de Galdós y de sus contemporáneos», *Hispanófila,* 28 (septiembre 1966), p. 19.

«imagen de la vida», menciona el lenguaje como uno de los más significativos, y lo llama «la marca de la raza». ¿Dejaría de sentir este apasionado lector de la literatura el que la moda de sus días estuviera en contradicción con una de las características más arraigadas de las letras patrias? Conocidas sus aficiones personales, nos es fácil imaginar el cariño y la delectación con que trasladaba a las páginas de su obra el lenguaje coloquial que otros se encargaban de combatir.

El placer que el novelista experimentaba en escuchar a la gente y mezclarse en sus conversaciones aparece comentado en carta dirigida a un amigo y citada por Leopoldo Alas: «Más que toda lectura me gusta acercarme a un grupo de amigos, oír lo que dicen o hablar con una mujer o presenciar una disputa o meterme en una casa de vecindad entre el pueblo o ver errar un caballo, oír los pregones de las calles o un discurso del diputado R. S. P. o de X., el yerno de Z.» [2] Compenetrarse con la vida de los humanos era un manantial de goces nostálgicamente evocado por él mismo en el curso de una conferencia en la que, ya anciano, recordaba sus años estudiantiles y cómo, en lugar de asistir a las clases de la Facultad de Derecho, se dedicaba a ganar su «ciencia de Madrid», y para ello, nos dice: «No podía resistir la tentación de lanzarme a las calles en busca de una cátedra y enseñanza más amplia que las universitarias; las aulas de la vida humana, el estudio y reconocimiento visual de las calles, callejuelas, angosturas, costanillas, plazuelas y rincones de esta urbe madrileña que a mi parecer contenía copiosa materia filosófica, jurídica, canónica, económico-política y, sobre todo, literaria.» [3]

De sobra conocidos son otros testimonios de la afición de don Benito a observar al pueblo español y a prestar atentísimo oído a sus medios de expresión. Supo comprender y explotar como nadie en su tiempo —y quizá como nadie en todos los tiempos con la excepción de Cervantes— la mina que el habla coloquial ha sido en España para la lengua literaria [4].

---

[2] Leopoldo Alas (Clarín), *Galdós, Obras completas* (Madrid, 1912), I, p. 168.

[3] Conferencia citada por Carlos Clavería en «Sobre la veta fantástica en la obra de Galdós», *Atlante*, 1 (1953), pp. 80-81.

[4] Afirma Samuel Gili Gaya en su reseña sobre la *Gramática española* de Salvador Fernández: «Es bien sabido que el español no separa de un modo tajante la lengua literaria del habla usual, y que en nuestros autores de todas las épocas hay siempre una proporción elevada de habla corriente, popular y aun vulgar, que funde los planos sociales idiomáticos y permite al filólogo aprovechar la literatura como documento del habla efectiva, sin el riesgo que correría en otros países; por ejemplo, en Francia» [*Revista de Filología Española*, 35 (1951), p. 353]. Dice Karl Vossler: «Toda la estructura idiomática y literaria de España en su siglo de oro se diferencia y descuella sobre la de Italia, Francia y Alemania por la solidez de sus fundamentos populares, cuyos cimientos se van alzando y elevando como unos pilares y sustentan el artificioso ornamento del tejado» («El idioma y los es-

El ambiente conversacional que impregna la obra galdosiana viene dado por esa abundancia de palabras y expresiones, tomadas de la lengua familiar, que forman el cuerpo del presente estudio. La riqueza idiomática de Galdós es casi inverosímil y, según uno de sus críticos, llega a superar la del mismo Lope [5]. Su lenguaje nos parece el normal, corriente y sencillo. El lector recibe la impresión de estar escuchando las líneas que lee, tal es la naturalidad de su estilo [6]. Más que en modelos literarios se inspira en la fuente directa del habla común. El acierto y la espontaneidad con que el novelista combina lo más gráfico y expresivo del lenguaje conversacional dentro de un texto literario da a su prosa ese aire único que la distingue del resto de los escritores de su tiempo.

He tratado de mostrar el «tesoro de lenguaje familiar y expresivo» que Menéndez y Pelayo encontraba en la obra galdosiana [7], y necesariamente me he enfrentado con la necesidad de precisar en lo posible en qué consiste, y de escoger sus elementos integrantes más representativos entre el riquísimo arsenal que las páginas de Galdós ofrecen.

Los lingüistas nos dicen que todo hablante culto tiene, por lo menos, dos maneras de hablar su lengua materna. Suele usar una de ellas cuando discurre sobre asuntos que requieren una atención con-

---

tilos», en *Literatura Española del Siglo de Oro*, Méjico, 1941). En otra ocasión en que el eminente hispanista se refiere al tema del estilo popular en los textos literarios, dice que el lenguaje popular aparece «ininterrumpidamente en vigor tanto en el primero como en el segundo siglo de la época de oro haciendo acto de presencia hasta en las últimas cimas del culteranismo» [*Introducción a la Literatura Española del Siglo de Oro* (Buenos Aires, 1945), p. 20].

[5] Stephen Gilman, «La palabra hablada y *Fortunata y Jacinta*», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 15 (1961), p. 545.

[6] Declara Ricardo Gullón: «El idioma de Galdós es el lenguaje corriente, sencillo, lenguaje impregnado de las inflexiones, el tono y las resonancias de la palabra hablada; al tiempo de leerlo sentimos la impresión de estar escuchándolo y de oírlo con el acento y hasta el volumen que cada palabra tendría si estuvieran diciéndola a nuestro lado. En él hallamos lo coloquial sin afectación y una diversidad acomodada a la de los personajes; cada uno habla su lenguaje propio: los niños, como tales; los locos, sin exageración ni melodramatismo; la gente del pueblo, sin excesivo pintoresquismo; los comunes, a su modo» [«Lenguaje y técnica de Galdós», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 80 (1958), p. 42].

[7] «Sin ser un prosista rígidamente correcto, a lo cual su propia fecundidad se opone, hay en sus obras un tesoro de lenguaje familiar y expresivo» [*Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr. D. Benito Pérez Galdós el domingo 7 de febrero de 1897* (Madrid, 1897), p. 47]. Una observación parecida es la de doña Emilia Pardo Bazán: «En los libros de Galdós hay un tesoro, un caudal léxico; giros, palabras, idiotismos corrientes; formas, ya canallescas, ya amaneradas; la oratoria de la plebe, la jerga parlamentaria o política, lo pasajero y lo estratificado del idioma» [«Angel Guerra», en *Nuevo Teatro Crítico*, 1, viii (Agosto 1891), pp. 57-58].

centrada o cuando se dirige a personas con las que no tiene intimidad. A este modo de servirse del lenguaje se le puede llamar «uso oficial de la lengua»: ésta aparece revestida de su dignidad. Frente al «uso oficial» podemos considerar el «uso coloquial». Este tiene cabida en las ocasiones ordinarias, en los círculos familiares y de amistades más íntimas, cuando el habla fluye natural y no se somete a un proceso de control conscientemente ejercido para producir impresión de dignidad en el uso del lenguaje.

Las causas que empujan al hablante hacia el uso coloquial de su lengua materna son reducibles a dos, una de carácter lingüístico: la rapidez en entenderse, y otra de naturaleza afectiva: conseguir un tono de intimidad y confianza que es imposible encontrar en el uso oficial de la lengua.

Tal distinción entre los dos usos del lenguaje la hallamos aún más claramente en el texto escrito, donde podemos apreciar el estilo literario contrapuesto al coloquial. En el estilo coloquial sitúo el «tesoro de lenguaje familiar y expresivo» que trato de descubrir en sus formas concretas.

No debe confundirse el estilo coloquial con lo vulgar, la lengua de la gente inculta. Lo típico del lenguaje vulgar es su infidelidad a las normas socialmente aceptadas del lenguaje, mientras que el estilo coloquial se caracteriza por ser más vivaz y expresivo que el literario. Mediante las estructuras propias del estilo coloquial, el texto literario parece cobrar nueva frescura y convertirse en algo más personal y espontáneo; se abriría, por decirlo así, un portillo de escape a la diaria rutina de la vida.

El lenguaje coloquial, el que forma la base y proporciona los elementos de lo que he llamado «uso coloquial» en la palabra hablada y «estilo coloquial» en la escrita, es, por consiguiente, una fracción o nivel del lenguaje total que se destaca por su carácter pintoresco reflejado en multitud de expresiones y vocablos intraducibles a otros idiomas, fundados muchas veces en alusiones metafóricas y que posee una gracia, viveza, gran espontaneidad, concreción y expresividad que lo distinguen de los otros niveles. Pretender formular una definición más exacta sobre materia tan proteica y sujeta a cambios como es el lenguaje coloquial, creo que sería aspirar a retener el fluido de la lengua en el cedazo de la precisión, y marcar los límites de una región sin fronteras.

Es un dato destacado por los modernos estudios de lingüística descriptiva que el lenguaje, como hecho social, puede dividirse, aunque no con precisión absoluta, en tantos niveles como grupos sociales independientes unos de otros, y que los límites de tales niveles no pueden marcarse de acuerdo a ningún criterio de autoridad,

pues la única autoridad efectiva en el lenguaje es la de los propios hablantes. Esta afirmación de los modernos lingüistas ya aparece claramente formulada por el famoso maestro de la Universidad de Salamanca, Gonzalo Correas, cuando en su *Arte de la Lengua Española Castellana* (Salamanca, 1626) dice que el lenguaje de la Corte está muy bien para la Corte, pero que no debe erigirse en norma única del lenguaje, pues además de los dialectos particulares de las provincias, un mismo lenguaje varía según las edades, calidades y estados de sus hablantes. El hablante rústico, el de la ciudad, el de la Corte, el anciano, el predicador, el historiador, y aun los hablantes de poca edad, todos imprimen el sello de su personalidad en el lenguaje, y a todos estos niveles de expresión «abraza la lengua universal debaxo de su propiedad, niervo i frase: i á cada uno le está bien su lenguaxe» (folio 62 r) [8].

En aparente contradicción con la existencia de estos estratos lingüísticos, el lenguaje coloquial no puede ser atribuido a un ambiente social o cultural determinado. Aunque algunas de sus expresiones se encuentren principalmente en una clase social, en su conjunto el lenguaje coloquial lo hallamos en todas las clases sociales y en las plumas de muchos grandes escritores de todas las épocas. La razón de dedicar este estudio al lenguaje coloquial de Galdós es porque en él lo hallamos en tal abundancia y manejado con tanta maestría, que sus elementos integrantes constituyen una parte destacada del lenguaje de finales del siglo XIX de sumo interés para los estudios lingüísticos de ese período.

Por otra parte, el lenguaje coloquial de Galdós ya comienza a ofrecer al lector problemas de comprensión, pues algunas de las expresiones de uso corriente en su época van adquiriendo cierto sabor arcaico, aunque en su inmensa mayoría se conserva válido y cargado de emociones. La única manera de estudiar el lenguaje coloquial de fines del siglo XIX es a través de los textos escritos, pues no disponemos de ningún otro medio de los que hoy se utilizan para conservar y transmitir el lenguaje hablado.

Una dificultad invencible si se pretendiera limitar exactamente el campo del lenguaje coloquial la constituiría el hecho, mil veces comprobado, de que palabras y expresiones que en un tiempo estuvieron dotadas de un sabor especial que las destacaba de la masa lingüística, pierden por el uso tales connotaciones, y se crean otras expresiones nuevas, o las ya existentes adquieren, muchas veces por razones históricas y motivos anecdóticos, una significación particular que las coloca en la categoría del lenguaje coloquial. El sabor fami-

[8] En la edición de Emilio Alarcos García (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1954) esta cita aparece en la p. 144.

liar se basa frecuentemente en una referencia al sentido figurado de las expresiones, y es sabido que la relación entre el sentido literal y el traslaticio varía mucho de unas épocas a otras, hasta el punto de que muchas comparaciones y metáforas que fueron obvias y muy populares, hoy resultan incomprensibles para la mayoría de los hablantes. Lo que una vez fue sentido figurado, pasa con el tiempo a ser sentido recto. En un momento determinado, cierta expresión puede ser sentida como coloquial, y en otras circunstancias, esos mismos términos no producen tal impresión.

Es posible que en este estudio figuren como expresiones coloquiales algunas que el propio Galdós usó sin parar atención en tal hecho, o que se hayan dejado de consignar muchas en las cuales el novelista se recreó por sus sabrosas connotaciones; pero como el criterio lingüístico de Galdós no nos es conocido, aunque sí sabemos de modo cierto su interés en reproducir el lenguaje en todos sus niveles, al investigador se le hace necesario adoptar otro sistema de selección.

Una gran parte de las expresiones mencionadas en este estudio están registradas en el Diccionario de la Real Academia Española con las aclaraciones de «familiar», «figurado» o «frase figurada y familiar», pero como hay muchos casos en los que recojo expresiones que no figuran en el Diccionario con tales aclaraciones, o no están consignadas en absoluto, o lo están con un significado diferente al que Galdós les da, y a mi parecer constituyen ejemplos válidos del lenguaje coloquial, no me he limitado al criterio de considerar lo que el Diccionario oficial llama «familiar» como norma fija del presente estudio, aunque sus artículos han sido una utilísima guía para toda clase de dudas y consultas. El criterio seguido para seleccionar los elementos a los que he atribuido el carácter de lenguaje coloquial ha sido el propio y personal del autor de este trabajo, guiado, eso sí, por una cuidadosa atención a los matices del lenguaje, pero independientemente en última instancia y, desde luego, expuesto a posibles malas interpretaciones y sujeto a las limitaciones del tiempo, lugar y ambiente en que me ha tocado vivir. La distancia que separa mi época de la de Galdós, sin embargo, no me parece tan grande, dada la lentitud de la evolución lingüística, como para que mi sentido de la lengua no pueda aplicarse al del período galdosiano y obtener resultados útiles, aunque el lector será el encargado de juzgarlo.

Una vez decidido el criterio a seguir para escoger los elementos integrantes del lenguaje coloquial se presenta el problema de distribuirlos y organizarlos metódicamente de acuerdo a su función sintáctica y psicológica. Lo primero que salta a la vista al revisar el material lingüístico reunido es la presencia de dos grupos diversos por

su aspecto formal: los vocablos y las locuciones. Es decir, expresiones integradas por una sola palabra o por más de una. En vez de trazar una línea divisoria entre los dos grupos, puesto que ambos integran con igual derecho el lenguaje coloquial y desempeñan idénticos efectos estilísticos, he creído conveniente presentarlos conjuntamente y clasificarlos siguiendo el mismo método.

En los diccionarios y obras lexicográficas, algunas de las expresiones que presento figuran como «modismos», «idiotismos» o «coloquialismos». Si recordamos brevemente estas distintas denominaciones vemos que las diferencias son confusas y ninguna de ellas es lo suficientemente abarcadora de la expresión coloquial concreta[9].

En el presente estudio, los vocablos son considerados según su categoría gramatical —sustantivos, adjetivos, verbos—, y en cuanto a las combinaciones pluriverbales he optado por el término «locución», dándole el significado que le otorga Julio Casares en su *Introducción a la Lexicografía Moderna*[10]. En el Diccionario de la Academia se define «locución» como «conjunto de dos o más palabras que no forman oración perfecta o cabal». Siguiendo el criterio de Casares, no me atengo al enunciado de que «no forman oración perfecta o cabal», pues aunque muchas de ellas, efectivamente, no forman oración, otras sí tienen tal carácter (mátalascallando, subirse a

---

[9] El término «modismo» adquirió uso a mediados del siglo XVIII, pues hasta entonces estos modos particulares del lenguaje se habían llamado «idiotismos». El Diccionario de la Academia explica «modismo» como «modo particular de hablar propio y privativo de una lengua, que se suele apartar en algo de las reglas generales de la gramática». El padre Mir y Noguera en su *Prontuario de Hispanismos y Barbarismos* (Madrid, 1908), lo define como «aquella particular manera de decir tan propia de una lengua, que suele traspasar las leyes comunes de la gramática o de la ordinaria construcción». Da a entender que lo más propio de una lengua es ir contra las reglas de su gramática, particularidad verdaderamente sorprendente.

«Idiotismo» es, según la Academia, un «modo de hablar contra las reglas ordinarias de la gramática, pero propio de una lengua». Parece sugerir que la diferencia entre el modismo y el idiotismo está en la menor o mayor oposición a las reglas gramaticales. Covarrubias, en el *Tesoro de la lengua Castellana o Española,* menciona de pasada el gracejo que suelen tener estas expresiones, al definir los idiotismos como «ciertas frases y modos de hablar particulares a la lengua de cada nación que, trasladados a otra, no tienen tanta gracia». Corominas, en su *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana,* subraya el matiz antigramatical, pues lo identifica con el «habla del vulgo».

El Diccionario oficial no registra el término «coloquialismo», pero en una de las acepciones del adjetivo «coloquial» aclara: «Dícese del lenguaje propio de la conversación, a diferencia del escrito o literario.» Si interpretáramos esta explicación como indicadora de una actitud contraria a la admisión de ciertas expresiones en los textos literarios, nos hallaríamos ante una posición opuesta a la de Galdós.

[10] Julio Casares, *Introducción a la Lexicografía Moderna* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1950), pp. 167-84.

la parra) y son auténticas locuciones. Convengo con Casares en llamar «locución» a la «combinación estable de dos o más términos, que funciona como elemento oracional y cuyo sentido unitario consabido no se justifica, sin más, como una suma del significado normal de los componentes» *(op. cit.,* p. 170). En esta definición, «consabido» quiere decir que el sentido de que se trata es familiar a la comunidad lingüística. Consecuentemente los hablantes entienden, por ejemplo, que al decir que fulano «se subió a la parra», se indica que se enfadó visiblemente, y que «sacarle a alguien los trapitos a la calle» es recordarle algo vergonzoso y no el acto material de llevar trapos a la calle.

Para presentar el extraordinario número de locuciones que se encuentran en las páginas galdosianas me he atenido, al igual que con los vocablos, a su función gramatical, es decir, según desempeñen el papel de un sustantivo, adjetivo o verbo, considerando después su significado y connotaciones afectivas. Toda locución de carácter coloquial es reducible, en la mayoría de las ocasiones, a otro término o términos (en los casos que vamos a estudiar, a un sustantivo, adjetivo o verbo) pertenecientes a lo que antes he llamado uso oficial y estilo literario. Este equivalente no coloquial, si bien no tan expresivo, encuentra fácilmente una traducción semejante a los demás idiomas, cosa que no ocurre con la inmensa mayoría de las locuciones coloquiales. Tomemos como ejemplo el verbo «burlarse», que en una de sus acepciones significa hacer burla de personas o cosas. Para designar esta acción cada lengua ha incorporado a su vocabulario un verbo de contenido conceptual muy parecido en todas ellas. En francés encontramos «se moquer», en inglés «to make fun», etcétera. Pero el recurrir a la locución «tomar el pelo» para referirnos a determinadas acciones mediante las cuales nos burlamos de alguien es algo típico del lenguaje coloquial español, y por serlo, es intraducible a otras lenguas. Es muy posible, y de hecho sucede en muchos casos, que en otros idiomas existan expresiones familiares equivalentes, pero su origen y contenido semántico suele ser diverso y no corresponde a una ley común de derivación. Como equivalente del español «tomar el pelo», encontramos en inglés «to pull the leg», que no tiene parentesco con la expresión española.

En el presente volumen me he limitado a señalar los sustantivos, adjetivos y verbos de naturaleza coloquial, y junto a ellos, en los tres capítulos correspondientes, las locuciones que desempeñan un papel semejante, y que denomino locuciones nominales, adjetivales y verbales. He seguido las directrices de Casares en su obra mencionada, y el concepto de cada una de ellas queda explicado en el capítulo que dedico a cada grupo.

Por supuesto que las locuciones de naturaleza coloquial no limitan sus funciones sintácticas a asumir el papel de un sustantivo, adjetivo o verbo. La efectividad estilística de las locuciones significantes —entiendo por tales las que suscitan una representación mental— es también muy destacada cuando substituyen a los adverbios, a los pronombres y a las interjecciones. Hay que considerar, por otra parte, las combinaciones léxicas no reducibles a las categorías gramaticales convencionales, como son, entre otras, las que forman el extenso catálogo de las fórmulas comparativas, y otros clichés lingüísticos originados por alusiones a anécdotas o datos folklóricos y a textos literarios, zona que se entrecruza con el riquísimo y complejo mundo de la paremiología y la frase proverbial. Los ejemplos que de todo ello encontramos en Galdós, constituirán materia más que suficiente para una segunda parte de este trabajo.

El conjunto de estas expresiones, lo que los clásicos llamaban «frases», integra lo que un investigador designó como la fraseología o estilística castellana, pues fuera de ellas no se acierta a descubrir qué otra cosa pueda dar la nota típica y representativa del genio del idioma [11]. Al amplio uso que los escritores han hecho de ellas —y del que Galdós es cumbre en su época— se debe el tan destacado carácter popular de la lengua y de la literatura españolas, puesto que son los elementos integrantes del lenguaje coloquial. La abundancia y variedad de estas expresiones y, por consecuencia, la riqueza del lenguaje coloquial, es lo que distingue al español de su lengua madre y de sus hermanas las otras lenguas neolatinas. Estas expresiones, al caracterizar el idioma, reflejan el modo peculiar de ver, juzgar y sentir el mundo circundante. Como dijo Don Quijote al Caballero del Verde Gabán, «la lengua se espejo del alma» (II, cap. XVI).

El manejo de los vocablos y locuciones coloquiales constituye la dificultad que los extranjeros encuentran en dominar el español. Con referencia a esta cuestión escribió Cejador: «Lo escabroso llega, cuando quieren meterse un poco más adentro, en lo idiomático de nuestro romance, que es, en suma, la fraseología; cuando, por ejemplo, quieren leer a Galdós, henchido de frases familiares, y más cuando arremeten con el *Quijote* u otros libros del siglo de oro. Tan sólo el uso puede sacarles del atolladero» *(op. cit.*, p. 24). Cada lengua tendrá sus términos de matiz particular que formará el campo de lo

---

[11] Véase Julio Cejador, su Introducción a la *Fraseología o Estilística Castellana* (Madrid, 1921), pp. 7-27. Pereda, aunque hablando en sentido más limitado, pues se refiere a la lengua del pueblo y a sus modismos, expresa una opinión semejante y los llama «la savia, el jugo de la hermosa lengua castellana; de la lengua del *Quijote* y de todo el inapreciable tesoro de nuestra literatura clásica» [*Discursos Académicos* (Madrid, 1897), pp. 127-28].

idiomático, pero en esta zona, lo distintivo del español es la riqueza de matices y connotaciones que se encuentra en las locuciones coloquiales, las cuales, con toda probabilidad, suplen con creces y añaden color y fuerza a lo que los sustantivos, adjetivos y verbos de otros idiomas puedan ofrecer.

A fin de hacer ver el funcionamiento de cada expresión coloquial en una situación concreta, todos los vocablos y locuciones han sido recogidos en el contexto en que Galdós los utiliza, y las citas van con una breve aclaración de las circunstancias en que acontecen. El sistema de ordenar los coloquialismos en un plan gramatical e indicar en cada caso el equivalente no coloquial contribuye a realzar la mayor expresividad y concreción del estilo coloquial, frente al estilo literario basado principalmente en contenidos intelectuales. Como dejé indicado, las razones que mueven a los hablantes a recurrir al lenguaje coloquial hay que buscarlas en conveniencias prácticas de comunicación lingüística más que en leyes científicas y normas gramaticales. La totalidad de las citas aporta claros ejmplos de lo que he entendido por el lenguaje coloquial de Galdós.

Dada la gran amplitud de la obra galdosiana, un estudio detallado del lenguaje coloquial como el que me he propuesto llevar a cabo, que incluyera la totalidad de su producción, habría resultado en un trabajo de extensión muy superior al presente, sin que, por otra parte, se abrieran muchos más horizontes hacia el objetivo apuntado. Considerando que la novela *Fortunata y Jacinta* representa la plenitud de las facultades creativas de Galdós, y que por llenar un número de páginas tan considerable ofrece un ámbito lingüístico al que tiene sentido considerar en bloque, decidí aplicar a ella el método de estudio arriba expuesto. Consciente, sin embargo, de la limitación que supone el trabajar sobre una sola obra de tan vasta producción, he procurado compensarla utilizando locuciones y vocablos tomados de otras tres novelas pertenecientes a la misma época de genial fecundidad, entre 1886 y 1892: *Miau, Torquemada en la hoguera* y *Tristana.*

De los innumerables juicios que *Fortunata y Jacinta* ha suscitado —«La Quijota» la llamaba un escritor hispanoamericano— fijémonos tan sólo en la muy autorizada opinión de Menéndez y Pelayo: «Pero hay entre estas novelas de Galdós una que para nada necesita del apoyo de las demás, sino que se levanta sobre todas ellas cual majestuosa encina entre árboles menores; y puede campear íntegra y sola, porque en ninguna ha resuelto con tan magistral pericia el arduo problema de convertir la vulgaridad de la vida en materia estética.» [12]

---

[12] *Op. cit. (Discursos leídos ante la Real Academia...)*, p. 45.

Sus palabras adquieren nuevo significado referidas especialmente al lenguaje. El último enunciado, «convertir la vulgaridad de la vida en materia estética», sintetiza maravillosamente lo que fue la misión desempeñada por Galdós en el terreno de la expresión literaria y lo que intento mostrar en mi trabajo: Galdós creía en la hermosura del lenguaje coloquial español y quiso darle la inmortalidad del arte.

## CLAVE DE LECTURA

Las abreviaturas que aparecen en este trabajo son:

DA: *Diccionario de la Lengua Española,* Decimoctava Edición. Real Academia Española, 1956.
M: *Miau.*
T: *Tristana.*
TH: *Torquemada en la hoguera.*

En las numerosas citas de *Fortunata y Jacinta,* las cuales forman la mayor parte de este estudio, sólo se indica la parte, el capítulo y subcapítulo, y la página (II, III-I, 194), según se explica a continuación de la primera cita.

Todas las citas galdosianas están tomadas de *Obras completas,* Aguilar, 1961 (tercera edición), tomo V.

I

## SUSTANTIVOS Y LOCUCIONES NOMINALES

Con objeto de dar una idea lo más clara posible del lenguaje coloquial galdosiano en la novela *Fortunata y Jacinta,* iniciamos este estudio no con las locuciones propiamente tales, sino con un recuento de nombres o términos de sabor coloquial que nos salen al paso apenas nos adentramos en las páginas de la más extensa de sus obras. Comenzamos, digámoslo así, «ab ovo», por el elemento más simple, la arena o granos sueltos de arena con valor coloquial autónomo, si bien las más de las veces son inseparables de un contexto dado. Dividimos, pues, este capítulo en dos amplias secciones. En primer lugar nos ocuparemos de los términos independientes aludidos, clasificándolos según las categorías pertinentes. A continuación irán las locuciones propiamente dichas, en este caso las locuciones nominales, o sea, las que juegan un papel semejante al de los sustantivos. Las clasificaremos a su vez en distintos apartados de acuerdo a su naturaleza. El hecho de presentar juntamente locuciones y otros elementos que carecen de carácter locucional puede producir la impresión de confusión. Me he atenido a la consideración de que todo lo incluido tiene connotaciones coloquiales y una función literaria y estética unitaria, aunque gramaticalmente sean elementos heterogéneos. Como lo que numéricamente predomina en el lenguaje coloquial galdosiano son las locuciones, he usado para el estudio de los sustantivos, adjetivos y verbos de naturaleza coloquial el mismo sistema que aplico a las locuciones.

Vengamos ahora a los vocablos coloquiales que nos harán de introducción e irán familiarizándonos con la pluma sin excesivos pelos de don Benito. Como es de suponer, el hombre y cuanto con él se relaciona constituye el máximo catalizador en este repertorio de términos. Moviéndose a sus anchas en el ámbito de lo humano, el ha-

bla sencilla es particularmente prolífica cuando se trata de definir, tildar o motejar a un tercero «in absentia», es decir a una persona ausente o que acaba de volver las espaldas. En presencia suele ser más comedida, a menos de proponerse intencionadamente el insulto. En este sentido, las palabrejas coloquiales a disposición del hispanohablante para aludir caritativamente a un individuo son en extremo numerosas, pero el denominador común a todas vendría a ser un matiz peyorativo o un tanto denigrante que no escapa nunca a la sensibilidad alerta de los nativos. Vamos a verlo en nuestro primer apartado. En los sucesivos traeremos a colación otras voces en la misma gama aplicables a partes físicas o anímicas de la persona, a sus diversas actitudes, estados o situaciones, a objetos y seres inanimados y, para cerrar la sección, haremos un recorrido por los nombres de Fortunata, quiero decir, las referencias a la heroína desde el ángulo del autor o en el espejo de sus compañeros de andanzas.

## Términos coloquiales referidos a personas

A) Comenzamos por los sustantivos que pueden ser aplicados tanto a hombres como a mujeres.

**Apunte.** Vocablo algo anticuado hoy, pero frecuente en el habla castiza finisecular a juzgar por lo que podemos rastrear en la literatura. La Academia lo registra como equivalente de «perillán», es decir, «persona pícara, astuta» (DA). En cierta ocasión en que doña Lupe se indigna ante la conducta de su sobrino Maxi, le dice: «Eres un *apunte*... en toda la extensión de la palabra» (II, III-I, 194) [1].

**Carca.** La Academia lo consigna como despectivo de Carlista. Naturalmente, fue término en boga entre los liberales para referirse a sus contrincantes políticos. Doña Lupe piensa de los carlistas: «No sabía más sino que aquellos malditos *carcas* eran unos indecentes que nos querían traer la Inquisición y las 'caenas'» (II, IV-I, 207) [2].

---

[1] Todas las citas galdosianas están tomadas de *B. Pérez Galdós. Obras Completas,* Aguilar, 1961, tercera edición, tomo V. A fin de facilitar la localización de cada cita se ha seguido el siguiente método: en *Fortunata y Jacinta* se indica en cada caso la parte, el capítulo y subcapítulo, y la página (II, III-I, 194). Cuando ocurran citas de otras novelas se indicará el título por medio de una abreviatura, el capítulo y la página.

Como ejemplo del uso de «apunte» con referencia a mujeres encontramos que Villaamil formula así la opinión que le merecen las Miaus: «—Son tres *apuntes* que se me han sentado aquí, en la boca del estómago» (M, XLIV, 681).

[2] Cuando Fernando VII restableció el absolutismo monárquico y abolió la Constitución de 1812 una parte del pueblo español acogió con entusiasmo esta medida

**Gabacho.** Término despectivo para referirse a los franceses y a todo lo francés. Ante el proyectado viaje del joven Juanito a París, su mamá teme que «le sorbieran aquellos *gabachos* y *gabachas,* tan diestros en desplumar al forastero y en maleficiar a los jóvenes más juiciosos» (I, I-II, 16).

**Gatera.** El Diccionario de la Academia no recoge el sentido peyorativo que el pueblo madrileño da a este vocablo. En el Larousse Ilustrado se registra como sinónimo de «tunante, calavera». La hija de Ido grita así a la chiquillería que impide el paso a las damas: «Atrás, *gateras,* atrás» (I, IX-I, 100).

**Inglés.** En el lenguaje familiar es sinónimo de acreedor (DA) y con tal sentido aparece con frecuencia en la obra galdosiana[3]. Cuando Bailón colocó su capital en préstamos usurarios «se fue a vivir al centro de Madrid, dedicándose a *inglés*» (TH, III, 912). Acerca de doña Lupe, entregada a la misma actividad, leemos: «Como las circunstancias la hicieran *inglesa,* ya estaba fresco el que se metiese con ella» (II, III-V, 203). Fundada en esta acepción coloquial del vocablo, la ignorante Fortunata pensaba «que Europa es un pueblo y que Inglaterra es un país de acreedores» (II, II-I, 173).

**Mandinga.** Vocablo que se aplica a los negros del Sudán Occidental (DA). Basándose en la idea del color, Galdós echa mano de este término al explicar la indignación de una madre que ve a los muchachos embadurnados con pintura negra: «Y la emprendió con otros de los *mandingas* a bofetada sucia, sin miedo a mancharse ella también» (I, IX-II, 103). Nótese el juego verbal con la expresión «a bofetada limpia». Galdós la cambia oportunamente en «a bofetada sucia», puesto que la acción de abofetear implica aquí la de quedar manchado.

**Peine.** Sustantivo que con la acepción de persona astuta y desaprensiva está, sin duda, anticuado, pero que fue usual en la época de nuestro autor. «¡Aquel Cienfuegos, aquel Arias Ortiz! Vaya unos *peines*» (II, III-II, 196), exclama Torquemada refiriéndose a los jóvenes acomodados que piden préstamos sin preocuparse con la idea de devolver la cantidad. Mauricia explica a Fortunata acerca de la conducta de los hombres: «—Si una se pone a ser, verbigracia, honrada, los muy *peines* no pasan por eso» (II, VI-II, 236).

---

al grito de «¡Vivan las cadenas!» Las palabras de doña Lupe son una alusión a esta frase, que se hizo proverbial.

[3] Joaquín Bastús en *La sabiduría de las naciones,* Barcelona, 1862, pág. 114, dice que el origen de esta acepción del vocablo «inglés» es de origen francés, y se basa en los préstamos usurarios que los ingleses hicieron al ocupar Francia.

**Primo.** Este vocablo adquirió popularidad con la acepción de «persona incauta que se deja engañar o explotar fácilmente» (DA) a partir del reinado de José Bonaparte (1808-1814). Parece que este monarca, en su correspondencia con los altos dignatarios españoles, usaba la salutación de «querido primo». Como las cartas solían contener peticiones que implicaban una serie de molestias incompensadas, el término llegó a adquirir en el pueblo el significado familiar que aquí recogemos[4]. Feijoo le pinta a Fortunata la lamentable situación de la joven con estas palabras: «—O a la calle con Juan, Pedro y Diego, a ver si sale algún *primo* con quien ir tirando» (III, IV-II, 331).

**Punto.** Nos encontramos con una palabra que ha corrido suerte parecida a la de «peine», que acabamos de ver. El significado de ambas es también muy semejante. Galdós la aplica al amante de Fortunata que desapareció llevándose los objetos de valor: «El tal joven salió también un buen *punto*» (II, II-II, 176).

**Tragaldabas.** Sustantivo que alude a la glotonería de la persona a la que se aplica. Doña Lupe piensa de su sobrino Nicolás: «Como no comas más fresa que la que yo te ponga, *tragaldabas,* aviado estás» (II, IV-VI, 221).

**Trapisondista.** Aplicable a la persona enredante y liosa. En una de las discusiones entre Papitos y Maxi, la criadita dice: «—Yo le diré lo que hace... el muy *trapisondista*» (II, I-V, 170).

**Vendehúmos.** Palabra compuesta de «vender» y «humo». «Persona que ostenta o simula valimiento o privanza con un poderoso, para vender con ésto su favor a los pretendientes» (DA). Guillermina designa así a Izquierdo: «—Este *vendehúmos* es hombre de poca disposición» (I, IX-IX, 123).

B) Los sustantivos que examinamos a continuación los usa Galdós para referirse exclusivamente a hombres. Algo encontramos en ellos que los hace, cuando menos, extraños si se pretendiera aplicarlos a personas del sexo débil.

**Archipámpano.** Es palabra compuesta del prefijo «archi-» procedente de ambientes eclesiástico-jerárquicos y que se antepone a la voz «pámpano» por su sonido retumbante. Nos sugiere la idea de un funcionario figurón, lleno de petulancia y vacío de todo significado real.

---

[4] V. Joaquín de Entrambasaguas, «Hacer el primo», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal,* Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1952.

Guillermina ironiza así las pretensiones de Izquierdo a una colocación: «—Le van a hacer *archipámpano*» (I, IX-IX, 123).

**Badulaque.** La misma Guillermina vuelve a usar un término muy parecido para referirse a la inutilidad de ciertos empleados: «—No sabes cómo me han mareado esos *badulaques* de la estación de las Pulgas» (I, IX-VIII, 121).

**Botarate.** Es palabra que Galdós se encarga de definir en el siguiente contexto: «El chico de Pez, por su ligereza de carácter y la garrulería de su entendimiento, era un verdadero *botarate*» (I, I-I, 15).

**Chisgarabís.** Término despectivo con el que se pretende indicar la poca valía del designado con este vocablo. El DA lo da como equivalente de «zascandil, mequetrefe». Nicolás, indignado contra Juan Pablo le increpa: «—Te digo que eres un *chisgarabís*» (II, IV-VII, 222).

**Danzante.** Es sustantivo que sirve para subrayar la ligereza moral y la irreflexión de la persona así designada. Para explicarnos la suerte de Santa Cruz al encontrar una esposa como Jacinta, Galdós escribe: «El *danzante* de Juan no merecía tal joya» (II, VI-IV, 242).

**Descamisado.** La Academia recoge el sentido figurado de este término como «Muy pobre, desharrapado». Cuando el joven Santa Cruz sale de la cárcel después de una revuelta estudiantil, dice Galdós irónicamente: «... el revolucionario, el anarquista, el *descamisado* Juanito» (I, I-I, 13).

**Descuidero.** Galdós describe a varios personajes de los barrios bajos ya dentro del mundo de la dilincuencia diciendo que «el uno era *descuidero;* el otro, *tomador*» (I, IX-IV, 108). Son términos que nos explican las poco honradas actividades de los dos chulos. Descuidero es el que «suele hurtar aprovechándose del descuido ajeno» (DA) y tomador el que «hurta de los bolsillos» (DA).

**Gaznápiro.** Voz que nos sugiere una conducta simple propia de persona de pocos alcances. Feijoo formula así la opinión que le merece el comportamiento de Juanito con Fortunata: «Tengo al Santa Cruz por el *gaznápiro* más grande que come pan» (III, IV-II, 330).

**Guindilla.** Se aplica familiarmente a los guardias del orden público. Hace alusión a un adorno rojo en forma de guinda que estos mantenedores de la disciplina llevaban en el sombrero[5]. Mauricia le cuenta

---

[5] José María Iribarren en *El porqué de los dichos,* Aguilar, 1962, pág. 515, menciona el artículo de Antonio Flores, «La Cigarrera» y cómo en una riña de mujeres se alude a este llamativo adorno que dio pie al mote.

a Fortunata que en una de sus borracheras «—vinieron los *guindillas* y me soplaron en la Prevención» (II, VI-II, 236).

**Majagranzas.** «Hombre pesado y necio» (DA). Doña Lupe, indignada por la conducta improcedente de su sobrino el cura, se expresa así: «—Lo mismo que el *majagranzas* de Nicolás» (II, IV-II, 208).

**Mameluco.** En su acepción peyorativa este vocablo significa lo mismo que el anterior. En sentido recto los mamelucos son «soldados de una milicia privilegiada de los soldanes (sultanes) de Egipto» (DA). Los mamelucos llegaron a España como parte de las tropas invasoras durante la Guerra de la Independencia. Goya recogió en uno de sus cuadros la carga del pueblo madrileño contra los mamelucos. Fueron odiados particularmente por su crueldad y este sentimiento explica el significado denigrante del término y su popularidad durante el siglo XIX. Feijoo le anuncia a Fortunata una victoria moral y social: «... si logras conseguir que no pueda tentarte otra vez el *mameluco* de Santa Cruz» (III, IV-X, 354).

**Mandria.** Palabra popular en el habla coloquial madrileña de la época de que nos ocupamos y que se aplica al «apocado, inútil y de escaso o ningún valor» (DA). Doña Lupe increpa a su sobrino el farmacéutico: «—Eres un *mandria.* Si no inventas tú un específico, al fin tendré que inventarlo yo» (III, V-IV, 366). Doña Pura: «—Tú debías ser ya director, como ésa es luz, y no lo eres por *mandria,* por apocado, porque no sirves para nada» (M, III, 561).

**Mequetrefe.** El célebre Izquierdo opina así de las grandes figuras de la política de la época: «—Ese Pi... un *mequetrefe.* ¿Y Castelar? Otro *mequetrefe.* ¿Y Salmerón? Otro *mequetrefe*» (I, IX-V, 110). Según el DA este término sirve para designar al «hombre entremetido, bullicioso y de poco provecho».

**Pasmarote.** Es término coloquial que viene muy bien para designar al infeliz Ido, ya que éste se nos presenta como «persona que está parada y como embobada y sin acción» (DA). «Jacinta tenía un interés particular en socorrer a la familia de aquel *pasmarote*» (I, VIII-V, 97).

**Pelafustán.** Es palabra más fuerte que la anterior, pues sirve para señalar a la «persona holgazana, perdida y pobretona» (DA). Es el vocablo elegido por Nicolás para referirse al seductor de Fortunata: «—Y ese *pelafustán,* ¿es el de marras?» (II, VII-XII, 291).

**Pelagatos.** Podemos clasificarla como palabra equivalente a la anterior, o quizás un grado más denigrante ya que el DA le añade la nota aclaratoria de «y a veces despreciable». Con tal connotación la em-

plea Nicolás en la conversación con Fortunata que acabamos de mencionar: «—Y usted, pisoteando el honor de la ley de Dios, se ha prendado de cualquier *pelagatos*» (II, VII-XII, 291). La propia Fortunata se refiere a la frecuencia con que una mujer «se enamorisca de cualquier *pelagatos* y da calabazas a las personas decentes» (II, II-III, 177). Como tantos términos denigrantes, a veces lo hallamos empleado con intención afectuosa. Así sucede cuando Santa Cruz pregunta refiriéndose a su camarada Villalonga: «—Pero qué, ¿ha venido ya ese *pelagatos?*» (I, XI-I, 151).

**Piruétano.** Es voz que no recoge el DA con la acepción de «muchacho entrometido» con que aparece en el *Nuevo Pequeño Larousse Ilustrado.* La usa Nicolás para referirse a Maxi: «—Verás ahora, grandísimo *piruétano*» (II, IV-III, 211).

**Randa.** Es término que se considera típico del Madrid popular, al igual que el ya visto «mandria». Ha quedado en el habla castiza como un rastro del lenguaje de germanías. El DA lo registra como «ratero, granuja». Estupiñá describe a uno de los amigos del joven Juanito diciendo que «lo mismo puede pasar por un *randa* que por un señorito disfrazado» (I, IV-I, 43), y Galdós presenta a un grupo de delincuentes así: «Eran los tales tipos muy madrileños y pertenecían al gremio de los *randas*» (I, IX-IV, 108).

**Silbante.** Parece vocablo de significación muy parecida al anterior, aunque el DA no recoge la acepción peyorativa con que lo encontramos en el texto galdosiano: «No quería exponer su pelleja para hacer el caldo gordo a cuatro *silbantes*» (TH, III, 913).

**Tagarote.** Guillermina aconseja a la familia de Ido «poner en la escuela a esos dos *tagarotes*» (I, IX-II, 104), refiriéndose a los dos hijos mayores. Sin duda que la dama usa esta palabra porque considera que los muchachos son dos grandullones que malgastan el tiempo sin hacer nada de provecho. Este significado no coincide exactamente con las dos acepciones peyorativas que constan en el DA: «Hidalgo pobre que se arrima y pega donde pueda comer sin costarle nada» y «Hombre alto y desgarbado».

**Tarambana.** Aquí, en cambio, sí que el novelista se hace eco del significado dado a este término por la Academia de «persona alocada, de poco asiento y juicio». Nicolás: «—Maximiliano es un *tarambana*» (II, IV-IV, 213).

**Tío.** Palabra muy socorrida para referirse a un tercero despectivamente, casi despojándole de su dignidad. «Hombre rústico y grosero» (DA). Sin embargo, a pesar de este sentido peyorativo, la gente del

campo la usa como sinónimo de *hombre, persona, señor,* o para caracterizar a alguien poco conocido: el tío del perro, etc. Es muy usada también en el argot cuartelero. Aplicado a nuestro interlocutor, es un insulto si no está atenuada por el tono campechano. Según las circunstancias, es capaz de asumir el sentido de una alabanza: ¡Qué tío!, un tío grande, etc. Jacinta piensa: «Aquella caja que llevaba un *tío* cualquiera al hombro» (I, IX-I, 99), es decir, un desconocido. El femenino, «tía», suele tener connotaciones más injuriosas o resbaladizas, como veremos en el lugar oportuno.

**Tomador.** (Véase pág. 27 «descuidero»).

**Trampalarga.** Parece ser una creación de Galdós basándose en la acepción de «trampa» como «deuda cuyo pago se demora» (DA). En tal caso el término serviría para designar al que busca excusas para no pagar sus deudas. Este parece ser el significado cuando Galdós lo aplica a Camps, uno de los amantes de Fortunata. «Parecía hombre muy rico; pero luego resultó que era un *trampalarga*» (II, II-II, 176).

C) El novelista designa a las mujeres con los siguientes sustantivos de naturaleza coloquial:

**Berganta.** Guillermina: «—Poner en la escuela a esos dos tagarotes y a la *berganta* de su niña pequeña» (I, IX-II, 104) (V. p. 29 «tagarote»). Ya hemos explicado las razones que mueven a la dama a usar los términos «tagarote» y «berganta» para referirse a los hijos de Ido. Sin duda que al hacerlo no tenía la intención ofensiva que atribuye a «berganta» el DA: «Pícaro, sinvergüenza.»

**Fantasmona.** Aumentativo despectivo de «fantasma», es palabra que se aplica a la mujer que carece de valores reales, pura apariencia, conservando así el significado originario de la palabra de donde procede. Galdós nos dice de doña Bárbara que «conservaba una dentadura ideal y un cuerpo que, aun sin corsé, daba quince y raya a muchas *fantasmonas* exprimidas que andan por ahí» (I, II-IV, 26). Cuando doña Bárbara ve al Pituso, comenta: «Y por lo que hace a esa *fantasmona*... —agregó la señora, examinando más las facciones del chico—, bien se le conoce en este espejo que es guapa» (I, X-VI, 141).

**Farfantona.** Sustantivo muy parecido al anterior en sonido y en significado. Es la palabra que Estupiñá elige para amenazar a las inquilinas Segunda y Fortunata: «—A usted y a la otra *farfantona* las voy a poner en la calle» (IV, VI-II, 505).

**Individua.** El femenino de «individuo», además de ser propio del lenguaje coloquial, es frecuentemente eufemístico, al igual que sucede

con la feminización del sustantivo «prójimo», «la prójima», como vamos a ver en el lugar oportuno. La portera de una casa en la que se hospedó Fortunata en compañía de un señor informa que «el señor se había largado por el tren, y la *individua*, señora... o lo que fuera..., 'andaba por Madrid'» (I, XI-III, 155). La expresión «o lo que fuera» es muy usual para sugerir otras designaciones peyorativas, y en cuanto al «andaba por Madrid», escrito con letras cursivas para dar a entender el tono y la intención de la portera, también es sugeridor de actividades poco honorables.

**Marisabidilla.** «Mujer presumida de sabia» (DA). Al igual que los caricaturescos adjetivos «leída y escribida», se usa para ridiculizar los alardes de una instrucción inexistente. Acerca de una de las monjas de las Micaelas, dice Galdós: «Sor Facunda, que era la *marisabidilla* de la casa, muy *leída y escribida*» (II, VI-IX, 253).

**Marmotona.** Aumentativo de «marmota», sustantivo que en sentido figurado se aplica a la «persona que duerme mucho» (DA) y por extensión a toda la que no despliega una inteligencia viva. Santa Cruz, harto de sus amores con Fortunata piensa: «Y esta *marmotona* que me ha caído a mí es siempre igual a sí misma» (III, III-I, 321).

**Pindonga.** Tiene un significado fuertemente insultante y sólo se aplica a la mujer de mala vida. Doña Lupe le dice a Maxi refiriéndose a sus relaciones amorosas: «—Yo no puedo consentir que una *pindonga* de esas te coja y te engañe» (II, III-I, 193).

**Pitoja.** Es la palabra empleada por la hija de Ido para referirse a una niña de la casa de vecindad: «—Y tú, *pitoja*, recoge a tu hermanillo» (I, IX-I, 101). No figura en el DA, pero obviamente se trata de un apelativo familiar despectivo. Algo como «pitusa» pero sin la nota afectiva que lleva este término.

**Tarasca.** Vocablo que encontramos usado por Guillermina con un sentido igual al de «pindonga». Tal uso es frecuente, aunque el término no lleva necesariamente una alusión a la degradación moral contenida en este último. Guillermina: «—Llamo, entro, y me salen tres o cuatro *tarascas*... ¡Ay Dios mío!» (I, VII-I, 77). La dama estaba refiriendo su visita, por equivocación, a una casa habitada por mujeres de mala vida. El término «tarasca» fue popularísimo entre los españoles del Siglo de Oro porque mediante él designaban a la famosísima figura grotesca que sacaban en la procesión del Corpus. A veces la Tarasca era híbrida, «medio sierpe y medio dama». Sea como fuere, el efecto que su aparición causaba en la multitud, asombro, risa, espanto, consta en muchos testimonios que nos narran la

manera cómo se celebraban las procesiones religiosas. La Tarasca constituía uno de los grandes atractivos de la festividad. Hoy día, sin embargo, esta asociación ya no existe en la conciencia lingüística de muchos de los que usan el término.

**Tía, tiorra, tiota.** Como ya hemos indicado al tratar de «tío», el femenino tiene mayor fuerza insultante. La decidida hija de Ido increpa así a una vendedora ambulante: «—¡Vaya, dónde se va usted a poner, *tía* bruja! Afuera, o la reviento de una patada» (I, IX-I, 100). La intención ofensiva aparece con mayor claridad durante los tratos que mantienen las damas con Izquierdo sobre la compra del Pituso: (Izquierdo:) «—¡Vaya con las *tías* estas...! —Jacinta daba diente con diente. Rafaela quiso salir a llamar; pero su propio temor le había paralizado las piernas. —Ja, ja, ja... Nos llama *tías*... —exclamó Guillermina, echándose a reír cual si hubiera oído un inocente chiste» (I, IX-IX, 122). Mauricia, en su borrachera, insulta a las aterrorizadas monjas gritándoles: «—*Tiorras, so tiorras*» (II, VI-X, 258), y doña Bárbara, muy prevenida contra las parisinas, piensa que a pesar del aspecto elegante «cuando se las veía y oía de cerca, resultaban ser unas *tiotas* relajadas» (I, I-II, 18).

Cerramos el apartado de los términos referidos a personas con un sustantivo que Galdós usa para aludir a un grupo de varias personas que discuten acaloradamente en un café sobre los toreros de su predilección. *Trinca.* El DA no recoge esta acepción, pero el *Nuevo Pequeño Larousse Ilustrado* lo trae como sinónimo de «multitud». Esto es, sin duda, lo que quiere indicar Galdós cuando escribe sobre «una *trinca* en que se disputaba acerca de Lagartijo y Frascuelo» (III, IV-VIII, 349).

## Términos coloquiales referidos a partes anímicas o físicas de la persona

**Alma.** Tan noble palabra es susceptible de ser empleada en la lengua familiar con el sentido de «tranquilidad un tanto irresponsable». Así sucede en la queja de Santa Cruz al ver que su esposa se dispone a salir de la alcoba dejándole a él enfermo: «—Pero, mujer, te marchas y me dejas así... ¡Qué *alma* tienes!» (I, VIII-V, 97).

Pasando a otros términos observamos que es la inteligencia, la mente, la parte del individuo a la cual Galdós y sus personajes suelen referirse más a menudo utilizando palabras de índole familiar. A la facultad discursiva se refieren los siguientes vocablos:

**Cacumen.** Tiene carácter cómico y con frecuencia se emplea en comentarios irónicos. El DA lo considera el equivalente familiar de «agudeza, perspicacia». Mientras Ballester prepara unas píldoras destinadas a Maxi, que padece un ataque de locura, piensa: «Que la alegría más expansiva y la más placentera ilusión de mi vida —(...)— iluminen el *cacumen* de mi infeliz amigo» (IV, III-I, 462).

**Caletre.** A pesar de su etimología latina (del latín «character») es vocablo considerado familiar por el DA, donde se define como «tino, discernimiento, capacidad». Es, seguramente, el término más utilizado en la obra galdosiana para referirse al talento práctico. Mauricia le dice a Fortunata refiriéndose a doña Lupe que «es mujer de mucho *caletre* y que sabe timonear» (II, VI-VI, 246). También Galdós lo utiliza cuando nos habla de esta señora: «Las grandes ideas que en aquellos días despuntaban en el *caletre* de la insigne señora» (IV, V-V, 497). Acerca de las lecciones de vida práctica que Feijoo da a Fortunata, leemos: «Iba incrustando en el *caletre* de su alumna estas palabras» (III, IV-VI, 342).

**Intellectus.** Aquí nos encontramos cara a cara con un vocablo latino que por serlo no figura en los diccionarios de lengua española. Su empleo en un contexto castellano de sabor familiar conlleva cierto acento humorístico. Con motivo de un ramalazo de locura de Maxi, nos encontramos: «Creyó oportuno Torquemada intervenir, con esperanza de que sus discretas razones enderezaran el torcido *intellectus* del desdichado joven» (IV, I-VIII, 432). Juan Pablo Rubín, metido a filósofo en un café madrileño, aconseja a sus discípulas: «—Lo primero, hijas mías, —decía, con unción, el expositor—, es limpiar el *intellectus* de errores adquiridos» (III, I-VI, 307).

**Linterna.** En la acepción con que lo mencionamos aquí, no registrada por el DA, hay una alusión implícita al papel de luz guiadora atribuido a la mente. Mauricia: «—Tú bien puedes hacer caso de lo que yo te diga, pues tengo yo mucha *linterna*» (II, VI-VI, 246).

**Magín.** «Imaginación» (DA). Durante el tiempo que Fortunata estuvo en las Micaelas «ni una sola vez, en los momentos de mayor fervor piadoso, le pasó a la pecadora por el *magín* la idea de volverse santa» (II, VI-V, 244).

**Meollo.** «Juicio o entendimiento» (DA). El portero del Ministerio de Hacienda, que tiene órdenes de no dejar pasar al exaltado Villaamil, le dice despidiéndole: «—Don Ramón, váyase a su casa, y descanse y duerma para que se le despeje ese *meollo*» (M, XXXIII, 652).

**Mollera.** El DA menciona la frase «Ser uno duro de mollera» como «ser porfiado o temoso». Así hay que interpretarla en lo que don Lope dice a Saturna: «—Eres muy dura de *mollera* y no ves sino lo que tienes delante de tus narices» (T, XXV, 1602).

**Numen.** Nos encontramos frente a otro cultismo de los que el novelista emplea para producir humor. Ante el disgusto de Juan Pablo por la negativa de su tía a prestarle dinero, comenta: «Su *numen* paradójico se excitaba» (IV, V-IV, 495).

**Pesquis.** Coincide en significado y connotación familiar con el vocablo ya visto «caletre». Como éste, lo encontramos muchas veces en las páginas de *Fortunata y Jacinta.* Clavería comenta la etimología y el probable origen gitano de esta voz «muy usada por los españoles para indicar «inteligencia», «buen juicio de una persona»[6]. Guillermina le echa en cara a Izquierdo que «—no tiene *pesquis*» (I, IX-IX, 123), de doña Lupe nos aclara Galdós que era «persona de mucho *pesquis*» (II, II-V, 181), y la propia doña Lupe, anuncia: «—Madrid está por explotar. Todo consiste en tener *pesquis*» (IV, I-IV, 425), queriendo decir «vista comercial».

Hay ocasiones en que el término coloquial hace referencia a la cabeza como a la parte del cuerpo en que se asienta la potencia discursiva, en vez de aludir a la facultad abstracta. Las palabras que toman el lugar de «cabeza» son vocablos que representan objetos caseros. Tales substituciones abundan en el lenguaje de la clase baja madrileña, famosa por lucir un ingenio burlón aun en situaciones capaces de producir desánimo en otros pueblos menos acostumbrados a la lucha por la vida. Cuando los inquilinos de una casa de vecindad propiedad del tacaño Torquemada son testigos de su conducta inusitada: no se ha irritado con los que no podían pagar y ha hecho alardes de humanidad, reaccionan así: «—Don Francisco no está bueno de la *cafetera*» (TH, IV, 918). Páginas más adelante, cuando el angustiado usurero le comunica a la vieja criada su plan de ganarse el favor de la Virgen del Carmen entregándole una perla de singular tamaño, la vieja le sale al paso con un expresivo «—Don Francisco (...) usted está malo de la *jícara*» (TH, VIII, 931).

**Jeta.** Es sustantivo familiar equivalente a «cara» (DA). Villalonga resume su intervención en una reunión política con estas palabras: «—Asomé la *jeta* por la puerta del reloj» (I, XI-II, 154).

---

[6] V. Carlos Clavería, *Estudio sobre los gitanismos del español,* C.S.I.C., Madrid, 1951, págs. 161 y 207.

**Palmito.** En el habla familiar significa «cara de mujer» (DA). Es expresión meliorativa, por lo que muchas veces encontramos el sustantivo unido a un adjetivo elogioso. Fortunata al contemplarse «animóse con la reflexión de su buen *palmito* en el espajo» (II, II-VII, 186), en otra ocasión dice: «—Juan me decía que no sirvo para nada, y que no merezco el *palmito* que tengo» (III, IV-I, 329), y cuando Nicolás le está aconsejando lo que debe hacer en las Micaelas, le advierte: «—Será preciso que se olvide de su buen *palmito*» (II, IV-V, 217).

**Términos coloquiales referidos a objetos, actividades, situaciones, modos de actuar y padecimientos diversos**

La afectividad, el humor y la imaginación juegan un papel preponderante en la creación y uso de los vocablos que vamos a presentar. No todas las palabras estudiadas gozan de la misma popularidad, algunas son o fueron de uso muy extendido, pero hay otras a las que Galdós confiere un significado independiente del normal y consignado en los diccionarios y pueden presentar dificultades de comprensión al lector no familiarizado con las costumbres y el vocabulario reflejados en la literatura finisecular de ambiente popular. Como en los grupos anteriores, hemos ordenado las palabras ateniéndonos a su significado y adoptando el orden alfabético dentro de cada sección.

A) *Alimentos*

**Cadáver.** Se aplica en el lenguaje familiar a cualquier animal que se presenta a la mesa entero. Los jóvenes esposos Santa Cruz compraron en una estación unos pájaros fritos y «se colocaron rodillas con rodillas, poniendo en medio el papel grasiento que contenía aquel montón de *cadáveres* fritos y empezaron a comer» (I, V-IV, 55).

**Comistrajo.** «Mezcla irregular y extravagante de manjares» (DA). Como su terminación indica, lleva un claro acento despectivo. Lo usa Galdós para explicar el ambiente navideño en un barrio de ínfima categoría social: «Los obreros llevaban el saquito con el jornal; las mujeres algún *comistrajo* recién comprado» (I, X-III, 134).

(El) **Garbanzo. El garbanzo y la rosca.** Son términos netamente madrileños que sirven para designar la generalidad de los alimentos. El garbanzo constituye la base del popular cocido madrileño, y la rosca es una de las formas más difundidas de presentar el pan en los

establecimientos de venta. Cuando Galdós explica las razones por las que Bailón predica en una capilla protestante, dice: «Lo que él hacía de malísima gana y sólo por el arrastrado *garbanzo*» (TH, III, 912). Pantoja, prototipo del burócrata rutinario, concibe la vida como «una sucesión no interrumpida de menudos servicios al Estado, recibiendo de éste, en recompensa, el *garbanzo* y la santa *rosca* de cada día» (M, XXI, 613).

**Pienso.** Guillermina dirigiéndose a Izquierdo: «—Usted se ha pasado la vida luchando por el *pienso*» (I, IX-IX, 123). El matiz despectivo es evidente, pues implica la comparación del interlocutor con un animal. Según el DA pienso es la «porción de alimento seco que se da al ganado».

B) *Conversación*

Hay palabras en este grupo que se refieren a algunos de los elementos que forman parte de la conversación, dándole el tono familiar característico. Así sucede con la primera de la serie.

**Andróminas.** «Embuste, enredo con que se pretende alucinar» (DA). Acerca de la agitación de ánimo de Fortunata después de la conversación con su amiga, leemos: «Probablemente no era más que delirio y azoramiento de su alma motivados por las mil *andróminas* que le había contado Mauricia» (II, VII-III, 270).

**Baladronada.** Con esta palabra se refiere el novelista a las fanfarronadas y alardes de Izquierdo, pero «a pesar de tanta *baladronada*, su reputación de braveza empezaba a decaer» (I, IX-VI, 111).

**Cuchufletas.** «Dicho o palabras de zumba o chanza» (DA). El gordo Arnáiz, observando la parquedad de Guillermina en la mesa «se permitía algunas *cuchufletas* de buen género sobre aquellos antigüísimos estilos de santidad, consistentes en no comer» (I, VII-I, 76).

**Chafaldita.** «Pulla ligera e inofensiva» (DA). Guillermina no quiere dejar pasar los comentarios burlones de las mujeres sobre el polisón de Jacinta, y protesta: «—Estas *chafalditas* no van conmigo» (I, IX-II, 101).

**Chisme.** Aunque el DA lo explica como «noticia verdadera o falsa con que se pretende indisponer a unas personas con otras o se murmura de alguna», Galdós lo aplica irónicamente a la paz que la oración produce en el ánimo maternal de doña Bárbara: «Una voz interior, susurro dulcísimo, como *chismes* traídos por el Angel de la Guarda, le decía que su hijo no moriría antes que ella» (I, I-I, 15).

**Despachaderas.** Doña Lupe, admirada por la habilidad de Guillermina para quitarse de encima unas visitas inoportunas, le dice: «—Vaya unas *despachaderas* que tiene usted, amiga mía» (III, VI-III, 375). En efecto, el DA define esta palabra como la «facilidad, expedición en el despacho de los negocios, o en salir de dificultades». Beinhauer supone que este sustantivo está formado sobre el modelo «entendederas», es decir, «facilidad de aprehensión», y enumera varios pertenecientes a la misma regla de derivación[7]. Este último vocablo también es usado por Galdós con la significación mencionada: doña Lupe piensa en su propia valía y en «estas *entendederas* que Dios me ha dado» (II, III-III, 198).

**Dimes y diretes.** Es expresión familiar empleada por el novelista para explicar las horas gastadas en tertulias: «Con estos *dimes y diretes* se pasó bastante tiempo» (IV, I-IX, 437). Está formada «de 'di', imperativo de 'decir', y el pronombre 'me', y 'diré', futuro del mismo verbo, y el pronombre 'te'» (DA).

**Labia.** «Verbosidad persuasiva y gracia en el hablar» (DA). La facilidad y el éxito del joven Santa Cruz para dedicarse a la conversación se subraya con la mención de «aquella bendita *labia* suya y su manera de insinuarse» (I, VIII-II, 86).

**Palique.** «Conversación de poca importancia» (DA). Término muy frecuente en la pluma de Galdós, lo encontramos al presentarnos a Estupiñá y su célebre debilidad: «Por un rato de *palique* era Estupiñá capaz de dejar que se llevaran los demonios el mejor negocio del mundo» (I, III-I, 35).

**Paparrucha.** «Noticia falsa y desatinada de un suceso, esparcida entre el vulgo» (DA). Estupiñá se pica cuando le recuerdan cierto lance ridículo que le sucedió, y reacciona diciendo: «—¿Quién te ha contado esa *paparrucha?*» (I, VIII-V, 97).

**Tarabilla.** «Persona que habla mucho, de prisa y sin orden ni concierto. Tropel de palabras dichas de este modo» (DA). Acerca de las excusas con que Santa Cruz pretende justificar su conducta, nos dice Galdós: «Y dale con la *tarabilla* de que él era esclavo de su deber» (I, V-V, 59).

**Tupé.** Término usado para dar a entender la seguridad con que Juan Pablo Rubín lanza sus opiniones políticas, «diciendo con mucho *tupé* que el Gobierno estaba de cuerpo presente» (III, IV-VII, 346). En sentido figurado «tupé» significa «atrevimiento, desfachatez» (DA).

---

[7] V. Werner Beinhauer, *El español coloquial*, Gredos, Madrid, 1963, págs. 221, nota 97.

C) *Demostraciones amorosas*

Las palabras que encontramos en este apartado, con la excepción de «besadera», tienen un matiz que denuncia la falsedad o superficialidad del sentimiento amoroso que mediante ellas se expresa. Una prueba más de la maliciosa intención que muchas veces anima y es origen de los coloquialismos.

**Arrumaco.** «Demostración de cariño hecha con gestos o ademanes» (DA). Doña Lupe le advierte a Maxi de los peligros de su noviazgo: «—Si te pierdes, bien perdido estás. No me vengas a mí después con *arrumacos*» (II, III-IV, 200).

**Besadera.** El uso de este vocablo por Galdós nos sirve de ejemplo para ver cómo se crea el lenguaje coloquial: las circunstancias hacen que los hablantes inventen nuevas voces cargadas de connotaciones sentimentales. Los recién casados, Jacinta y Juan, en su viaje de novios aprovechan cualquier momento para besarse, pero «entró gente en el coche y no había que pensar en la *besadera*» (I, V-VII, 64).

**Carantoña.** «Halagos y caricias que se hacen a uno para conseguir de él alguna cosa» (DA). Cuando Jacinta desea ganarse el afecto del Pituso, recurre a este medio: «Los otros niños se lo llevaron para jugar no sin que antes le hiciera Jacinta muchas *carantoñas*» (I, X-VIII, 147).

**Garatusas.** «Halago y caricia para ganar la voluntad de una persona» (DA). Este vocablo y el siguiente parecen inspirarse en las artes con que el gato sabe obtener la ansiada caricia o golosina. Sor Marcela reprende a Mauricia por sus insinuaciones a los albañiles diciéndole: «—Ya te vi haciéndoles *garatusas*» (II, VI-IV, 242).

**Gaterías.** «Simulación, con especie de humildad y halago, con que se pretende lograr una cosa» (DA). Santa Cruz se lamenta de la falta de arte de su querida: «No tiene instintos de seducción, desconoce las *gaterías* que embelesan» (III, III-I, 321).

D) *Dinero*

Materia tan relacionada con una de las cuerdas más sensibles de cualquier hablante, no podía dejar de sugerir en el habla informal una variedad de términos alusivos.

**Bolsillo.** El continente se usa en el lugar del dinero que se guarda dentro. De Santa Cruz sabemos que tenía «cierto respeto ingénito al

*bolsillo,* y si podía comprar una cosa en dos pesetas, no era él seguramente quien daba tres» (I, VIII-II, 85).

**Chiripón.** Torquemada improvisa este término sobre el vocablo «chiripa», «casualidad favorable» (DA), para aludir al dinero ganado en un negocio que se consideraba improductivo: «—Los seis mil reales de usted... dos mil míos. Buen *chiripón* ha sido éste» (II, III-I, 195).

**Guano.** Designación humorística muy usada por el famoso avaro galdosiano. (Torquemada): «—Finalmente me dio el *guano,* o sean ocho mil reales» (II, III-I, 195), «—Me entero de si el chico que va a cobrar las cuentas trae *guano*» (196).

**Guita.** Registrado por el DA como sinónimo familiar de «dinero». Muy frecuente en boca de varios personajes galdosianos. (Mauricia): «—¡Ah! ¡cuánta *guita* le he llevado!» (II, VI-VI, 246). (Fortunata): «—Si le voy a dar la *guita*» (IV, IV-I, 481), «—Yo tengo *guita*» (IV, VI-XII, 533).

**Monís.** También consta en el DA con este sentido figurado. Feijoo dice a Fortunata sobre el dinero que esta ha recibido del amante en señal de ruptura: «—Con que a guardar los *monises,* y no se hable más del asunto» (III, IV-I, 328).

**Perro.** El origen de esta designación se deriva de la imagen de un león acuñada en las monedas de diez y cinco céntimos, que el pueblo tomó por un perro. Así es como estas monedas vinieron a ser llamadas «perra gorda» y «perra chica». Cuando Torquemada se lanza a practicar la caridad, «en la calle del Carmen, en la de Preciados y Puerta del Sol a todos los chiquillos que salían dio su *perro* por barba» (TH, V, 920).

**Sindineritis.** Existe en el pueblo la tendencia a la formación de seudocultismos humorísticos con el sufijo «-itis». La angustia que causa el estar «sin dinero» es aludida mediante este recurso. «Por aquellos días, que eran ya primeros de marzo, volvió la infortunada familia a notar los pródromos de la *sindineritis*» (M, XXVI, 630). Por el mismo procedimiento se ha formado «tronitis» sobre el adjetivo «tronado», «deteriorado por efecto del uso» (DA). Sobre las apariencias de las infelices Miau, comenta Galdós: «¡Cuántos no irían disimulando con menos gracia la *tronitis!*» (M, XXVI, 631).

**Trampa.** «Deuda cuyo pago se demora» (DA). «Una de las más puras satisfacciones de los señores de Santa Cruz era saber a ciencia cierta que su hijo no tenía *trampas*» (I, VIII-II, 85), y de Juan Pablo Rubín se nos dice que «su anhelo era cobrar pronto para pagar sus *trampas*» (II, IV-VII, 221).

E) *Embriaguez*

El habla popular ha desplegado su inventiva ante el espectáculo del que opta por ahogar sus penas en vino.

**Curda.** El DA menciona este término como sinónimo de «borrachera». Un barrendero que observa a Mauricia embriagada, comenta: «—Vaya, que buena *curda* te llevas» (II, VI-X, 260).

**Curdela.** Variación humorística original sobre el vocablo anterior. La encontramos en boca de Santa Cruz aplicada al inglés que encuentran en su viaje de novios él y Jacinta: «—Valiente *curdela* tienes tú» (I, V-V, 58). Sin duda que la palabra es un recuerdo de la época en que se aficionó al caló o lengua de los gitanos.

**Jumera.** El DA la registra, lo mismo que «humera», advirtiendo que debe pronunciarse aspirando la «h». Se trata de un rasgo típico del caló. Galdós comenta humorísticamente las borracheras de Aparisi aclarando que «sus *jumeras* eran siempre una fuerte emersión de lágrimas patrióticas, porque todo lo decía llorando» (I, X-V, 138). A la misma familia lingüística pertenecen el verbo «ajumarse» y su participio adjetivado «ajumao». Mauricia le aconseja a Fortunata: «—No robar, no *ajumarse*» (III, VI-I, 370). La conversación de los jóvenes esposos Santa Cruz al día siguiente de la borrachera de él, se desarrolla de este modo: «—Dilo, hija. Di *ajumao,* que es más bonito y atenúa un poco la gravedad de la falta. —Pues como estabas *ajumaíto*» (I, V-VI, 62).

**Mona.** Sobre el infeliz Ido, a quien la carne le produce el efecto del alcohol, leemos: «Dormía la *mona* de carne» (I, IX-VI, 114).

**Pechugón.** En sentido figurado el DA explica este vocablo como «esfuerzo extremado o impulso fuerte». La superiora de las Micaelas emplea el término para referirse a la borrachera de Mauricia: «—Buen *pechugón* se ha dado» (II, VI-X, 258).

**Pítima.** Galdós nos dice con humor acerca de los averiguadores apasionados capaces de contar las eses que hizo Noé «cuando cogió la primera *pítima*» (I, VI-II, 66). Nos encontramos ante uno de los casos en los que el sentido recto del vocablo es muy poco conocido por el hablante promedio: «Socrocio que se aplica sobre el corazón» (DA) mientras que el significado figurado y familiar es muy popular en el habla coloquial. Al remedio médico de este nombre se le atribuía la propiedad de alegrar a los tristes. Es curioso que a comienzos del

siglo XVII se fundó en Zaragoza una academia destinada a combatir la melancolía que adoptó el nombre de «Pítima»[8].

**Turca.** En el lenguaje de germanía «turco» significa «vino» y es probable que de esta acepción se derivara «turca» como equivalente de borrachera. Santa Cruz se excusa con su esposa: «—En mi vida, puedes creerlo, he cogido una *turca* como la que cogí anoche» (I, V-VI, 62).

**Trinquis.** Este término no significa embriaguez, sino simplemente «trago de vino o licor» (DA). «Después del *trinquis,* Mauricia pareció como si resucitara» (III, VI-III, 377).

**Vino.** Incluso este sustantivo se presta a un uso coloquial, como vemos en la siguiente cita, en la que «vino» no se refiere al líquido que se bebe, sino a sus efectos en el bebedor: «El pícaro del Delfín hacía beber a Aparisi y a Ruiz para que se alegraran, porque uno y otro tenían un *vino* muy divertido» (I, X-V, 138). El DA menciona la frase «tener uno mal vino» como «ser provocativo y pendenciero en la embriaguez». Galdós, para significar lo contrario, ha dado la vuelta a la expresión.

F) *Golpes y riñas*

**Galleta.** Término familiar por «cachete, bofetada» (DA). Santa Cruz, hablando de cierto impertinente personaje «dijo que algún día había de tener ocasión de darle el par de *galletas* que se tenía ganadas» (I, V-VII, 63).

**Leña.** Familiar por «castigo, paliza» (DA). Jacinta, comentando los malos tratos que Fortunata recibía en su casa, le dice a su esposo: «—Pensaste mal..., sobre todo si en su casa había... *leña*» (I, V-VII, 51). Los golpes que Maxi descarga sobre su hucha para hacerla añicos y sacar los ahorros, los explica así Galdós: «Y *leña,* más *leña*» (II, I-V, 170).

**Palo.** Es término que puede referirse tanto a los golpes materiales como a la disciplina impuesta por la fuerza. En este sentido lo encontramos cuando se nos explica lo que opina don Baldomero de la situación política: «Que debe haber mucha libertad y mucho *palo*» (I, VIII-II, 85).

**Soba.** «Aporreamiento o zurra» (DA). También se aplica a una reprensión dada con palabras desagradables y malos modos. Así parece

[8] Dato del libro de Julio Monreal *Cuadros viejos,* mencionado por Iribarren, *op. cit.,* pág. 67, nota al pie.

que hay que entender el vocablo cuando el novelista dice que «estaba Papitos de muy mal temple por la *soba* que se había llevado» (II, II-VI, 183).

**Solfa, solfeo.** «Zurra o castigo de golpes» (DA). (Maxi a Papitos): «—Tú no te has llevado nunca una *solfa* buena, y yo soy quien te la va a dar» (II, II-VI, 184). Los recuerdos de Maxi sobre su infancia incluyen «un *solfeo* que le dieron» (II, I-IV, 168).

**Trompada.** «Puñetazo, golpazo» (DA). Santa Cruz piensa acerca del molesto inglés: «—Si sigo un minuto más, le pego un par de trompadas» (I, V-V, 59).

G) *Modos de actuar*

La lengua coloquial es particularmente fecunda en crear palabras para designar las acciones que resultan molestas y ofensivas, o que simplemente llaman la atención por salirse de lo corriente.

**Barrabasada.** «Travesura grave, acción atropellada» (DA). Es derivado de Barrabás, el bandido indultado con preferencia a Jesús. Las costumbres cambian, y Galdós comenta irónicamente: «Las *barrabasadas* de aquel niño bonito hace quince años nos parecerían hoy timideces» (I, I-II, 16).

**Belén.** «Sitio en que hay mucha confusión». «Negocio o lance ocasionado a contratiempos o disturbios» (DA). Aunque de origen religioso, pues alude a los hechos extraordinarios que tuvieron por causa el nacimiento de Cristo en Belén, en la conciencia del hablante actual se ha perdido la connotación religiosa y prevalece sólo la idea de una actividad fuera de lo acostumbrado. Al enterarse de las relaciones amorosas de su sobrino, exclama doña Lupe: «—¡Una mujer, una manceba, un *belén!*» (II, III-IV, 201). Fortunata expresa así sus propósitos: «—Yo, una vez que me case, honrada tengo que ser. No quiero más *belenes*» (II, VI-VI, 246).

**Botaratada.** «Dicho o hecho propio de un botarate» (DA) (V. «botarate», pág. 27). Con este término califica Nicolás el proyectado matrimonio de su hermano: «—Esto del casorio es una *botaratada*» (II, IV-IV, 213). La superiora de las Micaelas advierte a Mauricia: «—Ya sabe usted que no nos asusta con sus *botaratadas*» (II, VI-II, 237).

**Burrada.** El DA considera este término como equivalente familiar de «necedad». Doña Lupe piensa del matrimonio de su sobrino: «Lo de Maxi sería un disparate, ella seguía creyendo que era una *burrada* atroz» (II, III-IV, 202).

**Calaverada.** «Acción desconcertada, propia de hombres de poco juicio» (DA). Este vocablo, como «calavera» aplicado a quien ejecuta tales acciones, se basa en una semejanza donde el «tertium comparationis» es la oquedad de esa parte del esqueleto, puesto que la imaginación popular no la asocia con la «estupidez», sino con la «irreflexión»[9]. Acerca del matrimonio tan asombroso de Maxi y Fortunata, piensa Olmedo: «Admiraba el atrevimiento de Rubín para hacer la más grande y escandalosa *calaverada* que se podía imaginar» (II, II-IX, 190). «Esto de alquilar la casa próxima a la tuya —dijo Santa Cruz— es una *calaverada* que no puede disculparse sino por la demencia en que yo estaba» (II, V-VI, 277). Doña Bárbara embroma a su esposo diciéndole: «—¡Ah, *calavera,* así me gastas el dinero en vicios!» (I, X-VIII, 150).

**Chanchullo.** «Manejo ilícito para conseguir un fin, y especialmente para lucrarse» (DA). Don Baldomero piensa que «conviene perseguir y escarmentar a todos los que van a la política a hacer *chanchullos*» (I, VIII-II, 85).

**Chuscada.** El DA explica el vocablo como «dicho o hecho del chusco», es decir, de la persona que «tiene gracia, donaire y picardía». Andalucía es considerada la región en que más abunda la gente de estas cualidades, y Galdós menciona «los donaires y *chuscadas* de la gente andaluza» (I, V-V, 58).

**Dengue.** Nicanora aplica este vocablo a los ataques de locura del infeliz Ido, provocados por comer carne: «—¡Cristo!, ya le tenemos otra vez con el dichoso *dengue*» (I, IX-VI, 113); «—sanó y le quedaron estas calenturas de la sesera, este *dengue* que le da siempre que toma sustancia» (I, IX-VII, 114). Nicanora está dando una connotación nueva al término «dengue» que lo coloca en el terreno de lo coloquial. Cierto que existe una enfermedad cuya designación médica es «dengue», pero sus síntomas no tienen nada que ver con el padecimiento de su marido y, además, es muy dudoso que la pobre mujer conociera la existencia de este tecnicismo médico.

**Fandango.** El cura Rubín, cuando se descubre la infidelidad conyugal de Fortunata, exclama: «—Eso, que no hubiera pasado el lance para continuar pecando a la calladita. Y siga el *fandango*» (II, VII-XII, 291). El uso irónico del nombre de este antiguo baile español aplicado a situaciones irregulares ha hecho que el DA admita la denotación familiar de «bullicio, trapatiesta».

---

[9] V. Beinhauer, *op. cit.*, pág. 260, nota 159.

**Fregado.** En sentido familiar «enredo, embrollo, negocio o asunto poco decente» (DA). Sobre las actividades de Estupiñá para pasar tabaco de contrabando y piezas de tela sobornando a los agentes de la autoridad, explica Galdós: «Se entendía con ellos tan bien para este *fregado*» (I, III-II, 37).

**Gaita.** El DA registra el vocablo en sentido familiar como «cosa difícil, ardua o engorrosa». Mediante él se refiere Izquierdo a su propia incapacidad: «—Es una *gaita* esto de no saber escribir» (I, IX-VI, 111).

**Jollín.** Vocablo de origen gitano que significa «gresca, jolgorio, diversión bulliciosa» (DA). Santa Cruz: «—Villalonga y yo, que oíamos estos *jollines* desde el entresuelo...» (I, V-III, 53).

**Matute.** En sentido recto se aplica a los géneros introducidos eludiendo el pago de impuestos, y de aquí se extiende su uso a todo objeto o situación ilegal. Estupiñá, asombrado al ver las precauciones de doña Bárbara para ocultar lo que ha comprado, piensa: «¿Qué significaban estos tapujos? ¡Introducir un belén cual si fuera *matute!* (I, X-IV, 137). Doña Lupe al ver a su sobrina encinta ya se imagina los comentarios de las amistades: «Miren ésta, tan orgullosa y rígida, tapando el *matute* que la otra bribona ha introducido en casa» (IV, III-V, 437). Este término resulta hoy algo anticuado. Las actividades del mercado negro durante la época de escasez que siguió a la guerra civil española (1936-39), pusieron de moda la palabra «estraperlo», que fue creada unos años antes con motivo de un asunto ilegal relativo a los juegos de azar, en el que estaban complicados varios miembros del gobierno. Dada su reciente creación, el vocablo «estraperlo» no aparece en Galdós, siendo frecuente, en cambio, el de «matute».

**Neísmo.** Palabra de uso popular creada sobre el adjetivo «neo», «apócope de neocatólico. Ultramontano» (DA). Es vocablo que lleva un matiz político peyorativo y lo hallamos en bocas liberales para referirse a los elementos conservadores. A pesar de la vigencia que tuvo, el DA no ha registrado el término «neísmo». Acerca de Maxi, leemos: «El carácter sacerdotal de su hermano le impresionaba, pues por mucho que su tía y él hablaran contra el *neísmo,* un cura siempre es una autoridad en cualquier familia» (II, IV-II, 208).

**Patochada.** «Disparate, despropósito, dicho necio o grosero» (DA). Refiriéndose a la extraña reacción de Maxi en lo referente a su noviazgo, su tía le recrimina: «—Voy a la *patochada* de esta mañana» (II, III-III, 200).

**Pelotera.** «Riña, contienda o revuelta» (DA). Acerca de las discusiones de don Baldomero y Arnaiz, encontramos: «Con estas sabrosas *peloteras* pasaban el tiempo» (I, II-I, 20).

**Perrada.** «Acción villana que se comete faltando bajamente a la fe prometida o a la debida correspondencia» (DA). Fortunata sueña que «Jacinta se le presentaba a llorarle sus cuitas y a contarle las *perradas* de su marido» (II, VI-V, 244).

**Perrería.** Aunque muy parecido al término anterior, éste suele usarse para aludir a una ofensa de palabra. El DA lo explica como «expresión o demostración de enojo, enfado o ira». Sobre la mansedumbre de Estupiñá como dependiente de comercio, leemos: «Ya le podían reñir y decirle cuantas *perrerías* quisieran» (I, III-I, 35). Si Juan Pablo Rubín se muestra amable con Fortunata, lo hace por llevar la contraria a doña Lupe que «había dicho tantas *perrerías*» contra su futura sobrina (II, VII-I, 263).

**Plancha.** Galdós nos brinda una definición de este término cuando escribe: «Cuando el error se ve amenazado de esa ridiculez a que el lenguaje corriente da el nombre de *plancha*» (I, X-VII, 145). El clérigo Rubín al darse cuenta del fracaso de sus planes de reformar a Fortunata: «—¡Bonita *plancha,* sí, señor, bonita!» (II, VII-XII, 291).

**Sofocón.** «Desazón, disguto que sofoca o aturde» (DA). Cuando Santa Cruz perdió interés en las cuestiones académicas «empezó a creer ridículos los *sofocones* que se había tomado» (I, I-I, 14).

**Tejemaneje.** «Afán, destreza y agilidad con que se hace una cosa o se maneja un negocio» (DA). Doña Bárbara se constituye en preceptora de su hijo y «con estos *tejemanejes* se había vuelto, sin saberlo, una doña Beatriz Galindo para latines y una catedrática universal» (I, II-IV, 28).

**Toletole.** Término que no figura en el DA, pero que Feijoo se encarga de aclarar cuando aconseja a Fortunata sobre la conducta que la joven debe observar con su tía: «—Ya te daré una lección larga sobre el *toletole* con que debes tratarla, una mezcla hábil de sumisión e independencia» (III, IV-VIII, 347).

**Trapicheo.** «Trapichear», es, según el DA, «ingeniarse, buscar trazas, no siempre lícitas, para el logro de algún objeto». «Trapicheo» es el vocablo familiar que se refiere a esta clase de acciones. Don Baldomero lo emplea para aludir a los amoríos extramatrimoniales, al mencionar la escasez de «esos tipos que jamás, ni antes ni después de casados, tuvieron *trapicheos*» (I, I-II, 17).

**Trapisonda.** «Embrollo, enredo» (DA). Galdós lo usa con el mismo significado de «trapicheos» al recordar a la difunta madre de los hermanos Rubín, la cual «dio mucho que hablar por sus devaneos y *trapisondas*» (II, I-I, 158).

**Trifulca.** «Desorden y camorra entre varias personas» (DA). El desgraciado Villaamil «no tenía más consuelo que aplicar su oreja, seca y amarilla, a la conversación, por si escuchaba algo de crisis o de *trifulca* próxima que diese patas arriba con todo» (III, I-V, 304).

**Triquiñuela.** «Rodeo, efugio, artería» (DA). Acerca del joven Delfín, leemos: «Tenía Santa Cruz en altísimo grado las *triquiñuelas* del artista de la vida» (I, VIII-I, 84), y una vez pasados los efectos de la borrachera, Galdós insiste de nuevo en su habilidad: «Cuando el despejo de su cerebro le hacía dueño de todas sus *triquiñuelas* de hombre leído y mundano» (I, V-VII, 64).

**Turrisburris.** Palabra originalísima que no figura en el DA y que el clérigo Rubín emplea cuando pide a Fortunata una explicación de su irregular conducta: «—¿Me querrá usted explicar a mí este *turrisburris?*» (II, VII-XII, 290).

**Zipizape.** Voz onomatopéyica que significa «riña ruidosa o con golpes» (DA). Galdós la emplea al describir la pelea que se arma en un café madrileño: «El *zipizape* fue de los más célebres» (III, I-IV, 303).

H) *Padecimientos físicos*

**Achuchón.** «Acción y efecto de achuchar», o sea «empujar una persona a otra; agredirla violentamente, acorralándola» (DA). Doña Lupe descarga su ira sobre la cabeza de Papitos, y Galdós comenta: «Se dice la cabeza porque ésta fue lo que más padeció en aquel *achuchón*» (II, II-IX, 191).

**Arrechucho.** «Indisposición repentina y pasajera» (DA). De Maxi sabemos que, «pasados los veinte, se vigorizó un poco aunque siempre tenía sus *arrechuchos*» (II, I-I, 159).

**Carpanta.** Vocablo coloquial por «hambre violenta» (DA). El proverbial humor del pueblo español ha mirado la miseria humana por el lado cómico, o menos trágico, y así se han originado los tres vocablos que cierran este apartado. Izquierdo cuenta así la triste ocasión en que casi muere de hambre: «—La *carpanta* fue tan grande, maestro, que por poco doy las boqueás» (I, IX-V, 110). Segunda consuela al bebé que reclamaba a gritos su biberón: «—¡Qué *carpanta* estábamos pasando!» (IV, VI-XII, 535).

**Crujida.** Las vecinas de una casa pobre explican a Jacinta que «estaba pasando la familia una *crujida* buena» (I, IX-VIII, 119). Probablemente se trate de un error, por ultracorrección de las humildes mujeres al

hablar con la dama, pues en el lenguaje coloquial se da la locución «pasar crujía» con el significado de «padecer trabajos, miserias o males de alguna duración» (DA).

**Trinquetada.** El DA recoge el significado coloquial de este término como «sufrir una crujía», haciéndolo equivalente al anterior. «Durante el período revolucionario pasó el pobre don Basilio una *trinquetada* horrible, porque no quiso venderse, ni abdicar sus ideas» (III, I-II, 296).

l) *Sustantivos de significado impreciso*

Los vocablos enumerados a continuación han sido calificados por algunos lingüistas como «comodines del lenguaje». Son palabras de sentido vago de las que el hablante echa mano en momentos de emergencia, cuando la palabra exacta no acude a la memoria o se ignora o no existe [10].

**Adefesio.** El DA define este sustantivo como «despropósito, disparate, extravagancia» y añade dos acepciones más concretas: para designar un traje y a una persona, siendo en ambos casos la ridiculez el aspecto que se pretende destacar. Arnáiz la utiliza para criticar la industria de Barcelona: «—Si esos catalanes no fabrican más que *adefesios*» (I, II-I, 20).

**Cachivache.** El DA explica este término como aplicable a todo objeto roto o arrinconado por inútil. Galdós lo utiliza al explicar la situación en que se halló doña Lupe: «Después de viuda, viéndose con cuatro *cachivaches* y cinco mil reales» (II, III-V, 203).

**Cancamurria.** Palabra que en la pluma de Galdós se carga de connotaciones coloquiales extrañas a las que figuran en el DA de «especie de tristeza y cargazón de cabeza». El significado que el novelista le otorga es más bien el de «historia extraña y absurda». Cuando Maxi quiere justificar los celos que siente al ver a Fortunata encinta, explica: «—Saqué la *cancamurria* del Mesías que iba a venir» (IV, III-VIII, 480).

**Cencerrada.** «Ruido desapacible que se hace con cencerros, cuernos y otras cosas para burlarse de los viudos la primera noche de sus

---

[10] V. el artículo de Beinhauer «Dos tendencias antagónicas en el lenguaje coloquial español» en la revista *Español actual*, publicada por «Ofines», núm. 6, Madrid, 1965, pág. 1.

nuevas bodas» (DA). Galdós usa este término coloquialmente, pues con él se refiere a la pieza que Olimpia interpreta al piano: «Fortunata se veía obligada a expresar su entusiasmo, aunque no entendía una palabra de tal *cencerrada*» (IV, I-IV, 423).

**Chirimbolo.** «Utensilio, vasija o cosa análoga» (DA). Lo encontramos aplicado a los argumentos de una moral arbitraria: «Dijo Santa Cruz, preparando todos los *chirimbolos* de esa dialéctica convencional con la cual se prueba todo lo que se quiere» (I, V-VII, 63).

**Gorigori.** «Voz con que vulgarmente se alude al canto lúgubre de los entierros» (DA). De hecho lo encontramos aplicado despectivamente a toda clase de rezos. Acerca de Guillermina se nos dice que «no se reconocía con bastante paciencia para encerrarse y estar todo el santo día bostezando el *gori gori*» (I, VII-I, 76); y en cuanto a Maxi, «no quería quitarle a Fortunata su ilusión de las imágenes del *gori gori* y de las pompas teatrales que se admiran en las iglesias» (II, IV-VIII, 226).

**Mamotreto.** Vocablo que a pesar de su clara etimología griega, por su matiz despectivo al aplicarse a libros abultados, entra en el terreno de lo coloquial. Doña Bárbara ordenó al librero que surtía a su hijo que «entregaran a éste todos los *mamotretos* que pidiera» (I, I-I, 14).

**(lo) Negro.** Adjetivo sustantivado usado en el lenguaje familiar para referirse a toda clase de lecturas. El origen probable está en el hecho de resaltar las letras negras sobre lo blanco del papel. Maxi, erigido en instructor de Fortunata, la anima diciéndole: «—Aunque te estorbe *lo negro* —le decía él—, me parece que tú tienes talento» (II, II-IV, 179).

**Perendengue.** «Cualquier otro adorno mujeril de poco valor» (DA). Acerca de las siete hermanas Arnáiz, leemos: «Pero en lo que mayormente sobresalían todas era en el arte de arreglar sus propios *perendengues*» (I, II-VI, 32).

**Perifollo.** Término de significado igual al anterior, lo aplica Galdós a la habilidad de Jacinta para arreglarse: «Cualquier *perifollo* anunciaba en ella una mujer que, si lo quería, estaba llamada a ser elegantísima» (I, IV-II, 46).

**Ringorrango.** Como los dos anteriores. Lo emplea Nicolás cuando Fortunata empaqueta sus cosas para internarse en las Micaelas: «—Ya sabe usted que ni perfumes ni joyas ni *ringorrangos* de ninguna clase entran en aquella casa» (II, V-I, 228).

**Tostada.** Sustantivo hoy anticuado, pero corriente en el habla finisecular como equivalente de «asunto», «clave», «gracia» de una cuestión cualquiera. En otro lugar se mencionará la locución «no ver la tostada» con el significado de no comprender. Sobre el aire de familia del Pituso con su presunto papá, dice Benigna: «—La *tostada* del parecido no la encontrábamos» (I, X-VIII, 148).

**Triquitraque.** Voz onomatopéyica que Galdós aplica al ruido de la industria: «En el *triquitraque* de los telares» (I, V-II, 53).

**Zarandaja.** «Cosa menuda, sin valor, o de importancia muy secundaria» (DA). La encontramos aplicada a tópicos de conversaciones intrascendentes: «Hablaban del tiempo, de lo mal que se vivía en Toledo, de que el viento se había llevado toda la flor del albaricoque, y de otras *zarandajas*» (II, IV-II, 208).

Cerramos esta enumeración de sustantivos usados coloquialmente, consignando el frecuente uso que en el habla familiar se hace del demostrativo «aquel» en expresiones en las que el hablante aspira a dotar a sus palabras de afectividad y no sabe o no puede hacerlo con mayor precisión. El DA consigna este uso familiar del pronombre demostrativo «aquel»: «Voz que se emplea para expresar una cualidad que no se quiere o no se acierta a decir; lleva siempre antepuesto el artículo 'el' o 'un' o algún adjetivo. Tómase frecuentemente por gracia, donaire y atractivo». Es natural que este uso se halle más extendido entre el pueblo que en las clases cultas. Fortunata admira el sentido práctico de Feijoo: «Toda la ciencia del mundo la poseía al dedillo, y la naturaleza humana, el *aquel* de la vida, que para otros es tan difícil de conocer, para él era como un catecismo que se sabe de memoria» (III, IV-VII, 343); acerca de su propia virtud piensa la joven que «cada una tiene su *aquel* de honradez (IV, IV-I, 483). El más profundo anhelo de la joven era «un deseo ardentísimo de parecerse a Jacinta, de ser como ella, de tener su aire, su *aquel* de dulzura y señorío» (II, VI-V, 244). Como vemos, es el propio Galdós quien en el curso de la narración recurre al uso coloquial de «aquel». El autor se coloca en estos casos en el terreno lingüístico de su personaje y su actitud justifica el uso de este vulgarismo. Así vemos que explicando el sueño de Mauricia y el robo de la custodia, escribe: «¡Qué misteriosa y plácida majestad la de la Hostia purísima, guardada tras el cristal, blanca, divina, y con todo el *aquel* de persona, sin ser más que una sustancia del delicado pan!» (II, VI-IX, 255). Mauricia dirá sobre los sueños: «—Lo que una sueña tiene su *aquel*» (II, VI-VI, 247).

## Nombres dados a Fortunata

Los críticos se han fijado en la afición de Galdós a sustituir los nombres de sus criaturas por denominaciones que introducen en la narración una nota afectiva y nos revelan mucho de las simpatías y antipatías del novelista y de los sentimientos de los personajes [11].

Cuando Fortunata se presenta directamente ante el lector, en Madrid, después de la odisea de la serie de amantes, dedicada a una prostitución disimulada, con el pensamiento en su primer seductor y luchando con la antipatía que le inspira el hombre que le ofrece la redención por medio del matrimonio, Galdós suele designarla con el nombre de «la pecadora», sugiriendo en el lector la imagen de la mujer guiada por su instinto erótico, la que apenas ha asimilado ninguno de los prejuicios de la sociedad civilizada. «Lavóse *la pecadora* las manos y se fue a peinar, poniendo más cuidado en ello que otros días» (II, II-VIII, 188). «*La pecadora* fue llevada a las Micaelas pocos días después de la Pascua de Resurrección» (II, V-I, 222). Ya en el convento, al enterarse de que Jacinta sufre por las infidelidades de su marido, «el rencor de *la pecadora* fue más débil» (II, VI-V, 244). Durante los ejercicios piadosos «*la pecadora* solía fijarse más en la custodia, marco y continente de la sagrada forma, que en la forma misma, por las asociaciones de ideas que aquella joya despertaba en su mente» (II, VI-VII, 249). La custodia había sido una ofrenda de la familia Santa Cruz por el restablecimiento de Juan de la pulmonía que pescó al dedicarse a la búsqueda de Fortunata. Después de casada, cuando se entrega por segunda vez a los irreprimibles impulsos de su pasión, el apelativo sirve para resaltar la culpabilidad de su conducta. «Ya de noche, pasó Fortunata a su casa. Su marido no había llegado aún. Mientras le esperaba, *la pecadora* volvió a ver el espectro aquel de su perversidad» (II, VII-VII, 278). Lo mismo al rechazar decididamente la vuelta a la legalidad del matrimonio después de otro período de purificación. Nicolás: «—¿Volvería usted a las Micaelas? —¡Oh! No, señor —replicó *la pecadora* con prontitud» (II, VII-XII, 292). «—Pero ¿qué culpa tengo yo de no querer a mi marido? —manifestó *la pecadora*» (III, VI-X, 397). Después que Fortunata ha comenzado el camino de su edificación espiritual, Galdós se refiere a ella llamándola «la samaritana», valiéndose de una clara alusión bíblica. El propio Nicolás destaca la semejanza de la situación del

---

[11] V. René Schimmel, «Algunos aspectos de la técnica de Galdós en la creación de Fortunata», en *Archivum*, VII, 1957, págs. 77-100.

momento con la escena evangélica: él encargándose de redimir a la mujer libre que acepta humildemente sus consejos. «—Ya sabe usted lo que Jesús le dijo a la samaritana cuando habló con ella en el pozo, en una situación parecida a la que ahora tenemos usted y yo» (II, IV-V, 217); y Galdós aclara que ante la posibilidad de una vida honrada» a *la samaritana* se le aguaron los ojos» (218).

«La prójima» es un sustantivo que puede ser considerado como un eufemismo de otros vocablos abiertamente peyorativos. Nos da la idea de la hembra del pueblo incapaz de disimular el ardor de la pasión que domina su vida. Nicolás, catequizándola: «—No crea usted en otro amor que en el espiritual, o sea en las simpatías de alma con alma... *La prójima* adivinaba más que entendía esto, que era contrario a sus sentimientos» (II, IV-V, 216). Durante la entrevista entre el clérigo y Fortunata, Galdós se refiere a ella mediante «la samaritana» y «la prójima», con lo que consigue destacar el contraste entre el respetable clérigo y la muchacha de ínfima clase. La disciplina religiosa choca con los hábitos de la anterior vida libre de Fortunata: «Acostumbrada *la prójima* a levantarse a las nueve o las diez del día, éranle penosos aquellos madrugones que en el convento se usaban» (II, VI-I, 233). Esta denominación, junto con la de «la otra», son las escogidas por el novelista para presentarnos a su heroína siempre que el ímpetu de mujer apasionada se impone a toda otra consideración. Al encontrarse juntas las dos protagonistas en casa de Severiana, Galdós escribe: «En esto, la mona del cielo (...) salió un instante al corredor. Al verse sola, creyó sentirse *la otra* con más valor para dar un escándalo... Toda la rudeza, toda la pasión fogosa de la mujer del pueblo, ardiente, sincera, ineducada, hervía en su alma, y una sugestión increíble la impulsaba a mostrarse tal como realmente era, sin disimulo hipócrita» (III, VI-V, 384). Al lector no se le escapa la comparación implícita entre «la mona del cielo», la esposa angelical, y «la otra», sustantivo que en el lenguaje eufemístico del hispanohablante sirve en innumerables ocasiones para designar a la mujer que ocupa en la vida del hombre el lugar que tiene Fortunata en la de Santa Cruz. Al volver Jacinta a la habitación «*la prójima* le clavó sus dedos en los brazos, y Jacinta la miró aterrada» (384). La tempestad que en Fortunata produce la murmuración de Aurora atribuyendo a Segismundo la paternidad del recién nacido, la explica así Galdós: «*La prójima* no chistó; pero bien se conocía que aquellas palabras habían hecho en su espíritu un efecto desastroso» (IV, VI-XII, 534).

Al serenarse los impulsos indomables y dejarse oír la voz del remordimiento, la palabra seleccionada por el autor es «la joven». Momentos después de haber agredido a Jacinta, «se iniciaba en la con-

ciencia de *la joven* una reprobación clara de lo que había hecho» (III, VI-VI, 385). «La joven» es el término que con más frecuencia se aplica Fortunata cuando se nos la presenta como víctima de la injusticia social y de las crueles circunstancias.

Doña Lupe y Nicolás suelen referirse a ella durante la época de prueba llamándola «el basilisco»[12]. También Galdós la nombra así cuando cuenta los sucesos desde el punto de vista de estos dos personajes. «Entró Nicolás de la calle, y preguntado por doña Lupe, dijo que venía de casa del *basilisco*» (II, IV-VII, 223). «Doña Lupe era persona de buen gusto, y apreció al instante la hermosura del *basilisco*» (II, IV-VIII, 224). «El basilisco» encarna de modo expresivo la idea que por referencias se han formado la señora y el cura acerca de la hembra de rompe y rasga que se las ha ingeniado para envolver en la red de sus artes al inexperto Maxi.

Santa Cruz, acusado por su conciencia, en la borrachera de su viaje de novios le cuenta a Jacinta la triste historia de la seducción de Fortunata, y se refiere a ella con el nombre de «la Pitusa»: «—¡Pobre Fortunata, pobre *Pitusa!* ¿Te he dicho que la llamaban la *Pitusa?*» (I, V-V, 60). Es el apelativo familiar que evoca la inocencia y bondad de la muchachita del pueblo engañada por el señorito rico. Al final de la novela Galdós vuelve a otorgarle este mismo nombre, quizá por una asociación con el reciente y legítimo Pituso y las actividades desplegadas por Fortunata en sus funciones maternales. «La primera que llegó a la casa de la Cava, durante la ausencia de la *Pitusa,* fue Guillermina» (IV, VI-VII, 517).

«La madre» es el modo de designar a Fortunata que menos veces se usa en el curso de la novela. «*La madre* le miraba con desconsuelo» (al bebé) (IV, VI-XII, 535), y es porque la tensión de los acontecimientos finales no contribuyen a crear una atmósfera favorable a presentar a Fortunata en este papel.

En los dramáticos acontecimientos del último capítulo usa Galdós un nuevo nombre que derrama enérgica luz sobre la lucha pasional que lleva a Fortunata a su muerte: «la diabla». Así la llama cuando Fortunata promete a su marido que le amará si dispara sobre Santa Cruz y la nueva amante: «—Mátamelos, sí... —añadió *la diabla,* retor-

---

[12] La locución «hecho un basilisco» se aplica a la persona que está muy furiosa. El basilisco es un animal mítico que los antiguos representaban como una serpiente alada y del que se decía que mataba con la vista. El padre Feijoo en su *Teatro Crítico,* tomo II, discurso II, «Historia Natural», no niega la existencia del basilisco, pero sí que matara con la vista. En Sudamérica hay un insectívoro conocido por este nombre, que es completamente inofensivo. El doctor Castillo de Lucas en «El Basilisco. Notas médicas sobre este mito popular», *Boletín del Consejo General de Colegios Médicos de España,* núm. 80, Madrid, 1954, analiza científicamente esta leyenda.

ciéndose las manos—» (IV, VI-IX, 526), cuando se complace en la esterilidad de su rival, cuando Guillermina lucha por apartar de su alma, a punto de dejar este mundo, todos sus errores morales y hace lo posible para obtener de ella un sincero perdón para quien la ofendió. «Este perdón sí que era de los duros. Callóse la santa, observando a *la diabla* intranquila» (IV, VI-XIV, 540). Otro vivo contraste: la santa y la diabla.

En muchas ocasiones se la designa «la esposa de Rubín» y «la señora de Rubín». Son las denominaciones que representan la respetabilidad de Fortunata, el lugar de consideración que pudo haber mantenido de no dejarse arrastrar por su naturaleza apasionada. Son los nombres que Galdós escoge para referirse a Fortunata muerta: «Segunda y sus dos compañeras de plazuela amortajaron a la infeliz *señora de Rubín*» (IV, VI-XV, 542); «En el entierro de *la señora de Rubín* contrastaba el lujo del carro fúnebre con lo corto del acompañamiento» (...) «En esto llegaron y se dio tierra al cuerpo de *la señora de Rubín*» (IV, VI-XVI, 544). Como si el novelista hubiera querido envolverla en la respetabilidad del nombre y colocarla en el lugar digno que alcanzó con la muerte y con su generoso rasgo final.

* * *

Después de pasar revista a los sustantivos, comenzamos el estudio de las *locuciones*. Como ya hemos indicado, entendemos por locución una combinación de palabras con sentido unitario e inalterable disposición formal. Las que presentamos en este primer capítulo se llaman nominales porque ocupan el lugar del nombre, es decir, que, en vez de a la locución, el escritor pudo haber recurrido a un sustantivo, y si no lo hizo y prefirió la locución, es porque ha querido aprovechar el sabor especial que tiene esta última y su poder sugeridor.

Hemos dividido las locuciones reunidas en tres grupos, según que se parezcan al nombre común, al nombre propio, o estén formadas con vocablos de naturaleza verbal, aunque funcionen como nombre sustantivo y no como verbo. Resultan así las locuciones nominales denominativas, las locuciones nominales singulares y las locuciones nominales de origen verbal. Al primer grupo lo hemos repartido en tres subgrupos de acuerdo a la estructura formal, pero todas las locuciones coinciden en ser muy semejantes al nombre común.

**Locuciones nominales denominativas**

El sentido de estas locuciones no se justifica como una suma del significado de sus componentes. Así, una «noche toledana» no es una noche en Toledo, sino una noche sin dormir; una «obra de romanos» no tiene que ser algo construido por el pueblo de la antigüedad, basta con que se trate de un trabajo que requiera paciencia y esfuerzo para que se pueda designar de este modo. El significado es, pues, el consabido por la comunidad lingüística. La utilidad de aclarar el sentido consabido es precisamente que, para el no familiarizado con la comunidad de un determinado lugar y época, puede ser un significado extraño y sorprendente. Estas locuciones, muy parecidas al nombre común, como ya hemos dicho, pueden, como éste, funcionar en la oración como sujeto o como término directo o indirecto, y sirven para nombrar a una persona, animal o cosa.

A) *Geminadas*

Las llamamos así porque formalmente están compuestas de dos elementos: un sustantivo y un adjetivo.

**Adorado tormento.** Frecuente en el lenguaje familiar y en el poético para referirse a la persona amada. Jacinta a Santa Cruz: «—Tu *adorado tormento,* tu... Cómo se llamaba o cómo se llama..., porque supongo que vivirá» (I, V-IV, 56).

**Cara mitad.** Usado para referirse al marido o a la mujer. Expresión basada en la idea del matrimonio como unidad indivisible. «En las intimidades con su *cara mitad,* Maximiliano había expresado esas tristezas tan comunes en los matrimonios que no tienen hijos» (III, VI-VIII, 392). Ballester a Fortunata enferma: «—Estoy decidido a cuidarla como si fuera mi *cara mitad*» (IV, VI-X, 527); y a Maxi, le dice: «—Aquí le estaba diciendo a su *cara mitad* que le voy a dar unas píldoras» (IV, I-V, 428). En el pueblo se han popularizado otras designaciones humorísticas: «media naranja», e irónicamente «medio limón», expresión en la que la acidez representa el mal temperamento de la persona aludida; «costilla», aplicable sólo a la mujer y tomada de la versión bíblica de la creación de Eva; «pariente-a», corriente en la clase popular madrileña.

**Cáscara amarga.** Locución que significa «mal carácter», o «malos hábitos y costumbres». El DA menciona «Ser de la cáscara amarga»

como «Ser travieso y valentón». Maxi piensa en la transformación que sufrirá Fortunata en las Micaelas, «soltando como por ensalmo la *cáscara amarga* y trocándose en señora» (II, IV-VI, 219).

**Estado interesante.** «El de la mujer embarazada» (DA). Sobre los continuos embarazos de Isabel Cordero, dice Galdós: «Los que la trataban no podían imaginársela en *estado* distinto del que se llama *interesante*» (I, II-VI, 32). Doña Lupe dice a Maxi acerca de Fortunata: «—Eso del *estado interesante* es una papa» (IV, V-III, 494).

**Filosofía parda.** Locución que se aplica a la conducta astuta e interesada. Feijoo advierte a Fortunata hablándole de doña Lupe: «—Entiendo bien a mi gente. También ésta tiene sus *filosofías pardas,* y a mí no me la da» (III, IV-VIII, 347).

**Gramática parda.** «Habilidad natural o adquirida que tienen algunos para manejarse» (DA). Sobre el patrón de esta expresión familiar cortó Galdós la locución anterior no recogida por la Academia. A doña Lupe le preocupa la idea de si Santa Cruz habrá entregado dinero a Fortunata, y Galdós explica así la obsesión de la señora: «Un pensamiento se le salía del magín a cada instante; pero lo reservaba en la hoja más escondida de su *gramática parda*» (IV, I-VI, 430).

**Noche toledana.** «La que uno pasa sin dormir» (DA). Covarrubias ya menciona esta locución en su *Tesoro* y atribuye la causa del desvelo «porque los mosquitos persiguen a los forasteros, que no están prevenidos de remedios como los demás». Doña Lupe: «—Yo resisto perfectamente una *noche toledana*» (III, VI-IV, 378). Más adelante, doña Lupe vuelve a referirse a la misma noche diciendo: «—*Noche más perra* no la he pasado en mi vida» (381). Aquí ya no se trata de una locución, ya que el adjetivo «perro» en lenguaje familiar equivale a «muy malo» (DA).

**Perro chico.** V. en la pág. 39 «perro» con el significado de «dinero».) Cuando Guillermina pide para la construcción de su asilo, lo hace diciendo: «—Un *perro chico,* un *perro chico* es lo que me hace falta» (I, VIII-I, 77). El DA recogió esta locución con la explicación siguiente: Moneda de cobre que valía cinco céntimos de peseta; y por extensión, la que con el mismo valor se acuña hoy con una aleación de aluminio».

**Perro viejo.** «Hombre sumamente cauto, advertido y prevenido por la experiencia» (DA). Para encomiar la habilidad de don León Pintado en su ejercicio de confesar a las arrepentidas, escribe Galdós: «Era *perro viejo* en aquel oficio» (II, VII-I, 261).

**Viejo verde.** Locución que se aplica al hombre maduro entregado a una pasión amorosa impropia de sus años. La significación de «verde» como «obsceno» es algo relativamente reciente, pues en obras anteriores al siglo XVII se halla el «viejo verde» referido al hombre de edad que conserva el vigor de la juventud, sin otras alusiones maliciosas [13]. Feijoo justifica las precauciones tomadas para ocultar sus relaciones con Fortunata: «—¿Qué necesidad tengo yo de que me llamen *viejo verde?*» (III, IV-III, 333).

B) *Complejas*

Tienen la forma de dos sustantivos unidos por la preposición «de».

**Alma de Dios.** «Persona muy bondadosa y sencilla» (DA). Ballester, hablando del crítico Ponce: «—Fuera de estas tonterías de la crítica, es un *alma de Dios*» (IV, VI-I, 503). De hecho esta locución tiene muchas veces un matiz ligeramente peyorativo, como de persona inútil o de pocas luces. Lo apreciamos claramente en las dos citas a continuación. Ballester a Maxi: «—Pero, *alma de Dios,* ya que no trabaja usted..., al menos, despache menudencias» (IV, I-I, 415). Santa Cruz a su querida aludiendo al marido engañado: «—¿Ese *alma de Dios* te da todo lo que necesitas?» (II, VII-VII, 279).

**Golpes de incensario.** Locución tomada de las funciones litúrgicas, y que tiene el sentido de «alabanza». «Mi maestra dice que pronto sabré más que ella (...) allá van los *golpes de incensario* que me echo a mí misma» (T, XVIII, 1583).

**Jarabe de pico.** «Palabras sin substancia; promesas que no se han de cumplir» (DA). «¡Qué sería de los pobrecitos reos si no tuvieran quien les diera un poco de *jarabe de pico* antes de entregar su cuello al verdugo» (I, III-III, 39). Guillermina le promete a Moreno que ella intercederá por él en el cielo pidiéndole al Señor «que entre mi sobrino, que era muy ateo..., de *jarabe de pico,* se entiende» (IV, II-VI, 459).

**Moro de paz.** Locución originada en la historia de los ocho siglos de convivencia, unas veces pacífica y otras no, de moros y cristianos en la Península. Su significado es el de «persona que trae buenas intenciones». Nicolás se presenta así a Fortunata: «—Yo soy *moro de paz,* amiga mía, y vengo aquí a tratar las cosas por las buenas» (II, IV-IV, 213).

---

[13] V. Fernando Lázaro, «Del viejo verde al chiste verde», en el periódico de Madrid *ABC* del día 1 de septiembre de 1953.

**Obra de romanos.** «Cualquier cosa que cuesta mucho trabajo y tiempo, o que es grande, perfecta y acabada en su línea» (DA). Galdós, en dos ocasiones usa esta locución para referirse humorísticamente a los esfuerzos para despertar a dos dormilones. «*Obra de romanos* fue el despertar a Platón» (IV, VI-V, 512); «el despertar del estudiante era *obra de romanos*» (II, I-II, 161).

C) *Sustantivos compuestos*

Son sustantivos derivados de locuciones en las que las palabras que intervenían se han fundido en una sola. Pero ya se escriban como un solo vocablo o se separen en varios, tienen verdadero carácter locucional.

**Mátalascallando.** Aplicable a la persona cuya apariencia inofensiva no corresponde a la realidad de su conducta. Abelarda, en momentos de irritación, piensa que su sobrinito es «un hipócrita, un embustero, un *mátalascallando*» (M, XXXII, 648).

**Métomentodo.** Locución fundida o sustantivo compuesto que, a diferencia del anterior, ha sido recogido en el DA con la explicación de «Persona que se mete en todo, entrometida». Mauricia a Papitos: «—No te he preguntado a ti, refitolera, *métomentodo*» (II, VII-II, 263). En el lenguaje coloquial son frecuentes los términos de esta naturaleza. Sirvan de ejemplo: correveidile, hazmerreír, sánalotodo, sábelotodo, etc.

**Locuciones nominales singulares**

Tienen la particularidad de parecerse más al nombre propio que al común. El artículo determinado singular suele formar parte de ellas y su uso en plural resultaría inusitado, pues no se refieren a una persona u objeto cualquiera, sino que son una alusión a algo único en su especie. Como los nombres propios, estas locuciones no admiten calificativos ni complementos determinantes. De un «viejo verde» podemos decir que es simpático o antipático, pero de «la maza de Fraga», del «perro del hortelano» o de «la carabina de Ambrosio», no cabe dar más detalles. Suelen llevar una comparación implícita o referencia a algún hecho o dicho proverbial. Las locuciones nominales denominativas pueden servir, como hemos dicho, de sujeto y complemento en las oraciones. Las que ahora estudiamos se

limitan a un papel sintáctico de predicado nominal de verbos copulativos y similares.

**La carabina de Ambrosio.** Locución con la que se designa a lo que no sirve para sus fines. La carabina de Ambrosio se hizo famosa por su inutilidad. Ambrosio parece ser un bandolero sevillano del siglo XIX, tan cándido, que era incapaz de disparar la carabina con la que salía a los caminos [14]. Villaamil tiene sus dudas sobre el peso de la recomendación de cierta señora en la distribución de cargos administrativos, y por eso dice: «—Carolina Pez es una señora honrada, es decir, para el caso, *la carabina de Ambrosio*» (M, XXVI, 630).

**El cuento de nunca acabar.** Cuando Fortunata le pide a Estupiñá que le repare la vivienda de la Cava, el hablador contesta: «—No se pueden hacer obras cada vez que lo pide un inquilino, porque sería *el cuento de nunca acabar*» (IV, IV-I, 481). Esta historia, como «el cuento de la buena pipa», consiste en la repetición de la misma frase indefinidamente. A esta clase pertenece el cuento de la pastora Torralba que le cuenta Sancho a Don Quijote.

**La edad del pavo.** Así se nombra coloquialmente al período de la pubertad, con sus crisis y complicaciones emocionales y físicas. Tal vez se aluda a la facilidad con que los adolescentes se ruborizan, verbo este de ruborizarse que se puede expresar con la locución «subírsele a uno el pavo» (DA). Acerca de la extraña conducta de Olmedo, Galdós dice que «aquello no era más que una prolongación viciosa de *la edad del pavo*» (II, I-III, 164); y explicando la conducta de las «josefinas» hace una cómica alusión a «la edad del pavo»: «Un hato de niñas precozmente místicas, preguntonas, rezonas, y cuya conducta, palabras y entusiasmos pertenecían a lo que podría llamarse *el pavo* de la santidad» (II, VI-IX, 253).

**La loca de la casa.** El referirse a la imaginación como a «la loca de la casa» goza de gran popularidad. Iribarren afirma que el que la llamó así *(la folle du logis)* por primera vez fue el filósofo francés Nicolás de Malebranche (1638-1715), en un comentario sobre Santa Teresa de Jesús, pero que fue Voltaire quien verdaderamente la vulgarizó en varias lenguas [15]. Nicolás Rubín la usa varias veces en su primera entrevista con Fortunata: «—El verdadero amor (...) es el de alma por

---

[14] V. Luis Montoto y Rautenstrauch, *Personajes, personas y personillas que corren por las tierras de ambas Castillas*, Sevilla, 1922, tomo II, pág. 72.

[15] Iribarren, *op. cit.*, pág. 612. Galdós tiene una comedia titulada *La loca de la casa*, adaptación al teatro de la novela dialogada del mismo título. Este título no alude al sentido de la locución coloquial estudiada.

alma. Todo lo demás es obra de la imaginación, *la loca de la casa.* —A Fortunata le hizo gracia esta figura» (II, IV-V, 216), y añade el cura: «—Comprendo que usted, por la vida mala que ha llevado y por no haber tenido a su lado buenos ejemplos, no podrá durante algún tiempo meter en cintura a *la loca de la casa»* (ídem), y aún remacha una vez más: «—Todo depende de que usted sepa mandar a paseo a *la loquilla»* (217). A Fortunata se le grabó la locución y cuando trata de tranquilizar los celos de Maxi dice: «—Es la imaginación, nada más que la imaginación..., *la loca de la casa,* como decía tu hermano Nicolás» (IV, I-III, 421).

**La maza de Fraga.** El cura Pedernero derrota en toda regla a Juan Pablo Rubín en una discusión filosófica, y Galdós dice sobre las razones del clérigo: «Su argumentación era *la maza de Fraga»* (III, I-IV, 302). Las palabras de Pedernero se comparan en solidez y fuerza demoledora a esta pesadísima maza que todavía puede verse en la villa aragonesa y que se empleaba para componer un puente de madera que existió sobre el río Cinca [16].

**El padre fuguilla.** Sobre el capellán de las Micaelas, leemos: «Dijo la misa don León, que parecía *el padre fuguilla* por la presteza con que despachaba» (II, VI-X, 256). Aquí Galdós, para calificar al sacerdote, ha recurrido al personaje legendario Fuguillas, «hombre de vivo genio, rápido en obrar e impaciente en el obrar de los demás» (DA). Ha formado una locución que recuerda el dicho «dice la misa como el Padre Escopeta» que se aplica al que desempeña una tarea muy precipitadamente, aludiendo al sacerdote que decía la misa en un santiamén [17].

**El perro del hortelano.** «El perro del hortelano, que ni come las berzas ni las deja comer al amo» (DA), con la explicación «que reprende al que ni se aprovecha de las cosas ni deja que los otros hagan uso de ellas». Se trata de una alusión antigua, pues en forma parecida ya figura en *El Tesoro,* de Covarrubias y en el *Vocabulario de Refranes* del maestro Correas. Lope de Vega hace una clara alusión en su comedia del mismo título, *El perro del hortelano.* Saturna, aconsejando a don Lope que invite a Horacio a visitar a Tristana, dice: «—No sea *el perro del hortelano,* que ni come ni deja comer» (T, XXV, 1601).

Añadimos a las locuciones nominales singulares cuatro más que, aunque no coinciden con las características sintácticas de las estu-

---

[16] Iribarren, *op. cit.,* pág. 396.
[17] Montoto, *op. cit.,* tomo II, pág. 240.

diadas, ya que sirven de sujeto o complemento a un verbo activo, se asemejan mucho a las vistas por su función y por el modo gráfico y familiar de referirse a dos conceptos abstractos: la muerte y la sabiduría.

**La de la cara fea. La de la cara pelada.** Ambas locuciones están basadas en las llamativas representaciones (carteles de precaución, etc), que personifican a la muerte en la calavera. La tía Roma habla con Torquemada del momento en que la muerte se presente a pedir cuentas, y se refiere a la terrible imagen en estos términos: «—Cuando venga *la de la cara fea* (...); mire que el mejor día se le pone delante *la de la cara pelada*» (TH, VIII, 932).

**El pozo de la ciencia.** Ante la reacción de doña Bárbara al cambio de su hijo, Galdós comenta irónico: «Barbarita creía, de buena fe, que su hijo no leía ya porque había agotado *el pozo de la ciencia*» (I, I-I, 14), es decir, la sabiduría.

**Las luces del siglo.** Locución parecida a la anterior, aunque se refiere más bien al progreso. Juan Pablo no quiso almorzar por no hacer el número trece a la mesa y «a don Basilio le pareció esto incompatible con *las luces del siglo*» (II, VII-III, 269). Es probable que la locución provenga de la denominación «el siglo de las luces» con la que se designó a la época del racionalismo, pero que cada período se suele apropiar por considerarse superior, en algún aspecto al menos, a los tiempos precedentes.

## Locuciones nominales de origen verbal

La nota formal que distingue a estas locuciones de las ya estudiadas es que los sustantivos que las integran son formas verbales. En las locuciones verbales que estudiaremos por extenso, los verbos pueden tomar las flexiones correspondientes a los distintos modos, tiempos y personas, en éstas, los verbos no son capaces de tomar otras formas que las expresadas, aunque en ocasiones sí admiten la sustitución del infinitivo por otra forma nominal, como el gerundio. En la formación de las primeras que vamos a estudiar, la tercera persona del singular del presente de indicativo ha adquirido las características gramaticales de un nombre sustantivo, como lo muestra el hecho de ir acompañada del artículo determinado o de un adjetivo. En las tres últimas, el infinitivo es lo que desempeña el papel de un nombre.

**Mete y saca.** En los consejos que Feijoo da a Fortunata sobre cómo debe portarse la joven con doña Lupe: «Dejándola que se explaye a su gusto en todo lo que sea el *mete y saca* de la vida doméstica» (III, IV-VI, 342), esta locución significa el «ajetreo» de los asuntos diarios.

**Ten con ten.** «Tiento, moderación, contemporización» (DA). Doña Lupe recomendando prudencia en el obrar: «—Yo creo que en cosas tan delicadas se debe proceder con cierto *ten con ten*» (IV, I-VI, 429). Aquí es la forma del imperativo singular la que se ha sustantivado.

**Tira y afloja.** El DA recurre a la locución anterior para explicar ésta: «Locución figurada y familiar que se emplea cuando en los negocios se procede con un ten con ten, o en el mando se alterna el rigor con la suavidad». «Fortunata se había acostumbrado a este *tira y afloja*» (III, VI-VIII, 392).

**Convertir en blanco lo negro.** Es locución que expresa la habilidad para cubrir y disimular faltas. Ante la dificultad de doña Lupe para justificar con sus amistades las relaciones de su sobrino con Fortunata, dice Galdós: «No bastaba todo su talento a *convertir en blanco lo negro,* como otras veces había hecho» (II, IV-VIII, 225).

**Coser y cantar.** Explica la facilidad. El DA la interpreta como «frase figurada y familiar con que se denota que aquello que se ha de hacer no ofrece dificultad ninguna». Comentando la esterilidad de Jacinta, dice Mauricia a Fortunata:«—No rabiará poco la otra cuando vea que lo que ella no puede, para ti es *coser y cantar*» (II, VI-VI, 247).

**Repicar y andar en la procesión.** Locución muy frecuente cuando se trata de introducir la idea de la incompatibilidad. Cuando Feijoo le anuncia a Fortunata que deja de ser su amante para tomar con ella las funciones de un padre, Galdós nos explica así la escena: «No era posible *repicar y andar en la procesión;* no podía peinarse y al mismo tiempo celebrar, entre lágrimas y castos apretones de mano, la santificación de las relaciones que entre ambos habían existido» (III, IV-IX, 352). «A esto replicó el buen farmacéutico que no podía *repicar y andar en la procesión*» (IV, VI-XII, 532).

## II

## ADJETIVOS Y LOCUCIONES ADJETIVALES

Siguiendo el sistema adoptado en el capítulo anterior, comenzamos éste con un recuento de los adjetivos de sabor coloquial, para continuar con el estudio de las diversas clases de locuciones que asumen el papel de un adjetivo.

### Adjetivos de naturaleza coloquial

**Achantado.** Participio pasivo de «achantarse». «Aguantarse, agazaparse o esconderse mientras dura un peligro» (DA). Fortunata piensa de su futuro marido: «Con cuatro palabritas de miel, ya estaba él contento y *achantado*» (II, II-VIII, 188).

**«Ajumao».** V. «Jumera», pág. 40.

**Aturrullado.** Participio pasivo de «aturrullar». «Confundir a uno, turbarle de modo que no sepa qué decir o cómo hacer una cosa» (DA). Juan Pablo Rubín «salió de la cárcel con la cabeza más *aturrullada* y los ánimos más encendidos» (III, I-IV, 301).

**Barbián, na.** El DA da como equivalentes de este adjetivo coloquial los de «desenvuelto, gallardo, arriscado». Galdós lo usa al explicar el sentimiento de admiración que la hermosura de Fortunata despierta en Maxi: «Otras veces le parecía mujer de la Biblia, la Betsabé aquella del baño, la Rebeca o la Samaritana, señoras que había visto en una obra ilustrada, y que, con ser tan *barbianas*, todavía se quedaban dos dedos más abajo de la sana hermosura y de la gallardía de su amiga» (II, II-IV, 179). Ya ha habido críticos que se extrañen de

esta aplicación de «calificativos extravagantes a figuras bíblicas» [1]. Si en ello hay culpa, es de Maxi y no de Galdós, pues, como tantas veces, el novelista está contando los sentimientos de uno de sus personajes desde el interior de éste y poniéndose en la actitud de su criatura.

**Cañí.** Tomado de la lengua de germanía y que Santa Cruz se encarga de aclarar: «Era yo muy *cañí...;* esto quiere decir gitano» (I, V-V, 59).

**Católico.** En sentido figurado y familiar «sano y perfecto. Usase por lo común en la frase 'no estar muy católico'» (DA). «Segismundo observaba a su amiga, y a la verdad, no le parecía su estado muy *católico»* (IV, VI-IX, 523). En efecto, hoy su empleo es casi exclusivamente para negar la perfección de algo, pero no fue así en nuestros clásicos. Baste recordar la expresiva alabanza de Sancho al vino del escudero del Caballero del Bosque *(Quijote,* II parte, cap. 13) [2].

**Corto.** «Falto de palabras y expresiones para explicarse» (DA). «Baldomero era juicioso, muy bien parecido, fornido y de buen color, *cortísimo* de genio» (I, II-III, 24). «Juanito no pecaba de *corto»* (I, II-IV, 41).

**Corrido.** «Aplícase a la persona de mundo, experimentada y astuta» (DA). Sobre el modo de cumplir las reglas del trato social, dice Galdós: «La de Jáuregui lo hizo como persona *corrida* en esto; Fortunata tartamudeó, y todo lo dijo al revés» (II, IV-VII, 224). El DA también registra el significado «avergonzado, confundido» y así lo encontramos en la explicación de Galdós sobre la afición de las niñas a presumir y a hacer alardes delante de sus compañeras de escuela: «La ferretera, algo *corrida,* tenía que guardar los trebejos» (I, II-II, 22).

**Chillón.** En sentido figurado «aplícase a los colores demasiado vivos o mal combinados» (DA). Así lo hace Bonifacio Arnáiz al hablar de los mantones de Manila: «—Mientras más *chillones* —decía—, más venta» (I, II-III, 23).

**Chocho.** «Lelo de puro cariño» y también «que chochea», de chochear, «tener las facultades mentales debilitadas por efecto de la edad. Extremar el cariño y afición a personas o cosas, a punto de conducirse como quien chochea» (DA). De ambas acepciones tenemos ejemplos en Galdós. «Se miraban y se recreaban con inefables goces de padres *chochos,* aunque no eran viejos» (I, I-I, 13). Feijoo, ya de edad

---

[1] V. Ricardo Gullón, «Lenguaje y técnica de Galdós», *Cuadernos Hispanoamericanos,* núm. 80, 1958, pág. 42.

[2] V. Helmut Hatzfeld, «Catolicismo y contrarreforma en las palabras-llaves y el estilo del Quijote» *El «Quijote» como obra de arte del lenguaje,* C.S.I.C., Madrid, 1966, pág. 139.

madura, se complace en su amor por Fortunata y piensa: «Si estoy *chocho,* si no sé lo que me pasa» (III, IV-I, 329), y poco después: «¡Qué española es y qué *chocho* me estoy volviendo!» (III, IV-IV, 335). Jacinta, amargada por su esterilidad, piensa: «Dios estaba ya *chocho,* sin duda» (I, VI-I, 65), y cuando Guillermina sale de visitar a Fortunata que ha dado a luz al hijo de Santa Cruz, murmura en voz perceptible pensando en su amiga: «Jacinta, furiosa, dice que Dios está *chocho* y que no hace más que disparates» (IV, VI-V, 513-514). También el verbo y el sustantivo de la misma familia lingüística aparecen en la novela. Don Baldomero aconsejando prudencia: «—Tengamos serenidad y no *chocheemos* hasta ver...» (I, X-VIII, 150). Feijoo rechaza la idea que le viene de desdecirse de los consejos que ha dado a Fortunata pensando que «éstas son *chocheces,* y nada más que *chocheces*» (III, IV-X, 354).

**Chubasca.** Parece un ejemplo de lo que hace el pueblo cuando busca una palabra expresiva para manifestar una emoción fuerte, y al no hallarla, la improvisa basándose en una relación sentimental. Doña Lupe, indignada por los amores de su sobrino, dice así: «Al oírte decir que quieres a una tiota *chubasca,* me dan ganas de ahogarte» (II, III-I, 194). (V. la pág. 32, «tiota».) La idea de «chubasco» como adversidad o contratiempo sugiere a la señora este adjetivo, que sin duda quiere decir «ordinaria y perversa».

**Derrengado.** Participio pasivo de «derrengar». «Descaderar, lastimar gravemente el espinazo o los lomos de una persona o de un animal» (DA). Sugiere en el hablante la idea de andar torcido por causa del dolor o de la molestia física. Villalonga, durante una algazara estudiantil, «recibió un sablazo en el hombro que le tuvo *derrengado* por espacio de dos meses largos» (I, I-I, 13).

**Desaborido.** En sentido figurado y familiar «aplícase a la persona de carácter indiferente o sosa» (DA). Fortunata dice a Feijoo: «—No puede usted figurarse lo *desaborida* que soy» (III, IV-I, 329).

**Emperifollado.** Participio de «emperifollar». «Adornar a una persona con profusión y esmero» (DA). (V. «perifollo», pág. 48.) En el uso coloquial suele tener un matiz irónico y burlón. Cuando doña Lupe vuelve de visitar a Fortunata, dice Galdós que «venía muy *emperifollada*» (III, V-II, 359), aludiendo al cuidado que la viuda había puesto en su arreglo personal.

**Empingorotado.** «Dícese de la persona elevada a posición social ventajosa, y especialmente de la que se engríe por ello» (DA). Este adjetivo, como «emperifollado», acostumbra a aplicarse con cierta reti-

cencia al que se presenta con aires de superioridad. «Emperifollado» destaca el adorno visible, la ostentación material, mientras que «empingorotado» alude a la actitud de suficiencia cultural o social. Sobre las relaciones de Estupiñá se nos dice que «familias de las más *empingorotadas* del comercio le sentaban a su mesa» (I, III-II, 37). Al anunciar doña Manolita en tono protector que su papá era oficial primero de la Dirección de la Deuda, «Fortunata se echaba a pensar qué cosa tan *empingorotada* sería aquel destino del papá de su amiga» (II, VI-IV, 242).

**Fulastre.** «Chapucero, hecho farfulladamente» (DA). La indignación de doña Lupe con su sobrino le hace pensar: «Aquel cuitado, aquella calamidad de chico, aquella inutilidad, tan *fulastre* y para poco» (II, II-IX, 191).

**Garlochín.** «Garlochí» es término de germanías que significa corazón. Santa Cruz, recordando su época de aficiones gitanas y chulescas, confiesa: «El vicio y la grosería habían puesto una costra en mi corazón..., llamémosle *garlochín*» (I, V-V, 59). Parece una improvisación emocionada con el significado de «gitano» o «bohemio».

**Gilí.** «Tonto, lelo» (DA). Escribe Clavería: «Varias son las palabras del lenguaje popular español que sirven para designar al 'tonto', 'infeliz', 'inocente'. Un cantar flamenco resume el uso de tres de ellas:

*Del hombre qu'é güeno*
*se suele desí:*
*o qu'é un 'panolí', o qu'é un 'lipendi',*
*o qu'é un 'jilí'»* [3].

Fortunata no sabía lo que era la filosofía, «aunque sospechaba que fuese una cosa muy enrevesada, incomprensible y que vuelve *gilís* a los hombres» (III, IV-VIII, 346).

**Guillado, guillati.** El primer término es el participio de «guillarse», una de cuyas acepciones coloquiales es «chiflar» (DA). «Guillati» parece una deformación humorística de guillado. Una de las mujeres que asiste a la tertulia del café, al oír las fisolofías de Rubín, piensa: «Este don Juan Pablo está *guillado*» (III, I-VI, 308). El propio Juan Pablo, por su parte, opina de su hermano Maxi: «Pues no está tan *guillati* como pensé» (IV, III-VIII, 480), y Segunda le grita a Ido: —«Cállese usted, so *guillati*» (IV, VI-V, 512).

---

[3] Carlos Clavería, *Op. cit., Estudios...*, pág. 249. La copla flamenca está tomada de El Bachiller Kataclá, *Cantos gitanos,* Logroño, 1907, pág. 85.

**Helado.** Adjetivo que en sentido figurado significa «suspenso, atónito, pasmado» (DA). En la lengua coloquial encontramos con frecuencia el caso de asociar el asombro con la rigidez que éste produce, lo que ha dado origen a esta acepción de «helado» y a otras aún más expresivas, como «aterido», «de una pieza», «de nieve», «patitieso», etcétera. El desencanto de Refugio lo expresa Galdós así: «Se quedó *helada* cuando su señor le dijo que no la podía llevar» (IV, V-VI, 501).

**Lambiona.** Término obtenido por derivación vulgar de «lamber» y «lambida» que significan «lamer» y «lamedura» (DA). La portera Mendizábal califica así a sus inquilinas las Miaus, aludiendo una vez más a su aspecto felino y relamido: «De seguro que esta noche las tres *lambionas* se irán también de pindongueo al teatro» (M, II, 556).

**Lipendi.** Adjetivo de origen gitano que no figura en el DA: (V. el cantar flamenco citado en la pág. 66, «gilí»). Wagner supone que está formado de 'lilo', es decir 'loco' y del participio del verbo gitano 'penar', o sea, 'hablar'[4]. En boca de los personajes galdosianos este término se aplica al que obra con menos estupidez y bastante más malicia y picardía de las que sugieren las explicaciones de los investigadores. Uno de los curas sueltos, exclama: «—Porque yo soy un *lipendi*. Yo reconozco —gritaba el capellán ahogándose— que soy un mal sacerdote» (III, I-IV, 303). Nicanora, enfadada por la «borrachera de carne» de su marido, amenaza: «—Si yo cogiera al *lipendi* que le convidó a magras» (I, IX-VI, 113).

**Muertas.** El DA recoge el uso de este adjetivo para formar la locución «horas muertas», «las muchas perdidas en una sola ocupación». «Doña Lupe fue aquella noche a casa de las de la Caña, y se estuvo allá las *horas muertas*» (II, II-VI, 182). «La criadita y el estudiante se pasaban las *horas muertas* en la cocina» (183). Juan Pablo «se marchaba a uno de los cafés de la Puerta del Sol, y allí se estaba las *horas muertas*» (II, IV-II, 207). «Se pasaba las *horas muertas* haciendo el juego del bilboquet» (Feijoo) (IV, III-VI, 475). Como se desprende de estas citas, hay dos notas que quedan resaltadas mediante esta locución: la cantidad de horas, es decir, el mucho, excesivo tiempo, y el ser pasadas en una ocupación —o mejor sería decir desocupación— inútil. Galdós amplifica humorísticamente la locución, convirtiéndola en «muertos de risa» y la aplica, no a horas, sino a diversos objetos que yacen en una inactividad contraria a su uso natural. Sobre las mercancías paralizadas por la crisis del comercio, dice: «En el sótano estaban, *muertos de risa*, varios fardos de cajas» (I,

---

[4] M. L. Wagner, «Stray Notes on Spanish Romany», *JGLS*, Third Series, XV, 1936, págs. 137 y sig. Citado por Clavería, *Op. cit., Estudios...*, pág. 253.

II-III, 23); «y los sillares allí *muertos de risa*» (I, IX-VIII, 121). Fortunata se abstrae en sus preocupaciones sentimentales y «los rollos de camisas, chambras y demás prendas continuaban delante de ella, *muertos de risa*» (IV, III-I, 464). Describiendo la indumentaria de Ido, Galdós usa las mismas palabras en lugar del adjetivo «rotas»: «La ropa prehistórica y muy raída, corbata roja y deshilachada, las botas *muertas de risa*» (I, VIII-III, 90). Humorísticamente se puede comparar el aspecto del calzado viejo, con la parte superior separada de la suela, con el gesto de una fuerte carcajada que mantiene las mandíbulas aparte. En este caso, más que de una locución, se trata de una imagen cómica.

**(La más) negra.** El adjetivo «negro» en grado superlativo, tanto en la forma masculina como en la femenina, se emplea como equivalente de «lo peor». Al explicar la agonía del primer hijito de Fortunata, dice Galdós: «*La más negra* era que el garrotillo le cogió al pobrecito nene tan de filo» (I, X-VII, 144).

**Neo.** (V. la pág. 44 «neísmo»). Dice doña Lupe: «—Don Juan de Lantigua, que aunque es un señor muy *neo*, tiene influencia por su respetabilidad (II, VII-V, 274).

**Panoli.** (V. el cantar flamenco citado en la pág. 66 «gilí»). El DA registra el término como «adjetivo vulgar. Dícese de la persona simple y sin voluntad». Nicanora comenta acerca de una de sus hijas: «—Yo le digo que no sea *panoli* y que tenga genio» (I, IX-II, 104).

**Peneque.** «Borracho. Usase comúnmente con los verbos 'estar', 'ir' o 'ponerse'» (DA). «Decía éste que estaba usted algo *peneque*» (I, VIII-IV, 90). «Aparisi, siempre que se ponía *peneque*, mostraba un entusiasmo exaltado por las glorias nacionales» (I, X-V, 138).

**Pintiparada.** «Dícese de lo que viene justo y medido a otra cosa, o es a propósito para el fin propuesto» (DA). Sobre una lámina de ambiente taurino, piensa Moreno: «Está *pintiparada* para las de Simpson, que son tan marimachos» (IV, II-IV, 456). Igual significado tiene la locución «a pelo»: «Sevillano confirmaba con una sonrisa las acres observaciones del trastornado Villaamil, que no lo parecía al decir cosas tan *a pelo*» (M, XXXVI, 657).

**Refitolero.** «Entremetido, cominero» (DA). Mauricia a Papitos: «—No te he preguntado a ti, *refitolera*, métomentodo» (II, VII-II, 263). (V. «métomentodo», pág. 57.)

**Roñoso.** «Miserable, mezquino, tacaño» (DA). Guillermina a Moreno: «—Si no te pido nada, *roñoso*, cicatero» (I, VII-II, 80).

**Soso.** «Dícese de la persona, acción o palabra que carecen de gracia y viveza» (DA). Presupone la identificación de la gracia en el actuar con la sal, que constituye la «gracia» de casi todos los guisos. Don Baldomero exclama al recordar sus tiempos de noviazgo: «—¡Dios mío, qué *soso* era!» (I, I-II, 17), y el propio Galdós usa el aumentativo, con lo que acentúa el matiz coloquial: «Baldomero era (...) *sosón* como una calabaza» (I, II-III, 24). También cuando Fortunata cree escuchar la voz de la «idea blanca» que le habla desde la custodia, oye que le dice *«sosona»* (II, VI-VII, 249). Con el mismo sentido se usa la locución verbal «no tener sal», basada en la misma identificación. Abelarda se compadece a sí misma pensando: *«No tengo ni un grano de sal»* (M, XVIII, 602).

**Superferolítico.** «Excesivamente delicado, fino, primoroso» (DA). Don León Pintado, oyendo la confesión de Sor Facunda, «hacía que tomaba muy en consideración aquellos pecados, tan *superferolíticos* que no había cristiano que los comprendiera» (II, VI-IX, 253).

**Tocado, tocati.** Tocado significa «medio loco, algo perturbado» (DA), y tocati parece una deformación popular del mismo término, por el estilo de «guillati» (V. pág. 66). Maxi hablando de Ido: «—Este buen señor está *tocado*» (IV, VI-IV, 509). Ballester: «—Mi amigo Rubín, con esas apariencias que ahora tiene de hombre de seso, está más *tocati* que nunca» (IV, VI-VI, 514).

**Tronado.** «Deteriorado por efecto del uso» (DA). Acerca de los maniquíes de mandarín que durante mucho tiempo estuvieron en la tienda de Arnáiz, nos dice Galdós que «se pensó en retirarlos, porque ya estaban los pobres un poco *tronados*» (I, II-V, 31).

**Tuno.** «Tunante» (DA), o sea, «pícaro, bribón, taimado». Sobre las picardías del joven Santa Cruz, leemos: «El muy *tuno* se reía, prometiendo, eso sí, contar luego» (I, V-I, 49).

**Turulato.** «Alelado, sobrecogido, estupefacto» (DA). Comentando la reaparición de Fortunata en Madrid, dice Villalonga: «—Está guapísima, elegantísima. Chico, me quedé *turulato* cuando la vi» (I, XI-I, 151).

**Volado.** Adjetivo usado muy frecuentemente para indicar «furioso, indignado». Ante las infidelidades de su marido, piensa Jacinta: «Yo estoy *volada*» (III, II-I, 309). Cuando se demolió la iglesia de Santa Cruz, doña Bárbara «si no lloraba al ver tan sacrílego espectáculo, era porque estaba *volada,* y la ira no le permitía derramar lágrimas» (I, III-III, 39). «Que la señora viuda de Jáuregui estaba *volada,* lo probó la inseguridad de su paso» (II, II-IX, 190).

## Locuciones adjetivales

La función de estas locuciones, como la de los adjetivos, es la de servir de complemento al nombre o de atributo mediante un verbo copulativo. Es claro que su finalidad estilística es la de dar realce y colorido a una idea que siempre es posible expresar con un simple adjetivo. Por su aspecto formal, el tipo de construcción adjetival más frecuente es la que se une al sustantivo o al verbo copulativo mediante la preposición «de», de rechupete, de campanillas, etc. Beinhauer las denomina genitivos atributivos, determinativos u objetivos, según asuman el papel de un adjetivo atributo, un adjetivo determinado, o un adjetivo calificativo[5]. En vista de la abundancia con que Galdós usa esta clase de complementos nominales, dividimos el estudio de las locuciones adjetivales en dos secciones: las locuciones genitivas, y las otras combinaciones que asumen la función de un adjetivo.

### A) *Locuciones genitivas*

**De alto copete.** «Dícese de la gente noble o linajuda, principalmente de las damas» (DA). El copete es el pelo que se trae levantado sobre la frente en cierta clase de peinados historiados y que por lo tanto eran propios de señoras distinguidas. Estupiñá «era muy fino con las señoras *de alto copete*» (I, III-I, 36).

**De brocha gorda.** «Aplícase a las obras de ingenio despreciables por su tosquedad o mal gusto» (DA). Jacinta piensa que Ido «era autor de novelas *de brocha gorda*» (I, VIII-V, 95).

**De buen año.** «Gordo, saludable. Usase generalmente con el verbo estar» (DA). Jacinta y Juan se están comiendo con gran apetito unos pájaros fritos; Jacinta coge el más gordo y dice: «—Este si que está *de buen año*» (I, V-IV, 55).

**De buena madera.** Puede ser traducido simplemente por «bueno», «de buen natural». El DA trae «Ser uno de mala madera», «rehusar el trabajo, ser perezoso o de condición aviesa». Es claro que con esta locución se quiere expresar lo contrario. El cura Rubín, después de visitar a Fortunata dijo que «en lo moral parecía ser *de buena madera*» (II, IV-VII, 223).

---

[5] Werner Beinhauer, *Op. cit., El español...*, págs. 38, 189, 264-66, 316.

**De buena sombra.** El DA explica «tener buena sombra» como «ser agradable y simpático», y «tener mala sombra» como todo lo contrario. Ambas locuciones suelen aplicarse también a las cosas. Su origen es probablemente gitano, pues este pueblo, por su modo nómada de vivir, concede gran importancia a la sombra, sobre todo en climas cálidos como el de Andalucía, donde la sombra se asocia con sensaciones agradables, o desagradables si es escasa[6]. Galdós nos presenta a los curas que asisten a la tertulia de un café diciendo que son «todos *de buena sombra*» (III, I-IV, 301).

**De buten.** El DA la explica como «locución vulgar. Excelente, lo mejor en su clase». Hay lingüistas que la hacen derivar del alemán «gut, guten», que significa de buena calidad, otros la derivan del latín «butyrum» que es la nata de la leche, y otros que defienden su origen gitano[7]. Los empleados del Ministerio de Hacienda, comentando la belleza de las mujeres, exclaman: «—Y que las hay *de buten*» (M, XXVI, 629).

**De cajón.** «Ser de cajón una cosa. Ser corriente y de estilo» (DA)[8]. Galdós usa esta locución para calificar ciertos comentarios y preguntas y su significado es el de «oportunos, elementales, obvios». Los esposos Santa Cruz pasan por Sagunto y él hace un discurso en el que muestra sus conocimientos de la historia antigua. Galdós comenta: «Era *de cajón* sacar a relucir las colonias fenicias» (I, V-IV, 55). «Por fin saltó ella con la preguntita *de cajón:* —¿Me quieres más o me quieres menos?» (T, XI, 1564)[9].

**De campanillas.** «De campanillas, o de muchas campanillas expresión figurada y familiar. Dícese de la persona de grande autoridad o de circunstancias muy relevantes» (DA). Es probable que la popularidad de este dicho se deba a la costumbre eclesiástica de tocar la campanilla cuando se acompaña al Santísimo Sacramento o se da la bendición solemne, para que los fieles le rindan reverencia. Fortunata, meditando en la capilla, piensa escuchar una voz que le dice: «—El hom-

---

[6] V. Rafael Salillas, «Psicología gitanesca», *Hampa,* Madrid, 1898. Citado por José M. Iribarren, *op. cit., El porqué...,* pág. 290.

[7] V. José M. Iribarren, *op. cit., El porqué...,* pág. 62. Carlos Clavería, *op. cit., Estudios...,* pág. 160. M. L. Wagner, «Sobre algunas palabras gitano-españolas y otras jergales», *Revista de Filología Española,* XXV, 1941, págs. 161-181. En este artículo Wagner comenta las locuciones «de buten», «de órdago» y «de rechupete», mencionadas en este capítulo.

[8] «'Una frase de cajón' quiere decir ya hoy una frase convencional y como litúrgica.» Miguel de Unamuno, *De esto y de aquello,* tomo II, Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1951, pág. 274.

[9] Para la construcción «saltar con» v. Amado Alonso, «Construcciones con verbos de movimiento», *Estudios lingüísticos. Temas españoles,* Gredos, 1951, pág. 230.

bre que me pides es un señor *de muchas campanillas»* (II, VI-VII, 249). «¿Qué personaje *de campanillas* entrará en el despacho del ministro?» (M, XXI, 610).

**De cáscara amarga.** (V. la locución «cáscara amarga», pág. 54). También significa «ser persona de ideas muy avanzadas» (DA), y consta que los conservadores aplicaban esta locución a los progresistas en el siglo XIX. Por extensión se dice de toda persona que no se ajusta a las normas que la sociedad juzga apropiadas. Doña Lupe, dispuesta a visitar a Fortunata en su casa, piensa que «había de conocerse (...) que la visitada era una moza *de cáscara amarga* (...) y la visitante una señora, y no una señora cualquiera» (II, IV-VII, 223).

**De chanfaina.** «Chanfaina» es usado en lenguaje de germanía como «rufianesca» (DA). Izquierdo emplea esta locución para insultar a los republicanos: «—Republicanos *de chanfaina»* (I, IX-IV, 109).

**De mil demonios.** A las sensaciones y situaciones desagradables, hambre, ruido, compromisos, negocios, etc., en vez de aplicarles un adjetivo calificativo, resulta más enfático y expresivo el uso de una de las siguientes locuciones «del diablo, o de los diablos, o de mil diablos, o de todos los diablos, expresiones con que se exagera una cosa por mala o incómoda» (DA). Jacinta: «—Tengo un hambre *de mil demonios»* (I, V-IV, 55). Moreno Rubio: «Hay aquí dentro un zipizape *de mil demonios»* (IV, II-I, 446). (V. «zipizape», pág. 46. Moreno Rubio usa este término para designar el ruido que se oye al auscultar a un enfermo). Por falta de recursos económicos, Juan Pablo Rubín «estuvo con un humor *de mil diablos* todo el Jueves y Viernes Santo» (IV, V-VI, 499). De peor talante debía de estar Santa Cruz durante los días de su catarro, pues Galdós introduce una variación y dice: «La imposibilidad de salir de casa le pone de un humor *de doscientos mil diablos»* (I, VIII-III, 88).

**De encargo.** En lugar de la terminación '-ísimo, a' de los superlativos absolutos, el lenguaje coloquial emplea esta locución añadida a cualquier adjetivo, preferentemente en sentido peyorativo o irónico. A la esposa de Ido nos la presenta Galdós como «una infeliz mujer, mártir del trabajo y de la inanición, humilde, estropeadísima y fea *de encargo»* (I, VIII-IV, 93).

**De mis entretelas.** En sentido figurado y familiar, «entretelas» significa «lo íntimo del corazón, las entrañas» (DA). Esta locución equivale, pues, a «queridísimo, a». Villaamil dice irónicamente: «—Esta noche, Purita *de mis entretelas,* no hay teatrito, ¿verdad?» (M, XLIV, 681).

**De extranjis.** Locución familiar que significa «extranjero» (DA). Estupiñá saluda a Moreno que vuelve de Inglaterra con un coloquial: «¡Siempre por esas tierras *de extranjis!*» (III, II-IV, 318).

**De gancho.** En lugar de preguntas «capciosas» dice Galdós acerca de la confesión de Fortunata: «Donde la penitente no podía llegar con su sinceridad, llegaba el penitenciario con sus preguntas *de gancho*» (II, VII-I, 261).

**De labios afuera.** Puede aplicarse a todo aquello que se dice pero no se siente. Es una forma coloquial de significar lo «aparente» o puramente de palabra, «oral». Guillermina quiere hacer ver a Izquierdo lo absurdo de la pretensión de éste, y le dice: «—Porque eso de que Castelar le coloque es cosa *de labios afuera*» (I, IX-IX, 123).

**De marras.** Locución antiquísima que ya encontramos en Berceo (*Vida de San Millán,* copla 206). El DA la supone derivada del árabe «marra», «vez», y la explica como «locución que, precedida de un sustantivo o del artículo neutro «lo», denota que lo significado por éstos ocurrió en tiempo u ocasión pasada a la que se alude. El *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana* de J. Corominas afirma que ya los clásicos la utilizaban con matiz vulgar. Es muy frecuente en la pluma de Galdós. La noche que Fortunata abandona el domicilio conyugal para ir a vivir al piso de Santa Cruz, Nicolás le pregunta: «—Y ese pelafustán, ¿es el *de marras?* Fortunata contestó que sí, sin comprender lo que quería decir *de marras*» (II, VII-XII, 291). (V. «pelafustán», pág. 128). También Feijoo recela del antiguo amante de la joven y le dice: «—Creo que no me faltarás como no se descuelgue otra vez el danzante *de marras* (III, IV-III, 333). Cuando doña Bárbara se cree abuela del falso Pituso, piensa: «¡Ah!, las resultas de los devaneos *de marras* (I, X-IV, 137), y cuando el nieto auténtico por fin llegó, nos dice Galdós que «se contenía por no incurrir en la ridiculez de un chasco semejante al *de marras*» (IV, VI-XV, 542).

**De miel.** Si las sensaciones desagradables eran calificadas con la locución «de mil demonios» y otras semejantes, vemos ahora «de miel» aplicada a lo que se presenta de modo dulce y agradable. «Con cuatro palabritas *de miel,* ya estaba él contento» (II, II-VIII, 188).

**De mírame y no me toques.** «Aplícase a las personas nimiamente delicadas de genio o de salud, y también a las cosas quebradizas y de poca resistencia» (DA). En este segundo sentido de «frágil» la emplea Galdós al describir la sala de la casa de Villaamil: «Había cestos, estantillos, muebles diminutos, capillas góticas y chinescas pa-

godas, todo muy mono, frágil, *de mírame y no me toques,* y muy difícil de limpiar» (M, V, 566).

**De órdago.** Significa «excelente, de superior calidad» (DA), al igual que la ya vista «de buten», es de origen gitano (V. nota 7). En el lenguaje coloquial se emplean estas locuciones para subrayar el carácter extraordinario de lo comentado, a veces, no precisamente en sentido meliorativo. Así sucede cuando Aparisi quiere enfatizar el trastorno político que va a causar la abdicación de don Amadeo de Saboya: «—La que se va a armar ahora aquí será *de órdago*» (I, VII-III, 81). Igual significado tiene la locución «de padre y muy señor mío», «con que se encarece la gran intensidad o magnitud de alguna cosa» (DA). Villaamil, al querer dar una enhorabuena extraordinariamente efusiva, dice: «—Quiero darle un parabién bien dado..., una enhorabuena *de padre y muy señor mío*» (M, XXXVIII, 663). Según M. L. Wagner, «la locución 'de padre y muy señor mío' parece ser una ampliación de 'de padre', y originariamente se referiría a un regaño o a una severa reprimenda o castigo, de los que sólo un padre está autorizado a dar... Y esta locución, sentida con el significado de 'muy importante'..., se extendería luego a otros casos como una fuerte borrachera, una enfermedad grave, etc.» [10]. Una tercera locución de igual contenido es «de tomo y lomo», es decir, «de consideración o importancia» (DA). «—¿Sabes que me estás pareciendo un sabio *de tomo y lomo?*» (M, XL, 669). Si las tres locuciones vistas sirven para atribuir la cualidad de excepcional, es frecuente también el uso de «cosa del otro jueves» para negar esta misma característica. El DA menciona «no ser cosa del otro jueves» como «frase figurada y familiar con que se indica no ser extraordinario aquello de que se habla». Disculpando las travesuras estudiantiles del joven Santa Cruz, dice Galdós que «los desvaríos de Juanito no eran ninguna cosa *del otro jueves*» (I, I-II, 16), y cuando Feijoo quiere convencer a Juan Pablo Rubín de que Fortunata es muy desgraciada a pesar de su aspecto saludable, escribe: «Un rato estuvo mi hombre discurriendo cómo probar que no es cosa *del otro jueves* que las personas afligidas engorden» (III, IV-VII, 345).

**De oro.** Locución inspirada en una asociación semejante a la que crea la ya vista «de miel», puesto que el oro simboliza todo lo valioso. El DA la explica como «precioso, inmejorable, floreciente, feliz. Corazón de oro, edad de oro». Maxi, refiriéndose al hijo de Fortunata y a la innoble conducta del padre de la criatura, dice: «—Su papá

---

[10] M. L. Wagner, *Zeitschrift für Romanische Philologie,* 49, pág. 21. Citado por Werner Beinhauer, *op. cit., El español...,* pág. 266.

es *de oro»* (IV, VI-IV, 509), ejemplo en el que, evidentemente, se trata de una ironía.

**Del otro jueves.** (V. «De órdago», pág. 74 y sig.).

**De padre y muy señor mío.** (V. «De órdago», pág. 74 y sig.).

(Cara) **de palo, de vaqueta, de viernes, de pascua.** Locuciones que aluden a la expresión del rostro. Doña Pura a su esposo recriminándole su sistemático pesimismo: «¡Ay, que hombre! Eso también es ponerle a Dios cara *de palo»* (M, VIII, 573). Sin duda que la sequedad y adustez de la expresión facial ha sugerido la comparación con el palo. También es frecuente oír «cara *larga».* Guillermina: «—La costumbre de pedir me ha ido dando esta bendita cara *de vaqueta* que tengo ahora» (I, VII-I, 78). El DA registra dos significados para esta locución: «Semblante muy serio, hostil» y «persona que no tiene vergüenza». Lo segundo es lo que la dama quiere decir, y con ello alude a la facilidad y decisión con que solicita toda clase de ayudas para su obra de beneficencia. Los alardes de falsa devoción han dado origen a la locución «cara de viernes», puesto que éste es el día consagrado al ayuno y demás prácticas de penitencia. El DA la explica como «la macilenta y triste». Con ocasión de su aspecto taciturno, ocasionado por los problemas de su doble vida, Fortunata tiene que escuchar este reproche de doña Lupe: «—Haz el favor (...) de dejarte en la calle tus agonías y no ponérteme delante con esa cara *de viernes»* (IV, III-III, 467). El origen religioso queda más puesto en evidencia con la también frecuente locución «cara de viernes santo» en la que expresamente se menciona el día consagrado de modo especial a conmemorar la muerte de Cristo. De igual origen, pero de contrario significado es «cara de Pascua» que el DA trae como «la apacible, risueña y placentera». Jacinta, a pesar de la pena que la consume, se ve obligada a disimular y a «poner cara *de Pascua* a todos los que entraron felicitándose del suceso» (III, II-I, 309). «La tal doña Guillermina, con toda su opinión de santa, y su carita *de Pascua»* (I, IX-IX, 121).

**De patente.** Locución empleada por el gordo Arnáiz para enfatizar el «legítimo» o «auténtico» linaje de la familia: «—Somos Trujillos, netos, *de patente»* (I, II-I, 20).

**De pecho.** Dícese «niño de pecho» al que por su poca edad sólo se alimenta de la leche materna, y por extensión se aplica el genitivo «de pecho» a todo aquél que se halla al comienzo de algo. Galdós verifica uno de sus juegos de palabras refiriendo esta locución al sabio y comparando la sabiduría a la leche: «Por aquellos días no

era todavía costumbre que fuesen al Ateneo los sabios *de pecho,* que están mamando la leche del conocimiento» (I, I-I, 14).

**De medio pelo.** «Locución figurada y familiar con que se zahiere a las personas que quieren aparentar más de lo que son, o a cosa de poco mérito o importancia» (DA). En el lenguaje coloquial esta locución es lo contrario de las ya vistas «de alto copete» y «de campanillas». Don Lope, muy en su papel de celador de la honra de las mujeres que viven bajo su mismo techo, advierte a Tristana: «—Cuidado con esas seducciones para costureras y señoritas *de medio pelo»* (T, XXI, 1590).

**De malísimo pelaje.** Locución muy parecida a la anterior, pero de más fuerza peyorativa. El DA explica el término «pelaje» en sentido figurado y familiar como «disposición y calidad de una persona o cosa, especialmente del vestido. Usase por lo común con calificación despectiva». Galdós alude con esta locución tanto al aspecto externo como al nivel moral de las mujeres que visitan cierta taberna: «Mientras le servían observó la concurrencia: dos sargentos, tres paisanos de chaqueta corta y cuatro mozas *de malísimo pelaje»* (M, XLIV, 682).

**De perlas.** El DA explica esta locución como «perfectamente». Su uso en función adjetiva es frecuentísimo y ya aparece en los autores clásicos. Acerca del efecto que los disparates de Bailón producen en su vecino, dice Galdós: «Todo esto le parecía *de perlas* a don Francisco, hombre de escasa lectura» (TH, III, 913).

**De perros.** (V. «noche perra», pág. 55). En el lenguaje coloquial son frecuentes las locuciones «un año de perros», «un invierno de perros», etc., para referirse a épocas de desastre. Galdós emplea este genitivo para expresar una catástrofe financiera: «No puso la mano en negocio que no resultara *de perros»* (T, II, 1544).

**De pie de banco.** Locución que suele emplearse para calificar de «absurdas» a ciertas razones y preguntas. El DA menciona «salida de pie de banco» como «despropósito, incongruencia, disparate» y Villaamil la aplica a la conducta de las mujeres de su familia: «Otra vez Pura y Milagros y mi hija, con sus salidas *de pie de banco»* (M, XLIV, 683).

**De la piel de Cristo.** El DA menciona «ser de la piel del diablo» como «ser muy travieso, enredador y revoltoso, y no admitir sujeción». Galdós pone en boca de Mauricia dos locuciones de sentido contrario a la recogida por la Academia, con las que se quiere indicar las virtudes de Guillermina y Jacinta: «—Es *prima hermana del Na-*

*zareno* (...) Pues déjate que venga la otra..., también aquella es *de la piel de Cristo»* (III, VI-I, 370).

**De punta.** Locución que puede ir unida a un expresivo gesto (como se verá al estudiar la importancia de los gestos en la obra galdosiana) y cuyo significado es el de «enfadado». El DA registra «estar de punta uno con otro» como «estar encontrado o reñido con él». Cadalso, explicando sus relaciones familiares, dice: «—Mi cuñado Ildefonso y yo estamos así..., un poco *de punta»* (M, X, 579).

**De puntapié.** Así califica Estupiñá cierto establecimiento comercial «mediocre» o «inferior»: «—Una de esas platerías *de puntapié,* que todo lo que tienen no vale seis duros» (I, IV-I, 43).

**De rechupete.** «Muy exquisito y agradable» (DA). Probablemente alude al hábito vulgar de chuparse los dedos con que se toma un manjar delicioso. (V. la nota 7). Cuando esta locución no se aplica a manjares, sino a la belleza femenina, la expresión no será refinada, pero no puede negarse que el atractivo de la belleza queda enérgicamente resaltado. Villalonga elogia los encantos de Fortunata: «—Tendrías que verla por tus propios ojos. Está *de rechupete»* (I, XI-I, 152).

**De remate.** Locución que unida al adjetivo «tonto» o «loco» tiene valor de «modo adverbial. Absolutamente, sin remedio» (DA). Fortunata piensa: «Seré tonta *de remate* si no me caso» (II, VI-V, 245). En el lenguaje coloquial con frecuencia se omite el adjetivo y la locución toma su lugar. Así se oye «está de remate».

**De riñones.** El DA explica la frase «tener riñones» como «figurada y familiar. Ser esforzado». Riñones es término eufemístico para encubrir otras expresiones groseras. Con la misma finalidad suele decirse «agallas», «arrestos», etc. Juan Pablo Rubín manifiesta la necesidad de un sujeto valiente y enérgico diciendo: «—Aquí lo que hace falta es un hombre *de riñones,* un tío de mucho talento» (III, I-IV, 300).

**De rúbrica.** «Ser conforme a cualquiera costumbre o práctica establecida» (DA). Galdós explica los sencillos hábitos de la familia Arnáiz: «Era también *de rúbrica* el paseito los domingos» (I, II-VI, 33).

**De tomo y lomo.** (V. «de órdago», pág. 74 y sig.).

B) *Otras locuciones con función adjetival*

**A cuarto.** En esta locución, la palabra 'cuarto' se refiere a una moneda de cobre de poco valor que circulaba en el antiguo sistema. «A cuarto» tiene por lo tanto la significación de «barato», «de poco

valor» y es frecuente calificar con ella a lo que goza de inmerecida estima en opinión del hablante, para aludir con cierta ironía a lo que se tiene por un falso valor. Aurora no cree en la virtud de Jacinta y por eso comenta: «Con su cara de Niño Jesús y su fama de virtud. Sí; santidades *a cuarto*» (IV, I-XII, 444).

**Al canto.** El DA no recoge esta locución con el significado de «rápido», «inmediato» con el que suele encontrarse en la lengua coloquial y que tiene en las citas siguientes. Maxi: «—Si la mujer falta, divorcio *al canto,* y dejar que obre la lógica» (IV, VI-IV, 509). Cuando Fortunata se ve convertida en la señora de Rubín, asombrada ante la rapidez del hecho consumado, reflexiona: «Cuando apenas lo pienso, bendición *al canto*» (II, VII-V, 276).

**Arrimado a la cola.** El DA registra «ser arrimado a la cola» como «ser corto o rudo de entendimiento». No coincide con el sentido que le da Galdós al hablar de don Basilio: «Siempre fue mi hombre *arrimado a la cola,* como decían sus amigos; es decir, muy moderado» (III, I-II, 296). Por el matiz despectivo que conlleva, parece término semejante a los ya vistos «carca» (pág. 24) y «neo» (pág. 68).

**Con la pierna quebrada.** Equivale a «fastidiado». Villaamil considerando que su mujer no podrá ir al teatro cierta noche, dice irónicamente: «—Gracias a Dios que está usted *con la pierna quebrada.* ¡Jorobarse!» (M, XLIV, 681). Esta locución alude al refrán «La mujer honrada, en casa, la pierna quebrada». El verbo «jorobarse» es también de uso coloquial como sinónimo de «fastidiarse».

**Con un pico de oro.** El DA menciona la locución «pico de oro», «persona que habla bien». Recuérdese que el gran predicador San Juan Crisóstomo pasó a la historia con el sobrenombre de «Pico de oro». Galdós emplea esta locución en función adjetival con el significado de «elocuente». Acerca del cura Pedernero, nos dice: «*Con un pico de oro* que daba gusto» (III, I-IV, 301).

**Echado para adelante.** Locución que significa «decidido». A los curas que asisten a la tertulia de un café de la Puerta del Sol los presenta Galdós como «todos de buena sombra y muy *echados para adelante*» (III, I-IV, 301). (V. «De buena sombra», pág. 71). Característica del lenguaje coloquial es una rapidez que con frecuencia produce cambios fonéticos. La presente locución es oída muchas veces con la pronunciación «achao p'alante».

**En ascuas, sobre ascuas.** Significa «impaciente», «intranquilo». El DA menciona «Estar uno en ascuas. Frase figurada y familiar. Estar inquieto, sobresaltado». «Esto le ponía *en ascuas*» (II, VII-VIII, 282), dice Galdós, cuando Maxi, en plena crisis de celos, tiene que au-

sentarse de casa para trabajar en la botica. Cuando Jacinta presenta a su suegra el supuesto niño de Santa Cruz, doña Bárbara «miró a su nuera, que estaba *en ascuas*» (I, X-VI, 141). Fortunata asiste al teatro temiendo ser reconocida por algún testigo de sus pasados extravíos y «este recelo la tenía como azorada y *sobre ascuas* durante la función» (III, V-IV, 365).

**En pelota.** «En cueros» (DA), es decir, «desnudo». Antiguamente se decía también «en pelete» y así aparece en autores del siglo XVII [11]. Sobre las actividades de Izquierdo como modelo de pintores, leemos que hacía «de un tío *en pelota* que le llaman Eneas» (IV, IV-II, 485). (V. «tío», pág. 29).

**Leído y escribido.** «Dícese de la persona que presume de instruida» (DA). «Sor Facunda, que era la marisabidilla de la casa, muy *leída y escribida*» (II, VI-IX, 253). (V. «marisabidilla», pág. 31.)

**Levantadita de cascos.** Cadalso piensa de su cuñada: «¡Cuidado que es antipática y *levantadita de cascos* la niña!» (M, XX, 610). Galdós emplea aquí un cruce de dos locuciones coloquiales: «Ligero de cascos», «dícese de la persona de poco asiento y reflexión» (DA), y «levantar de cascos», «alborotar a uno con esperanzas lisonjeras y vanas para que ejecute alguna cosa» (DA). El cruce bien pudiera ser intencional, pues, efectivamente, la ligereza de la muchacha se debe a las falsas ilusiones que él le ha hecho concebir.

**Pegado con saliva.** Locución coloquial no registrada en el DA, pero muy frecuente entre estudiantes para calificar las lecciones mal aprendidas y pronto olvidadas. Es aplicable a cualquier trabajo intelectual de poca consistencia. A las animadas tertulias del café «una noche llevó Rubín, bien fresquecito y *pegado con saliva,* el tema de la pluralidad de los mundos habitados» (III, I-IV, 302). En Maxi, las ideas de perdón «existían en su mente como esas lecciones *pegadas con saliva,* que los estudiantes aprenden en los apuros del examen» (III, V-IV, 365).

**Poquita cosa.** «Dícese de la persona débil en las fuerzas del cuerpo o del ánimo» (DA). El niño Silvestre Murillo a Cadalsito, animándole a ser más decidido: «—Como tú eres así tan *poquita cosa,* es a saber, que no achuchas cuando te dicen algo» (M, I, 552).

**Por detrás de la iglesia.** Locución que no figura en el DA pero muy frecuente y expresiva para referirse a todo lo que no lleva la san-

---

[11] En *La pícara Justina* (tomo II, pág. 271 de la ed. Pueyo) se lee: «Le echaron del pueblo, así *en pelete* como estaba.» Citado por José M. Iribarren, *El porqué...*, página 168.

ción eclesiástica, a lo «ilegítimo». Este es el sentido que le da doña Bárbara cuando cree que el Pituso es su nieto: «—¡Un nietecito *por detrás de la iglesia!* ¡Ah!, las resultas de los devaneos de marras» (I, X-IV, 137). (V. «De marras», pág. 73).

**Salida de madre.** Locución que se aplica a la persona que actúa de manera inconsiderada y contraproducente. Nos trae a la imaginación los males que causa el río cuando por efecto de una crecida de las aguas se desborda, pues eso es lo que se llama «salirse de madre». El DA registra «salir de madre. Frase figurada. Exceder extraordinariamente de lo acostumbrado o regular». Maxi, ante la rebeldía de Papitos, la reconviene con un «hoy has estado un poco *salida de madre*» (II, II-VI, 183).

**Sin pena ni gloria.** El DA recoge «ni pena ni gloria. Expresión figurada que manifiesta la insensibilidad con que uno ve u oye las cosas». Fortunata emplea una locución parecida en lugar del adjetivo «insignificante» o «infeliz», y para expresar la indiferencia que le inspira su marido: «—Es un angelón *sin pena ni gloria*» (II, VII-VII, 279).

**Sin pies ni cabeza.** Locución que el DA registra, pero no comenta, sin duda por parecer obvio que se aplica a lo «absurdo», a lo que se presenta sin orden y fuera de todo método y razón. Cuando Maxi, sobrepuesto a su locura, visita a Fortunata y le habla en tono reposado y sereno, la esposa, desconcertada, «esperaba que tras aquellas palabras tranquilas vinieran otras airadas y *sin pies ni cabeza*» (IV, VI-III, 507).

**Tal cualita.** «Tal cual. Pasadero, mediano, regular» (DA). «—Tiene usted una casa muy mona. Para menestrales, *tal cualita*» (I, IX-VIII, 120).

Para cerrar los ejemplos aducidos de locuciones adjetivales, mencionamos el caso en el que al adjetivo aludido sustituye una oración de relativo de sabor coloquial. La estructura sintáctica de esta construcción da cabida a infinito número de consideraciones y observaciones, lo que explica su popularidad. En este giro, el sustantivo que había de ser calificado por el adjetivo elidido pasa a ser sujeto agente de la oración de relativo. Sobre los recursos «anticuados» de la palabrería de Víctor Cadalso, dice Galdós que «Víctor doraba sus mentiras con metáforas y antítesis de un romanticismo pesimista *que está ya mandado recoger*» (M, XVI, 598). Los cuentos «indiferentes» o «poco interesantes» que Fortunata relata a Guillermina son calificados así por ésta: «—No me traiga usted a mí cuentos *que no me dan frío ni calor*» (IV, VI-V, 513).

## III

## VERBOS Y LOCUCIONES VERBALES

Con el estudio de los verbos y de las locuciones verbales entramos de lleno en el más rico y variado filón del lenguaje coloquial. Entendemos por locución verbal la que consta de un verbo que, asimilando su complemento directo o preposicional, forma un predicado complejo. A diferencia de las locuciones nominales de origen verbal ya estudiadas, las locuciones verbales admiten modificaciones personales, temporales y modales, lo mismo que el verbo, coincidiendo también con el verbo en el hecho de que encontramos locuciones de carácter transitivo, «*echar el dogal al cuello* a un deudor», intransitivo, «*no caber en el pellejo* de puro gozo», y predicativo, «los novios *están de monos*».

Estas locuciones y giros, como el resto de las que forman el cuerpo de este estudio, no son privativas de la lengua española, ya que se dan en todos los idiomas modernos, pero sí es característica del español la extraordinaria abundancia de ellas —su desarrollo casi anormal, como dice Casares— y la estima en que han sido tenidas por los escritores de las épocas más brillantes de la literatura [1].

---

[1] Véase Julio Casares, *Introducción a la lexicografía moderna*, Madrid, C. S. I. C., 1950, los cuatro capítulos dedicados a «Los modismos», pp. 205-242. Amado Alonso también ha estudiado este tipo de construcciones. Después de enumerar algunas, comenta: «Algunos de estos ejemplos tienen su equivalente en otras lenguas; pero, en conjunto, constituyen una manifestación de la específica 'forma interior del lenguaje' del español (la 'Innerespracheform' de Humboldt), y uno de los rasgos más fisonómicos de nuestro estilo idomático. Pues es singularidad del español la libertad, prolificación y variedad de matices de estas construcciones sintácticas y de los cambios semánticos que entrañan, la profunda coherencia de estos nuevos valores expresivos, por diversos que sean, el que entren en el juego de significa-

Acerca de las causas de esta superabundancia, destacamos las dos principales. La primera es de carácter racial, pues estas locuciones «son creaciones populares basadas en la fertilidad y viveza de las asociaciones imaginativas; creaciones populares, no porque las haya inventado el pueblo amorfo, sino porque éste poseía, en el momento oportuno, la receptividad psicológica conveniente para que prosperasen ciertos hallazgos individuales, como prospera un germen dado en su caldo de cultivo específico» (Casares, *op. cit.*, página 219). La segunda es de índole lingüística, pues debe su origen a «la situación de indigencia en que vino a encontrarse el castellano, comparado con otras lenguas modernas, por lo que se refiere a ciertos recursos expresivos. Todas las neolatinas, como se sabe, nacieron sin haber heredado las posibilidades que ofrecían los aspectos del verbo indoeuropeo, y que aun pueden verse funcionar en las lenguas eslavas. Para suplir esta deficiencia se recurrió a las conjugaciones perifrásticas, y ya en este camino puede decirse que nuestra lengua superó a sus hermanas por la variedad y riqueza de los matices conseguidos» (Casares, *op. cit.*, págs. 219-220). La profusión y diversidad de los textos galdosianos reunidos en este capítulo creo que constituyen una buena prueba de ello.

Ante el problema de cómo organizar lo que un famoso folklorista llamó «la sal y pimienta del lenguaje», he elegido un método que destaque convenientemente las notas de sabor y color. El lenguaje coloquial se distingue precisamente por estas cualidades, frente a la expresión intelectual excluyente de las cargas afectivas. En vez de un orden puramente alfabético, que hubiera convertido este trabajo en algo muy parecido a un diccionario, opté por un sistema preferentemente psicológico y afectivo. Las numerosas locuciones y verbos empleados por Galdós aparecen agrupados bajo los infinitivos a los que, en última instancia, son reducibles. He tratado de seleccionar infinitivos cuya acepción abarque un ancho campo lingüístico, y siempre he tomado la palabra en su sentido más lato. Cada infinitivo incluye una serie de conceptos referentes a un complejo verbal. Así, bajo el epígrafe «morir», figuran también locuciones que significan matar o ser causa de la muerte ajena; «hablar de cosas desagradables» incluye la idea de reñir, insultar, reprender y conceptos similares. «Amenazar», sin embargo, forma epígrafe aparte

---

ciones traspuestas gran parte de los verbos de movimiento (y aun algunos de los de reposo y posición), ('muchos, decimos nosotros') y, por último, la secular fecundidad del procedimiento, que desde el amanecer de nuestra lengua ha venido creando sin cesar nuevos giros, rehaciendo y vivificando constantemente el sistema, lo mismo que hoy sigue haciéndolo tanto en España como en los diferentes países de América» *(Estudios lingüísticos. Temas españoles,* Madrid, 1951, p. 231).

porque las locuciones aquí reunidas tienen un aire común que justifica tal distribución.

Toda persona que se interese en los problemas del lenguaje se da cuenta de que querer encerrar materia tan fluida en moldes fijos es querer poner puertas al campo. Contra cualquier sistema adoptado se presentarán otros igualmente posibles. ¿Dónde está la linea divisoria entre «aficionarse», «desear» y «amar»? ¿A cuál de estos tres infinitivos es reducible la locución coloquial «entrarle a uno por el ojo derecho»? Son preguntas a las que no se puede responder de modo definitivo y tajante. Hemos de considerar lo que el novelista quiso lograr o sugerir. En varias ocasiones nos encontramos con que Galdós usa la misma locución con diferentes sentidos, y en tales casos hacemos que la locución aparezca en los diversos grupos en los que lógicamente debe constar. El consultor del diccionario oficial verá también que en muchos ejemplos el novelista usa una locución con un sentido distinto del que allí se recoge; una prueba más de que no hay diccionario que pueda reunir los infinitos usos de que la lengua es capaz.

No he querido separar los verbos de las locuciones porque, como ya he dicho, aunque son elementos gramaticalmente heterogéneos, cumplen la misma función estilística dentro del lenguaje coloquial. En cuanto a la extensión de cada epígrafe, como era de prever, algunos se reducen a uno o dos vocablos o locuciones, mientras que otros alcanzan una lista de longitud considerable. Llegamos a la conclusión de que el lenguaje es como un almacén provisto muy desigualmente. Algunas ideas se representan con brevedad, y en cambio, otras, seguramente las que más envuelven las emociones de los hablantes, están plasmadas en una gran variedad de expresiones afectivas. En la presentación de los infinitivos cabeza de epígrafe, sí se sigue el orden alfabético, aunque las locuciones y verbos que se refieren a emociones y a actos mentales van seguidas de sus afectivamente contrarias. Así, a continuación de «aceptar», se mencionan las expresiones que significan lo contrario, es decir, «rechazar». En el lugar alfabético correspondiente a «rechazar» aparece una llamada para indicar el epígrafe que debe consultarse. Creo que así quedan resaltadas más a lo vivo las características del habla coloquial.

## Aceptar - rechazar

**Aguantarse el gorro.** Locución que resume la actitud de quien tiene que aceptar y ser testigo impasible de acciones atrevidas o indeco-

rosas en sentido amoroso o sexual. Cuando Jacinta quiere rechazar las caricias que su marido le hace en la calle durante el viaje de novios, él le replica: «—Mejor...; si nos ven, mejor... Que *se aguanten el gorro*» (I, V-II, 52). Cadalso protesta de las melosidades que se prodigan los novios Abelarda y Ponce: «—Amiguitos, *los gorros a quien los tolere*» (M, XIX, 604). Ambas locuciones se basan en la conocida expresión familiar «poner el gorro a uno» que el DA explica como «cortejar o requebrar a una mujer en su presencia».

**Apechugar con.** En sentido familiar significa «admitir, aceptar alguna cosa, venciendo la repugnancia que causa» (DA). En cierta ocasión Estupiñá, a falta de otros libros, se vio forzado a leer el *Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Lugo*, y Galdós lo explica así: «*Apechugó*, pues, *con* aquello, pues no había otra cosa» (I, III-IV, 42). Ante los cambios de modas y sus consecuencias en el comercio, dice Isabel Cordero a su marido: «—Pues *apechuguemos con* las novedades» (I, II-V, 30). El loco Maxi predicando la aceptación de la muerte: «—El momento de la liberación es aquel en que uno se considera suficientemente purificado para *apechugar con* el paso de un mundo a otro» (IV, I-X, 439). Jacinta aconseja a Moreno: «—Si se le presenta una inglesa fresca y de buen genio, cásese, *apechugue con* ella» (IV, II-II, 449).

**Dar el pase. Decir amén.** Locuciones ambas que son empleadas por Nicolás Rubín para indicar a Fortunata que si él la acepta en la familia, los demás no tendrán nada que oponer: «—Yo le respondo a usted que, como este indigno capellán *dé el pase*, toda la familia *dirá 'amén'*» (II, IV-V, 218). Una línea parecida siguen expresiones como «hay que *darle cuerda por* ahí, y dejar que mangonee todo lo que quiera» (III, IV-VI, 342), con la que Feijoo aconseja a Fortunata que en todos los asuntos domésticos acepte la opinión de su tía política; «*doy de barato* que ese muñeco sea mi nieto» (I, X-IV, 137); «*yo doy de barato* que haya familia en las estrellas» (IV, I-I, 415), introducidas por doña Bárbara y Ballester respectivamente aceptando la posibilidad de los hechos.

**Darse a partido.** El DA explica esta locución como «ceder de su empeño u opinión». Cuando el farmacéutico Ballester acepta que lo de envenenar a Ponce era tan sólo una broma, dice Galdós: «*Dióse a partido* el exaltado boticario, diciendo que la pelotilla era de azúcar con aceite de crotón» (IV, I-IX, 437). Estupiñá, en cambio, no acepta el hecho consumado de la desaparición de un templo madrileño: se descubre y persigna cuando pasa por delante del edificio que ocupa el lugar de la antigua iglesia. Galdós explica: «Estupiñá no *se dio a partido*» (I, III-III, 39).

**Estar a las agrias y a las maduras.** Es locución que expresa la necesidad de aceptar tanto las cosas gratas como las ingratas que nos trae la vida. Maxi le dice a Fortunata al darle la noticia de los amores de Santa Cruz y Aurora: «—Hija, es preciso *estar a las agrias y a la maduras.* ¿Qué querías? ¿Herir y que no te hirieran? ¿Matar y que no te mataran?» (IV, VI-IV, 510).

**Hacerse de manteca. Hacerse de miel.** Son locuciones que se aplican al que se muestra demasiado blando en aceptar lo que luego puede perjudicarle. Torquemada aconseja a doña Lupe dureza en los tratos usurarios, porque «el que *se hace de manteca,* pronto se lo meriendan» (II, III-II, 196), y Segunda, instando a Fortunata a no aceptar la pobreza después de dar a luz al único hijo de la familia Santa Cruz, dice: «—Chica, chica, no *te hagas de miel;* levanta tu cabeza» (IV, VI-XII, 535). Un sentido más concreto y tajante vemos en el giro vulgar «hincar la jeta», algo así como acceder a la fuerza a alguna cosa: «Mi querida tía, 'alias' la baronesa de Rothschild, no tendrá más remedio que *hincar la jeta* y darme lo que necesito» (IV, III-VIII, 480), piensa Juan Pablo Rubín (V. «jeta», pág. 34). En contraposición: «—*Pongamos cara de vaqueta* a la desgracia, y no permitamos que nos acoquine» (TH, VI, 923), es usada por Bailón, tratando de alentar a Torquemada para que acepte la muerte de su hijo con entereza. (V. cara «de vaqueta», pág. 75.)

**Tener buenas tragaderas.** (V. «despachaderas» y «entendederas», página 37). Esta locución equivale a «poco escrúpulo, facilidad para admitir o tolerar cosas inconvenientes, sobre todo en materia de moralidad» (DA). Al recriminar a Maxi su disposición a aceptar una novia de pasado tempestuoso, dice su tía: «—Sí, sí, me han dicho que es muy corrida. *Tienes buenas tragaderas* —afirmó doña Lupe con crueldad» (II, III-IV, 201). (Para «corrida», v. pág. 64.)

La idea contraria, o sea, la de resistirse a aceptar, casi siempre movidos por una fuerza pasional, lo que se nos cruza en el camino de la vida, es el concepto reflejado en las locuciones a continuación. Fortunata reconoce su culpa al rechazar su oportunidad de redimirse, cuando dice: «—A los que me querían afinar y hacerme honrada *les di* con su honradez *en los hocicos*» (III, IV-I, 328).

**No dar su brazo a torcer.** Locución que significa «mantenerse firme en su dictamen o propósito» (DA). Iribarren opina que esta locución parecer aludir «al juego de 'pulsear', en el que dos personas, puestos los brazos en ángulo, asidos por su mano derecha y apoyados los codos en una mesa, luchan 'a pulso' por torcer o doblar el ante-

brazo del contrario, hasta hacerle tocar la mesa con el puño» *(El porqué de los dichos,* Madrid, Aguilar, 1962, p. 260). Acerca de la oposición de doña Lupe al noviazgo de Maxi, nos dice Galdós: «Doña Lupe (...) no quiso *dar su brazo a torcer* ni dejar de mostrar una inflexibilidad prudente» (II, IV-I, 205), y más adelante vuelve a repetir que «con el sobrinillo no quería la señora *dar su brazo a torcer»* (II, IV-VI, 220). De la práctica de 'pulsear' también proviene la locución «luchar a brazo partido», puesto que el contendiente que «no daba su brazo a torcer», podía resultar con el brazo partido. Su significado es el de luchar denodadamente[2]. Una locución análoga a la de «no dar su brazo a torcer», aunque más directa y de origen menos complicado es la utilizada por Mauricia cuando previene a Fortunata de la resistencia de los hombres a aceptar la virtud de la mujer: «—Si una se pone a ser, verbigracia, honrada, los muy peines *no pasan por* eso» (II, VI-II, 236). (V. «peine», pág. 25). Asociada con el capricho o el gusto de una persona hallamos la construcción con «petar»: «Bien decía mi Jáuregui que él era muy liberal, pero que *no le petaba por* la libertad de cultos» (III, V-III, 364), con la que recuerda doña Lupe la intransigencia de su marido en materia de religión. Roza de alguna manera lo anterior lo que nos refiere Galdós sobre la resistencia de Aurora a las pretensiones de su madre: «Se defendía con ingenio y tesón, como quien sabe que es mayor de edad y puede, cuando quiera, *echar a rodar* la autoridad materna» (IV, V-IV, 497).

**Sacudirse las cadenas.** Esta locución está inspirada, probablemente, en la famosa aclamación «¡Vivan las cadenas!» (V. la nota 2 al cap. I, página 24). Refiriéndose al progreso social de los dependientes de comercio y al hecho de que ciertas costumbres humillantes ya habían sido definitivamente rechazadas, escribe Galdós: «Ya los dependientes habían empezado a *sacudirse las cadenas»* (I, II-V, 28). Muy similar es la locución empleada para explicar la habilidad de doña Bárbara en rechazar lo que no le conviene, pues «sabía *sacudirse una mosca que le molestase»* (I, II-III, 24).

**Seguir en sus trece.** Varios investigadores opinan que el origen de esta locución que significa «persistir con pertinacia en una cosa que ha aprendido o empezado a ejecutar» (DA) rechazando toda oposición, está en la terquedad con que el antipapa Pedro de Luna (Benedicto XIII) mantuvo hasta su muerte en Peñíscola (1424) sus derechos a la tiara durante el cisma de Occidente. (V. José M. Iribarren, *op. cit.,* pág. 145). Cuando Juan Pablo Rubín no se siente

---

[2] Véase Julio Casares, *op. cit.,* p. 237.

con valor para aceptar su ruina económica, piensa: «En fin, yo *sigo en mis trece*» (IV, V-V, 499). La misma idea de no aceptación se refleja en la expresiva locución «tenérselas tiesas». Doña Bárbara no cede ante las marrullerías de su hijo, pues como dice Galdós, «mujer de tanto espíritu como corazón, *se las tenía muy tiesas* y sabía defenderse» (I, I-II, 16). Cuando Maxi sabe mantener su voluntad por encima de la de su tía, leemos: «Mi hombre se veía más respetado y considerado desde que *se las tuvo tiesas* con su tía» (II, IV-II, 207), y cuando con su hermano Nicolás observa una actitud semejante, nos dice Galdós: «Nicolás no le dejaba meter baza; pero el otro *se las tenía tiesas*... ¡Terrible duelo entre el sermón y el lenguaje sincero de los afectos!» (II, IV-III, 211). La misma locución hallamos en boca de Maxi al narrar a su familia la discusión que hubo entre Guillermina y los protestantes: «—Los pastores *se las tuvieron tiesas,* y doña Guillermina *más tiesas* todavía» (III, V-III, 364). (Esta locución será estudiada bajo otro aspecto en el último capítulo, epígrafe «Elipsis».)

## Afectar y sus contrarios

**Coger de medio a medio.** Con esta locución explica Galdós cómo lo psicológico afecta la moda del vestido, pues la «evolución de la 'seriedad europea', (...) nos *ha cogido de medio a medio*» (I, II-V, 29), siendo causa de la desaparición de algunas clases de tela.

**Dar fuerte.** Locución muy socorrida para expresar el modo como nos afectan algunas emociones. Benigna le dice a Jacinta cuando ésta, muy conmovida, se despide del Pituso: «—¡Qué *fuerte te da,* hija!» (I, X-IV, 136). La misma situación se repite páginas más adelante, y volvemos a leer: «Por lo cual dijo Benigna que no debía *darle tan fuerte*» (I, X-VIII, 147). Maxi, al ver la reacción de Fortunata ante la noticia de la traición de Santa Cruz, le dice: «—Comprendo que *te dé tan fuerte.* Así *me dio* a mí» (IV, VI-IV, 511). Significado análogo encontramos en el giro «tomar a pechos». Fortunata se halla muy preocupada porque su inoportuno comentario sobre Jacinta ha disgustado a Santa Cruz; la joven, hablando consigo misma, se dice: «—No *lo tomes tan a pechos*» (IV, III-I, 464), cuyo significado es el de «que no te afecte tanto».

Al hecho contrario, es decir, a la ausencia de una respuesta emocional ante los acontecimientos, se refieren las locuciones a continuación.

**No dar ni frío ni calor.** Con esta locución nos explica Galdós la inalterabilidad de don Baldomero a la noticia del premio que le ha correspondido en la lotería, pues, «estaba muy sereno y el golpe de suerte *no le daba calor ni frío*» (I, X-I, 126). Con la misma locución, variando el orden de los términos, responde Guillermina a habladurías que no le afectan en absoluto: «—No me traiga usted a mí cuentos que *no me dan ni frío ni calor*» (IV, VI-V, 513). Similar en el corte lingüístico y en el contenido ideológico es la locución verbal «no irle ni venirle a uno nada en una cosa», que significa «no importarle; no tener en ella interés alguno» (DA). Galdós la emplea para formular interrogaciones que obviamente requieren una contestación negativa. Cuando doña Lupe se preocupa por la herencia de sus sobrinos, acaba por pensar: *«¿A mí qué me va ni me viene?»* (II, IV-II, 208), y sobre la proyectada reconciliación del matrimonio Rubín, que tanto la obsesiona, se hace esta reflexión: «No sé por qué me devano los sesos, porque, en rigor, *¿a mí qué me va ni me viene?»* (III, V-I, 358). Ballester reprende a Maxi por preocuparse de lo que no le afecta: *«¿A usted qué le va ni qué le viene* con que haya gente en Marte o deje de haberla?» (IV, I-I, 415). Aludiendo a la misma indiferencia con que debemos responder a lo que queda por debajo de nosotros, está la locución con la que el infeliz Ido anuncia que hará justicia tomando sangrienta venganza de su imaginaria ofensa: «—Y *me quedaré tan fresco, como si tal cosa»* (I, VIII-IV, 93).

## Aficionarse y sus contrarios

**Darle a uno por.** La afición que se cobra a una cosa: actividad, costumbre, idea, etc., suele expresarse con esta locución. «¿Pues no *le ha dado* ahora *por* hacerme camisas?» (III, III-I, 321) piensa Santa Cruz del entretenimiento favorito de Fortunata. Cuando ella le explica su obsesión de que también él debería ser pobre puesto que así el amor encontraría menos obstáculos, él le responde: «—Vaya, *por dónde te ha dado* ahora» (II, VII-VII, 279). Sobre el entusiasmo de Juan Pablo Rubín por los libros de medicina, dice Galdós: «Entonces *le daba por* leer libros de esta ciencia» (IV, III-VIII, 478), y cuando doña Bárbara reflexiona acerca de la dedicación de su hijo a los estudios de humanidades, se dice: «En fin, más vale que *le dé por* ahí» (I, I-I, 14). Más adelante, al acabar el joven la carrera y relegar sus estudios hasta olvidarlos completamente, Galdós hace la siguiente observación: «No tardó, pues, en *aflojar la cuerda* a la

manía de las lecturas» (I, I-I, 14), locución que denota la idea contraria a la de «aficionarse».

**Darle a uno el hipo por.** Constituye una ampliación humorística de la locución presentada en el apartado anterior. La hallamos usada por Galdós en un irónico comentario acerca de la desmedida afición al lujo de cierta dama, «una señora a quien *le daba el hipo por* lo elegante» (TH, VI, 924). En la misma línea cabe colocar el giro vulgar con que Mauricia explica a Fortunata la debilidad de Jacinta: «—Quiere mucho a mi niña, y le compra ropa y *le da el toque por* llevársela consigo» (II, VI-III, 240), y la locución usada por Guillermina para reprender a su sobrino: «—Otras veces *te da la vena por* decirme heregías y hacerme rabiar» (IV, II-IV, 454). Un matiz afín se encuentra en el comentario de Feijoo a la afición de doña Lupe a creerse pretendida por el caballero: «—Cuando se quedó viuda *dio en la flor* de decir que yo le hacía el oso» (III, IV-VI, 342). El DA menciona esta locución como «contraer la maña de hacer o decir una cosa».

**Llamar.** Este verbo es empleado familiarmente con el significado de sentir afición, y así se oye muchas veces el que a fulano le «llama» determinada carrera o vocación. Galdós lo emplea en forma negativa para explicar la poca atracción de la señora de Santa Cruz por la ópera: «A Barbarita no la *llamaba* mucho el Real» (I, VI-III, 69).

## Alabar - alentar - animar

**Dar alas. Dar bombo.** Son locuciones que expresan de modo gráfico la idea de infundir alientos para seguir adelante. Don Lope advierte a Tristana del peligro de avivar las ilusiones de otros pretendientes jóvenes en perjuicio de la fama del caballero: «—Y si tú, por ligereza y aturdimiento me pones en berlina y *das alas* a cualquier mequetrefe para que me tome a mí por un... No» (T, XII, 1566). En otra ocasión es la joven la que necesita quien la aliente en su afición a la pintura, y le dice a Horacio: «—*Dame bombo,* anímame» (T, XIII, 1569).

**Echar una flor.** Locución equivalente a «piropear», esa práctica considerada por muchos una nota distintiva del ambiente callejero español. Maxi, en sus ilusiones, gusta de contemplarse muy distinto del que es, y se imagina «capaz de *echarle una flor* a la mujer más arisca» (II, I-III, 163). No deja de tener relación con la locución citada, circunloquios del tipo de «hacer el artículo» y «hacerse lenguas», que usa Galdós para explicar el arte de Isabel Cordero para

casar a sus hijas y las alabanzas que doña Lupe dedica a Aurora: «Era forzoso *hacer el artículo,* y aquella gran mujer, negociante en hijas, no tenía más remedio que vestirse y concurrir con su género a tal o cual tertulia» (I, II-VI, 33); «la mayor de las hijas del boticario, llamada Aurora, y de cuyas virtudes, talento y aptitud para el trabajo *se hacía toda lenguas* doña Lupe» (II, IV-II, 209).

**Poner en las nubes.** Locución muy sugerente del poder elevador que tiene la palabra laudatoria. Comentando el estreno de cierta comedia en un teatro de barriada, dice Ballester: «—La obra es una ferocidad; pero ciertos amigos del autor *la pondrán en las nubes*» (IV, I-V, 426). Sugerencias análogas encontramos en la locución empleada por Galdós para darnos a entender la posición privilegiada que finalmente alcanzó Izquierdo posando de modelo en el estudio de pintores profesionales, pues «hasta se hizo célebre y se lo disputaban y lo *traían en palmitas*» (I, IX-VI, 112), o la actitud sumisa de los vendedores frente a Estupiñá: «Los polleros de la Caba le *traían en palmitas,* y él se daba no poca importancia» (I, VI-V, 74).

Si el «traer en palmitas» alude a los miramientos de quien lleva un objeto valioso en la palma de la mano, la locución «quitar motas» tiende a hacer visible la deferencia del que está presto a apartar todo lo que sea motivo de enojo para la persona a la que se desea complacer. Doña Lupe piensa de su sobrino Juan Pablo: «Todavía es capaz de volver a las andadas, y de ir allá y *quitarle motas* al zángano de Carlos 'Siete'» (II, IV-I, 207), y cuando el propio Juan Pablo no quiere aceptar la credencial que Feijoo le ofrece con la restauración, dice: «—No soy de esos que hablan mal de una situación, y luego van a *quitarle motas* al que antes *desollaron*» (III, I-VI, 309). «Desollar» es claro que tiene un sentido contrario a «quitar motas», es decir, el de hablar mal o criticar a alguien.

## Amar y sus contrarios

Incluimos en este epígrafe locuciones y verbos referentes a la simpatía sentida por alguien, al deseo de establecer relaciones cordiales que pueden ser amorosas o no, expresiones que aluden a los peculiares modos de obrar del que busca tener propicia a otra persona, al sentir o producir fascinación, al arte de saberse hacer querer, y a los sentimientos contrarios de antipatía, despecho y malquerencia hacia alguien.

**Caer en gracia.** Con esta locución explica Jacinta la atracción que Fortunata sintió por el joven Santa Cruz a raíz del primer encuentro: «—Vamos, que *le caíste en gracia* y te estaba esperando» (I, V-II, 49). Bastante menos ingenua, pero alusiva a la fascinación que la hembra graciosa despierta en el varón es la que hallamos en boca de Olmedo al describir los encantos de Fortunata: «—Te juro que *daba el puro opio.* Parecía del propio París» (II, I-III, 164). Esta locución alcanzó enorme popularidad al ser cantada en una de las escenas más graciosas de la celebérrima zarzuela *La Verbena de la Paloma,* cuando el viejo tenorio ensalza los atractivos de las dos chulitas: «—Una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid, me *dan el opio* con tal gracia que no las puedo resistir.»

**Engolosinarse.** Es verbo que al ser aplicado al tema amoroso nos indica una pasión superficial y poco digna. Es el término elegido por Aurora para describir las veleidades sentimentales de Moreno: «—Y para mayor desgracia *se engolosina* ahora *con* Jacinta» (IV, I-XII, 444). «Entortolarse», por lo contrario, es verbo que tiende a destacar las ternezas y arrullos del ilusionado amor juvenil. Al padre de Jacinta no le parecen bastante expresivas las muestras de cariño entre ésta y su novio, y piensa que «debían *entortolarse* mucho más» (I, IV-II, 46). En la misma imagen de las avecillas mostrando su entusiasmo con caricias y batir de alas se basa el siguiente comentario de Cadalso ante la pareja de novios: «—¿No podrían aguardar a la luna de miel para *hacer los tortolitos?*» (M, XIX, 604).

**Entrar por el ojo derecho.** En el lenguaje amoroso abunda la comparación de la persona querida con los ojos, la luz de los ojos y símiles de esta especie. Sin duda que ha sido esta relación la que ha inspirado las locuciones a continuación, donde el sustantivo «ojo» o el verbo «ver» actúan como señales de los afectos. José María Iribarren *(op. cit.,* pág. 253) se extraña de que locución tan popular como la que encabeza el presente apartado no se halle recogida en ningún diccionario ni repertorio de frases y dichos, a excepción del *Diccionario de modismos* de Ramón Caballero. Galdós la pone en boca de Villalonga y de Ballester cuando manifiestan la simpatía y preferencia que sienten por Juan Pablo Rubín y por el crítico Ponce respectivamente: «—Yo, cuando encuentro una persona que *me entra por el ojo derecho...*» (IV, V-VI, 499); «—al que me *entra por el ojo derecho* le doy hasta la camisa» (IV, VI-I, 503). «Meterse por los ojos» la usa Galdós con el significado de «saber hacerse querer». Sobre la impresión que la pequeña Adoración produce en los ánimos de Jacinta y Rafaela nos dice que «no habían visto una niña tan bonita, tan modosa, y que *se metiera por los ojos* como aquélla» (I,

IX-VIII, 120). La coincidencia entre la mirada y los afectos se da más clara todavía en la locución «mirar con buenos (o malos) ojos». Fortunata reconoce que está muy lejos de ganarse el cariño de Jacinta, y le dice a Guillermina: «—Pero de eso a que *me mire con buenos ojos...*» (IV, VI-XI, 531); «se llegó a decir que Juan Pablo *no miraba con malos ojos* a la mayor de las hijas del boticario» (II, IV-II, 209). Don Baldomero expresa su aprobación por los progresos de su hijo diciendo: «—*No veo con malos ojos* que se despabile» (I, I-II, 17).

**No poder ver.** En esta locución el ver con los ojos es un sustituto del amar con el ánimo, lo que nos prueba una vez más la tendencia del lenguaje coloquial a suplantar lo abstracto por lo concreto y comprobable con los sentidos. La repugnancia de Jacinta por Villalonga la resume Galdós así: «Jacinta *no podía ver* al dichoso tocayo» (I, XI-I, 151). Fortunata reflexiona sobre la antipatía que le inspira su marido y se dice: «Si *no le puedo ver;* si me iría al fin del mundo por no verle» (III, VI-VI, 387), comentario en el que se da una curiosa coincidencia entre el sentido figurado de esta locución y el sentido recto de «ver». Cuando otro miembro de su familia política, doña Lupe, intenta visitarla, Fortunata exclama: «¡Ah! Que no entre... *No la puedo ver* (IV, VI-XII, 532). La locución es susceptible de una amplificación humorística, como se observa en el siguiente diálogo entre el clérigo Rubín y Fortunata:

*Rubín:* «—¿Le repugna a usted la memoria de esos escándalos?
*Fortunata:* —¡Oh! Sí, señor... Crea usted que...
*Rubín:* —Que *no los puede ver ni pintados.* Lo creo...» (II, IV-IV, 215).

Galdós también nos dice acerca de las poco cordiales relaciones entre las familias Villaamil y Cadalso: «Aunque se trataban las 'Miaus' y Quintina, *no se podían ver ni en pintura*» (M, XIV, 592).

**Hacer migas.** Es locución que alude a las migas que guisan los pastores, y presupone la idea de que el comer juntos y de la misma sartén es causa de amistad. Doña Lupe quiere relacionarse con Guillermina a toda costa y leemos que se ofrecía a todo lo que pudiera congraciarla con la dama, pues estaba «deseosa de introducirse y de *hacer migas* con la santa» (III, V-I, 357). En una metáfora casera se basa también la locución «hacer tilín» en la que «tilín», vocablo onomatopéyico que representa el tañido de la campanilla, se refiere, probablemente, al latir del corazón emocionado. Explicando la historia afectiva del joven Santa Cruz dice Galdós que el amor «él no lo había sentido nunca hasta que *le hizo tilín* la que ya era su mujer» (I, V-I, 48). El propio Santa Cruz declara a Jacinta:

«—Cuando digo que me estás *haciendo tilín*» (I, VIII-III, 89). Maxi, durante la época de purificación de su futura esposa, teme que Fortunata se dé a amar «a Jesucristo, que es el Esposo que a las monjas de verdadera santidad *les hace tilín*» (II, V-II, 229). A un amor muy distinto se refiere Mauricia cuando le pinta a Fortunata los peligros de la vida en un pueblo pequeño: «—Resulta que el alcalde (...) y si no el juez, si lo hay, *te hace tilín*» (II, VII-II, 266).

**Hacer el trovador. Hacer el Otelo.** Son locuciones sobre un patrón lingüístico semejante al de las anteriores, aunque de evidente origen literario. La primera de ellas, con sus connotaciones románticas de amante rendido a la manera medieval, tiende a señalar la conducta peculiar del que se halla obsesionado por un sentimiento amoroso. Al observar ciertas anormalidades en Maxi: «—O está también *haciendo el trovador* —decía doña Lupe— o le pasa algo» (II, IV-I, 206). Acerca de un devaneo amoroso de Moreno, comenta Aurora: «—*Hacía el trovador* de la manera más infantil del mundo» (IV, III-II, 466). La alusión a los celos es evidente en la segunda locución. Galdós se refiere a los del practicante Quevedo, celos que desaparecieron con el exagerado aumento de peso de su mujer, y desde entonces, «no volvió a *hacer el Otelo*» (IV, V-III, 493). La práctica, corriente en la época de la novela, de deambular ante la casa de la mujer pretendida y pasar horas al pie de su balcón en espera de alguna señal de aceptar el rendimiento del galán, dio pie a la locución «pasearle la calle a la dama». Feijoo la utiliza para referirse a las pretensiones de doña Lupe: «—Decía la muy fatua que yo *le paseaba la calle*» (III, IV-VIII, 347), y en otra ocasión, aludiendo a las mismas ilusiones de la viuda, afirma: «—Dio en la flor de decir que yo *le hacía el oso*» (III, IV-VI, 342), giro estrechamente relacionado con los que acabamos de presentar. (V. «dar en la flor», página 89). En «hacer el oso» se encuentra una comparación del galán enamorado y esta fiera, aunque la alusión sea, probablemente, a los osos domesticados que solían llevar los artistas ambulantes y al que obligaban a hacer sus gracias en la calle y bajo los balcones de los espectadores. Sea como sea, tal identificación es frecuente y a ella se refiere el comentario de Ballester sobre el pretendiente que «le pasea la calle» a Olimpia: «—Le he conocido *siete osos*, y lo que es a éste no le pesca tampoco» (IV, VI-I, 503).

**Torear.** Este verbo, ajeno a primera vista a la esfera afectiva, lo usa Feijoo para poner de manifiesto la gracia, ligereza y elegancia de sus aventuras amorosas: «—Si en mis treinta y en mis cuarenta, y aun en mis cincuenta, *he toreado por lo fino*, lo que es ahora...» (III, IV-VII, 345). En la lengua coloquial es frecuente el uso de «to-

rear» como sinónimo de «burlar» o «engañar», de donde proviene el tan corriente «no me toree usted», pero ello no quita validez y eficacia a que el mismo verbo se use para aludir a una actuación habilidosa en el terreno pasional, como vemos que lo hace Feijoo, sin perjuicio de que el caballero también esté pensando en lo que de engaño y burla hubo en sus devaneos. De origen taurino son también las locuciones «poner varas», que significa dar garrochazos al toro, y «tomar varas» recibir el toro garrochazos. Ambas son empleadas, en sentido figurado, para referirse al hecho de hacer o recibir insinuaciones amorosas algo picantes. Cuando los funcionarios del Ministerio bromean sobre los futuros destinos, uno de ellos dice: «—Espinosa, por la buena lámina, iría a Estado, a *poner varas* a las diplomáticas» (M, XXVI, 629); y sobre los celos de Rubín, nos dice Galdós que «lo que desorientaba más a Maxi era que ella no *tomaba varas* con nadie» (II, VII-VIII, 281).

**Tener ley. Tomar ley.** Son locuciones que sirven para presentar un afecto sólido y duradero. Mauricia explica el afecto de doña Guillermina porque «mi madre era la que les planchaba. Por eso *nos tiene tanta ley*» (II, VI-II, 236). Severiana echa mano de este giro para explicar el cariño de su marido por la niñita Adoración: «—Mi Juan Antonio *le ha tomado tal ley* a la chica, que no se puede pasar sin ella» (I, IX-VIII, 120), y Feijoo lo emplea para explicar el caso de esposas que se casaron sin ilusión y que luego, al convivir con el marido «le han ido *tomando ley* poquito a poco» (III, IV-IX, 352). Construcción muy similar es la usada por Galdós para comentar la pasión que dirige la vida de Fortunata: «Ella declaraba con su sinceridad de siempre que, en efecto, *le conservaba ley* al maldito autor de sus desgracias» (III, IV-III, 333). Más expresiva de la emoción que causa un profundo cariño es la locución con la que Severiana expresa la inmensa ternura hacia su sobrinita abandonada: «—Aquí me dejó la criatura, y no nos pesa, porque *me tira al alma* como si la hubiera parido» (I, IX-VIII, 120).

A mayor abundamiento mencionamos a continuación algunos ejemplos de andadura semejante, antítesis de los sentimientos cordiales expresados en las locuciones presentadas. El sentido es obvio dentro de su contexto: todos ellos son un eco de la hostilidad sentida hacia una persona que nos resulta antipática. Aparte de las locuciones construidas a base del giro «no poder ver», ya estudiado, encontramos el tan común «atravesársele a uno alguien»: a Izquierdo, «doña Guillermina, con toda su opinión de santa, y su carita de Pascua, *se le atravesaba*» (I, IX-IX, 121). El verbo «cargar» en sus connotaciones coloquiales de «incomodar, molestar, cansar»

(DA) es el elegido por Santa Cruz para expresar la antipatía sentida hacia cierto señor: «—No puedes figurarte lo que me iba *cargando* el tal inglés» (I, V-V, 59). Los sentimientos de doña Lupe por su sobrina política no difieren mucho de los manifestados en estas locuciones, pero la señora se plantea así la repugnancia sentida: «No, yo nunca *la tragué,* el Señor es testigo...; siempre *me dio de cara* (III, VII-V, 411), expresiones ambas que sirven para destacar la antipatía hacia alguien. Como las relaciones de esta señora con el mayor de sus sobrinos tampoco pecan de demasiado cordiales, a la hora de celebrar una fiesta familiar, nos dice Galdós que «se guardó muy bien de detener a su sobrino, por *la ojeriza que le tenía,* y Juan Pablo se fue» (II, VII-III, 269). Parecida en cierto modo a esta última expresión es la de «tener tirria»: «—A cuenta que el hombre me debía de *tener tirria*» (I, IX-V, 110), se lamenta Izquierdo refiriéndose a la displicencia con que ha sido tratado, y Galdós explica en otra ocasión: «Papitos (...) *le tenía mucha tirria* al señorito porque no se puso de su parte en la contienda» (II, II-VI, 183). Más expresivas, por mencionar directamente la sensación de molestia física producida por la antipatía, resultan las palabras de Ballester referentes a Ponce: «—*Tengo* a ese caballerito —decía— *sentado en la boca del estómago*» (IV, I-IX, 437), o las de Villaamil sobre las tres mujeres de su familia: «Son tres apuntes que *se me han sentado aquí, en la boca del estómago*» (M, XLIV, 681). (V. «apunte», página 24).

Como contrapartida de las locuciones presentadas para aludir a la conducta rendida y sumisa frente al ídolo amoroso, traemos a colación la mencionada por Ballester tratando de persuadir a Fortunata de que el modo de comportarse ella con Santa Cruz debería ser completamente contrario a lo sugerido por aquellas expresiones: «—¿Quiere usted que le de un consejo? Pues *trátele a la baqueta*» (IV, I-XI, 442). El DA explica esta locución como «tratarle con desprecio o severidad».

## Amenazar

**Hablar gordo.** El DA registra esta locución como «echar bravatas amenazando a uno y tratándole con imperio». Ballester la escoge para explicar el tono que él ha adoptado para combatir las rarezas de Maxi: «—Yo siempre le *hablo gordo,* y, crea usted..., me ha cogido miedo» (IV, I-V, 427). Más plástica y expresiva del aire amenazador es la de «enseñar los colmillos», empleada por doña Pura para reprender la excesiva blandura de su esposo: «—Las credenciales,

señor mío, son para los que se las ganan *enseñando los colmillos»* (M, III, 561).

**Echar (poner) el dogal al cuello.** Locución que destaca enérgicamente la agresividad del que amenaza y la angustia del que se siente oprimido. Acerca de las amenazas de orden económico que Cabrera le hace a Cadalso, escribe Galdós: «El irreconciliable Ildefonso le *había echado ya el dogal al cuello,* y disponíase a apretar, reteniéndole la paga» (M, XXXIX, 667). El casero Torquemada, ablandándose inesperadamente ante una inquilina insolvente, exclama: «¡Conque estando tu marido sin trabajar te iba yo a *poner el dogal al cuello!* (TH, IV, 917). Luego será el propio Torquemada el que se siente anonadado ante la grave enfermedad de su hijo, y, en su desconcierto, lo mismo promete ser virtuoso que convertirse en un monstruo si el niño no sana. Aludiendo a su actitud amenazadora, le dice la vieja tía Roma: «—Usted quiere ahora *poner un puño en el cielo»* (TH, VIII, 932), locución relacionada con las de este apartado.

## Aprovecharse

**Apandar.** Este verbo que el DA explica como «pillar, atrapar, guardar alguna cosa con ánimo de apropiársela» es el seleccionado por Galdós para dar a entender los provechos que el cambio social va a reportar a la clase media, pues ésta «entraba de lleno en el ejercicio de sus funciones, *apandando* todos los empleos creados» (I, II-V, 30). Más insistente en la idea de abuso es la locución a la que recurre doña Lupe al ver que Nicolás se ha permitido traer a otro invitado a la mesa de la señora: «Después que él me *come un codo* trae a su compinche para que me *coma el otro»* (II, V-II, 230).

Podemos rastrear un buen número de construcciones análogas en su intención, si bien a primera vista divergentes. Así el siguiente comentario de Galdós: «Como ya no hay dinero en las colonias, parece difícil que este desventurado *haga la quinta pella»* (II, III-V, 204). El DA menciona el sentido familiar del sustantivo «pella» como «cantidad o suma de dinero, y más comúnmenete la que se debe o defrauda», Galdós se aprovecha de esta connotación coloquial para utilizarla en la presente locución. A la misma recurre Juan Pablo Rubín para criticar el modo cómo los dirigentes se aprovechan de la situación política: «—Los jefes no van más que a *hacer su pella»* (III, I-III, 298), opinión que corrobora otro de los participantes en la conversación trayendo a colación otra locución de sen-

tido semejante: «—Los militares *van muy a gusto en el machito*» (III, I-III, 298).

Añadamos como complemento una serie de locuciones o dichos de difícil clasificación, aunque parientes, por decirlo así de los que venimos comentando: El provecho que los sirvientes de Feijoo obtendrán de sus cuidados para con el caballero, lo expresa así Galdós: «Doña Paca y los dos criados también *se llevarían un pellizco* el día en que el amo faltara» (III, IV-X, 355); acerca de los beneficios que se obtienen como consecuencia del conflicto bélico, comenta uno de los curas parroquianos del café en donde se discuten las noticias: «—He visto la guerra de cerca... y ésta seguirá jorobándonos mientras unos y otros *mamen de ella*» (III, I-III, 298).

**Meterse en el bolsillo.** Jacinta quiere hacer ver a su esposo que ella no saca ningún provecho de la declaración que él se muestra tan reacio a manifestar: el nombre de la muchacha a la que sedujo, y pregunta: «¿Qué *me meto yo en el bolsillo* con saber un nombre más?» (I, V-IV, 56). En la misma atmósfera de metáforas familiares puede colocarse la fórmula con que doña Lupe expresa el deseo de que a su sobrino le aproveche el logro de la tan ansiada canonjía: «—Y si *pescas el turrón,* hijo, buen provecho» (III, V-I, 358).

**Sacar el jugo.** Son varias las locuciones usadas por Galdós en las que el verbo «sacar» unido a un complemento directo da motivo a un giro familiar equivalente al más incoloro «aprovecharse». Sobre las habilidades administrativas del joven Santa Cruz nos dice que ninguno «sabía como él *sacar el jugo* a un billete de cinco duros o de veinte» (I, VIII-II, 85); comentando el método de solicitar favores que Pantoja le recomienda a Villaamil: el pedir y pedir sin tregua, escribe que «de esta manera *se sacaba siempre tajada*» (M, XXIV, 622), y acerca de la maña de doña Bárbara para aprovechar los escasos concimientos de su hijo mientras ella ejerce las funciones de maestra, explica que «*sacaba inmenso partido* de lo poco que el discípulo sabía» (I, II-IV, 28).

Cerramos este epígrafe con la locución que el novelista usa para aludir a la manera como Maxi supo aprovechar un comentario para introducir en la conversación un cambio de tema: «De aquí *tomó pie* el redentor para hablar de lo mucho que comía su hermano Nicolás» (II, IV-VI, 220).

**Arreglarse**

Al arreglo del aspecto externo se refiere el coloquial «emperegilarse» con el que Villalonga describe a Santa Cruz el favorable cambio de apariencias en Fortunata y la elegancia con que se presenta en Madrid: «—Agua, figurines, la fácil costumbre de *emperegilarse...*» (I, XI-I, 152). (V. los adjetivos de significación parecida «emperifollado» y «empingorotado», pág. 65.) En sentido figurado, con referencia a un plano superior, Galdós usa el mismo verbo para aludir a las artes persuasivas de Santa Cruz: «Todo era convencionalismo y frase ingeniosa en aquel hombre que *se había emperegilado* intelectualmente» (I, V-VII, 64).

Dentro del campo de la actividad mental hay que colocar también la locución con que doña Lupe se lamenta de la imposibilidad de arreglo de su sobrino, dado el grado a que ha llegado en su locura: «—Enteramente perdido... Ya *no tiene soldadura*» (IV, I-VII, 433).

**Arrepentirse**

En el gesto con el que el penitente confiesa el pesar por sus culpas se basa la locución «darse golpes de pecho». A ella recurre Guillermina para advertir a su sobrino que el arrepentimiento ha de ir acompañado de prudencia: «—Tiempo tienes, hijo, tiempo tienes de *darte golpes de pecho.* Lo primero es la salud» (IV, III-VI, 460).

**Asustar(se)**

**Acoquinar.** Maxi, temblando ante lo que imagina que será la reacción de su tía cuando se entere de su noviazgo, piensa: «Y el cisco que había de seguirle eran para *acoquinar* al más pintado» (II, II-VI, 183). El DA explica este verbo como «amilanar, acobardar, hacer perder el ánimo». Más adelante en la acción de la novela, es la tía quien tiene ocasión de asustarse al ver el temple que el sobrino muestra ante los hechos y, como dice Galdós, «doña Lupe salió de la estancia *haciéndose cruces*» (IV, V-III, 494). Parecida es la impresión de Jacinta ante la historia que le cuenta su marido, por lo que éste tiene que tranquilizarla y rogarle que no se asuste tanto, usando la misma locución: «—No empieces a *hacerte cruces,* hija (...) No, si no es para que *hagas tantas cruces*» (III, II-III, 315).

Un gesto igualmente espectacular[3] ha dado motivo a la locución «llevarse las manos a la cabeza», con la que Galdós nos explica el espanto de Nicolás Rubín y de don Lope: «—¡Ave María Purísima! —exclamó el cura, *llevándose ambas manos a la cabeza*» (II, VII-XII, 292) al enterarse de que el cómplice de Fortunata es también un hombre casado; cuando Tristana decide independizarse leemos que «don Lope, al verla salir en tan decidida y arrogante actitud, *se llevó las manos a la cabeza* y se dijo: 'no me teme ya'» (T, XII, 1568).

**Estar muerto de miedo.** Con esta hipérbole propia del lenguaje coloquial expresa Fortunata su temor de verse separada de su hijito: «—*Estoy muerta de miedo,* y por las noches sueño que alguien viene a robármelo» (IV, VI-I, 502). Algo más literaria, pero expresiva de la misma idea, es la locución con que Galdós expresa el terror que se apoderó de Ido al encontrarse con unos individuos indeseables: «*No le volvió el alma al cuerpo* hasta que los hubo perdido de vista» (I, IX-IV, 108).

La fantasía ha seguido un camino más directo en las locuciones enumeradas a continuación, donde los síntomas físicos que produce el miedo han servido de inspiración a estos elocuentes modos de expresar la misma idea: como resultas del exabrupto de Izquierdo, «Jacinta *daba diente con diente*» (I, IX-IX, 122); «*se nos ponen los pelos de punta* pensando lo que va a venir aquí con este desbarajuste administrativo» (M, IV, 564); a Izquierdo «*se le erizaba el cabello* pensando en que si Guillermina subía cuando él bajaba, no tendría donde meterse para evitar su encuentro» (IV, VI-V, 512). En efecto, conocido de todos es que como consecuencia de un estado de terror se produce el erizamiento del cabello o vello. Galdós vuelve a echar mano de esta locución para ponderar lo que sucedería si las ideas de don Lope en materia amorosa fueran admitidas: «*Se nos ponen los pelos de punta* sólo de pensar cómo andaría la máquina social» (T, IV, 1547), y Santa Cruz, para tranquilizar a su esposa: «—Si creerás tú que te voy a revelar algo que *pone los pelos de punta*» (I, X-VII, 143). A otra exteriorización física del miedo se alude en la siguiente locución: cuando Ido teme que los tres chulos le roben el duro que le ha dado Jacinta «*se le puso la carne como la de las gallinas*» (I, IX-IV, 108). Conocidísima es la expresión «tener carne de gallina», con la cual se alude tanto a las consecuencias del miedo como a las del frío.

---

[3] Los gestos, que tan importante papel juegan para dar fuerza a la palabra, serán estudiados en la última parte de este trabajo.

A variadas emociones es aplicable el coloquial «no caber en el pellejo», y Galdós, como veremos, la usa para referirse a estados de ánimo muy distintos. Expresamente a los efectos de un susto, lo hace con ocasión de presenciar doña Lupe y Fortunata uno de los raptos de locura de Maxi: «Las dos señoras *no cabían en su pellejo,* de temor y zozobra» (IV, III-V, 472).

## Avergonzar (se)

**Apabullar.** Con este verbo se expresa la ambición de Juan Pablo de sobresalir en las discusiones filosóficas de la tertulia del café y de avergonzar a los otros concurrentes con su superior cultura. Galdós nos habla de su «maligno deseo de tener argumentos con que *apabullar* a los curas de la mesa próxima» (III, I-IV, 301). «Apabullar» es término familiar que significa «dejar a uno confuso y sin saber qué hablar o responder» (DA). Doña Bárbara recurre a una locución familiar explicando una situación parecida a la arriba expuesta; uno de los asistentes a sus reuniones se ve en apuros para justificar su actitud política, y la señora, contándole a su hijo el lance, dice: «—*Se puso lo mismito que un pavo*» (I, X-II, 129). La comparación con el pavo se basa en el color que adquiere el rostro de la persona cuya sangre acude a la cabeza por efecto de la emoción sentida al avergonzarse, que nos recuerda el aspecto de este animal. (V. la locución «la edad del pavo», pág. 58.)

## Burlarse

**Poner en berlina.** Es locución muy corriente en la época de fines del siglo XIX cuando el carruaje llamado berlina gozaba de popularidad. Se alude a la situación en que se encontraban los ocupantes de este vehículo abierto, quienes eran el blanco de todas las miradas. Don Lope la emplea para advertir a Tristana que se guarde de hacer de él objeto de las burlas del público: «—Y si tú, por ligereza y aturdimento, *me pones en berlina* y das alas a cualquier mequetrefe para que me tome a mí por un... No» (T, XII, 1566). (V. «dar alas», página 89.) Con igual significación emplea Galdós la locución «poner en solfa» al explicar el efecto que produjo en el niño Cadalso el enterarse de que su abuelo era motivo de chacota: «Al oír que el cojo Guillén motejaba a su abuelo y le *ponía en solfa*» (M, XXIV, 623).

**Tomar el pelo.** No deja de tener interés el comparar los giros que una misma idea ha originado en el lenguaje familiar de idiomas diferentes. Lo que en la lengua inglesa ha cuajado en la locución «to pull the leg» (literalmente «tirar de la pierna»), lo expresa el hispanohablante mediante la expresión aquí consignada. A pesar de las diferentes acciones a que se alude, ambas locuciones coinciden en su significado: el de burlarse de alguien con bromas más o menos pesadas. Acerca de las tertulias en casa de Santa Cruz, nos dice Galdós que pasaban el tiempo «*tomándole el pelo* a Federico Ruiz» (I, X-VI, 142). Cuando Estupiñá recibe felicitaciones por haberle tocado la lotería sin jugar, leemos: «Quedándose él tan parado y suspenso, que creyó que le *tomaban el pelo*» (I, X-I, 127). Fortunata le dice a su futuro esposo queriendo evitarle burlas crueles: «—No quiero que te *tomen el pelo* por mí» (II, II-VII, 187). Esta locución puede ser reforzada mediante un modificante de carácter adverbial o pronominal, como se aprecia en los dos ejemplos citados a continuación: sobre las burlas de que es objeto el infeliz Villaamil, dice Galdós: «En ausencia de Pantoja, Espinosa y Guillén le *tomaban el pelo de lo lindo*» (M, XXXIII, 650); «tenía fama Guillén de mordaz y maleante, capaz de *tomarle el pelo al lucero del alba*» (M, XXI, 611) amplificación con la que se indica que nadie se veía libre de las burlas impertinentes de este funcionario.

## Casarse

Ya se ha mencionado cómo la idea de «aceptar» puede referirse a la mujer a quien se recibe como esposa mediante el verbo de naturaleza coloquial «apechugar»: «—Si se le presenta una inglesa fresca y de buen genio, cásese, *apechugue con ella*» (IV, II-II, 449). (V. «aceptar-rechazar», pág. 83.)

Galdós nos anuncia así la boda de Jacinta Arnáiz: «La tercera de las chicas, llamada Jacinta *pescó marido* al año siguiente» (I, II-VI, 34). El DA alude implícitamente al deseo de la mujer por casarse y a la mañas empleadas para lograrlo, en la explicación que del verbo «pescar» da en sentido familiar: «Lograr o conseguir astutamente lo que se pretendía o anhelaba.»

De origen litúrgico son las dos locuciones mencionadas a continuación: Mauricia le dice a Fortunata aludiendo a lo que hará Santa Cruz tan pronto se entere de que Fortunata va a casarse: «—¿Qué apuestas a que cuando te *echen el Sacramento* pierde pie?» (II, VI-VI, 247). La locución «echar el Sacramento» puede referirse al hecho de administrar o recibir cualquiera de los siete, pero es obvio

que Mauricia, como muchas veces hace el pueblo cuando usa esta locución, se está refiriendo al matrimonio. La locución empleada por Saturna para expresar su intención de no volver a casarse es bastante más poética y plástica: «—Yo me casé una vez, y no me pesó; pero no *volveré por agua a la fuente de la vicaría*» (T, V, 1549). La locución está basada en la metáfora, usada por la Biblia y los expositores de la doctrina teológica, de comparar la gracia sobrenatural al agua, y los sacramentos a una fuente de siete caños. La vicaría es la oficina parroquial donde se guardan las actas matrimoniales.

**Comer, dar de comer, mantener, etc.**

Antes de presentar los recursos de naturaleza coloquial que han resultado en expresiones equivalentes al verbo «comer», conviene aclarar que este mismo infinitivo, en su forma reflexiva «comerse», es usado con frecuencia con el significado de «amar», sentirse fascinado por el encanto de otra persona, y de «omitir», dejar de mencionar, como vemos de ello claro ejemplo en las citas siguientes: Galdós nos presenta así el efecto que la belleza de Fortunata produce en Feijoo: «*'Me la comería'*, pensó don Evaristo, que la contemplaba embobado» (III, IV-II, 330). La triste historia de Fortunata, que ella misma cuenta a Maxi, produce una honda impresión en el ánimo del sensible joven, por lo que «dio ella entonces algunos cortes a su relación, *comiéndose* no ya las letras, sino párrafos y capítulos enteros» (II, II-II, 176); más adelante, cuando Fortunata intenta dar a Maxi una excusa por su despego, no la halla, y Galdós dice: «No dijo más; *se comió* el resto de la frase» (II, VII-VIII, 281).

**Atizarse, embaularse, matar el gusanillo.** Nos encontramos ante dos verbos y una locución que traducen la idea de «comer» teñida de connotaciones familiares. El primer infinitivo es empleado coloquialmente para expresar también los significados de «beber», «sorber», «tomar un medicamento» y «recibir una ducha». Sirvan de testimonio las citas siguientes: Mauricia explica: «En la taberna *me aticé* tres copas de aguardiente» (II, VI-II, 235); la primera vez que Fortunata aparece ante los ojos del lector, Galdós la presenta en esta operación: «Se llevó a la boca, por segunda vez, el huevo roto, y *se atizó* otro sorbo (I, III-IV, 41); Ballester dice a Maxi al entregarle cierta medicina: «—Luego de cada comida *se atiza* una píldora (...) al acostarse, *se atiza* usted otra» (IV, I-I, 415); Moreno piensa sobre la inconsideración de los barrenderos de Madrid: «Tengo que pasar-

me a la otra acera para que no *me atice* una ducha este salvaje con su manga de riego» (IV, II-I, 445). «Atizarse» como sustituto coloquial de «comerse» lo encontramos cuando Galdós narra la comida extraordinaria de Ido en un ventorro y el problema que se le presentó de «digerir las dos enormes chuletas que *se había atizado*» (I, IX-VI, 111). «Embaularse» sirve para hacer una alusión al apetito desmesurado del sujeto. Doña Lupe, que conoce muy bien el punto flaco de Nicolás, dice a Papitos disponiendo el menú del clérigo a base de una merluza pasada: «—Ponle todas las tajadas y *se las embaulará* sin enterarse de si está buena o mala» (III, V-II, 359). El DA explica este término como «comer con ansia, engullir». La sensación de hambre es mencionada en el lenguaje familiar y en sentido figurado como «el gusanillo». De aquí se deriva el giro presentado en este apartado y el modo como Galdós explica lo que sucedió cuando tres reclutas entran en una taberna dando muestras de padecer un hambre atroz: «El tabernero les rogó que esperasen unos minutos, y les puso delante pan y vino para que fueran *matando el gusanillo*» (M, XLII, 677).

**Mantener el pico, quitarse el pan de la boca.** Son locuciones representativas de la idea de dar de comer a un tercero. La primera se basa en la comparación vulgar de la boca humana con el pico de un animal. Tal comparación es frecuente y ha cuajado en refranes como «Ese te hizo rico, que te hizo el pico», «con que se da a entender la facilidad de hacer ahorros cuando no hay que costear la manutención» (DA), y otros de catadura semejante. Acerca del triste episodio de Fortunata y Juárez el Negro, dice Galdós que la joven «hubiérase resistido a seguirle, si no le empujaran a ello los parientes con quienes vivía, los cuales no tenían maldita gana de *mantenerle el pico*» (II, II-II, 175). La segunda añade la idea de sacrificio voluntariamente impuesto para mantener a otro. De ella echa mano doña Lupe cuando reprende a Maxi por la ingratitud con que el joven corresponde a la generosidad de su tía: «—Darle una carrera *quitándome yo el pan de la boca*» (II, III-I, 193).

## Comprender y sus contrarios

**Apreciar el género a la vista.** Es locución inspirada en los tratos comerciales. Galdós la usa metafóricamente para indicar que Nicolás Rubín supo comprender el efecto que la belleza de Fortunata tenía que causar: «Aunque el insigne clérigo no tenía cierta clase de pasiones, sabía *apreciar el género a la vista*» (II, IV-VI, 220).

**Caer, caer en la cuenta, caer del burro.** El verbo caer y las locuciones mencionadas que se forman por adición de un complemento preposicional, son frecuentes en la lengua coloquial. Jacinta usa este giro cuando se pregunta si sus sufrimientos no serán acaso figurados y no habrá ella comprendido su propia suerte: «¿Seré yo, como aseguran, la más feliz de las mujeres, y no *habré caído* en ello?» (I, VIII-II, 86); cuando Fortunata cree haber comprendido los consuelos de la fe, Galdós escribe: «A Fortunata se le comunicó el entusiasmo. ¡La religión! Tampoco ella *había caído* en esto» (II, IV-VI, 219); Villalonga trata de recordar quién es el sujeto que acompañaba a Fortunata, y dice a Santa Cruz: «—Por fin *caímos en la cuenta* de que habíamos visto a aquel sujeto dos días antes» (I, XI-II, 153). La amplificación humorística «caer del burro», que hace siglos se decía «caer de la burra» y «caer del asno», como puede comprobarse leyendo a los clásicos [4], es muy posible que provenga de alguna anécdota popular alusiva a alguien que sufrió tal clase de caída. Galdós la usa al referir el modo cómo Santa Cruz comprendió que su cuñada le estaba gastando una broma: «Santa Cruz *cayó de su burro.* —Me las has dado, chica. No me acordaba de que hoy es día de Inocentes» (I, X-VIII, 148). La ceguera intelectual de Maxi para hacerse cargo de su verdadera situación, la explica el novelista mediante una locución muy semejante: «En ocasiones era tan ciego, que *no veía tres sobre un burro*» (II, III-IV, 203) cuyo significado es el de «no comprendía las cosas más obvias». El DA recoge este significado metafórico y coloquial del verbo «caer»: «Tratándose de operaciones del entendimiento, venir en conocimiento, llegar a comprender».

**Calar, cazar al vuelo, pescar.** Doña Nieves, atenta discípula de Juan Pablo en las discusiones filosóficas de un café madrileño, le dice a su maestro: «—Porque eso de que todos seamos todo no lo *calo* yo bien» (III, I-VI, 307). La explicación que el DA da de este uso coloquial de «calar» es: «Penetrar, comprender el motivo, razón o secreto de una cosa».

---

[4] José María Iribarren en *El porqué de los dichos* (Madrid: Aguilar, 1962) trae, entre otras, las siguientes citas de los clásicos: «Cervantes dice en el *Quijote* (parte II, cap. XIX): 'Yo me contento de haber caído de mi burra y de que me haya mostrado la experiencia la verdad.' Sin embargo, en *La Celestina* se dice 'caer de su asno:' 'Déjale, que él caerá de su asno.' Y Cejador, comentando esto, cita a Galindo, para quien 'Caer de su asno es convencerse, entender lo que no se calaba, ceder a razones, salir del error propiamente, tomado éste como asno ignorante y tozudo.' Caer del burro significa, pues, caer del error, en el que se ha perseverado tozudamente, y en la frase que comentamos el error y la terquedad en mantenerlo están simbolizados por el asno» (pp. 216-217).

La locución «cazar al vuelo» contiene una alusión a la rapidez y habilidad que necesita el cazador para hacer blanco en las aves que cruzan el aire. Nicolás Rubín se precia de entender los problemas de la conducta humana, y le dice a Fortunata: «—Le prevengo a usted que tengo mucha experiencia de esto (...) y que *las cazo al vuelo*» (II, IV-IV, 214). El verbo «pescar» también es susceptible de ser usado colquialmente con el sentido de «comprender» u «oír». Jacinta trata de entender lo que dicen su esposo y Villalonga encerrados en un cuarto, y Galdós explica: «Daría una vueltecita y trataría de *pescar* algo» (I, XI-I, 151).

**Sacar toda la sustancia.** Es locución muy expresiva basada en una metáfora de índole familiar y casera. La tía de Maxi comprendió muy bien lo que éste quería decir con su explicación del fervor de Fortunata en las prácticas piadosas y los peligros de esta actitud, por lo que Galdós escribe: «Doña Lupe *sacó toda la sustancia* a los conceptos» (II, V-II, 230). En contraste con esta situación hallamos la escena de la borrachera de Mauricia y la imposibilidad de comprender los vocablos que en tal estado pronuncia; Galdós la describe introduciendo en la misma locución un cambio apropiado: «Dijo algunas palabras ininteligibles y estropajosas, a las que sor Facunda y compañía *no sacaron ninguna sustancia*» (II, VI-IX, 254).

**Ver claro, ver venir.** La primera de estas locuciones es usada frecuentemente para significar lo que se ve no con los ojos de la cara, sino con los de la mente, es decir, lo que se alcanza con el entendimiento. Galdós la emplea para explicar cómo Isabel Cordero comprendió la nueva situación del comercio: «Su marido empezaba a atontarse; ella, a *ver claro*» (I, II-V, 30). «Ver venir» es «expresión con que advertimos a uno que adivinamos su intención» (DA). La encontramos en boca de doña Lupe para indicar que ella ha comprendido las intenciones de Fortunata: «*Te veo venir*» (IV, I-I, 416); en otra ocasión en que las irregularidades de Fortunata se hacen patentes a la familia, le dice a la joven: «—A todos engañó usted, menos a mí...; a mí, no... Yo *la vi venir*» (II, VII-XI, 289). Fortunata también usa esta locución al advertir en su amante claros síntomas de querer romper las relaciones: «—*Te veía venir.* Hace días que lo estás tú tramando» (III, III-I, 323); y Galdós cuando comenta las predicciones políticas de Juan Pablo: «Se anticipaba a los sucesos *viéndolos venir*» (III, I-I, 294) [5].

---

[5] Casares (*op. cit.*, p. 175) recoge la locución «verlas venir» y opina que es una alusión a lo que sucede en los juegos de naipes. En el diccionario oficial figura esta misma locución como «jugar al monte.»

Además de las locuciones ya mencionadas —no ver tres sobre un burro, no sacar ninguna sustancia—, la fantasía ha encontrado otros muchos modos pintorescos de dar relieve a la idea contraria de «no comprender».

**Estar en Babia.** Juan Pablo Rubín ataca a su hermano el clérigo por su falta de comprensión: «—¿Tú qué sabes lo que es el mundo y la realidad? *Estás en Babia*» (II, IV-VII, 222), y doña Lupe, observando el abstraimiento total de Fortunata, la reprende: «—Parece que *estás en Babia.* A ti te pasa algo» (III, VII-IV, 409). Esta locución puede tener un origen onomatopéyico, dada la semejanza entre las palabras Babia y baba, y tal es la opinión de Sbarbi en su *Gran Diccionario de Refranes,* pues «estar con la baba caída» significa lo mismo. Montoto en *Personajes, personas y personillas* cita el dicho «los de la tierra de Babia, que siegan el trigo con escaleras»[6]. El significado de esta locución es siempre el de estar embobado y no comprender lo que está pasando.

**Mamarse el dedo.** La falta de actividad mental ha sugerido a la fantasía popular la imagen del que pasa el tiempo en una ocupación perfectamente inútil. El lenguaje coloquial ha plasmado esta idea en la presente locución. Es por ello que cuando un hispanohablante quiere hacer saber que él es persona avisada, anuncia: «—Que yo no me mamo el dedo». Galdós, comentando la precocidad de la joven generación, escribe: «¡Cuando uno piensa que aquellos mismos nenes, si hubieran vivido en edades remotas, se habrían pasado el tiempo *mamándose el dedo,* o haciendo y diciendo toda suerte de boberías!» (I, I-I, 14).

**Quedarse a oscuras.** Como contrapartida de «ver claro» con el sentido de comprender, nos encontramos con esta locución en la que la ausencia de comprensión está representada por la oscuridad y falta de visibilidad. Cuando Fortunata no comprende la alusión a la escena evangélica de la samaritana que Nicolás menciona, nos dice Galdós que «se sonrió afectando entender la cita; pero *se había quedado a oscuras*» (II, IV-V, 217), y cuando le sucedía lo mismo en las tertulias de 'las Samaniegas', Galdós otra vez echa mano de la misma

---

[6] Véase Iribarren, *op. cit.,* pp. 85-86. La tierra de Babia se encuentra en la zona montañosa de la región leonesa e incluye veintidós aldeas. Para una explicación histórica de esta locución consúltese el artículo de Víctor de la Serna «Un corresponsal en Babia», *ABC* de Madrid, 29 de julio de 1953. De la Serna explica que cuando los reyes leoneses se retiraban a esta región se desentendían de los asuntos propios de su cargo, de donde «estar en Babia» vino a significar no prestar atención a las cosas.

locución: «A veces *quedábase a oscuras* de lo que hablaban» (III, VI-VII, 389). En otra ocasión la joven tampoco comprendió lo que doña Lupe le decía, y el novelista recurre a una locución muy parecida: «*Quedóse en ayunas* de muchas cosas que le oyó» (II, IV-VII, 224), y sobre el discurso de Maxi, «Fortunata *se quedó en ayunas* de toda esta cantinela» (IV, I-VII, 432). Frecuentemente se usa la locución «quedarse in albis» como equivalente de las presentadas en este apartado. Mediante ella se alude a las vestiduras blancas con que se engalanaban los catecúmenos al recibir el bautismo y al hecho de quedarse con el alma limpia de todo pecado e influencia mundanal. Como puede apreciarse, la locución ha adquirido después un sentido irónico. Sin embargo, no es éste el significado con el que la emplea Galdós en el siguiente ejemplo, sino el de no lograr lo apetecido. Maximiliano confía a su tía sus temores de que Fortunata se entregue a la religión tan de corazón que no quiera luego abandonar el convento, y dice: «Podría darle por el misticismo y no querer salir, y *quedarme yo in albis*» (II, V-II, 230). En otras ocasiones esta locución, simplificada a «in albis», toma el lugar de un adjetivo, siempre con la idea de frustración que le es inherente: cuando Villaamil recibió una carta sin el dinero que había solicitado, dice Galdós que «sólo con mirarle comprendió doña Pura que la carta había venido *'in albis'*» (M, III, 560), es decir, vacía de lo que se deseaba. Menos expresiva, aunque de sentido análogo, nos resulta la locución «no hacerse cargo», a la que Galdós recurre al presentarnos a Fortunata observando y tratando de comprender la extraña conducta de Mauricia: «Después Fortunata *no se hizo cargo de nada,* porque se durmió de veras» (II, VI-IX, 254).

**Sacar lo que el negro del sermón.** Ballester reprende a Maxi por su afición a lecturas filosóficas y a «averiguar cosas de las cuales *ha de sacar lo que el negro del sermón*» (IV, I-III, 422), es decir, que no podrá entender. Rodríguez Marín en *Mil trescientas comparaciones populares andaluzas* explica que esta locución alude a un negro que entró en una iglesia cuando el predicador hablaba en el púlpito y abandonó el templo con los pies fríos y la cabeza cargada: lo primero porque iba descalzo, y lo segundo porque no logró comprender nada de lo que el orador decía. (V. J. M. Iribarren, *op. cit.,* página 381). También es frecuente usar esta locución con el significado de no conseguir lo deseado, como sucede con la anteriormente mencionada «quedarse 'in albis'». Así hay que interpretar las palabras de Ponce a Cadalso: «—Cuando usted habla así, es porque ha tenido sus pretensiones..., y *ha sacado lo que el negro del sermón*» (M, XIX, 605).

**No ver la tostada.** Es locución que hoy resulta anticuada, pero que debió ser frecuente en la época galdosiana. Una discusión entre Juan Pablo Rubín y don Basilio en un café madrileño, se desarrolla así: «—*No veo la tostada.* (...) —Si usted *no quiere ver la tostada,* ¿yo qué le voy a hacer?» (III, I-III, 299). Cuando Fortunata no entiende lo que Feijoo le explica, dice Galdós: «Se qudó mirando a su amigo, sin saber qué expresión tomar. *No veía la tostada*» (III, IV-VIII, 346). En la misma línea, aunque más humorística y adaptada a las circunstancias, hay que colocar la locución con la que Santa Cruz trata de explicarse la imposibilidad de Fortunata para comprender y asimilar el arte de seducir: «Nació para hacer la felicidad de un apreciable albañil, y *no ve nada más allá de su nariz bonita*» (III, III-I, 321).

## Crecer

Propia del lenguaje coloquial es la locución con la que doña Lupe manifiesta su confianza de que Papitos llegará a ser una sirvienta modelo tan pronto crezca: «Cuando sentara la cabeza y *diera un estirón,* sería una criada inapreciable» (II, II-VI, 183). El DA recoge esta expresión y la explica como «crecer mucho en poco tiempo».

## Creer(se) y sus contrarios

**Tragarse.** El lenguaje coloquial recurre frecuentemente al verbo «tragarse» con el significado de «dar fácilmente crédito a las cosas, aunque sean inverosímiles» (DA). En este sentido, se dice Maxi a sí mismo acerca de la historia de su viudez: «Me conviene hacer creer que *me lo trago*» (IV, V-II, 490). No es raro que el verbo «tragarse» tome como complemento directo sustantivos coloquiales como «bola», «papa» y otros, que en las locuciones así formadas son sinónimos familiares de «mentiras». Guillermina: «—¿Pues qué se ha creído el muy majadero, que nos *tragábamos la bola* de que el 'Pituso' es hijo del esposo de esta señora?» (I, IX-IX, 124); Jacinta: «—Te conozco ya las marrullerías, y *algunas bolas me las trago; pero otras no*» (III, II-II, 312); Santa Cruz: «Todas *las papas* que yo le decía *se las tragaba*» (I, V-V, 60). En otra ocasión, el giro menos expresivo «tragarse las mentiras» es reforzado mediante otra locución de análogo significado: doña Lupe no se resigna a aceptar las irregularidades de su sobrina e intenta inmiscuirse «para que no crea —pensaba— que *me trago sus mentiras* y que estoy aquí *ha-*

*ciendo el papamoscas»* (IV, I-VI, 428), locución en la que se alude a la célebre figura del reloj de la catedral de Burgos. Poco después vuelve a la carga la pertinaz señora, y entonces echa mano de una locución más hiperbólica que las que acabamos de considerar: «—¿Si pretenderás que *me trague yo esa rueda de molino,* más grande que esta casa?» (IV, I-IX, 436). Galdós maneja el sentido figurado de esta locución al explicar los sentimientos de Maxi ante el convento de las Micaelas: el joven esperaba que allí recibiría una Fortunata totalmente transformada, y los hechos han demostrado lo fallido de estas esperanzas; «él había ido allí en busca de una Hostia, y le habían dado *una rueda de molino...,* y lo peor era que *se la había tragado»* (II, VII-X, 285). Del mismo modo que la mentira colosal es aludida mediante la rueda de molino, el verbo «tragarse» puede ser sustituido por «comulgar», con lo que se añade un matiz religioso a esta locución. Maxi: «—¡Una ley prohibiendo el luto! Si creerás que a mí *me comulgas con ruedas de molino»* (IV, III-VIII, 479).

**Ser de grandes tragaderas.** Es locución que parte del mismo supuesto de las del apartado anterior: el equiparar la facilidad de creer con la habilidad de tragar. El DA explica «buenas tragaderas» como «poco escrúpulo, facilidad para admitir o tolerar cosas inconvenientes, sobre todo en materia de moralidad». Acerca de las fantásticas historias que Izquiedo se atribuía nos dice Galdós que «sólo las creían ya poquísimos oyentes, entre los cuales Ido del Sagrario *era el de mayores tragaderas»* (I, IX-VI, 111). (V. «tener buenas tragaderas», página 85.)

Todas las locuciones presentadas como equivalentes coloquiales de «creerse» pueden ser usadas negativamente. Un ejemplo de ello nos lo da Galdós al explicar la resistencia de doña Lupe a aceptar las excusas de Maxi: *«No se tragaba ya aquellas bolas* del estudiar fuera de casa y de los amigos enfermos a quienes era preciso velar» (II, II-V, 181).

## No dejarse ver

**Venderse caro. Cotizarse caro.** Es interesante consignar que ambas locuciones han pasado a la lengua coloquial procedentes del lenguaje bursátil, que precisamente en la época de publicación de *Fortunata y Jacinta* (1886-87) deja sentir su huella en el modo de expresarse de ciertas capas de la sociedad. Fortunata aparece por la tienda donde trabaja Aurora después de varias semanas de vida re-

tirada, y ésta exclama al verla: «—*¡Qué cara te vendes!* ¿Has estado mala?» (IV, VI-VI, 515), y cuando Villalonga vuelve a casa de Santa Cruz tras un período de ausencia debido a sus nuevas obligaciones políticas, se le acoge con un «*¡Qué caro se cotiza!*» (III, II-IV, 319).

**Desear y sus contrarios**

**Beber los viento por.** Es locución muy antigua y de frecuente uso en los clásicos. (V. J. M. Iribarren, *op. cit.*, pág. 54.) Probablemente debe su origen al gesto de los perros de caza que cuando persiguen a una pieza parece que el deseo de alcanzarla les hace beber el viento, por la fuerza con que olfatean el rastro. Sobre los esfuerzos de Maxi por ganarse el afecto de su mujer, dice Galdós: «*Bebía los vientos* el desgraciado chico *por* hacerse querer» (II, VII-VIII, 281), y Fortunata comenta así el ardiente deseo de Jacinta por tener hijos: «—¿Qué me importa que la Jacinta *beba los vientos por* tener un chiquillo...» (II, VI-VI, 247). El ansia de maternidad de la señora de Santa Cruz es presentada por Galdós mediante otra locución de igual significado: «*Se le iban los ojos tras de* la infancia en cualquier forma que se le presentara» (I, VI-III, 70).

**Despepitarse. Pirrarse.** Son verbos mediante los cuales se alude a un fuerte deseo. Ambos van cargados de connotaciones coloquiales. Maxi conoce la afición de su mujer a los dátiles, y piensa: «Las golosinas la venden. *Se despepita por* ellas» (IV, V-II, 489). Doña Bárbara y doña Lupe tienen, cada una, su punto flaco: el afán de comprar barato y el de manejar vidas ajenas. Galdós alude así a estos deseos de las señoras: «Barbarita *se pirraba por* sacar el género arreglado» (I, VI-V, 74); y sobre la viuda de Jáuregui: «Es que *se pirraba por* proteger, dirigir, aconsejar y tener alguien sobre quien ejercer dominio» (II, IV-VII, 224). A la misma locución recurren respectivamente Mauricia y Feijoo; aquélla para explicar el deseo que la virtud femenina aviva en los hombres: «*se pirran por* nosotras desde que nos convertimos por lo eclesiástico» (II, VI-II, 236), y éste, asegurándole a Fortunata el perdón de su marido: «—Los que aman así, con esa locura, *se pirran por* perdonar» (III, IV-VII, 344).

En otra ocasión en que estos dos personajes tratan los mismos temas, se refieren a ellos mediante dos locuciones de forma diferente, pero de idéntico significado. El deseo de Maxi de reconciliarse con su mujer lo expresa Feijoo con esta locución de origen

casero: «—En cuanto le hablen de volver contigo *se le hace agua la boca*» (III, IV-VII, 343), y la inclinación de Santa Cruz por Fortunata la explica así Mauricia: «—Si no ha vuelto, volverá... Quiere decirse que *te hará la rueda* cuando venga y se entere de que ahora vas para santa» (II, VI-II, 236). «Hacer la rueda» es locución en la que se alude al modo cómo el pavo real despliega las plumas de su cola para hacerse admirar, y mediante esta imagen Mauricia se refiere a las gestiones de Santa Cruz por ganarse de nuevo a Fortunata y lograr así satisfacer su deseo.

**Morirse.** El lenguaje coloquial, en busca siempre de la mayor expresividad, recurre a este verbo para referirse al deseo violentamente sentido. Fortunata, cuando tras larga y penosa lucha se ve reunida de nuevo con el amante, exclama: «—Nene, *me muero por* ti» (II, VII-VI, 276), y momentos después, contándole su triste vida y el deseo de hablar con él, añade: «—Yo *muriéndome* por hablarte» (II, VII-VI, 277). Un sentido más concreto y tajante encontramos en la locución con la que Galdós explica el avasallador deseo de conversar de Estupiñá: «Era tan fuerte el ansia de charla y de trato social, *se lo pedía el cuerpo y el alma* con tal vehemencia...» (I, III-I, 35). Podemos observar aquí la afición de Galdós a modificar locuciones existentes para hacerlas más expresivas y apropiadas a lo que desea explicar. De uso corriente es el giro «pedírselo a uno el cuerpo» con el significado de «desear». Con la amplificación «el cuerpo y el alma», Galdós indica la extraordinaria fuerza que alcanza el deseo de este hablador empedernido.

**Darle a uno la gana.** Es sin duda la locución más frecuente para expresar el deseo, cuando el hablante se olvida de ejercer sobre sus palabras el control exigido por las convenciones sociales. Lleva connotaciones de cierta petulancia grosera, como se aprecia en la explicación del DA: «En lenguaje poco culto, querer hacer una cosa». Galdós recurre a ella en numerosas ocasiones, de las cuales entresacamos las siguientes: Guillermina: «—¿Usted qué se ha llegado a figurar, que estamos aquí entre salvages y que cada cual puede hacer lo que *le da la gana* y que no hay ley, ni religión, ni nada?» (III, VI-X, 397); Mauricia: «—Me estuve paseando sobre ella todo el tiempo que *me dio la gana*» (II, VI-II, 235); Fortunata: «—Es que si no fuera honrada esa mujer, a mí me parecería que no hay honradez en el mundo y que cada cual puede hacer lo que *le da la gana*» (IV, III-II, 466); «—también yo, si *me da la gana* de ser ángel, lo seré» (III, VI-VI, 386); Maxi: «—Es tontería creer que las cosas son como nos las imaginamos y no como a ellas *les dé la gana* de ser» (IV,

VI-IV, 509) [7]. A veces encontramos esta locución modificada por un calificativo que le añade rotundidad sin menguar su casticismo: Platón, con notable grosería, les suelta a las damas un «—¡Que *no me da la gana,* que *no me da la santísima gana!*» (I, IX-IX, 122), y Feijoo le anuncia a Fortunata las condiciones de sus relaciones en estos términos: «—Puedes salir y entrar a la hora que quieras y hacer lo que *te dé tu real gana*» (III, IV-III, 333). También es muy frecuente el uso del superlativo «realísima gana».

## Despedir

**Poner los trastos en la calle.** Lo espectacular que tiene el acto de trasportar las modestas posesiones de los que son evacuados a la fuerza de sus viviendas, es lo que ha llamado la atención de la inventiva de los hablantes para formar esta locución. Estupiñá, explicando a Fortunata sus deseos de despedir a ciertos inquilinos poco gratos, le dice: «—Si la señora me dejara, ya les *habría puesto los trastos en la calle*» (IV, IV-I, 482), y cuando Segunda se le insubordina, la amenaza con una locución, por más breve, más directa: «—A usted y a la otra farfantona las voy a *poner en la calle*» (IV, VI-II, 505). (V. «farfantona», pág. 30.) El modificativo «de patitas» sirve para reforzar el acento coloquial de esta locución. Moreno Isla observa acerca de las costumbres inglesas: «—Si en Londres una criada se permitiera cantar, pronto la *pondrían de patitas en la calle*» (IV, II-II, 447).

## Despreciar

**Dar calabazas.** Locución usada para expresar el desprecio con que se responde a las pretensiones de alguien. Iribarren menciona el sim-

[7] Otros ejemplos del uso de la locución «darle a uno la gana» son los siguientes: (Santa Cruz) «—*No me da la gana*... Si lo que yo quiero es borrar un pasado que considero infamante» (I, V-II, 50); (sobre Federico Ruiz y sus polémicas) «como nadie le contradecía, dábase él a probar cuanto *le daba la gana*» (II, I-I, 158); (acerca de Maxi) «su dentadura había salido con tanta desigualdad, que cada pieza estaba, como si dijéramos, donde *le daba la gana*» (II, I-II, 161); (Maxi) «—Si me niega el derecho a casarme con quien *me dé la gana,* ya le diré yo cuántas son cinco» (II, II-VI, 183); (Nicolás) «—Conque aquí hace cada cual lo que *le da la gana,* sin tener en cuenta las leyes divinas ni humanas» (II, IV-III, 210); (Mauricia) «—Mientras que tú los tienes (hijos) siempre y cuando *te dé la gana*» (II, VI-VI, 247); (Mauricia) «—*No me da la gana*» (II, VI-X, 260); (Papitos) «—*No me da la gana*... ¿Y a usted qué?» (II, VII-II, 265); (Fortunata) «—*Que no me da la gana* de vivir más así» (III, VII-V, 411).

bolismo que de antiguo se le atribuye a la calabaza, por ser barriguda, vacía y de poco peso, para representar las esperanzas frustradas. *(Op. cit.,* pág. 103). Torquemada expresa el desprecio con que él cree que sus oraciones han sido escuchadas, de este modo: «—A eso te respondo que si buenos meoriales eché, *buenas y gordas calabazas me dieron»* (TH, IX, 936). Muy frecuentemente se usa esta locución para aludir al rechazo de una declaración amorosa. Es por ello que Fortunata se pregunta por qué será que «una mujer que no tiene pelo de tonta se enamorisca de cualquier pelagatos y *da calabazas* a las personas decentes» (II, II-III, 177). (V. «pelagatos», pág. 28.) Acerca del desaire amoroso que Abelarda ha recibido de su cuñado piensa el padre de la joven: «*Chúpate las calabazas,* imbécil, y vuelve por más» (M, XLIV, 681). «Dar o recibir calabazas» es también frecuentemente usado en la vida estudiantil para aludir a una calificación de suspenso.

**Dar el cañuto. Dar carpetazo.** Estas locuciones son usadas por Feijoo y doña Lupe respectivamente para referirse al serio desprecio que Fortunata ha recibido de Santa Cruz, el cual la deja abandonada después de causar su ruina social: «—Rompimiento... Le *ha dado otra vez el cañuto* ese bergante» (III, III-II, 326); «—Otra vez te *da carpetazo* ese hombre» (IV, III-III, 468). La propia Fortunata, al percibir los síntomas de un nuevo abandono, comenta su presentimiento con otra gráfica expresión de sentido análogo: «—Nada, que quiere *echarme al agua* otra vez» (IV, III-II, 466). El origen de «dar el cañuto» está en el cañuto o caja hecha de hoja de lata conteniendo documentos oficiales que recibían los soldados al licenciarse[8]. «Dar carpetazo» proviene de ambientes burocráticos y el DA la explica como: «En las oficinas, dejar tácita y arbitrariamente sin curso ni resolución una solicitud o expediente». «Echar a uno al agua» parece que está tomado de la vida marinera y los riesgos en ella implicados. En el DA figura «echarse uno al agua» como «decidirse a arrostrar algún peligro».

**Dar de puntapiés. Dar un plantón.** «Dar de puntapiés» es locución con la que Santa Cruz advierte a su esposa que debe abstenerse de mostrar desprecio hacia las convenciones sociales: «—Yo bien sé que se debe aspirar a la perfección; pero no *dando de puntapiés* a la armonía del mundo» (I, X-VIII, 147). Mediante «dar un plantón» se expresa la actitud despreciativa del que no se molesta en acudir al

[8] Véase el artículo de Dámaso Alonso «Esp. 'lata', 'latazo'». *Boletín de la Real Academia Española,* tomo XXXIII, Madrid, 1953, pp. 351-388. Como observa el autor, es difícil ver cómo el recibir la licencia militar pudiera dar origen a una locución que alude a un disgusto.

lugar donde es esperado. Guillermina: «—Que la espero a usted. Que no me *dé un plantón*» (III, VI-XI, 399). La locución adquiere un sentido mucho más amplio que el de «retrasarse uno mucho en acudir a donde otro le espera» (DA), como se comprueba con las palabras que Fortunata usa para explicar el desprecio que la conducta desconsiderada de Santa Cruz supone, tanto para ella como para la legítima esposa del joven: «—Más claro, a las dos nos está *dando el plantón hache*» (IV, III-II, 466).

La indiferencia que los señoritos muestran ante las amenazas de los acreedores es expresada por Torquemada mediante una locución que podemos situar junto a las de este apartado: «—Al principio, el embargo los asusta; pero como lleguen a perder el punto una vez, *lo mismo les da fu que fa*» (II, III-II, 195).

**No decir «por ahí te pudras». Entrarle a uno por un oído y salirle por el otro.** Son locuciones impregnadas de sabor coloquial. Cuando Villaamil recapacita en el desprecio con que él ha mirado a las demás mujeres desde el momento en que prometió amar sólo a la suya, se dice: «—Yo, que desde que llevé a Pura al altar *no he dicho a ninguna mujer 'por ahí te pudras'*» (M, XLIV, 682). La segunda locución la encontramos en las palabras que la Visión sobrenatural le dice al niño Cadalso quejándose del desprecio en que los jefes del Ministerio tienen sus mandatos: «—Cuanto Yo les digo *por un oído les entra y por otro les sale*» (M, XL, 669). Tristana recurre a este mismo giro para explicar su indiferencia por las cosas que se refieren a la administración doméstica: «—Me lo ha dicho Saturna mil veces, y *por un oído me entra y por otro me sale*» (T, XIV, 1572). Feijoo usa esta locución humorísticamente, pues está dando a las palabras un sentido literal, pero aludiendo al significado metafórico que acabamos de estudiar: «—Hoy estoy mucho mejor de la sordera. *Por este oído izquierdo me entra todo perfectamente, y no me sale por el otro*» (III, IV-VI, 340).

**Hacer mangas y capirotes.** Cuando el clérigo Rubín cree que el noviazgo de Maxi supone un desprecio de las normas que rigen la sociedad, dice con indignación: «—Conque aquí hace cada cual lo que le da la gana sin tener en cuenta las leyes divinas y humanas, y *haciendo mangas y capirotes* de la religión, de la dignidad de la familia...» (II, IV-III, 210). Un empleado expresa así las injusticias del escalafón: «—Pero como aquí *se hacen mangas y capirotes* de los derechos adquiridos» (III, I-I, 297). En cierta ocasión Fortunata imagina que la 'idea blanca' le habla desde la custodia y le dice: «—Yo no puedo alterar mis obras ni *hacer mangas y capirotes* de mis pro-

pias leyes» (II, VI-VII, 249), y cuando se dirige a visitar a Feijoo para explicarle la situación en que se halla, Galdós nos dice que sus pensamientos eran: «¡Bueno se iba a poner Feijoo al saber que la chulita *había hecho mangas y capirotes* de la doctrina práctica expuesta con tanto ardor y cariño!» (IV, III-VI, 474). El DA recoge el matiz despectivo que siempre implica esta locución hacia aquellos de que «se hace mangas y capirotes» al explicarla como «resolver y ejecutar con prontitud y caprichosamente una cosa, sin detenerse en inconvenientes ni dificultades».

**Mandar a freír espárragos.** El desprecio que supone el empleo de esta locución se refleja en la explicación que de ella da el DA: «Despedirle con aspereza, enojo o sin miramientos.» Tristana expresa así cómo supo vencer las tentaciones diabólicas: «Mi desesperación anduvo en tratos con él (el demonio); pero te conocí y *le mandé a freír espárragos*» (T, XIX, 1585). La bondadosa Visión da a Luisito Cadalso el siguiente consejo para que el niño lo trasmita a su abuelo: «Dile que has hablado Conmigo, que no se apure por la credencial, que *mande al ministro a freír espárragos*» (M, XL, 670). Es curioso observar que aquí Galdós pone los coloquialismos en la boca de Dios, si bien es verdad que todo esto sucede en la imaginación calenturienta de un niño enfermo.

Más breve y de uso frecuentísimo es la locución «mandar a paseo». El desprecio que siente Juan Pablo por su acreedor, lo expresa así Galdós: «Erale insoportable la presencia de aquel hombre a quien no podía *mandar a paseo*» (III, I-V, 305); y el clérigo Rubín aconseja a Fortunata que no haga caso a la imaginación, a la loca de la casa, mediante la misma fórmula: «—Todo depende de que usted sepa *mandar a paseo* a la loquilla» (II, IV-V, 217).

Villaamil expresa su desprecio por las mujeres de su familia mediante una variante eufemística: «Por fin he aprendido lo que no sabía: a renegar de Pura y de toda su casta y a *mandarlos a todos a donde fue el padre Padilla*» (M, XLII, 678). No ha sido posible averiguar quién haya sido el padre Padilla ni a dónde fue. Peor es meneallo. También es frecuente la expresión «se fue a donde se fueron las historias del padre Padilla». Torquemada se expresa en forma parecida cuando habla de un cliente recalcitrante: «Ya puede venir ahora a tocar a esta puerta, que le he de *mandar a plantar cebollinos*» (II, III-II, 195).

Beinhauer estudia las fórmulas empleadas para estos rechazos mezclados de desprecio: «Para expresar la idea de 'rechazar a alguien' se dan en la lengua coloquial innumerables variantes de un solo y mismo tipo» *(op. cit.*, p. 216). Todas ellas están construidas

a base de verbo «mandar» o «irse» en oraciones en las que se expresa un deseo de alejamiento con respecto a la persona o cosa que se rechaza. Para ilustrar lo dicho traemos los siguientes ejemplos: Segunda, con ocasión del nacimiento del chiquitín de Fortunata, se refiere así a la estéril Jacinta: «—Su mujer de esta hecha se tendrá que *ir a plantar cebollinos*» (IV, VI-XII, 535), queriendo decir que tendrá que soportar el desprecio del marido; Villaamil le dice al portero del Ministerio que le impide la entrada obedeciendo órdenes: «—Dígale usted al jefe del personal, al don Soplado ese, que usted y él se pueden *ir a escardar cebollinos*» (M, XXXIII, 652). Las variantes a continuación revisten más solemnidad y son pronunciadas en tono más tajante. Fortunata: «—No los deje usted pasar. Que *se vayan a los infiernos*» (IV, VI-XII, 532); Guillermina: «—Ponedla ahora mismo en la calle, y *que se vaya a los quintos infiernos*, que es donde debe estar» (II, VI-IX, 259); a la misma fórmula recurre Santa Cruz hastiado de la fidelidad de Fortunata: «—Que *se vaya* con su constancia *a los quintos infiernos*» (III, II-III, 316). Variantes cómicas son las que hallamos en boca de Estupiñá y de Ido: «*Vaya usted al rábano*» (IV, VI-II, 505) y «*Váyanse al rábano*, ordinariotes (I, IX-IV, 108), o la usada por la vieja tía Roma para indicar su desprecio por el dictamen de los galenos: «—Si la Virgen lo manda, los médicos *se van a hacer puñales*» (TH, VIII, 931).

**Pasarse por las narices.** Cuando Juan Pablo cree que el estado va a hacer caso omiso de ciertos privilegios individuales, formula así su pensamiento: «Que el gobierno iba a dar muchos estacazos y *a pasarse* los tales derechos *por las narices*» (II, I-I, 160), y cuando después de algún tiempo se entrega con afán a lecturas filosóficas y teológicas, expresa así su desprecio por algunas ideas: «Ya sabía lo bastante para *pasarse* a todos los teólogos *por la nariz*» (III, I-VI, 306). Torquemada demuestra de modo parecido su menosprecio por el agradecimiento de las infelices vecinas: «—*Me paso por las narices* vuestras bendiciones» (TH, IV, 918), y Villaamil se expresa así en el Ministerio: «—Yo no vengo aquí a mendigar una cochina credencial, que desprecio; yo *me paso por las narices* a toda la casa, y a vosotros» (M, XXXIV, 654), y en su último soliloquio, antes de suicidarse, vuelve a lanzar la fórmula despectiva: «—Ya sé lo que es la vida, y ahora *me los paso a todos por las narices*» (M, XLII, 675). Desde la posición en que lo coloca el conocimiento adquirido en sus últimos momentos y su decisión de renunciar a la vida, expresa su olímpico desdén con una locución de significado muy similar a la anterior: «El esclavo ha roto sus cadenas, y hoy *se pone el mundo por montera*» (M, XLII, 676), y con mención explícita del

Estado, del que por tanto tiempo esperó su remedio, añade: «—*Me pongo al Estado por montera*» (M, XLII, 677).

**Tirar por el balcón a la calle.** Guillermina desearía hallarse en la posición de poder despreciar, por razones sobrenaturales, todo lo que el mundo aprecia, y dice a Fortunata: «—Yo no he tenido ocasión de *tirar por el balcón a la calle* una felicidad» (III, VI-X, 398). La queja de Jacinta al descubrir la infidelidad de su esposo está expresada con una locución muy semejante: «—Vaya una manera de pagarle su fidelidad, *tirando por el suelo* la que me debes a mí» (III, II-III, 316). En la misma línea están las locuciones «poner por los suelos» y «estar por los suelos», pues ambas reflejan la poca estimación en que se tiene algo. Galdós se sirve de la primera para destacar la ruina social y económica del padre de Tristana cuando menciona «los descubiertos que *ponían por los suelos* el nombre comercial de Reluz» (T, II, 1544), y Santa Cruz, en su elogio de la flora levantina, dice del naranjo: «Arbol ilustre, que ha sido una de las más socorridas muletillas de los poetas, y que en la región valenciana *está por los suelos,* quiero decir, que hay tantos, que hasta los poetas los miran ya como si fueran cardos borriqueros» (I, V-IV, 56).

**Zamparse.** El uso de este verbo con el significado de «despreciar», tal como lo encontramos en el diálogo de la criadita con el señorito, lo coloca de lleno en el campo del lenguaje familiar. Maxi: «—Teniendo juicio, se te mirará siempre como de la familia.» Papitos: «—*Me zampo* yo a la familia» (II, II-VI, 184).

## Disimular

**Cubrir el expediente.** El origen de esta locución está en el mundo burocrático y judicial. El DA la explica como «aparentar que se cumple una obligación o hacer lo menos posible para cumplirla.» A ella recurre Jacinta al comprobar que las caricias del esposo le causan un dolor moral: «—Se ve que son sobras de otra parte, traídas aquí por deber y para *cubrir el expediente*» (III, II-II, 313). El deseo de ocultar los hechos también ha dado pie a la locución «echar un velo» que Galdós usa con profundo humor al explicar la buena disposición de Maxi para disimular el pasado de su novia: «Tuvo precisión de *echar un velo,* como dicen los retóricos, sobre aquella parte de la historia de su amada. El velo tenía que ser muy denso (...) Otro velo, Maximiliano se vio precisado a *echar otro velo* (...) necesitaba lo menos una pieza de tul» (II, II-II, 176). También Fortunata, con sus buenas acciones, dismulaba sus pasados desvaríos, y Galdós

añade que «con su conducta *echaba velos y más velos* sobre lo pasado» (II, II-III, 178).

**Hacer la vista gorda.** Esta locución se basa en la experiencia de que quien mira abarcando mucho, no puede apreciar los detalles. Siempre se usa para expresar una actitud tolerante que disimula los defectos e inconvenientes. Así, cuando don Lope se dispone a permitir la entrada en casa a su antiguo rival, dice a Saturna: «—Con maña vas preparando a la niña. Le dices que yo *haré la vista gorda*» (T, XXV, 1602).

**Matarlas callando.** Es locución que se aplica a los que saben ocultar el aspecto de su conducta que podría ser ocasión de escándalo. (Véase la locución nominal «mátalascallando», p. 57.) Juan Pablo sabe que Feijoo es maestro en el arte de disimular sus aventuras amorosas, y por eso le dice: «—Usted es muy tunante y *las mata callando*» (III, IV-VII, 345).

**Poner en solfa.** Ante la imposibilidad que experimenta Santa Cruz para disimular frente a su esposa y a su madre la gravedad de su falta, Galdós escribe: «El caso no era para *puesto en solfa* ni para rehuido con cuatro frases y un pensamiento ingenioso» (IV, VI-XV, 543). Esta misma locución es empleada por el novelista con el significado de «burlarse» (V, la p. 100). A la incapacidad de disimular, alude también la locución con la que doña Pura increpa a su infeliz marido: «—Ahí tienes por lo que estás como estás (...) por *no tener ni pizca de trastienda*» (M, III, 561).

## Dominar

**Barajar. Mangonear.** El primero de estos infinitivos se usa en sentido figurado con el significado de «mezclar y revolver unas personas o cosas con otras» (DA). Moreno lo utiliza para decir que no confía en que el joven rey pueda dominar la caótica situación de la España de la Restauración: «—No creo que pueda *barajar a esta gente*» (III, II-IV, 319). En el segundo de estos verbos notamos un más marcado sabor coloquial: «Entremeterse uno en cosas que no le incumben, ostentando autoridad e influencia en su manejo» (DA). De acuerdo a esta definición, en numerosas ocasiones Galdós nos presenta a doña Lupe «llevada de su afán de *mangonear*» (II, VII-VIII, 281), y Feijoo, que conoce muy bien la debilidad de esta señora, comenta: «—Lo que a doña Lupe le gusta es *mangonear* (...) que *mangonee* todo lo que quiera» (III, IV-VI, 342).

**Acortar la cuerda.** Cuando falta la fuerte autoridad del estado, los españoles echan de menos el dominio que ejerce el que está arriba y, según don Baldomero, «ya estamos suspirando otra vez por que *se acorte la cuerda*» (III, II-I, 310). Muy semejante es la locución empleada por Maximiliano al explicar las medidas que era necesario tomar con respecto a la rebelde Papitos, que «era muy mala, muy descarada, y había que *atarla corto*» (II, II-VI, 182).

**Dar estacazos.** Locución muy expresiva para aludir a las enérgicas medidas tomadas por el que ejerce un dominio absoluto. Las ideas que sobre la autoridad se forma Juan Pablo, van indefectiblemente unidas a la imagen de estar con el palo levantado para descargarlo sobre el que no se someta: «Se le inundaba el alma de gozo oyendo decir que el gobierno iba a *dar mucho estacazo*» (II, I-I, 160); «no se puede gobernar bien sino *dando muchos palos* (...), su ideal era 'un Gobierno de leña' (...) con *una tranca muy grande y siempre alzada en la mano*» (III, I-IV, 300). Al ser nombrado gobernador de una provincia, es consecuente con sus ideas de dominar por la fuerza, y marcha a desempeñar sus funciones dispuesto a «*levantar el palo y deslomar* a todo el que se desmandase» (IV, V-VI, 500). Algo más suave, pero indicadora igualmente del dominio que los padres ejercían sobre los hijos en cuestiones de elección matrimonial, es la locución con que don Baldomero se refiere a las circunstancias en que se celebró la boda de él y de Barbarita: «—Nuestros padres *nos dieron esto amasado y cocido*» (I, I-II, 17).

**Estar en candelero.** Imagen tomada de la vida familiar, mencionada en la célebre comparación bíblica, y que en el lenguaje coloquial ha cuajado en esta locución familiar. El DA recoge «en candelero»: «En puesto, dignidad o ministerio de grande autoridad. Usase con los verbos estar, poner, etc.». Villalonga, que con la Restauración ocupa una alta posición, es recibido en la tertulia con estas palabras: «—Amigo, desde que *está usted en cendelero* no hay quien le vea» (III, II-IV, 319). Pura Villaamil se refiere a los jefes del Ministerio como los «que hoy *están en candelero*» (M, III, 561).

«No bajar del trípode» también hace referencia a la posición del que domina. Cuando Fortunata recibe la visita de doña Lupe, dice Galdós: «Hallábase la joven muy cohibida delante de la que iba a ser su tía, porque ésta *no bajaba del trípode* ni cesaba en sus correcciones» (II, VII-I, 262).

**Llevar los pantalones.** Locución muy gráfica para referirse al que sabe atribuirse autoridad y usarla con aplomo. Comentando la actitud de

superioridad de Pura Villaamil y la dócil sumisión de su esposo, dice Galdós con respecto a él: «Tiempo hacía que estaba resignado a que su señora *llevase los pantalones*» (M, XII, 586). Mauricia conjetura que en el futuro hogar de Fortunata también va a ser ésta la que disponga, por lo que le dice que si el marido se deja gobernar y «*te pones tú los pantalones*, puedes *cantar el aleluya*» (II, VI-VI, 246). Como vemos en estos ejemplos, es locución que se aplica preferentemente a mujeres decididas, y así lo refleja la explicación del DA: «Mandar o dominar en la casa, supeditando al marido.» En cuanto a lo de «cantar el aleluya», locución sugerida por el rito de la liturgia católica, es claro que se refiere al gozo que proporciona el dominar una situación.

**Meter en cintura.** Con esta locución el clérigo Rubín previene a Fortunata de las dificultades que tendrá en dominar a la imaginación: «—No podrá durante algún tiempo *meter en cintura* a la loca de la casa» (II, IV-V, 216). Un patrón muy parecido sigue la locución que encontramos en boca de don Baldomero para referirse a la férrea disciplina a que se vio sometida la juventud de su tiempo: «—Nos tenían a todos *metidos en un puño* hasta que nos casaban» (I, I-II, 17), y que también emplea Belén explicando cómo ella supo dominar las tentaciones del demonio: «—No podía conmigo ni con mi fe, y tanto hice, que lo *metí en un puño*» (II, VI-VIII, 251). Ligeras variantes de la misma idea son las locuciones «meter por el aro» y su contrapartida «entrar por el aro». Ambas tienen su origen en el popular número circense en el que el domador muestra su dominio sobre el animal obligándole a saltar a través de un aro. Galdós usa la primera para explicar la maña de Nicolás en imponer sus opiniones a su hermano: «Nicolás fue quien *metió a Juan Pablo por el aro carlista*» (II, IV-II, 208). La segunda la usa don Baldomero para anunciar sus esperanzas de que la Restauración logre implantar la tan necesaria autoridad en la vida del país: «—Veremos a ver si ahora, ¡qué dianches!, hacemos algo; si esta nación *entra por el aro*» (III, II-I, 309).

**Tener aldabas.** El hecho de poseer los medios necesarios para alcanzar o mantenerse en una posición de dominio ha dado pie a varias locuciones coloquiales construidas con el verbo «tener» y un complemento formado con sustantivos tomados en sentido figurado. Sobre la carrera administrativa del desaprensivo Cadalso, dice Galdós: «*Tuvo aldabas* y atrapó un ascenso en Madrid» (M, XIII, 590). Cuando el desgraciado Villaamil se ve preterido a su incompetente yerno, dice con amargura aquél a éste: «—*Tú tienes allá...*, no se dónde..., *buenos padrinos o madrinas*» (M, XXXI, 645). Obsérvese

que la forma habitual de esta locución es «tener padrinos» y que la amplificación aquí recogida corresponde a la maliciosa sospecha de Villaamil de que hay una influyente dama a cuya protección se debe el éxito de su yerno. Poco después, creyendo que Cadalso ha logrado un nuevo ascenso, Villaamil recurre a otra fórmula muy parecida: «—*Tienes la sartén por el mango*» (M, XXXVII, 660). Con ocasión de estar Pantoja comentando con Villaamil la fulgurante carrera de Cadalso y su habilidad para no ser llevado a la merecida cárcel, se lamenta aquél: «No irá, no irá (a presidio)... *Tiene pararrayos y paracaídas*» (M, XXII, 615). Doña Pura también está indignada por la notoria injusticia que hay en esta situación, y ataca a Cadalso haciendo uso de una locución semejante: «—Cómo si no supiéramos —objetó doña Pura, hecha un áspid— que tú *tienes vara alta* en el Ministerio» (M, XXXI, 645). Galdós emplea la misma fórmula para explicar la posición privilegiada que ocupaba Belén en el convento de las Micaelas: «*Tenía Belén vara alta* con las señoras» (II, VI-VIII, 251), y cuando Villalonga quiere indicar que ha recibido de sus superiores autoridad para actuar con independencia, introduce una variante en la locución a fin de adaptarla a sus circunstancias: «—El ministro *me da vara alta*» (IV, V-VI, 500). La vara es símbolo de autoridad y los alcaldes la ostentan orgullosos cuando han de ejercer las atribuciones de su cargo. Basándose en esta relación, la inventiva popular ha llegado a otra locución pintoresca que encontramos en boca de Guillermina cuando intenta dar una razón del privilegio que ha recibido su sobrino: «—No hay tal milagro, sino que *tienes el padre alcalde,* como se suele decir» (IV, II-VI, 460).

## Dormitar

**Hacer cortesías.** En esta locución hay una interpretación humorística del gesto hecho por el que se queda dormido estando sentado. Galdós la emplea para aludir a la costumbre de doña Lupe, la cual «en dando las diez ya estaba *haciendo cortesías*» (III, VI-IV, 380). Cuando Jacinta se durmió durante la representación de una ópera leemos: «*Hizo una cortesía* de respeto al gran Wagner, inclinando suavemente la graciosa cabeza sobre el pecho» (I, VIII-II, 87).

## Educar

**Lavarse el palmito.** Jacinta usa esta locución para referirse a los refinamientos superficiales que la mujer humilde se esfuerza por asi-

milar a fin de ascender en la escala social: «—La mujer de clase baja, por más que *se lave el palmito,* siempre es pueblo» (I, V-III, 52). (V. «palmito», p. 35.) Jacinta está expresando con otras palabras lo que reza el popular refrán: «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda». La misma idea encierran las locuciones inspiradas en las faenas caseras con las que Fortunata se refiere a los esfuerzos hechos por Maxi y su tía para convertirla en señora respetable: «Mi marido y doña Lupe *me pasaron la piedra pómez, sacándome un poco de lustre»* (IV, IV-I, 483).

**Emborracharse**

**Ajumarse.** (V. el sustantivo «jumera», p. 40.)

**Encarcelar**

**Tener a la sombra.** Es muy frecuente referirse al tiempo transcurrido en la cárcel con una humorística alusión a la temporada pasada 'a la sombra'. Galdós, al dar cuenta del encarcelamiento del estudiante Santa Cruz, escribe: *«A la sombra me lo tuvieron* veintitantas horas» (I, I-I, 13). Mauricia alude a la misma experiencia mediante el uso coloquial del verbo 'soplar': «—Vinieron los guindillas y *me soplaron* en la Prevención» (II, VI-II, 236). (V. «guindilla», p. 27), y doña Lupe emplea «plantificar» para referirse al riesgo que corre su sobrino Juan Pablo y a la obligación que tienen los demás miembros de la familia de ayudarle: «—Cada uno por su lado beberemos los vientos para impedir que le *plantifiquen* en las islas Marianas» (II, VII-V, 274). El DA recoge este significado coloquial del vocablo mediante la explicación de «poner o introducir a uno en una parte contra su voluntad».

**Enfadar(se)**

**Amostazarse, atufarse, escamarse, volarse.** Cuando el novio de Abelarda recibe con mala cara las bromas de Cadalso, éste le dice: «—Parece que *se amostaza* usted, ínclito Ponce» (M, XIX, 606). Fortunata anuncia así los efectos de su ira: *«—Si me atufo,* no hay quien me tosa» (III, VI-VI, 386). Villalonga comenta que al acompañante de Fortunata le molestan las miradas que se le dirigen a la joven:

«Como Joaquín y yo la mirábamos tanto, el tío aquel *se escamaba*» (I, XI-II, 153). Juan Pablo, explicando un disgusto que tomó, dice simplemente: «—*Me volé*» (II, IV-VII, 222), y cuando acosado por la penuria solicita un préstamo, nos dice Galdós: «Había tenido el atrevimiento de pedir prestada una cantidad a doña Lupe, la cual *se voló*» (II, VII-I, 261). Aurora recurre al mismo verbo para imaginarse la violenta reacción de Santa Cruz al inoportuno comentario de Fortunata: «—Te precipitaste al llevarle ese cuento. *Se habrá volado*» (IV, III-II, 465). (V. el adjetivo coloquial «Volado», p. 69.)

**Darse a Barrabás.** Mediante esta alusión al célebre bandido que fue elegido por la muchedumbre para ser puesto en libertad con preferencia a Cristo, según consta en el relato bíblico, expresa Galdós la contrariedad de los españoles que no han sido favorecidos por la fortuna en la popularísima lotería de Navidad: «¡Y había tantas personas aquel día *dadas a Barrabás* por no haber sacado ni un triste reintegro!» (I, X-I, 126). Más enérgica aún es la locución con la que el novelista explica el humor de doña Lupe el día aciago en que Juan Pablo decidió pedirle dinero: «Encontró a la capitalista *dada a todos demonios*» (IV, V-III, 494), o las rabietas de Milagros: «A Milagros, con esto, *se la llevaban los demonios*» (M, XIV, 592). Relacionado en cierto modo con las alusiones infernales contenidas en estas expresiones, está el giro usado para darnos a entender la violenta reacción de Maxi a las bromas de su tía, «que a éste *le supieron a cuerno quemado*» (II, II-V, 182), locución que también encontramos en boca de Cadalso cuando explica el fastidio de los contribuyentes ante el control de la Hacienda Pública: «Cómo *les sabe a cuerno quemado* la cuenta corriente que se les lleva!» (M, XI, 584). La comparación entre la rabia y el fuego, implícita en muchas de estas locuciones, aparece aún más claramente en la usada por Galdós para darnos a entender la irritabilidad de Maxi durante sus ataques de celos: «Cuando no le contradecían se contestaba él, *echando leña* por sí propio *en la hoguera de su ira*» (III, VI-VIII, 392). Es curioso seguir los cambios lingüísticos de esta última locución a lo largo de los siglos. Como hace notar Casares *(op. cit.*, páginas 210-211) el verbo «echar» puede ser sustituido por «poner» o «añadir», e incluso el término «leña», es de uso reciente, pues en la época clásica se decía «echar aceite en el fuego», construcción paralela a la de los franceses «jeter de l'huile dans le feu».

**Estar de monos.** Esta locución parece deber su origen al carácter variable de estos animales. Acerca del enfado pasajero de una pareja de novios, comenta Galdós: «Olmedo y Feliciana entraron en la tertulia. *Estaban de monos* y apenas se hablaban» (II, II-VII, 187). Pa-

rienta cercana de esta locución es la usada por el novelista para relatar el enfado entre Fortunata y su tía política: «*Estuvo* la señora *de morros* toda la noche, y Fortunata, *de más morros* todavía» (III, VII-IV, 409). Aquí, la expresión parece basarse en el gesto de abocinar los labios característicos de la persona malhumorada.

**Irsele a uno el santo al cielo.** Jacinta cree que si viera a su rival no podría contener su ira. Galdós explica así su estado de ánimo: «Si la veía, de fijo que *se le iba el santo al cielo*» (III, II-I, 309). Merece notarse que esta locución, aunque siempre alude a un exaltado ánimo, no siempre se refiere a la misma emoción, pues, como tendremos ocasión de ver, Galdós la usa también para significar «enloquecer», a veces, por motivo de una gran alegría. Matices afines encontramos en las locuciones con las que el novelista explica cómo reacciona don Baldomero ante la crítica antiespañola del anglófilo Moreno: «A veces *perdía los estribos* el buen español» (III, II-IV, 319), o el efecto que la irregular conducta de Fortunata causa en el ánimo de su esposo: «Sin duda la presencia y compañía de su mujer era lo que le *sacaba de quicio*» (IV, V-I, 486). Sentido más concreto y tajante, por basarse en comparaciones muy significativas o en un modo pintoresco de proceder, tienen los giros que enumeramos a continuación: «Bien conoció que su madre *se había de poner como una leona*» (I, II-III, 24); «la que se me ponga otro calzado que no sea las alpargatitas de cáñamo, *ya me tiene hecha una leona*» (I, II-VI, 33), y el expresivo: «doña Bárbara... *se subía a la parra*» (I, IV-I, 43).

**Subírsele a uno la sangre (la hiel) a la cabeza.** A diferencia de las locuciones presentadas anteriormente, la fuerza expresiva de las que incluimos en este grupo consiste en que están basadas en las alteraciones físicas que produce la ira. Las encontramos en boca de Santa Cruz y de Fortunata para aludir a la indignación que les causa respectivamente la conducta de un inglés entrometido y de una rival en cuestión de amores: «—Si sigo un minuto más, le pego un par de trompadas... Ya *se me subía la sangre a la cabeza*» (I, V-V, 59); «anoche me trastorné, lo reconozco; *se me subió la hiel a la cabeza*» (IV, VI-XI, 530). Un sabor marcadamente más vulgar hallamos en el modo cómo la joven expresa lo que ella considera sus adelantos sociales: «Como no *se me suba la mostaza a la nariz*, no suelto ninguna palabra fea» (IV, IV-I, 482). La alusión a la nariz como el lugar en que se manifiesta la ira es muy antigua. Baste recordar que en *La Celestina* le oímos decir a Pármeno: «No me hinches las narices con esas memorias.» La expresión de Fortunata parece un curioso cruce de la clásica «hinchar las narices» y el

verbo «amostazarse», ya examinado con este mismo sentido. Covarrubias en su *Tesoro* también se hace eco del simbolismo atribuido a la nariz en estos giros, y escribe: «Subírsele el humo a las narices, vale enojarse y airarse; es efecto de la cólera y término usado comúnmente, y aun frase de la Escritura»[9], y añade en otra explicación: «La nariz es el lugar propio del rostro humano donde se demuestra la saña, la ira.» Roza lo ya dicho acerca de los trastornos fisiológicos que experimentan las personas excitadas, las alusiones contenidas en las locuciones con que Galdós explica los disgustos de sus personajes. Sobre doña Lupe: «A la viuda *se le requemaba la sangre* con esto» (II, IV, II, 210); acerca de Juan Pablo: «El disgusto con su querida, a quien tenía cariño, *le revolvió más la bilis*» (IV, V-IV, 495); y sobre Maxi: «*Se puso verde* y le salió un amargor intensísimo del corazón a los labios» (II, III-I, 194). Conviene no confundir la locución «ponerse verde», usada aquí por Galdós con el sentido de «indignarse», y «poner verde», que veremos en lugar oportuno y que significa «insultar» o «hablar de cosas desagradables».

**Tener malas pulgas.** Cerramos el apartado dedicado a recoger las referencias coloquiales a las explosiones de mal humor con esta llamativa locución que el DA explica como «ser de genio demasiado vivo e inquieto». El niño Silvestre Murillo le recuerda a su amigo Cadalsito: «*Tengo yo 'mu' malas pulgas, pero 'mu' malas*» (M, I, 552). Viene a ser la contrapartida del otro giro coloquial «tener correa», es decir «sufrir chanzas o zumbas sin mostrar enojo» (DA).

## Engañar

**Camelar. Clavar. Embaucar. Engatusar.** «Camelar» suele aplicarse a las acciones con las que intentamos ganarnos el efecto del sexo opuesto. El DA considera este vocablo sinónimo familiar de «galantear, requebrar», pero como muchas veces esta conducta se presta a exageraciones más o menos conscientemente engañosas, añade a la definición anterior: «Seducir, engañar adulando.» Cuando don Lope habla a Saturna en un lenguaje que se presta a dobles interpretaciones, la criada le responde: «—Señor..., vamos... Pero qué..., también a mí me quiere *camelar?*» (T, XXV, 1601). Beinhauer denomina «camelos» a los «disparates seudocultos» que se dicen con la in-

[9] «Ascendit fumus de naribus ejus» (Libro II de los Reyes, cap. XXII, vers. 9). «De naribus ejus procedit fumus» (Libro de Job, cap. XLI, vers. 11). (Textos mencionados por Iribarren en su *op. cit.*, p. 294).

tención de engañar o aturdir a quien suponemos con un nivel cultural lo suficientemente bajo como para dejarse confundir, y añade: «La afición a las palabras cultas, en parte empleadas correctamente, en parte mal entendidas, y encima no raras veces mutiladas, es un rasgo característico del lenguaje popular, especialmente del de Madrid» *El español coloquial*, Madrid, Gredos, 1963, p. 69, nota 73).

Cuando doña Lupe sospecha que los tenderos engañan a Fortunata subiéndole los precios, advierte a ésta: «—Si te falta algún cacharro de cocina, no lo compres; yo te lo compraré, porque a ti te *clavan*» (II, VII-III, 270). El DA recoge este significado coloquial de «clavar»: «Engañar a uno perjudicándole.»

«Embaucar» y «engatusar» aluden directamente y en sentido recto a la conducta del que pretende convencer a otros. El DA define el primero como «engañar, alucinar, prevaliéndose de la inexperiencia o candor del engañado», y el segundo: «Ganar la voluntad de uno con halagos para conseguir de él alguna cosa.» Moreno Isla, en la tertulia de Santa Cruz, dice refiriéndose a la charla de Guillermina en otro grupo: «—La santurrona los está *embaucando* con las fantasmagorías del asilo que va a edificar» (I, VII-II, 80). Doña Lupe le dice a Maxi que trata de convencerla para que acepte sus relaciones con Fortunata: «—No me *engatusarás* con palabritas» (II, III-IV, 201), y Jacinta piensa acerca de la conducta de su marido: «—No me *engatusarás* con tus zalamerías» (III, II-I, 310). El origen de este vocablo parece hallarse en la marrullera habilidad del gato para obtener la deseada caricia o golosina. Cuando Quintina quiere ganarse a su marido para que le permita adoptar al sobrinito, dice Galdós que actuaba «*engatusando* a Cabrera con estudiadas zalamerías y carantoñas» (M, XXXIX, 667).

**Darla. Pegarla.** Estas dos locuciones son usadas por Galdós con mucha frecuencia como sustitutos coloquiales del verbo «engañar». Cuando Jacinta quiere ocultarle a su esposo su preocupación, éste, que adivina su estado, le dice: «—Tú no comes, tú estás desganada; a ti te pasa algo... A mí no *me la das tú*» (I, VIII-V, 97), y cuando ella sospecha las infidelidades del marido, Galdós explica cómo va tomando cuerpo la idea de que «su marido *se la estaba pegando*» (I, VIII-I, 83). (En anotaciones aparte se indican otros lugares de *Fortunata y Jacinta* en los que Galdós hace uso coloquial de «darla» y «pegarla») [10]. ¿A qué se refiere el pronombre «la»? Según Casa-

[10] A mayor abundamiento, traemos los siguientes ejemplos de «darla» y «pegarla» en la novela *Fortunata y Jacinta:* (Arnaiz) «—*A mí no me las das tú.* Aquí ha habido matute» (I, II-IV, 27); (Feijoo) «—Yo he visto mucho mundo... *A mí no me la*

res, lo de «darla» es una abreviación de «dársela a uno con queso», y el «la» se explica recurriendo a las formas antiguas. «Se decía 'armarla con queso' y se trataba de la ratonera en la que se ponía este cebo, considerado como el más apetitoso. El significado metafórico del engaño ha sobrevivido sin la menor deformación, a pesar de que las palabras de la frase ya no le sirven de sostén» *(op. cit.,* páginas 239-240). Cuando doña Lupe se queja del engaño de que ha sido víctima por parte de su sobrino, exclama: «—*Me la has dado completa, a fondo, de maestro*» (II, III-IV, 200). Aquí parece que nos encontramos ante un curioso cruce entre «darla» y una alusión a «dar una estocada», tomada del lance taurino de matar a la fiera, pues las modificaciones a la locución que hallamos en las palabras de esta señora, nos llevan a recordar el lenguaje de la tauromaquia. En cuanto al «la» de «pegarla» es probable que se refiera a «mentira», «bola» o a algún concepto afín. Como dice Beinhauer, «a unos sustantivos femeninos sobrentendidos se refieren innumerables locuciones en las que tal vez incluso originariamente tal sustantivo estaba sólo aludido. Y es que el objeto pronominal «la» («las») está sentido muchas veces tan sólo como una especie de neutro» *(op. cit.,* p. 310.)

**Dar gato por liebre.** Esta expresiva locución que el DA explica como «engañar en la calidad de una cosa por medio de otra inferior que se le asemeja», ya se encuentra, en forma parecida, en el *Tesoro* de Covarrubias: «Vender el gato por liebre: engañar en la mercadería; tomado de los venteros, de los cuales se sospecha que lo hacen a necesidad y echan un asno en adobo y lo venden por ternera». Iri-

---

*da nadie*» (III, IV-V, 339); (Juan Pablo) «—¡Ah! Señor don Evaristo, *a mí no me la da usted*... Usted es muy tunante y las mata callando» (III, IV-VII, 345); (Feijoo) «—¡Oh! Entiendo bien a mi gente. También ésta tiene sus filosofías pardas, y *a mí no me la da*» (III, IV-VIII, 347); (Maxi) «—No, no, no... Si creen que *me la dan*, se equivocan» (IV, I-II, 418); (Fortunata) «—Tan listo como eres, y a ti también *te la dan*» (IV, III-I, 463); (Guillermina) «—*Buena nos la dio*... Déjele usted estar, que como yo le coja a mano, le he de decir cuatro cosas» (IV, VI-V, 513). «Pegarla»: «Las dos o tres sillas eran también muy sospechosas. La que parecía mejor, seguramente *la pegaba*» (I, IX-II, 103); (Nicanora) «—Cuidado con lo que saca... ¡Que yo me adultero, y que *se la pego* con un duque! (I, IX-VII, 114); (Olmedo) «—Estos silfidones, a lo mejor *la pegan*» (II, I-III, 166); (acerca de Fortunata) «desde que engañó al primero con el segundo se le puso en la cabeza la idea de *pegársela a los dos con otro*» (II, II-II, 176); (Torquemada) «—A lo mejor *la pegan* y de canela fina, créame usted» (II, III-II, 195); (doña Lupe acerca de Papitos) «—Cuando menos hay que hacer es cuando *la pega*» (II, IV-I, 205); (Fortunata) «—Fui yo sola con una amiga, por ver si le sorprendía *pegándomela* con algún trasto» (III, IV-I, 329); (Guillermina) «—Tiene a lo mejor algunas corazonadas felices; pero cuando menos se piensa *la pega*» (IV, VI-VII, 517).

barren, *op. cit.*, p. 101 trae la fórmula de conjuro que usaban los viajeros para cerciorarse de que lo que el ventero ponía en la mesa era el manjar prometido y no el temido gato:

*Si eres cabrito*
*mantente frito;*
*si eres gato,*
*salta del plato.*

La locución mantiene hoy día el mismo sentido de engaño. Así, cuando Feijoo quiere dar a sus gestiones en pro de la reconciliación del matrimonio Rubín un tinte de caridad desinteresada, doña Lupe, que sospecha que haya algo más detrás del afán del caballero, piensa: «Lo que falta saber es si, con toda esa cristiandad, no nos querrá *dar gato por liebre*» (III, V-I, 358). En la literatura clásica aparecen las locuciones «dar perro» y «dar mico» para referirse a un engaño sufrido por la doncella seducida. Recuérdese la escena del *Burlador* en la que se habla de que «hubo perro», o la célebre aventura de Dorotea, en la primera parte del *Quijote,* donde la engañada joven toma el nombre de Princesa Micomicona, heredera del reino de Micomicón, nombres que aluden a la seducción de que Dorotea ha sido víctima [11]. Esta asociación entre «dar mico» y «engañar» está patente en el lamento de Pura Villaamil al comprobar que el nombre de su esposo no aparece en la lista de los beneficiados con un empleo, como les habían hecho creer: «—*Valiente mico nos han dado*» (M, XVII, 598).

**Dorar la píldora.** Al pasearse por delante del convento de las Micaelas, Maxi recuerda el engaño sufrido con su matrimonio, y mira amargamente «el santuario donde le *habían dorado la infame píldora* de su ilusión» (II, VII-X, 285). Otras fórmulas conversacionales de parecido cuño son «encajar la bola» y «encajar papas». Fortunata le dice a Guillermina explicándole las razones de haber golpeado a Aurora: «—Uno de los motivos porque le pegué fue el haber dicho eso, el haberme *encajado la bola* de que Jacinta era como nosotras» (IV, VI-XI, 531), y doña Pura, observando desde la delantera del Real a su yerno, que en el patio de butacas habla con un señor extranjero, exclama: «—Pobre señor, *qué papas le estará encajando*» (M, XXVII, 632). (Véase el epígrafe Creer(se), p. 108.) Galdós echa mano de una frase parecida al explicar la falsa excusa dada por Jacinta para poder dedicarse al asunto del Pituso: «Había dejado a su

[11] Véase la interpretación que de esta aventura y de los nombres presenta Joaquín Casalduero en *Sentido y forma del Quijote*, Madrid, Insula, 1949, p. 139.

esposo con Villalonga, después de *enjaretarle la mentirilla* de que iba a la Virgen de la Paloma a oír una misa que había prometido» (I, IX-I, 98), y cuando después de ilusionarse con que el Pituso es hijo de su marido, se resiste a admitir la falsedad de su suposición, protesta con un enérgico *«no me vengan a mí con cuentos»* (I, X-VII, 146), lo que equivale a decir, «que no pretendan engañarme» [12].

**Quedarse con uno.** El uso de esta locución con el sentido de «engañar» no es de uso muy frecuente, a pesar de que el DA la recoge y explica como «engañarle o abusar diestramente de su credulidad». Tal es el sentido que le da Galdós al explicarnos la dificultad que encontraba Maxi en tomar parte en las conversaciones de la tertulia: «Si se veía obligado a expresarse, o porque *se quería quedar con él* o porque sin malicia le preguntaban algo, ya estaba mi hombre como la grana» (II, I-II, 162).

## Enloquecer

En este epígrafe se presentan locuciones que sirven, algunas para referirse a una exaltación momentánea que impulsa a obrar olvidándose de la razón, y otras, para aludir a un estado de locura permanente.

**Andar mal de la cabeza.** Contemplando al exaltado Ido del Sagrario víctima de su maniática obsesión, dice Maxi a Fortunata: «—Me da mucha lástima, porque sé lo que es *andar mal de la cabeza»* (IV, VI-IV, 509). Amado Alonso presenta la cuestión de hasta qué punto puede matizar la lengua en las locuciones construidas con el verbo «andar»: «La significación de este 'andar' se refiere a la vida circunstanciadamente caracterizada; es 'a la vez ir por la vida y ser llevado por ella'; y la vida no en su totalidad, sino reducida a un aspecto (con frecuencia episódico)» [13]. Es indudable que el uso de «andar» en lugar de «vivir» o de otro infinitivo que pudiera usarse, comunica a la locución un matiz de temporalidad que es precisamente lo que se desea destacar. Mediante la locución «estar ido» también se logra comunicar la idea de arrebato momentáneo, esta vez valiéndose del participio «ido», pues con la idea de movimiento implícita se elimina la impresión de permanencia. Fortunata disculpa

[12] Para un sutil studio de las diferencias de matiz entre las construcciones «venir con» y «salir con», véase Amado Alonso, *Estudios Lingüísticos: Temas españoles*, Madrid, Gredos, 1951, pp. 245-251.

[13] Amado Alonso, *op. cit.*, pp. 261-262.

el atrevimiento de su admirador diciendo que «Segismundo *está ido*» (IV, I-V, 428), y Juan Pablo ataca la inconsecuencia de su hermano Nicolás con un: «—Tú me parece que *estás algo ido,* porque cuidado que has dicho disparates» (II, IV-VII, 222). En otra ocasión en que Juan Pablo trata de explicar la manifiesta locura de su otro hermano, Maxi, recurre a una locución más concreta y tajante: «—A mi hermano *le falta un tornillo*» (III, I-VI, 305).

**Irsele a uno el santo al cielo.** El desgraciado Villaamil, al darse cuenta de que la razón le flaquea, dice a su compañero Cucúrbitas: «—Mira que siento en mi cabeza unas cosas muy raras, como si *se me fuera el santo al cielo*» (M, XXXIII, 652). La misma expresión hallamos en boca de don Baldomero cuando recuerda el loco entusiasmo que le invadió con la noticia del nieto: «—A mí también *se me fue el santo al cielo*» (I, X-VIII, 150). (Véase esta locución con el sentido de «enfadarse», p. 124), y momentos antes había dicho: «—*Perdí la chaveta*» (Ibíd.). Santa Cruz emplea idéntica locución comentando este mismo lance del Pituso: «—Mi mujer *perdió la chaveta,* quiso adoptarlo y nada menos que llevárnoslo a casa» (II, VII-VII, 280). El DA la explica así: «Perder el juicio, volverse loco.»

**Sorber.** En sentido figurado el lenguaje coloquial usa el verbo «sorber» para indicar una exaltación del ánimo que rebasa los límites normales de la razón. Doña Bárbara se preocupa por los peligros a que su hijo estará expuesto durante su estancia en París, y Galdós explica: «A la pena de no verle uníase el temor de que le *sorbieran* aquellos gabachos y gabachas» (I, I-II, 16). (Véase «gabacho», p. 25.) Es frecuente aumentar la carga expresiva del verbo, convirtiéndolo en la locución «sorber el seso». El novelista, al indicarnos los medios de que se vale el desaprensivo Cadalso para excitar las ilusiones amorosas de su cuñada hasta el punto de ponerla en el borde la locura, escribe: «Buscaba en su mente discursiva nuevos arbitrios para seguir *sorbiendo el seso* a la cuitada joven» (M, XVI, 597), y el propio padre de la muchacha, al comprender la situación, piensa: «Nadie me quita de la cabeza que ese peine de Víctor la *habia sorbido los sesos*» (M, XLIII, 678). (V. «peine», p. 25.)

**Subírsele a uno el mengue a la cabeza.** Cuando Mauricia recapacita sobre los excesos cometidos durante un ataque de locura, exclama: «¡Qué cosas se le ocurren a una cuando *se sube el mengue a la cabeza!*» (II, VII-II, 263). «Mengue» es uno de los términos familiares para referirse al diablo. En el epígrafe correspondiente a *enfadarse* se presentaron varias locuciones muy relacionadas con la estudiada aquí. (V. la p. 124.) Algo más refinada, aunque de significación muy parecida, es la locución con la que Guillermina se re-

fiere a la exaltada Fortunata: «—Veo que usted *no tiene atadero*... Con esas ideas, pronto volveríamos al estado salvaje» (III, VII-III, 407). Galdós usa esta locución para describir la locura de Ido del Sagrario: «Al llegar a este grado de su lastimoso acceso, el infeliz Ido ya *no tenía atadero*» (I, VIII-IV, 93).

**Tirar piedras.** Esta locución sirve para ilustrar los pintorescos caminos por donde la fantasía popular ha discurrido para expresar a lo vivo los efectos de la pérdida de la razón. Cuando Villalonga quiere encomiar la belleza de Fortunata y decir que es tan grande como para enloquecer a los que la contemplan, le dice a Santa Cruz: «—Vamos, que si la ves, *tiras piedras*» (I, XI-I, 152). El DA explica esta locución familiar como «estar loco o muy irritado». Menos plástica, pero llena asimismo de connotaciones de sabor coloquial es la locución «volverle a uno tarumba» que también figura en el DA con la explicación de «atolondrarle, confundirle». José Izquierdo sabe que no podría ponerse a discutir con Guillermina porque «*le volvería tarumba* con sus 'tiologías'» (I, IX-IX, 121), y doña Lupe recurre a la misma locución cuando se pone a pensar en las locuras de Maxi «después que *le volvieron tarumba* los ojos de una mujer» (II, IV-VII, 233).

## Enriquecerse

**Echar buen pelo.** Un empleado del Ministerio de Hacienda le dice a Villaamil, con cierta guasa, pero aludiendo a la imposibilidad de progresar en el escalafón o en la sociedad: «—Ni usted ni yo *echaremos buen pelo* hasta que no suban los nuestros» (M, XXVI, 628). En otra ocasión, cuando don Basilio ha encontrado empleo y ha salido de su mísera situación, es saludado por Feijoo con un familiar «—*Buen pelo echamos*, ¿eh?... Sea enhorabuena» (III, IV-VII, 344). Las expresiones que aluden el «buen o mal pelo» y al «pelaje» deben su origen a la piel de los animales, que reluce cuando están alimentados, y se deteriora si no están debidamente cebados. Paralelamente, la persona de buenos medios económicos refleja su abundancia en el aspecto externo. (Véase las locuciones «de medio pelo» y «de malísimo pelaje», p. 66.) En este grupo de locuciones hay que colocar la que emplea Pura Villaamil para referirse a cierto empleado que vive a un nivel muy superior del que le permite su sueldo oficial: «—Pues no será tanto (honrado), cuando *le luce el pelo como le luce*» (M, III, 561), y el irónico comentario de Ballester acerca del trabajo de Ponce como crítico literario, que encontramos en su

diálogo con Fortunata: (Fortunata) «—Le dan dos duros por cada uno (artículos de crítica). Ya ve usted. Y hace cuatro todas las semanas.» (Ballester) «—*Buen pelo, buen pelo*» (IV, I-XI, 411).

**Hacerse de oro.** Es una locución que recoge por medio de una imagen plástica el brillo de la riqueza. Acerca del halagüeño porvenir económico del negocio de Pepe Samaniego, dice doña Casta Moreno: «—Un establecimiento montado como los mejores del extranjero no puede menos de *hacerse de oro*» (IV, I-IV, 425). En otras ocasiones es frecuente expresar la misma idea con el más prosaico «ponerse las botas».

## Envidiar

**Tener pelusa.** El DA define «pelusa» como «envidia propia de los niños». En el lenguaje coloquial es frecuente emplear el término para referirse humorísticamente a la envidia de los mayores. Así, cuando Fortunata después de dar a luz se presiente objeto de la envidia de la estéril Jacinta, piensa: «*De la pelusa que tiene* le van a salir más canas» (IV, VI-VI, 515), y Cadalso, que goza fingiendo por Abelarda un amor que no siente, le dice a ésta y a su prometido, quienes están hablándose cariñosamente: «—Eso no quita que *tenga mi pelusa*» (M, XIX, 605).

## Exigir

**Hilar delgado.** El matrimonio Arnáiz adopta una posición muy realista ante el problema de casar a sus numerosas hijas, y Galdós nos presenta así los comentarios de los preocupados padres: «—No están los tiempos para *hilar muy delgado* en esto de los maridos. Hay que tomar todo lo que se presente, porque son siete a colocar» (I, II-VI, 33).

## Fingir

**Hacer el papel.** Es locución de origen teatral, pues en ella se alude claramente al trabajo de los actores, y la hallamos con frecuencia en la pluma de Galdós. Acerca de Estupiñá y su labor de colocar dependientes en los comercios, nos dice que «siempre *hacía el papel*

de que trabajaba como un negro» (I, III-III, 39). Esta locución es susceptible de variaciones, como se ve en las citas siguientes: sobre la afición de doña Lupe al protocolo y a las fórmulas de etiqueta nos explica que esta señora «gustaba tanto de *hacer papeles* y de poner en todos los actos la corrección social» (II, VII-III, 267), y cuando las circunstancias la obligan a admitir a Fortunata en la familia y a mostrar una satisfacción que no siente, el novelista nos aclara que «con las amigas tenía que *representar otros papeles* (II, IV-VIII, 225). Al presentarnos a Fortunata cansada de la conversación que le da la viuda de Samaniego, pero obligada a aparentar interés, comenta que la joven «ya no podía *sostener más tiempo el papel*» (III, VI-VII, 390). Otras veces, Galdós pone la locución en labios de sus personajes. Doña Lupe reconoce que su sobrina es incapaz de fingir, y expresa así sus pensamientos: «Ella será todo lo que se quiera, pero no *hace papeles*» (III, V-II, 360). Maxi, por lo contrario, cree que todos se han confabulado para engañarle, por lo que dice a su esposa: «—¡Ah!..., estás ahí... *¡Qué bien haces el papel!*» (IV, I-II, 418). Mediante la sustitución de «hacer» por «bordar» se logra dar la impresión de que el fingimiento se lleva a cabo con gran maestría. Así, cuando Maxi desea destacar la habilidad de los que querían hacerle creer la muerte de Fortunata, dice a su tía: «—Mi familia, Ballester y todas las personas a quienes conozco fuera de casa, *bordaban admirablemente su papel*» (IV, V-III, 493).

**Hacer comedia.** Locución que denota su origen teatral aún más claramente que la anterior. Fortunata encuentra grandes dificultades al tratar de llevar una doble vida: «No podré, no podré —pensaba al dormirse— *hacer esta comedia* mucho tiempo» (II, VII-VII, 278), y su sirvienta Patricia, que sabe muy bien la lucha que se desarrolla en el interior de su ama, le dice con el pensamiento cuando el amante ronda por la escalera: «—Señorita, abra usted y no *haga más papeles*» (II, VII-IV, 272).

**Pintar la mona.** Esta expresiva locución la usa Quintina para denunciar la afición de las «Miaus» a fingir apariencias de bienestar: «—No saben más que suponer y *pintar la mona*» (M, XIV, 592).

## Gozar - Sufrir

**Estar en sus glorias.** El gozo que las bromas y chistes proporcionan al anciano cura que asiste a las tertulias de un café madrileño lo expresa Galdós con esta locución. «Todos se reían y el 'Pater' *estaba en sus glorias*» (III, I-IV, 301).

La idea contraria al goce, la del sufrimiento, resulta mucho más fecunda en la creación de fórmulas coloquiales. Parece como si el vivaz pueblo español quisiera reaccionar ante las contrariedades de la vida mostrando su ánimo indomable, haciendo un despliegue de ingenio y creando una serie de locuciones como las que damos a continuación.

**Apurar el cáliz.** Cuando Guillermina explica su resolución de aceptar el sufrimiento moral que supone el pedir limosna, dice: «—Para alentarme y *apurar el cáliz* de una vez, estuve dos días sin parar subiendo escaleras y tirando de las campanillas» (I, VII-I, 77). La misma locución usa Villaamil al enterarse de que quieren separarlo del nietecito: *«—Apuremos el cáliz,* y Dios castigará al infame que nos lo ofrece» (M, XLI, 672). Esta locución lleva un marcado sabor religioso y se basa en la narración que los evangelistas nos han trasmitido de la pasión de Cristo. El mismo origen cabe asignar al uso del verbo «crucificar» para referirse a los sufrimientos que se nos causan. Comentando las contrariedades que uno de los hijos del matrimonio Ido ocasiona a sus padres con su vocación taurina, dice la madre del muchacho: «—Quiere ser torero y *nos trae crucificados»* (I, IX-II, 104). Moreno se queja a Jacinta de las inoportunidades de Guillermina del modo siguiente: «—Crea usted que su amiguita me está *crucificando»* (III, VII-I, 401), y Torquemada, instruyendo a doña Lupe sobre la implacable conducta a seguir con los deudores, le dice: «—Le recomiendo que al que paga le *crucifique»* (II, III-II, 196). Una alusión más detallada a la pasión de Cristo encontramos en el modo como Galdós se refiere a la repugnancia de Fortunata a aceptar la intervención de doña Lupe en su vida amorosa: «Se las componía sola mucho mejor, y *cualquiera que fuese su cruz, no le hacía falta Cirineo»* (IV, I-VI, 429). Cirineo fue quien ayudó a Cristo a llevar su cruz, de donde la locución «hacerle a alguien falta Cirineo» ha venido a significar «necesitar ayuda para soportar los sufrimientos», pero además, Galdós está jugando con el apellido de quien es causa de los sufrimientos de Fortunata, su amante, que se llama Santa Cruz, con lo cual queda reforzada la identificación, tan frecuente en el habla del pueblo, de los sufrimientos que hay que soportar, con la cruz.

**Arder el pelo.** Locución que, aunque suena algo extraña a los oídos de hoy, la encontramos en boca de Aurora para asegurar que Moreno tendrá que aceptar los sufrimientos que le causará su desconsiderada conducta: «—Te aseguro que le va a *arder el pelo* al tal primito con todo su mal corazón y su extranjerismo» (IV, I-VII, 444). Mucho más frecuente es la fórmula con que Galdós expresa

la furia y el dolor de Maxi: «Lo desahogó a solas, *mordiéndose los puños*» (II, VII-VIII, 281).

**Pagar los vidrios rotos.** Villaamil, explicando al portero del Ministerio cómo la pobre nación tiene que sufrir las consecuencias de la mala administración, dice: «—Verdad que el país *paga los vidrios rotos*» (M, XXXV, 655).

**Pasar la pena negra.** Galdós recurre a esta expresiva locución para explicar las angustias que la etiqueta social supone para la inexperta Fortunata: «—Estaba *pasando la pena negra* con aquella visita de tantísimo cumplido» (II, IV-VII, 224). Muy similar es la locución ya vista «pasar una crujida». (Véase «crujida», p. 46.) Matices afines encontramos en la locución con la que Santa Cruz se lamenta de las molestias de un fuerte catarro: «—Estoy yo aquí hecho una plasta, aburrido y *pasando las de Caín*» (I, VIII-V, 95). El origen de tal expresión está en los sufrimientos que tuvo que padecer Caín después de recibir la maldición divina, según se narra en el capítulo cuarto del *Génesis*. A veces se ha interpretado que es una alusión a Caín, un villorrio de las montañas de León, cuyos habitantes viven muy pobremente, pero Iribarren afirma que no es ésta la interpretación correcta, sino la bíblica *(op. cit.,* p. 360). Momentos antes de pronunciar esta locución, Santa Cruz se refirió a su lamentable estado con otras fórmulas de sentido muy parecido: «—*Estoy en un potro*. Me carga el sudar. Si me desabrigo, toso; si me abrigo, *echo el quilo*» (I, VIII-V, 95). Lo de «estar en un potro» alude al tormento que se aplicaba con el instrumento de tortura llamado «potro» que se utilizó en Europa durante siglos, tanto por los tribunales religiosos como políticos. El «echar el quilo» se refiere más concretamente a las molestias del sudar. También se oye la locución «sudar el quilo».

**Tragar acíbar. Tragar bilis. Tragar hiel. Tragar saliva. Tragar veneno.** Este grupo de locuciones se basa en alusiones a los trastornos físicos que produce el sufrimiento. Sobre lo que ha de padecer Jacinta a causa de la conducta del esposo, dice Galdós: «Jacinta *se tragaba este acíbar* sin decir nada a nadie» (I, XI-I, 150), y sobre los padecimientos de Maxi por causa semejante, la infidelidad de su mujer, comenta: «*Tragaba mucha bilis*» (II, VII-VIII, 281). Villaamil, recomendándole a un empleado que sufra con paciencia las injusticias, dice: «—Amigo Argüelles... no hay más remedio que *tragar bilis*» (M, XXI, 612). Doña Bárbara le dice a su esposo acerca de la contrariedad de Estupiñá al enterarse que el número de lotería que el rehusó ha salido premiado: «—Eso de salir a dar la noticia es

para que no le conozcamos en la cara *la hiel que está tragando»* (I, X-I, 127). Jacinta le dice a su esposo echándole en cara lo que él la hace padecer: «—Y yo aguanta que aguanta, siempre callada, poniendo cara de Pascua y *tragando hiel, tragando hiel»* (III, II-II, 313). También doña Lupe recurre a esta locución cuando se pregunta si Fortunata, en su timidez, llegará a sufrir en silencio la injusticia de su abandono, «*tragando hiel* y muriéndose de hambre» (IV, V-V, 498). En otra ocasión en que doña Lupe ha de reprimir su ansia de intervenir en una cuestión familiar, Galdós explica así la violencia de su esfuerzo: «No tuvo más remedio que *tragar saliva* y callarse» (II, IV-II, 208), y la propia doña Lupe le dice a Fortunata: «—Por eso me contengo y *me trago todo el veneno»* (IV, I-VI, 428).

**Venir a menos.** Esta locución da a entender las angustias que supone el descender varios grados en la escala social. Mediante ella, resume Izquierdo los inconvenientes de su desfavorable posición: *«—Hamos venido a menos» (sic)* (I, IX-IV, 109).

**«Gastar»**

Bajo este epígrafe he agrupado unas locuciones en las que figura el verbo «gastar», pero no con el sentido directo de «expender o emplear el dinero en una cosa» que le atribuye el DA, sino con otros significados que lo colocan dentro del lenguaje coloquial.

**Gastar diccionario.** Valiéndose de esta irónica locución, doña Lupe alude en su conversación con Fortunata a la costumbre que tiene Mauricia de usar palabras y expresiones soeces: «—Ya sabes *el diccionario que gasta»* (III, VI-IV, 381). Si «gastar diccionario» es hablar de modo determinado, «gastar genio» es actuar mostrando una energía un tanto extemporánea. Cuando Ido del Sagrario ve que Segunda le insulta, según él sin causa para ello, responde: «—¡Vaya con la señora esta, *qué genio gasta!»* (IV, VI-IV, 512), y Mauricia, reconociendo sus excentricidades, confiesa: «—Yo, como *gasto este geniazo»* (II, VI-III, 240).

**Gastarlas.** El DA explica así esta locución: «Expresión familiar. Proceder, portarse». De hecho, significa proceder de modo enérgico y tajante. Con tal sentido la usa Galdós al explicar la decisión con que Guillermina hizo que los guardias se llevaran a Felisa a las Micaelas: «Guillermina *las gastaba así»* (II, VI-VI, 245). Ballester, insinuándole a Fortunata sus pretensiones amorosas, dice: «—Perdóneme usted mi atrevimiento. Yo *las gasto* así» (IV, I-V, 428), y a Maxi, re-

cordándole los medios que usa para cortarle las manías, le advierte: «—Cuidadito. Ya sabe usted como *las gasto*» (IV, I-IX, 436). ¿Qué significa aquí el pronombre «las»? Beinhauer supone una posible relación de «gastarlas» con el giro «gastar unas bromas muy pesadas» *(op. cit.,* p. 310), y si tal relación es cierta, el pronombre «las» sería, en este caso, una alusión al sustantivo «bromas».

## Hablar

Con el verbo «hablar» nos hallamos en un punto donde el genio de la lengua se ha mostrado más exuberante en el uso de vocablos con sentido figurado y en la creación de locuciones de carácter coloquial. A fin de presentar con mayor claridad material tan abundante, altero ligeramente el sistema seguido hasta aquí y presento varios grupos de acuerdo al matiz peculiar que la acción de «hablar» reviste en los infinitivos y locuciones de cada apartado.

### A) *Comenzar a hablar*

«Arrancarse», «desbocarse», «romper», «desembuchar», y «embocar». He aquí cinco verbos usados coloquialmente con el significado de «comenzar a hablar». Acerca de la dificultad que el joven Baldomero Santa Cruz tiene en dirigir la palabra a su novia, nos dice Galdós que «era por pura cortedad y por no saber cómo *arrancarse*» (I, II-III, 25). Saturna y Tristana hablan del mismo tema: la dificultad de principiar un discurso. Saturna recuerda los esfuerzos de su esposo, y entre las dos mujeres surge el siguiente diálogo: (Sat.) «—Siempre que quería *desbocarse*... no acertaba con la palabra primera, que es la más difícil..., vamos, que no *rompía.* Claro, no *rompiendo,* no podía ser orador ni político.» (Trist.) «—¡Ay, qué tonto!, pues yo *rompería,* vaya si *rompería*» (T, V, 1550). Este empleo familiar de «romper» admite amplificaciones, como puede apreciarse en las citas siguientes: Sobre el iniciamiento de una plática entre Cadalso y Abelarda, dice Galdós: «De ello tomó pie Víctor para *romper a hablar* a solas con la insignificante» (M, XXIII, 619). Entre Maxi y su tía la situación está bastante tirante. Durante la comida la señora «evitaba el mirarle... *por no romper*... Más de una vez quiso doña Lupe *romper en denuestos*» (II, III-III, 199). Fortunata no sabe cómo dirigirse a la dama que ha venido a visitarla: «Notó en la cara apacible de la fundadora cierta severidad estudiada, y para *romper aquel hielo,* dijo lo siguiente» (IV, VI-V, 513). El novelista

usa las locuciones «romper el hielo» y «echar el cimiento», para describir los comienzos de nuevas relaciones entre un grupo de descarriadas reunidas en el convento de las Micaelas: «—Entre mujeres *se rompe* más pronto aún que entre colegiales *ese hielo* de las primeras horas, y palabra tras palabra fueron brotando las simpatías, *echando el cimiento* de futuras amistades» (II, VI-I, 233). Jacinta, al ver la dificultad que tiene su esposo en confesar el nombre de su antigua amante, le dice: «—Conque, nenito, *¿desembuchas* eso, sí o no?» (I, V-IV, 56), y Galdós, comentando la propensión de Fortunata a comunicar sus intimidades, nos dice que «todo lo *desembuchaba*» (III, IV-IV, 336). Explicando el súbito comienzo de la conversación que doña Lupe entabla con Maxi, explica el escritor: «Un día ya no pudo contenerse, y cogiendo descuidado a Maxi en su cuarto, le *embocó* esto de buenas a primeras» (II, IV-VI, 220).

En otra ocasión en que esta señora está pensando que tiene que hablar con Guillermina acerca de cierto asunto, sus pensamientos toman esta forma: «Ahora se me ocurre que debo empezar por *darle una embestida* a mi amiga» (IV, V-V, 498).

Feijoo invita a Fortunata a un rato de charla, diciéndole: «—Descanse ahora y *echemos un parrafito*» (III, IV-II, 331). Galdós no habla de los temores de Ido de que los chulos le roben su dinero «si *entraba en parola* con ellos» (I, IX-IV, 108). La locución más frecuente de todas las que aparecen en este grupo es, sin duda, la de «pegar la hebra». Es muy usada por el novelista y sus personajes. Doña Bárbara le dice a su hijo contándole los temas de conversación en la tertulia que tiene lugar en el salón: «—Ahora —dijo la mamá— *han pegado la hebra* con la política» (I, X-II, 129). (En nota aparte se citan varios ejemplos más en los que aparece esta locución) [14].

Las opiniones de Juan Pablo sobre la posibilidad de establecer comunicación con los espíritus de ultratumba se expresan de este modo: no podía aceptar «la guasa de que vengan Sócrates y Cer-

---

[14] Otros ejemplos del uso de la locución «pegar la hebra», son los siguientes: (acerca de Estupiñá) «Como él *pegase la hebra con gana*, ya podía venirse el cielo abajo, y antes le cortaran la lengua que la hebra» (I, III-I, 35); «conocedor Nicolás de la tremenda noticia, le faltó tiempo para *pegar la hebra* de su soporífero sermón» (II, IV-III, 210); «un rato después las dos arrepentidas volvieron a *pegar su hebra*» (II, VI-II, 235); «*pegaron la hebra* don Basilio y Nicolás sobre el carlismo» (II, VII-III, 269); «don Basilio *pegó la hebra* con los curas de tropa y con Nicolás Rubín» (III, I-III, 300); «indicó la 'Delfina', decidida a *pegar la hebra*» (III, VI-V, 384); (acerca de Maxi) «después de detenerse un rato a ver un escaparate de estampas, volvió a *pegar la hebra*» (IV, V-I, 487) (en este ejemplo la locución tiene más bien el sentido de «pensar», pues Galdós la aplica a uno de los monólogos interiores de Maxi); (acerca de Maxi) «como si trajera un discurso preparado y no quisiera dejar de pronunciar ninguna de sus partes, *pegó en seguida la hebra*» (IV, VI-III, 507).

vantes a *ponerse de cháchara* con nosotros cuando nos place» (III, I-V, 303).

Al empedernido hablador Estupiñá le carga el silencio que hay que observar en la iglesia, y Galdós nos lo describe muy desasosegado, pues «lo que él quería era ver si *saltaba conversación*» (I, VI-V, 73).

Cuando el novelista se excusa ante el lector porque la narración de los hechos le exige la mención de varias nimiedades, lo hace en estos términos: «No por esto parecen dignas de que *se las traiga a cuento* en una relación verídica y grave» (II, VI-VIII, 249).

En otra ocasión, doña Bárbara le dice a su nuera: «—Esta tarde *tuve la palabra en la boca* para contarle a Baldomero tu calaverada» (I, X-IV, 137). Esta locución indica que se estuvo a punto de comenzar a hablar, pero que no se llegó a hacerlo.

Fortunata, después de tener a su hijo, piensa que la santa no dejará de ir a visitarla y a hablarle acerca del bebé, y se dice a sí misma: «—*No se le queda a ella en el cuerpo el sermón* que me tiene preparado» (IV, VI-II, 506), y Galdós, para explicarnos el ansia de doña Lupe por encontrar a alguien con quien poder hablar del noviazgo de su sobrino, echa mano de una locución todavía más expresiva: «A doña Lupe *no se le apagaría en el cuerpo la bomba*» (II, II-IX, 190), con lo que enfatiza su firme determinación de hablar sobre la novedad que tanto le ha afectado.

B) *Continuar hablando*

Los infinitivos «boquear», «cotorrear» y despacharse», sirven en la pluma de Galdós para sugerir la idea de continuar la charla. Según Mauricia, el cura de las Micaelas habla más de lo que debiera, y por eso dice aquélla a doña Lupe: «—Don León es muy fabulista y *boquea más de la cuenta*» (II, VII-II, 266). «Cotorra» en sentido figurado y familiar es la persona habladora. De esta acepción se derivan el verbo «cotorrear»: «Hablar excesivamente», y el sustantivo «cotorreo»: «Conversación bulliciosa de mujeres habladoras» (DA). Acerca de las tertulias en casa de la viuda de Samaniego, Galdós nos dice que «las dos señoras mayores *cotorreaban*» (IV, I-V, 426). El novelista se refiere a esta misma circunstancia de la tertulia mediante una locución algo más complicada: «Ballester, aquella noche, al ver que *se armaba el nublado de ropa blanca...*» (IV, I-IV, 425). Probablemente se trata de una creación galdosiana inspirada en el dicho familiar de «sacar los trapos al sol» significando traer a la conversación asuntos poco discretos, pero que constituyen materia de sabrosa charla en las tertulias de vecindad. De origen más sen-

cillo es el siguiente comentario acerca del mismo tema: «Las cuatro mujeres *no paraban el pico* hasta las doce» *(Ibíd.)*, locución que vuelve a usar Galdós para destacar la persistencia con que Feliciana cuenta sus desgracias: «Ella *no paraba el pico* refiriendo los malos tratos que le daba el hombre que a la sazón era su dueño» (III, I-VI, 305). Cuando doña Lupe visita a Fortunata por primera vez, hace un verdadero derroche de oratoria, por lo que Galdós comenta irónicamente: «La otra (doña Lupe) *se despachó a su gusto*» (II, IV-VII, 223), y al describir la escena en que Jacinta se desahoga con su marido echándole en cara sus infidelidades, leemos: «Cuando se quedaron solos los 'Delfines', Jacinta *se despachó a su gusto*» (IV, VI-XV, 543).

Acerca de la insistente repetición que caracteriza los sermones del cura Pintado, escribe el novelista: «Lo que aquella tarde dijo, habíalo dicho ya otras tardes y ciertas frases *no se le caían de la boca*» (II, VI-VIII, 251).

La larga conversación que tiene lugar entre Jacinta y Guillermina, nos la explica así Galdós: «Allí *estuvieron las dos de cháchara* por espacio de una hora larga» (III, II-I, 310), y Fortunata interrumpe la verbosidad de Ballester con una expresión de naturaleza semejante: «—Vaya, que hoy *estamos de vena*» (IV, VI-I, 502).

Acerca del punto flaco de Estupiñá se nos dice que no tenía «ningún vicio, como no fuera el de *gastar saliva*» (I, III-II, 37), y sobre la afición de Izquierdo a hablar de sus andanzas políticas: «De tanto pensar en el dichoso cantón, llegó sin duda a figurarse que había estado en él, *hablando por los codos* de aquellas tremendas 'yeciones'» (I, IX-VI, 111).

La viuda de Samaniego menciona los consejos que ella le da a su sobrino el anglófilo Moreno, y dice a Fortunata: «—Siempre que viene a verme *le largo un 'spich'* como él dice» (III, VI-VII, 390), curiosa locución en la que se han mezclado un uso familiar de «largar» con el sentido de «hablar» y la adaptación a la fonética española del vocablo inglés «speech».

«Quitarse la palabra de la boca» es la locución que significa decir uno lo mismo que el interlocutor estaba a punto de expresar. Galdós la emplea para explicar las interminables conversaciones en que se enzarzaban los hermanos Rubín en las tertulias de un café: «Simultáneamente *se quitaban la palabra de la boca*» (III, IV-VIII, 349).

Con el verbo «tener», encontramos las locuciones «tener buenas despachaderas» y «tener labia». Comentando el desparpajo de Guillermina, dice Galdós: «La de Pacheco, que *tenía buenas despachaderas*, no se quedaba callada, y respondía con donaire a todas las bromas sin enojarse nunca» (I, VII-I, 76) (véase el sustantivo «des-

pachaderas», p. 37), y doña Lupe, gozándose en su facilidad de palabra y en los futuros triunfos de su poder persuasivo, piensa: «Yo me voy a ver a doña Bárbara, y con *esta labia que tengo... le haré* ver el disparate de que su nieto esté peor que un inclusero» (IV, V-V, 498).

Matices afines se hallan en la locución «tomar el pulso», que el DA explica como «tantear un asunto para descubrir el medio de tratarlo». Como el cura Rubín piensa continuar sus coloquios con Fortunata, le advierte a la joven: «—Pero siempre que venga a Madrid he de ir a *tomarle el pulso* y a ver como anda esa educación» (II, IV-V, 218). A ella recurre también doña Lupe cuando explica su parte en el asunto de la reconciliación del matrimonio Rubín: «—Bastante servicio os hago con prestaros mi casa para que *os toméis el pulso* hasta ver si hay paces o no hay paces» (III, V-II, 362).

Cuando a Guillermina no le interesa lo que le cuenta Fortunata, interrumpe la historia de la joven con un: «—No me *traiga* usted a mi *cuentos* que no me dan frío ni calor». (Véase «*venir con cuentos*», página 129.)

C) *Hablar por señas*

El DA registra la locución «Hacer telégrafos. Frase figurada y familiar. Hablar por señas, especialmente los enamorados». Sor Marcela recurre a una expresión muy parecida cuando reprende a Mauricia por sus insinuaciones a los obreros: «—Si la superiora sabe que *andas en telégrafos con los albañiles...*» (II, VI-IV, 242).

D) *Hablar solemnemente*

Haciendo referencia al aplomo y seguridad con que don Basilio Andrés de la Caña suelta las noticias en la tertulia del café, dice Galdós: «También allí *ponía el paño al púlpito* para anunciar la venida del príncipe» (III, I-V, 304). La locución es de origen litúrgico y alude a la costumbre de adornar los púlpitos en los días de sermón solemne.

E) *Hablar en voz baja*

El verbo «soplar» en sentido figurado se emplea con este significado en el lenguaje familiar. El DA recoge este uso: «Sugerir a uno la especie que debe decir y no acierta o ignora». Es verbo muy usado en el lenguaje estudiantil. Galdós lo emplea para explicar el

ambiente que reina entre los estudiantes en las aulas universitarias: «Pasaban el rato charlando por lo bajo, leyendo novelas, dibujando caricaturas o *soplándose* recíprocamente la lección» (I, I-I, 13).

F) *Hablar veladamente, insinuar*

Feijoo ha tomado entre manos el gestionar la reconciliación del matrimonio Rubín, para lo cual ha comenzado a hablar de modo muy discreto con los que pudieran ayudarle. Explicando a Fortunata la marcha de sus gestiones, dice: «—Ya *he tanteado el terreno.* Esta mañana estuvo Juan Pablo a verme y le *eché una chinita.* Has de saber que anteayer me encontré a doña Lupe en la calle y le *arrojé otra chinita*». Fortunata, aunque duda de la eficacia de esta táctica, emplea idéntica locución: «—¿Y a Nicolás le *has echado otra chinita?*» (III, IV-VI, 340-341). Algún tiempo después, cuando Fortunata piensa que estuvo sentada junto a Jacinta, en el mismo sofá, y que pudo haberle dicho lo que quisiera, se arrepiente de no haber aprovechado la ocasión para «*echarle tres o cuatro chinitas,* diciéndole que yo también soy honrada» (III, VI-VI, 385). El mismo giro escuchamos a Segunda cuando explica el fracaso de su intento de hacer entrar a Estupiñá en su vivienda de la Cava: «—*Todas las chinitas que le echaba* para que subiese habían sido como si no» (IV, VI-II, 505), y cuando el nacimiento del hijo de Fortunata le da más confianza, vuelve a sus pretensiones con una locución muy parecida: «—Esta tarde *le eché su puntadita* a Plácido para que nos diera la casa gratis» (IV, VI-XII, 535). Galdós también la usa para darnos a entender las insinuaciones de Juan Pablo a su tía con el fin de conseguir de ella el ansiado préstamo: «Cuando había ocasión *echaba una puntadita*» (IV, III-VIII, 479). Es curioso notar que el DA cita la locución «no dar uno puntada en una cosa» y la explica como «no dar paso en un negocio; dejarlo sin tocar». Los textos mencionados demuestran que el novelista —y el lenguaje coloquial que el escritor refleja— usa un giro parecido en la forma afirmativa y con el significado del epígrafe de este grupo. Ello resulta evidente en las palabras con que se nos explica los comentarios antidogmáticos de Juan Pablo: «Empezó *dando puntadas.* Como al principio era su charla frívola y de gacetilla, todos se reían» (III, I-IV, 301).

G) *Hablar claramente*

«Cantar» en una de sus acepciones familiares significa «descubrir o confesar lo secreto» (DA). Con frecuencia se encuentra mo-

dificado por el adjetivo «claro» dando así lugar a la locución «cantar claro» o «cantarlas claras», explicada esta última por el DA como «hablar recio, sin pelos en la lengua». De todos estos usos encontramos muestras en la obra galdosiana. Fortunata teme que su marido llegue a descubrir su domicilio en la Cava, y piensa: «A lo mejor, cualquier chusco *se lo canta*» (IV, IV-II, 483), y a su amante le confiesa en cierta ocasión: «—Le pido a la Virgen que me dé fuerzas para *cantar claro*» (II, VII-VII, 279). Doña Lupe anuncia así sus intenciones de hablar sin tapujos: «—¿Apuestas a que me planto un día en casa de doña Bárbara y le *canto clarito?*» (IV, I-VI, 429), y Estupiñá desahoga su indignación con un comerciante nada formal pensando que «ya *se las cantaría él muy claras* al tal Sordo» (I, VI-V, 73). Es claro que el pronombre «las» en esta locución se refiere a las verdades poco agradables de oír.

Un sentido muy parecido encontramos en el verbo «clarearse». Santa Cruz, prometiendo guardar el secreto e instando a su amigo a hablar sin disimulos, dice: «—No, hombre, pierde cuidado... *Claréate pronto*» (I, XI-I, 151), y comentando el cuidado con que doña Bárbara procura recatar sus satisfacciones maternales, escribe Galdós: «Unicamente *se clareaba* alguna vez, soltando como al descuido estas entrecortadas razones: ¡Ay, qué chicos!» (I, I-I, 14).

Feijoo, al aconsejarle a Fortunata franqueza en las relaciones de ambos, aun en el caso más comprometido de que ella lo engañe, le dice: «—Pues vienes y *me lo cuentas a mí, en mis barbas;* nada de tapujos» (III, IV-III, 334). Poco después Galdós nos comenta así la táctica de Feijoo al comprobar el caballero que Maxi está en la mejor disposición para hablar sin rodeos de un espinoso asunto: «Feijoo, en vista de estas buenas disposiciones, *se fue derecho al bulto*» (III, IV-IX, 350), locución de origen taurino.

Inspiradas igualmente en expresiones de la fiesta nacional, encontramos las locuciones «embestir de frente» y «echar el toro». Don Lope desea saber cuáles son las intenciones de Horacio con respecto a Tristana, y como sus preguntas discretas no obtuvieran resultado, se lo preguntó claramente. Galdós lo explica así: «Queriendo obtener una declaración categórica, y viendo que no lo lograba por ataques oblicuos, *embistióle de frente*» (I, XXVI, 1606). Cuando Guillermina anuncia su propósito de visitar al rey para pedirle ayuda en sus obras benéficas, dice: «—No aguardo sino a que descanse del viaje para ir a *echarle el toro*» (III, II-I, 310), y cuando Nicolás explica a doña Lupe su propósito de visitar a Fortunata para disuadirla del matrimonio con Maxi, escuchamos: «—Verá usted, en cuanto llegue, le *echo el toro*» (II, IV-III, 210). Según el DA esta locución significa «decir sin contemplación una cosa desagradable».

Es curioso hacer notar que en inglés existe la locución «to throw the bull», formada con las mismas palabras, pero cuyo significado no es el mismo, ya que la expresión inglesa debería traducirse más bien por «exagerar». Julio Casares ha comentado acerca de la existencia de expresiones similares en varias lenguas, unas veces con coincidencia de significados y otras no, y sobre los posibles préstamos y mutuas influencias. (Véase *op. cit.*, p. 209.)

Cuando Jacinta pide a su esposo que le cuente sin disimulos sus pasadas relaciones con Fortunata, Santa Cruz le responde: «—Bueno, pues *voy al grano*... Encontrémela casada» (III, II-III, 314).

Al comienzo de las relaciones entre Fortunata y Feijoo, éste le habla a la joven sin paliativos, diciéndole en lenguaje clarísimo lo que puede hacer y lo que no, y Galdós lo cuenta de este modo: «El primer día *le leyó la cartilla,* que era muy breve» (III, IV-III, 333), y sobre las advertencias de doña Lupe a su sobrina, nos dice: «Un día *le leyó la cartilla* en estos términos» (III, VII-V, 411). A su vez, cuando Fortunata toma a su servicio a una criadita, «*le leyó la cartilla* el primer día» (IV, IV-II, 484). Doña Lupe añade una modificación de naturaleza adverbial a esta locución: «—Lo primerito que yo haría era plantarme en casa de doña Bárbara y *leerle la cartilla bien leída*» (IV, V-V, 498).

Acerca de los curas que asistían a la tertulia de un café y de su costumbre de sacar a discusión sin reparo alguno multitud de temas divinos y humanos, nos dice el novelista: «Ninguno de ellos *se mordía la lengua* fuera cual fuese el tema de que se tratara» (III, I-IV, 301), y cuando Ballester le habla a Fortunata con excesiva franqueza, le explica: «—Ya ve usted que *no me muerdo la lengua*» (IV, I-V, 427).

Galdós escribe sobre la sinceridad con que un contertulio de los salones de Santa Cruz expone sus ideas políticas: «—El alfonsismo es un crimen —afirmó con la mayor suficiencia Leopoldo Montes, que *no se paraba en barras* para expresar su opinión (III, I-III, 300). La misma locución aplica a la franqueza de Guillermina, pues «*no se paraba en barras* cuando creía necesario interrogar a alguna persona» (IV, VI-VII, 518).

Tristana, en unas líneas que nos dan la clave de la novela que lleva su nombre, cuenta a Horacio la manera directa en que Saturna procura corregir el idealismo de la muchacha: «—Saturna *me pone en solfa,* y dice que no hay más que tres carreras para las mujeres: el matrimonio, el teatro y... Ninguna de las tres me hace gracia» (T, XIII, 1570). (Esta locución se presenta a veces con el significado de «disimular», véase p. 118.)

Damos fin a este grupo con la locución de ambiente docente

«poner los puntos sobre las íes» y las similares «poner los puntos» y «ponerle los puntos a una cosa». Las tres figuran en el DA con las respectivas explicaciones de «Acabar o perfeccionar una cosa con gran minuciosidad». «Dirigir la mira, intención o conato a un fin que se desea». «Proponerse intervenir en lo referente a ella». El uso que de ellas hace Galdós nos muestra que no está fuera de lugar el agruparlas bajo el título de «hablar claramente». Sobre la meticulosidad y exactitud de las intervenciones orales de Aparisi dice Galdós que «era un hombre que se preciaba de *poner los puntos sobre las íes*» (I, VII-III, 81); doña Lupe se complace en la claridad de sus argumentos persuasivos pensando en «lo bien que *pongo los puntos*» (IV, V-V, 498), y Cadalso le dice a Ponce en cierta ocasión en que éste se halla acompañado de su novia: «—Esta es segura, amigo... Pues se figura usted que si no lo creyera yo así no *le habría puesto los puntos?* (M, XIX, 605), que viene a ser como decir, ¿no habría yo intervenido y le habría hablado claramente de mi interés en ella?» Estas locuciones siempre implican, por parte del que habla, cierto aire de superioridad.

H) *Hablar de cosas desagradables, insultar*

La línea que separa este grupo del anterior desaparece en varios lugares, pues locuciones como «cantar claro», «leer la cartilla», «poner los puntos sobre las íes», etc., podrían figurar aquí con igual derecho. Igualmente sería imposible delimitar con exactitud el campo de este apartado del de otros de sentido semejante, como el ya visto *amenazar* (p. 95) o *reñir(se)*, que se presentará en lugar oportuno. El lenguaje coloquial es materia demasiado proteica para dejarse apresar en moldes exactos.

Doña Lupe está indignada por la conducta de su sobrino, y comenta: «—El señoritingo no vendrá a almorzar, y si viene, *le acusaré las cuarenta*» (II, III-III, 198), y Pura Villaamil explica así a su esposo las verdades ásperas que ella acaba de decirle al yerno: «—*Le he acusado las cuarenta...*, clarito, clarito» (M, XII, 586). La locución proviene de ciertos juegos de naipes.

Ante los desmanes de Mauricia en las Micaelas y la necesidad de llamarle la atención de modo enérgico, dice la superiora a las monjas encargadas: «—Es preciso *ajustarle bien las cuentas*» (II, VI-X, 258), y cuando Guillermina decide retrasar la reprimenda que traía preparada para Fortunata, lo hace con estas palabras: «—Ahora lo que conviene es tranquilidad, que tiempo hay de *ajustar cuentas atrasadas*» (IV, VI-V, 513). En la misma línea cabe colocar la locución que Galdós usa para referirse a las amonestaciones que

Jacinta hace a Moreno: «Aquella noche *le cogió por su cuenta*» (IV, II-II, 448).

Doña Lupe guarda la consideración a Maxi aun cuando tiene que hablarle de asuntos muy desagradables, y el novelista lo hace notar: «No gustaba de hacer cosa ninguna fuera de sazón, y para *calentarle las orejas* a su sobrino no era buena hora la medianoche» (II, II-IX, 192). Fortunata, que espera una reprensión de Guillermina, piensa: «De fijo que *me calienta las orejas*» (IV, VI-II, 505), y cuando Cadalso protesta porque las «Miaus» le dirigen varios reproches, se queja en estos términos: «—Por aquí me están *calentando las orejas* con esa historia» (M, XXXI, 645).

Un matiz más vulgar encontramos en las locuciones construidas con el verbo «dar», «dar 'pa' el pelo», y «dar una soba». De la primera se sirve el niño Cadalso cuando promete que su amigo no volverá a abusar de el: «Le *he de dar 'pa' el pelo*» (M, XXIV, 623). La otra es usada por Guillermina intentando consolar al pequeñuelo que llora por la ausencia de su madre, quien ha salido de la casa a la hora del biberón: «—Verás *que soba le doy* cuando entre» (IV, VI-VII, 519).

El verbo decir, unido a complementos de naturaleza coloquial, da lugar a varias locuciones. Guillermina le dice a Fortunata recordando el timo que le hizo Izquierdo: «—*Le he de decir cuatro cosas*» (IV, VI-V, 513), y narrando el lance en que por equivocación se metió a pedir limosna en una casa de mala nota, cuenta: «—Me metí más adentro y *les dije cuatro frescas...*, pero bien dichas» (I, VII-I, 78). Juan Pablo recurre a la misma locución para recordar su disputa con un señor obispo: «—He tenido el honor de *decirle cuatro frescas* al obispo de Persópolis» (II, IV-VII, 222). Galdós introduce una ligera modificación al resumir una escena de la ópera *La Africana,* cuando Vasco, «incomodado con aquellos fantasmones del Consejo, tan retrógrados, *les canta cuatro frescas*» (M, XXVII, 632). Aquí el novelista juega con el sentido figurado de «cantar», «hablar claramente» y el sentido recto, pues efectivamente, por tratarse de una ópera, Vasco canta sus reproches.

Maxi, considerando las dificultades que pueden surgir con su tía, piensa: «Si me niega el derecho a casarme con quien me dé la gana, ya *le diré yo cuántas son cinco*» (II, II-VI, 183). Galdós varía el verbo de esta locución al explicar la incomodidad que siente Guillermina sabiendo que Jacinta está escuchando su conversación con Fortunata: «Sin aquel peligroso testigo de Jacinta, ya se habría explicado ella bien, *enseñando a la atrevida cuántas son cinco*» (III, VII-II, 405). De origen más culto es la locución que hallamos en boca de Villaamil al recordar los sufrimientos que ha pasado por causa de

las mujeres de su familia: «—Quiero llegarme a ese puerco Madrid y *decirles las del barquero* a esas indinas 'Miaus' que me han hecho tan infeliz» (M, XLIII, 679). Montoto, en su obra *Personajes, personas y personillas* (p. 115), supone que este barquero que decía tremendas verdades es el personaje mitológico que pasaba en su barca las almas de los muertos a las orillas de la eternidad. Por otra parte, existen diferentes versiones sobre cierto barquero que llevaba a los caminantes al otro lado del río y que a cambio de este servicio pedía que le declarasen algunas verdades. (Véase Iribarren, *op. cit.*, pp. 159-161.)

Con el verbo «echar» encontramos las locuciones «echar una peluca», «echar un réspice», «echar en cara», quizá hoy día la más frecuente de todas ellas, y «echar los tiempos». Guillermina promete a su sobrino interceder por él en la otra vida y, refiriéndose humorísticamente a la cólera divina, dice: «—Si Dios me descubre y *me echa una peluca*» (IV, II-VI, 459). Muy parecida en su significado, aunque bastante más refinada, es la locución «echar un réspice» (del latín «respice», imperativo de «respicere», 'mirar'). A pesar de que hoy la encontremos algo anticuada, es muy frecuente en la pluma de Galdós y en boca de sus personajes. Sobre las serias amonestaciones de Guillermina a Moreno, motivadas por la irrespetuosa conducta de éste en la iglesia, escribe el novelista: «*Menudo réspice le echó* la fundadora a su sobrino cuando salieron» (IV, II-IV, 455). En otra ocasión nos advierte que «la santa era muy amiga de *echar réspices*» (IV, VI-II, 506), y en el curso de la narración, el lector puede comprobar que es cierto. Guillermina: «—Tengo que ir a la calle de Zurita a *echarle un réspice* a mi herrero» (III, VI-XI, 399). Varias veces encontramos esta expresión en las conversaciones de Jacinta. A Ido le dice: «—¿Doña Guillermina repartió a los vecinos y a usted no?... Ah! Descuide usted; ya *le echaré yo un buen réspice*» (I, VIII-IV, 94), y en cuanto a sus intenciones con respecto a Moreno nos dice Galdós que «aquella noche *le cogió por su cuenta* para *echarle un buen réspice*» (IV, II-II, 448). A Maxi, la experiencia le ha enseñado que «siempre que su tía empleaba el 'detenidamente' era para *echarle un réspice*» (II, II-V, 181).

El DA explica la locución «echar en cara a uno» como «reconvenirle afeándole alguna cosa». Galdós la usa en sentido figurado para denunciar que el convento de las Micaelas no desdice del poco afortunado conjunto de la arquitectura religiosa: «La vulgaridad indecorosa de los templos madrileños, no tiene que *echar nada en cara* a las cursilerías de esta novísima monumentalidad» (II, V-I, 227).

«Echar los tiempos» aparece cuatro veces en la novela *Fortunata y Jacinta.* Sobre la severa educación que recibió el joven Baldo-

mero Santa Cruz, leemos: «Al anochecer, solía su padre *echarle los tiempos* por encender el velón de cuatro mecheros antes que las tinieblas fueran completamente dueñas del local» (I, II-IV, 27). A Fortunata la vemos llorar porque «la tía le acababa de *echar los tiempos*» (I, V-II, 50). Mauricia reprende ásperamente a Papitos: «Lo mismo fue verla Mauricia que *echarle los tiempos* del modo más despótico» (II, VII-II, 265). La última vez encontramos la locución en labios de Fortunata: (Maxi) «—¿Te vas de veras?» (Fortunata) «—Sí, porque si no, tu tía me va a *echar los tiempos*» (II, VII-V, 273). Esta locución presenta un caso interesante para el lexicógrafo. S. G. Armistead tiene un estudio acerca de su origen y empleo[15], y llega a la conclusión de que es una creación galdosiana, pues no aparece en ningún diccionario ni se encuentra en la obra de ningún otro escritor. En el *Fray Gerundio* del padre Isla y en los *Sueños morales* de Torres Villarroel se usa la locución «echar las temporalidades», que parece ser de origen eclesiástico y referirse a un castigo impuesto a los clérigos, por el cual se les priva del derecho a recibir ciertos beneficios. En Canarias se usa el modismo «soltar los tiempos», y Armistead supone que de ahí ha sacado Galdós «echar los tiempos» y lo ha adoptado al ambiente de los personajes madrileños de su novela. De ser esto cierto, tendríamos un caso de influencia de la tierra nativa de Galdós en la obra del novelista de Madrid, influencia que la crítica ha echado de menos muchas veces.

Expresiva y cargada de sugerencias es la serie de locuciones formadas con el verbo «poner». Ruiz atacaba a los enemigos de España, y Galdós nos dice que estaba «*poniendo* al extranjero *como chupa de dómine*» (I, X-V, 138). Esta locución se basa en una referencia a la indumentaria de los antiguos maestros de escuela, a los cuales los alumnos se dirigían en la Edad Media con el vocativo latino «domine», y que luego vinieron a estar tan mal pagados que su aspecto desastrado se hizo proverbial. Conocida de todo español es la expresión «con más hambre que un maestro de escuela». Cuando la criadita trajo a Fortunata un vaso de leche en el que habían caídos dos moscas, ésta «*puso a la chiquilla como hoja de perejil*, llamándola puerca y descuidada» (IV, VI-IX, 523). El cura don León Pintado protesta de la injusticia con que se le suspendió en las oposiciones a un cargo vacante, y por esto «*ponía de oro y azul* al obispo de la diócesis» (II, V-II, 229), y cuando Maxi cuenta la es-

---

[15] S. G. Armistead, «The Canarian Background of Pérez Galdós 'echar los tiempos'», *Romance Philology*, VII (1953-54), pp. 190-92. Acerca del origen de esta locución, dice Armistead: «Its origin appears to be unknown and it is not found in any dictionary.»

cena en que Mauricia insultó a su bienhechora, dice: «—Y empezó a *poner de oro y azul* a doña Guillermina» (III, V-III, 364).

De cuño parecido es la locución usada por el cura Rubín para aludir a la manera como él piensa corregir los atrevimientos de su hermano menor: «—Verás ahora, grandísimo piruétano, cómo *te pongo yo las peras a cuarto*» (II, IV-III, 211) (V. «piruétano», p. 29), empleada igualmente por Guillermina para advertir a Fortunata lo ilegal de sus relaciones con Santa Cruz, pues «la esposa ofendida tiene derecho a *ponerle a usted las peras a cuarto*» (III, VI-X, 397). Galdós, al explicar el tema de uno de los cuadros para los que Izquierdo posa como modelo, dice que representa «*al gran Alba poniéndoles las peras a cuarto* a los flamencos» (I, IX-VI, 112).

Narrando el extraño sueño que sigue al estado febril de Fortunata a raíz de la ruptura con el amante, el novelista recurre a dos nuevas expresiones de significado similar: «El carretero de la carne *pone a Dios de vuelta y media*... el carromatero empeñado en que la cosa se arregla *poniendo* a Dios, a la Virgen, a la Hostia y al Espíritu Santo *que no hay por dónde cogerlos*» (III, VII-IV, 410), y cuando al presentar la ilusión de Fortunata por la religión ha de aludir a los denuestos que el cura Rubín había proferido sobre la fantasía, explica: «La misma imaginación, a quien el maestro *había puesto que no había por dónde cogerla*, fue la que encendió fuegos de entusiasmo en su alma» (II, IV-V, 218). En otra ocasión, Fortunata, imaginándose que ella y Jacinta podrían encararse con la intrusa que roba a las dos el amor de Santa Cruz, piensa: «*La pondríamos que no habría por dónde cogerla*» (IV, IV-I, 482), y Jacinta resume así a su esposo los insultos que él mismo se echó encima en estado de embriaguez: «—Créelo: *te pusiste que no había por dónde cogerte*» (I, V-VI, 62).

De estructura más simple es el enérgico «poner verde a una persona», que el DA explica así: «Colmarla de improperios o censurarla acremente.» Juan Pablo se lamenta de no poder vengar injurias pasadas: «—Lástima grande no volver a la tertulia de Pedernero para *ponerle verde*» (III, I-VI, 306). (Esta locución no debe confundirse con «ponerse verde», que también hemos mencionado con el sentido de «enfadarse», véase p. 125.) Galdós describe de este modo el deseo de doña Lupe de desahogar su ira contra el sobrino: «Como estuviera en casa el muy hipocritón, su tía le iba a *poner verde!*» (II, II-IX, 191), y como la señora determinase posponer por algunas horas la desagradable escena, Galdós transcribe sus pensamientos mediante una locución diferente en la forma, pero de parecida significación: «Aquella misma noche o al día siguiente por la mañana Maximiliano y ella *se verían las caras*» (II, II-IX, 190). La propia doña

Lupe confirma su determinación: «—A la noche *nos veremos las caras*» (II, III-III, 197). Beinhauer estudia estos modos de reprochar a alguien su proceder, bajo el título de «Expresiones enfáticas del ataque con palabras» (*op. cit.*, p. 215), y dice: «Se expresa generalmente a base de variantes del tipo de *ponerle a uno como...*, sólo que el giro correspondiente no se ha de entender físicamente, sino en sentido figurado». Así, el «poner de oro y azul» se ha de entender irónicamente; «como hoja de perejil», que se machaca en pedacitos muy pequeños; «de vuelta y media», que tiene que girar sobre sí mismo a resultas de un golpe recibido, etc.

Antes de terminar este grupo recordemos cierto dicho que se alinea idealmente con las locuciones mentadas. Me refiero a lo de «sacar los trapitos a la calle» con el sentido de «recordar actos vergonzosos». Cuando Cadalso piensa amenazar al jefe de su oficina que le quiere formar expediente, le dirá si llega la ocasión: «—*Te sacaré los trapitos a la calle,* con datos, con fechas, con números» (M, XXI, 584), pues también él puede «echar en cara» a su superior acciones ilegales.

l) *Hablar airadamente, protestar, quejarse*

«Despotricar» y «trinar» figuran en el DA con sus respectivas acepciones familiares de «hablar sin consideración ni reparo todo lo que a uno se le ocurre», y «rabiar, impacientarse». Ambas definiciones coinciden con el significado de las citas galdosianas. A Mauricia le oímos esta confesión: «—Cuando me da el toque y me pongo a *despotricar* soy un papagayo» (II, VI-V, 240). «Trinar» es utilizado por Galdós al hablarnos de la contrariedad de los pequeños comerciantes por causa de la inclemencia del tiempo que les impide concluir los negocios: «Están los pobres vendedores que *trinan*» (IV, IV-I, 481), o de la indignación de Arnáiz, quien «*trinaba* contra todo arancel que no significara un simple recurso fiscal» (I, II-I, 19). Es frecuente reforzar el infinito con un complemento, como hace el escritor al explicar los berrinches que la vista de la mendicidad por las calles de Madrid produce en Moreno: «Tales espectáculos indignaban a Moreno, que al verse acosado por estos industriales de la miseria humana *trinaban de ira*» (IV, II-III, 451).

Matices muy semejantes encontramos en la locución «alzar el gallo». Galdós afirma que los madrileños no pueden protestar demasiado contra ciertos estilos arquitectónicos, dado el que predomina en las iglesias de la villa y corte, y escribe: «Así que no podemos *alzar mucho el gallo*» (II, V-I, 227), y cuando declara que don Francisco Torquemada iba adquiriendo confianza en sí mismo como

consecuencia de su pujanza económica y hasta osaba protestar en público de todo lo que le parecía, escribe: «Atrevíase a *levantar el gallo* en la tertulia del café» (TH, II, 909).

A otras fórmulas conversacionales de parecida significación, recurre Galdós para presentar la indignación del comercio: «Cuando pasa mucho tiempo sin cambio político *cogen el cielo con las manos* los sastres y mercaderes de trapos... 'Están los negocios muy parados', dicen los tenderos; y otro *resuella también por la herida* diciendo: 'No se protege al comercio ni a la industria'» (III, IV-VII, 344). Sor Natividad, tan pronto notaba motas de polvo en las habitaciones del convento «ya estaba desatinada y fuera de sí, *poniendo el grito en el cielo*» (II, VI-I, 234). De igual modo expresa el efecto que la lentitud de Nicolás producía en su tía: «Tanta pachorra sacaba de quicio a doña Lupe, que *poniendo el grito en el cielo,* decía» (II, VII-XII, 290) (V. «sacar de quicio» en la p. 124). En «poner el grito en el cielo» introduce Galdós un cambio que nos recuerda los juegos verbales del conceptismo barroco. Nos habla de los padecimientos de Maxi, y exclama: «Pero si tenía el pobrecito cada dolor de muelas que le hacía *poner el grito más allá del cielo!*» (II, I-II, 161). Cuando Quevedo, en *La hora de todos y la Fortuna con seso,* quiere dar más fuerza a la misma locución verbal, escribe: «Júpiter, hecho de hieles, se desgañitaba *poniendo los gritos en la tierra.* Porque ponerlos en el cielo, donde asiste, no era encarecimiento a propósito».

Las quejas de Isabel Cordero por sus constantes embarazos se reflejan en otra enfática locución: «La otra, enojada, *echando pestes* contra su fecundidad» (I, II-VII, 32), giro familiar que se modifica en «echar por la boca» cuando Galdós menciona el sistema terapéutico que Juan Pablo aplica a las dolencias de su hermano: «Siguió *echando términos de Medicina por aquella boca*» (IV, III-VIII, 478). «Echar por la boca», en este caso particular, no alude específicamente al modo airado de expresarse el que la usa, pero sí sugiere claramente la idea de «charla irresponsable». Sobrado más expresiva es la locución empleada para sugerir las enérgicas protestas de Segunda Izquierdo al encontrar a Maxi en la habitación de Fortunata: «Lo mismo fue ver a Rubín que volarse, *soltando por aquella boca sapos y culebras*» (IV, VI-IV, 511). (V. «volarse» en la p. 122.)

### J) *Hablar mal del prójimo, criticar*

Al presentar la locución «quitarle motas a alguien» (v. la p. 85 bajo el epígrafe *alabar)* se mencionó el verbo «desollar» con el sig-

nificado coloquial de difamar al prójimo: «—Yo no soy de ésos que hablan mal de una situación, y luego van a *quitarle motas* al que antes *desollaron*» (III, I-VI, 309). Otras variantes muy frecuentes serían «despellejar» y «quitar la piel» o «cortar la piel». Una fórmula de catadura muy semejante es la que acude al pensamiento de doña Lupe cuando se para a considerar las críticas de que ella sería objeto por parte de las amistades si se decidiese a proteger a Fortunata: «Y todos tendrían a doña Lupe por encubridora y *le cortarían lindos sayos*» (IV, III-V, 473).

K) *Hablar rápidamente*

Es frecuente referirse al hecho de hablar a velocidad y sin pensar lo que se dice, como suelen hacerlo los niños al recitar de memoria, mediante el verbo «endilgar», o añadiendo a un verbo «dicendi» los complementos «de tarabilla» o «de carretilla». Cuando Galdós explica el modo de expresarse y de rezar de Valentín Torquemada y de Luisito Cadalso, declara: «Algunas respuestas *las endilgó de tarabilla*... la gramática *la sabía de carretilla*» (TH, II, 910); «su tía le hacía rezar las oraciones de costumbre... que él *recitaba de carretilla*» (M, VIII, 573).

L) *Hablar entrometiéndose, intervenir de palabra*

De los juegos de naipes, al igual que la locución ya vista «acusar las cuarenta», han pasado a la lengua coloquial y son empleadas por Galdós, las locuciones «meter baza» y «meter su cuarto a espadas» (v. pág. 223). El DA da la siguiente explicación por la primera de ellas: «Intervenir en la conversación de otros, especialmente sin tener autoridad para ello, y «echar uno su cuarto a espadas», expresión tan parecida a la que encontramos en la cita galdosiana, como «tomar parte oficiosamente en la conversación de otros». El lector de *Fortunata y Jacinta* sabe muy bien que la pasión dominante de doña Lupe es la de dar su opinión en todo e inmiscuirse a arreglar vidas ajenas. Con motivo de la llegada de doña Guillermina y el deseo de doña Lupe de alternar con la dama, observa Galdós: «Luego pasó a la sala, seguida de doña Lupe, que quería *meter baza a todo trance*» (III, VI-I, 369), y para subrayar la verbosidad con que el cura Rubín reprende al tímido Maxi, quien no halla la ocasión de replicar, dice: «Nicolás no le dejaba *meter baza*» (II, IV-III, 211). Cuando las extrañas circunstancias hacen que Maxi adquiera extraordinaria facilidad de palabra, hasta el extremo que serán sus interlocutores los que se ven privados de la ocasión de presentar sus puntos de vis-

ta, el autor recurre a la misma locución: Maxi se enfrenta con su esposa y «*no le dejaba meter baza*» (IV, VI-III, 507); «Guillermina iba a contestar algo a esto; pero el otro no le dejaba *meter baza*» (IV, VI-VIII, 522); «se expresaba con exaltación, sin dejar *meter baza* a su hermano, y éste, en cambio, *no se la dejaba meter a él*» (III, IV-VIII, 349). Villaamil se ve obligado a intervenir para convencer a su nieto de la conveniencia de ir a vivir a casa de su tía Quintina: el paciente anciano «hubo de *meter su cuarto a espadas* en la catequización» (M, XLI, 671).

Origen más casero, aunque idéntico significado, hallamos en la variante «meter la cucharada». Cuando Segunda Izquierdo da su opinión en el asunto de la búsqueda de un ama de cría para el Pituso, revela Galdós que lo hace «gozosa de *meter su cucharada*» (IV, VI-X, 528), y líneas más adelante, como también Jacinta quiera intervenir para proteger al pequeño, Guillermina le advierte: «—Si te empeñas en *meter la cucharada,* creo que lo vas a echar a perder» *(Ibíd.)*. Cuando Fortunata proyecta visitar a Guillermina en su casa «no quería dar cuenta a doña Lupe de tal visita, temerosa de que *metiera en ella su cucharada*» (III, VI-XI, 399). Estas, y otras locuciones de parecido cuño, pueden también utilizarse para indicar acciones que rebasan la mera expresión oral, como se verá en el grupo titulado «hacer entrometiéndose», bajo el epígrafe general de *hacer.*

M) *Hacer hablar*

Las locuciones reunidas en este grupo se refieren de modo gráfico a la habilidad que poseen ciertas personas para dirigir la conversación hacia los temas que les interesan y llevar a sus interlocutores a declarar la información que desean obtener, o simplemente a hacer que sigan hablando con el fin de recrearse escuchándolos. Segismundo Ballester parece ser uno de los favorecidos con este don, pues Galdós afirma que «Fortunata se reía de las ocurrencias de Segismundo, *buscándole la lengua* a 'Platon' y a Ido del Sagrario» (IV, VI-II, 504).

Juan Santa Cruz reprende a su mujer por la afición a escuchar la charla de Guillermina: «—Quieres que me duerma para echar a correr a *darle cuerda* a esa maniática» (I, VIII-V, 98), y don Baldomero declara mediante la misma locución su cuidado en no conversar demasiado con su esposa sobre cierto asunto delicado: «—Yo procuraba *no darle mucha cuerda* a Bárbara» (I, X-VIII, 150). (V. «darle a uno cuerda por» con el sentido de «aceptar», p. 83.)

La misma línea sigue la locución de que se sirve Abelarda al

querer desdecirse de su confesión a Víctor e indicar que lo único que pretendía al decir lo que quisiera no haber dicho, era hacer que Víctor continuara la conversación: «—Si lo dije fue en broma, por oírte y *darte tela*» (M, XX, 609).

La locución «manejar el gancho», se basa en la comparación de una pregunta hábilmente hecha con un gancho de los que se usan para extraer algo que se desea alcanzar. Galdós parte de esta locución cuando informa que Jacinta siempre lograba alguna luz de los interrogatorios a que sometía a su marido, pues la celosa esposa «*tenía un arte instintivo para el manejo del gancho,* y sacaba siempre algo de lo que quería saber» (I, V-II, 49).

Acerca de los esfuerzos hechos por doña Lupe para obtener de Fortunata la ansiada información, el novelista expone que «trató de *meterle los dedos en la boca* para salir de dudas respecto a si había recibido o no alguna cantidad gruesa de manos de su amante» (IV, I-IX, 435), y como con Juan Pablo le sucediera algo parecido, Galdós, en este caso, echa mano de otra locución igualmente significativa: «Doña Lupe tenía que *sacarle las palabras con cuchara*» (II, IV-I, 206). Guillermina emplea este mismo giro coloquial al explicar el método que aplica para hacer hablar a Fortunata: «—Como los niños que confiesan por primera vez no confesarían si el cura no *les sacara los pecadillos con cuchara*» (III, VII-II, 404).

N) *Difundirse una noticia*

Galdós, al hablarnos del horror sentido por ciertos clientes del usurero Torquemada a que sus apuros económicos se conviertan en comentarios públicos, echa mano de una locución algo irónica, ya que su sabor literario no concuerda con la escasa dignidad de la situación descrita: «Tenía (Torquemada) olfato seguro para rastrear a las personas pundonorosas, de ésas que entregan el pellejo antes que permitirse *andar en lenguas de la fama*» (II, III-V, 204). Feijoo aconseja de forma muy parecida a Fortunata acerca de la conveniencia de no dar que hablar al prójimo: «—Y tú, ¿por qué has de *andar en lenguas de la gente*»? (III, IV-III, 333).

En uno de los pasajes más dramáticos de la larga narración, cuando Fortunata se encuentra junto a su rival, a la mente de aquélla acuden tres vivaces giros coloquiales que aluden a lo que la exaltada Fortunata toma por deseo de Jacinta de destacarse y ser tema de los elogios de la gente: «¡Oh! Sí, señora —pensaba—. Ya sabemos que tiene usted un sinfín de perfecciones. *¿A qué cacarearlo tanto?...* Poco falta para *que lo canten los ciegos... ni hay motivo para tanto bombo y platillo*» (III, VI-III, 376). Esta última expresión

se basa en la locución «dar bombo», que el DA registra como «elogiar con exageración, especialmente por medio de la prensa periódica», o en la locución adjetival «de bombo y platillos», aplicable a algo ruidosamente difundido.

Algo más incolora es la manera como el novelista nos informa de la difusión que alcanzó la noticia de que Estupiñá se encontraba indispuesto: «Pronto *corrió la voz* de que estaba malo» (I, III-III, 40).

Ñ) *Dejar de hablar*

El médico ha recomendado que Feijoo guarde silencio, y doña Paca, que lo cuida, le insta a cumplir el consejo mediante una locución familiar: «—A ver si toma el jarabe y *cierra el pico*» (III, IV-VI, 342).

En lugar oportuno (v. la p. 138) hemos visto el frecuente uso que Galdós hace de la locución «pegar la hebra». En contraposición, nos encontramos con el giro «cortar la hebra». Al finalizar uno de los capítulos de la novela con la noticia de la boda de Jacinta Arnáiz, nos anuncia: «Al llegar aquí me veo precisado a *cortar esta hebra*» (I, II-VI, 34).

El novelista recurre a otra fórmula conversacional de parecida inspiración al explicarnos la muerte de Isabel Cordero sin haber recuperado el uso de la palabra: «No recobró el conocimiento después del ataque, *no dijo esta boca es mía,* ni se quejó» (I, IV-II, 47), o el hermético silencio en que se encerró Villaamil después de tomar su trágica decisión: «Tratóse de la boda de Abelarda, de señalar fecha y de fijar ciertos puntos a tan gran suceso pertinentes, y el hombre *no dijo esta boca es mía*» (M, XXXVIII, 662).

La brusca interrupción del portero Mendizábal en el curso de su enfática perorata, la explica Galdós así: «*Perdiendo el hilo* de la frase y no sabiendo ya por dónde andaba» (M, II, 556), locución de la misma familia que «cortar la hebra».

Acerca del silencio que existe sobre la posibilidad de colocar a Villaamil, comenta Pantoja: «—El jefe de personal *no suelta prenda*» (M, XXII, 615), locución en la que sentimos el temor a quedar comprometido por una palabra indiscretamente dicha.

Sobre la desdichada historia que la esposa de Ido cuenta a la de Santa Cruz, aclara Galdós: «No interesaba a Jacinta aquel triste relato tanto como creía Nicanora, y viendo que ésta *no ponía punto,* tuvo la dama que *ponerlo*» (I, IX-VII, 114). Y con esta locución, evidentemente tomada de la lengua escrita, «pongo punto» a la larga lista de locuciones familiares en que ha venido a quedar plasmado el concepto, bastante más neutro, de «hablar».

## Hacer

La noción de «hacer», tomada en un sentido amplio, es quizá, después de la de «hablar», una de las más fecundas en la creación de coloquialismos. Al igual que he hecho con «hablar», también aquí he distribuido los vocablos y las locuciones en varios grupos donde las expresiones que los integran están unidas por algún vínculo lógico o lingüístico.

Al simple acto de ocuparse de algún asunto, sin sugerir nada con respecto a la actitud del sujeto actuante ni a las circunstancias objetivas del hecho, se refieren las locuciones «poner la mano» y la más explícita «tener las manos en la masa». Acerca de don Antonio Reluz leemos que «*no puso la mano* en negocio que no resultara de perros» (T, II, 1544), y cuando Nicolás anuncia que ya ha comenzado a ocuparse de la catequización de Fortunata, lo hace diciendo: «—Ya *tengo las manos en la masa...;* no es mala masa» (II, IV-VI, 219). Recuérdese que una de las traducciones familiares de la locución latina usada en castellano «coger *in fraganti*», es la de «coger con las manos en la masa», o sea «en el acto de estar haciendo una cosa» (DA). En los dos ejemplos acabados de mencionar se nos da a entender que las acciones acometidas fueron un fracaso en el primer caso, y un éxito (al menos al comienzo) en el segundo; sin embargo, estas insinuaciones no están en el cuerpo de la locución, de suyo desprovisto de toda emoción, sino en los respectivos añadidos: la locución adjetival de sentido peyorativo «de perros» (v. la página 76), y el comentario de Nicolás basado en la locución y puesto como coletilla, «no es mala masa».

### A) *Hacer acertadamente (hábilmente, cuidadosamente, etc.)*

Encontramos los infinitivos «cuajar» y «timonear» usados en sentido figurado para aludir al curso de acciones logradas felizmente. El DA explica la acepción familiar de «cuajar» como «lograrse, tener efecto una cosa». «Timonear» proviene claramente de comparar la pericia de cualquier acción con la habilidad en el manejo del timón y en el gobierno de la nave. Cuando Feijoo se propone llevar a feliz término la reconciliación del matrimonio Rubín, anuncia: «—Haré todo lo que pueda para que esto *cuaje*» (III, IV-IV, 350), y Mauricia alaba las dotes de doña Lupe para la administración del hogar dicendo que «sabe *timonear*» (II, VI-VI, 246).

Juan Pablo elogia el dominio de Cánovas sobre la política española con una locución inspirada también en el lenguaje marinero: «—Cánovas tiene para un rato. Es hombre que *entiende la aguja de marear*» (IV, V-VI, 500).

Subrayando el acierto con que hay que actuar para no ser engañado en los tratos comerciales, observa Galdós que «en estas cosas hay que *andar con mucho ojo*» (I, VI-V, 75), y sobre la competencia necesaria para tratar con ciertos señoritos que piden dinero prestado, advierte Torquemada a doña Lupe: «—Hay que *tener mucho ojo con ellos*» (II, III-II, 195). Al mismo patrón lingüístico pertenece la locución empleada para mostrar la seguridad de Arnáiz en las gestiones de su mujer por lo que se refiere al espinoso asunto de casar a sus numerosas hijas: «Gumersindo, siempre que de esto se hablaba, echábalo a broma, confiando en *la buena mano que tenía su mujer* para todo», y remacha su confianza con otro giro aún más expresivo: «—Verán —decía— como *saca ella de debajo de las piedras* siete yernos de primera» (I, II-VI, 32).

Del juego de pelota procede la locución «dar quince y raya», que significa hacer las cosas con gran soltura y destacándose mucho de los demás. Acerca del interés del joven Santa Sruz en sus estudios dice Galdós que «de travieso y alborotado, volvióse tan juiciosillo, que al mismo Zalamero *daba quince y raya*» (I, I-I, 13), y sobre los progresos del enamorado Maxi recalca que «por efecto del súbito amor, creíase capaz de *dar quince y raya* a más de cuatro» (II, I-IV, 167). El propio Maxi es el que dirá a su esposa en otra ocasión: «—Mi cabeza *da quince y raya* hoy a las cabezas mejor organizadas» (IV, V-III, 493). Sobre el juvenil aspecto de doña Bárbara, leemos que «conservaba una dentadura ideal y un cuerpo que, aun sin corsé, *daba quince y raya* a muchas fantasmonas exprimidas que andan por ahí» (I, II-IV, 26) (véase «fantasmona», p. 30). Jacinta usa una locución semejante para advertir a su marido de que sus infidelidades, a pesar del tacto desplegado en disimularlas, sobrepasan lo tolerable: «—*Ya van quince y raya.* No están los tiempos para perdones, caballerito» (III, II-II, 312).

La maña que se da Estupiñá en resolver ciertos problemas legales, la destaca el novelista explicando que «las principales casas acudían a él para *desatar sus líos* con la Hacienda» (I, III-II, 37). Un matiz afín hallamos en la locución usada por Galdós para sugerir el temor que causa en doña Bárbara el extraordinario tino para sacar partido de las debilidades humanas que ella supone en las atrevidas parisinas: «Bien se sabía ella que allá *hilaban muy fino*» (I, I-II, 16) (véase «hilar delgado» con el significado de «exigir», p. 132).

La destreza en el uso de los pinceles ha dado a la lengua colo-

quial las locuciones «meterse en dibujos» y «pintarse solo». Como quiera que el fisco no proceda con gran sagacidad al examinar ciertos negocios, Galdós comenta que «la Policía fiscal *no se metía en muchos dibujos*» (I, VI-V, 75). Contrariamente, nos presenta así la astucia del joven Santa Cruz en conflictos familiares, y la de doña Lupe en negocios caseros: «Juanito *se pintaba solo* para desenojar a su mamá» (I, IV-I, 43), «doña Lupe, *que se pintaba sola* para estas cosas» (II, VII-I, 260). La locución la encontramos también en boca de los personajes galdosianos. El cura Rubín presume así de sus triunfos apostólicos: «—Para esas cosas *me pinto... me pinto solo*» (II, IV-III, 210), y Jacinta dice a su esposo aludiendo al arte que él se da para disimular sus malos pasos: «—Para fabricar estos arcos triunfales de frases y entrar por ellos dándote mucho tono, *te pintas tú solo*» (III, II-III, 316).

Más rebuscada es la locución «poner el dedo en la llaga» usada para referirse a las acciones o palabras que descubren la entraña del problema en cuestión. Guillermina, tras de enfrentar a Fortunata con la verdadera raíz de todas sus dificultades, interroga a la joven: «*—¿He puesto el dedo en la parte más sensible de la llaga?*» (III, VI-X, 396).

La costumbre de mezclar la cal y la arena para formar la argamasa empleada en las construcciones, ha dado pie a la locución «poner una de cal y otra de arena», giro usado para referirse a la conducta del que sabe adaptarse a circunstancias variables. El DA trae la siguiente explicación: «Alternar cosas diversas o contrarias para contemporizar». De la conducta de Juanito para con su madre nos revela Galdós que «*ponía una de cal y otra de arena,* mezclando las contestaciones categóricas con los mimos y zalamerías (I, I-II, 16).

Cuando Santa Cruz tiene curiosidad por descubrir de qué modo resolverá Aparisi cierta cuestión que requiere agudeza, echa mano de la siguiente metáfora: «—Yo quiero saber cómo *se sacude esa mosca*» (I, X-II, 129). (La misma locución adquiere, a veces, el sentido de «rechazar», v. la p. 86.)

«Salirse con la suya» es giro que suele emplearse para aludir al logro de los objetivos deseados. Cuando Ballester, tras muchos esfuerzos, consigue descubrir la casa en que Fortunata se reúne con el amante, piensa: «Trabajillo me costó; pero *me salí con la mía*» (IV, III-I, 462). Doña Lupe, fingiendo oponer resistencia al deseo de Maxi de que vaya a visitar a Fortunata, dice: «—Pues no, *no te sales con la tuya.* Yo no voy allá sino en el caso de que me llevéis atada de pies y manos» (II, IV-VI, 220), y en otra ocasión en que se propone atacar los planes de su sobrina, concluye: «Pero yo te respondo, picaronaza, que *con ésa no te sales*» (IV, I-I, 416). En esta cons-

trucción elíptica, el pronombre posesivo o demostrativo («la mía», «la tuya», «ésa») parece referirse al sustantivo elidido «voluntad» o «intención» u otro análogo.

Cuando Feijoo advierte a Fortunata de la conveniencia de usar un poco de diplomacia para mejor manejar a su marido, lo hace valiéndose de esta plástica imagen: «—*Con un poco de muleta* harás de él lo que quieras» (III, IV-VII, 343). El consejo está basado en la locución de origen taurino «usar la muleta». La muleta es el palo que lleva pendiente el lienzo rojo de que se sirve el torero para engañar al toro y hacerle bajar la cabeza cuando va a matarlo.

B) *Hacer algo notable*

Los aficionados a buscar el origen de las expresiones folklóricas dan varias versiones de la locución «alzarse con el santo y la limosna», pero en todas ellas se alude a los santeros que pedían limosna para determinadas imágenes y que se apoderaban de los fondos reunidos, llevándose además la imagen (véase Iribarren, *op. cit.*, páginas 223-224). Hay razones para suponer que este giro se popularizó en la segunda mitad del siglo XVII, porque ni Covarrubias ni Correas lo incluyen en sus repertorios que aparecieron en el primer tercio del siglo, y, en cambio, aparece en el venerable *Diccionario de autoridades* (tomo I, Madrid, 1726), donde se dice que es «frase familiar que vale hacerse dueño de la hacienda o favor de alguno». Galdós la pone en boca de Cadalso, a quien le gusta fingirse enamorado de Abelarda con el fin de atormentar a ésta y a su infeliz novio. En cierta ocasión dice a éste: «—Si yo llego a concebir tanto así de esperanza, ¿piensa que no *me alzo con el santo y la limosna?*» (M, XIX, 605), con lo que está indicando que haría lo que fuera necesario para conseguir el amor de ella.

Una estructura bastante más simple ofrecen las siguientes locuciones que el novelista o sus personajes aplican a situaciones familiares que se salen de lo ordinario. Tienen en común el aludir al ruido de un altercado, comparándolo al sonido de una campana o a un estallido. Doña Lupe no se decide a provocar el choque con Fortunata, mas al presentarse la oportunidad, nos explica Galdós: «Arrancóse una vez a *armar la gorda*», y la señora comienza así la reprensión a su sobrina: «—Me he dicho mil veces: *'¿Daré el estallido o no daré el estallido?'*» (IV, I-VI, 428). «Armar» tiene la acepción figurada de «promover riña o alboroto» (DA) y lo de «armar la gorda», es una clara referencia a este significado. En otro lugar la locución queda ligeramente alterada, como sucede cuando a Maxi «le asaltaron temores de que su tía oyera el ruido y entrase y le *armara un*

*cisco»* (II, I-IV, 168). También el vocablo «cisco» figura en el DA con el significado traslaticio de «bullicio, reyerta, alboroto». Galdós nos habla del deseo de doña Lupe de llamar la atención diciendo que «quería *dar golpe»* (II, IV-VII, 223), ligera variante del más frecuente «dar el golpe», y la propia señora anuncia así sus intenciones de intervenir en crisis familiares sin atemorizarse por las graves consecuencias: «—Como yo lo descubra, *va a ser sonada»* (III, VII-V, 411), y *«yo doy la campanada gorda,* siempre y cuando el señorito ese no le señale el estipendio en el término de un mes. *Vaya si la doy»* (IV, V-V, 498). La decidida señora indica a su sobrino el farmacéutico que debiera inventar una medicina revolucionaria, y al aconsejárselo, recurre a una locución de naturaleza similar: «—Estas cosas, hijo, o *se hacen en gordo* o no se hacen» (IV, I-I, 416). Finalmente, Nicolás se dispone a acometer un grave problema con estas palabras: «—Tía, buenas noches. Ahora *va a ser la gorda»* (II, IV-III, 211).

De las innumerables batallas que forman el tejido de la historia patria, dos han dado origen a locuciones verbales. Son éstas, la batalla de San Quintín, dada por las fuerzas españolas en la plaza francesa de ese nombre el día de la festividad de San Lorenzo (10 de agosto) del año 1557, victoria inmortalizada por Felipe II al construir el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, y el levantamiento del pueblo de Madrid contra las tropas napoleónicas el 2 de mayo de 1808. Las locuciones creadas al amparo de estos memorables hechos son «armarse la de San Quintín» y «armarse un Dos de Mayo». Al explicar la reacción de los niños ante las barrabasadas del Pituso, Galdós dice que «por poco *se arma allí la de San Quintín»* (I, X-IV, 136), y cuando Cadalso cuenta a sus familiares lo que experimentó al ser testigo de las burlas que se le hacen al pobre Villaamil, declara: «—Cuando vi aquello me sulfuré, y por poco *se arma allí la de San Quintín»* (M, XXIV, 622). «La de San Quintín» es el título de una de las obras teatrales de Galdós. Título que contiene una doble alusión: al ducado que ostenta la protagonista, y al escándalo que provoca su determinación de casarse con un hombre de clase inferior a la suya.

La otra expresión de sabor histórico se la escuchamos a Juan Pablo, precisamente al comentar su participación personal en cierto asunto político: «—Y por poco *se arma allí un Dos de Mayo»* (II, IV-VII, 222).

De origen semejante, pues se basa en las circunstancias que acompañaron a la hegemonía española en los siglos XVI y XVII, es la locución «poner una pica en Flandes», cuyo significado aparece en el DA como frase «con que se explica la dificultad que cuesta

conseguir una cosa». Cuando Maxi quiere justificar su proceder y explica a su tía que él ofrece a Fortunata la salvación por medio del matrimonio, y está convencido de que éste es el punto fuerte de su dialéctica, Galdós comenta irónicamente: «Creyó el pobre muchacho que *había puesto una pica en Flandes* con este argumento» (II, III-IV, 201). También Feijoo utiliza la locución al aconsejar así a Fortunata: «—Si logras conseguir que no pueda tentarte otra vez el mameluco de Santa Cruz, *habrás puesto una pica en Flandes*» (III, IV-X, 354). (Véase «mameluco», p. 28.) Iribarren *(op. cit.,* p. 138), recogiendo los argumentos de Bastús *(Sabiduría de las Naciones,* serie I, p. 153), menciona «lo difícil que era en tiempo de Felipe IV encontrar reclutas españoles que quisieran alistarse y tomar la pica (como si dijéramos ahora el fusil) para pasar a servir en los Tercios de Flandes, pues los mozos no se alistaban voluntariamente y huían del servicio militar, eximiéndose con fútiles pretextos».

Significado idéntico al de las locuciones «armarse la de San Quintín» o «armarse un Dos de Mayo», encontramos en «armarse una marimorena», aunque su origen histórico no se conserve tan claro. Clemencín, en sus comentarios al *Quijote,* dice acerca de «marimorena» que «hay quien atribuye el origen de esta voz a las quimeras que antiguamente excitó una 'María Morena', tabernera de Madrid, y dieron ocasión a ruidosos procesos judiciales». (Nota 36 al cap. XXVI de la Parte I.) En el viaje de novios de los esposos Santa Cruz, el tren pasa por Sagunto, y Jacinta, recordando antiguas lecciones de historia, dice al ver las ruinosas torres de la célebre fortaleza ibera: «—De fijo que *hubo aquí alguna marimorena*» (I, V-IV, 57).

Otra fórmula conversacional algo más ingenua, es la que refleja el asombro que causan en sus compañeras de escuela los extraordinarios alardes de la niña Barbarita, la cual «llevaba siempre los bolsillos atestados de chucherías, que mostraba para *dejar bizcas* a sus amigas» (I, II-II, 22).

Contrariamente, «dejar tamañito», aun cuando presenta una estructura muy parecida, tiene un marcado sabor libresco. El acento enfático de esta locución queda notablemente reforzado si se completa con una comparación, como hace la madre de Barbarita al presenciar los amorosos extremos de su chica y el novio: «—Pero, hija, vais a *dejar tamañitos a los amantes de Teruel*» (I, II-IV, 26). Aun sin el apoyo de la comparación explícita, las simples fórmulas «dejar tamañito» y su variante «quedarse tamañito» aluden por sí solas a acciones que quedan fuera de lo ordinario. Lo percibimos claramente cuando vemos la complacencia que Santa Cruz halla en presentar los argumentos que justifican su proceder, y que él imagina

que le dan superioridad moral sobre su esposa: «Jacinta *se había de quedar tamañita.* Ya vería ella qué marido tenía» (III, II-III, 314).

### C) *Hacer con decisión, esfuerzo o independencia, y sus contrarios*

Ya se ha visto que el uso coloquial del verbo «gastar» en sentido traslaticio ha dado lugar a «gastarlas». Los casos en que interviene esta expresión, podrían ser colocados muchas veces en el grupo que ahora estudiamos. (V. la p. 136.)

Entre los infinitivos que son de uso frecuente para representar el matiz que ahora consideramos, cabe mencionar «menearse, plantarse, soltarse y despabilarse». Acerca de la impaciencia por concluir sus devociones que invade a Estupiñá un día de muchas compras, dice Galdós que «la misa le pareció larga, tan larga, que se hubiera atrevido a decir al cura, en confianza, que *se menease* más» (I, X-IV, 136). Guillermina explica así su resolución de pedir limosna para mantener su obra benéfica: «—Del primer tirón *me planté* en casa de una duquesa extranjera, a quien no había visto en mi vida» (I, VII-I, 77). El DA explica esta acepción familiar como: «Llegar con brevedad a un lugar, o en menos tiempo del que regularmente se gasta.» Sobre los efectos que el amor produce en el tímido carácter de Baldomero, el novelista observa que a los pocos meses el joven *«se soltó y despabiló algo»* (I, II-III, 25).

Bastante menos frecuente, y hasta extraño a los oídos modernos, nos parece el uso que el político Villalonga hace del verbo «copar» al anunciar sus procedimientos expeditivos: «—Cuando encuentro una persona que me entra por el ojo derecho, y que sirve, digo *copo,* y la tomo para que me sirva a mí» (IV, V-VI, 499). Es probable que Villalonga esté empleando, en sentido traslaticio, la primera acepción que el DA menciona de este verbo: «Hacer en los juegos de azar una puesta equivalente a todo el dinero con que responde la banca», para sugerir de este modo que no teme arriesgarse al seleccionar a las personas de su confianza.

Entre las locuciones, mencionamos en primer lugar la de origen circense «bailar al son que tocan». Maxi recurre a ella para expresar su firme propósito de no dejarse atemorizar por la autoridad de su tía: «—Sepa usted que *al son que me tocan bailo»* (II, II-IX, 192). (Véase más adelante, p. 221.)

La superiora de las Micaelas usa una locución afín para pregonar su autosuficiencia en la difícil tarea de reducir a la descontrolada Mauricia: «—Veréis... Si yo *me basto y me sobro»* (II, VI-X, 258).

Aún más enfática nos resulta la empleada por doña Lupe cuando moviliza a toda la familia con el fin de impedir la prisión de su sobrino Juan Pablo: «—Cada uno por su lado, *beberemos los vientos para* impedir que lo plantifiquen en las islas Marianas» (II, VII-V, 274) (v. «plantificar», p. 122). Desde el punto de vista de la lexicografía es curioso hacer notar que esta locución, que aquí enlaza con un infinitivo por medio de la preposición «para», cuando la conexión se verifica con la preposición «por», adquiere el sentido de «desear», como ya se ha explicado en el lugar oportuno. (V. la p. 110.)

Con motivo de otros acontecimientos, el novelista recurre a dos expresivas locuciones para resaltar la enorme actividad de esta señora: «De regreso a la casa, doña Lupe *no cabía en su pellejo;* de tal modo *se crecía y se multiplicaba* atendiendo a tantas y tan diferentes cosas» (II, VII-III, 268). La locución «no caber en el pellejo», puede emplearse para denotar emociones muy variadas, como ya se ha visto en el curso de este estudio (v. la p. 100).

En boca de doña Lupe encontramos otro giro sugeridor de una conducta independiente. Al reprender a su sobrina, lo hace en estos términos: «—Pero no; se te antoja *campar por tus respetos*» (IV, I-VI, 429), y cuando Feliciana comienza a zafarse de la autoridad que sobre ella ejercía Olmedo, observa Galdós: «Feliciana, por su parte, había empezado a *campar por sus respetos*» (II, II-VII, 187).

El DA menciona dos significados familiares de la locución «echarse una cosa al coleto: «Comérsela o bebérsela» y «leer desde el principio hasta el fin un libro o escrito». De acuerdo a esta segunda definición, Galdós hace esta observación sobre las lecturas de Estupiñá: «Algunos párrafos *se los echaba al coleto* dos veces, masticando las palabras con una sonrisa» (I, III-IV, 42), pero el novelista amplía notablemente el sentido figurado de la locución, como podemos comprobar al vérsela aplicar a la oficiosidad del mismo personaje en el desempeño de sus funciones de corredor, pues «había mañana en que *se echaba al coleto* toda la calle de Toledo» (I, III-II, 37). Su uso con esta significación parece muy justificado, pues el valor estilístico de la locución consiste en destacar la energía con que la acción, cualquiera que sea, es llevada a cabo. Un caso muy parecido es el siguiente: Ido del Sagrario «entró por la calle de Mira el Rio Baja, cuya cuesta *se echó a pechos* sin tomar alientos» (I, IX-VI, 113). El DA menciona esta locución en el siguiente contexto: «*Echarse* uno *a pechos* un vaso, taza, etc., fr. Beber con ansia y en grande cantidad».

De modo semejante, a lo hecho por medios rápidos y rotundos, se le aplica la locución «echar por la calle de en medio» o una de sus variantes de igual significado. Mauricia se refiere a Santa Cruz

con estas palabras: «—Pues el tal sabe *echar por la calle de en medio*» (II, VII-II, 264). El tal ha alquilado el cuarto contiguo a la recién casada Fortunata, con la intención de volver a seducirla. Guillermina piensa como solución a un caso apurado: «¿A que *tirando por la calle de en medio* salgo bien?» (IV, VI-VIII, 522), y una de las parroquianas de un café, que ha escuchado las filosofías de Juan Pablo, llega a esta sorprendente conclusión: «—Lo que yo digo y sostengo —manifestó una de las samaritanas, *tirando por la calle de en medio*— es que este don Juan Pablo está 'guillado'» (III, I-VI, 308). (V. «guillado», p. 66.) Cuando doña Lupe decide que las medidas violentas serían contraproducentes en el caso de su sobrina, hace notar: «—Otra *tomaría por la calle de en medio;* yo creo que en cosas tan delicadas se debe proceder con cierto ten con ten» (IV, I-VI, 429) (v. la locución nominal «ten con ten», p. 61).

La necesidad de aceptar con ánimo decidido tanto lo grato como lo adverso, la expresa Maxi así: «—Hija, es preciso *estar a las agrias y a las maduras.* ¿Qué querías? ¿Herir y que no te hieran?» (IV, VI-IV, 510). Esta locución, en alguna de sus varias formas («tomar las duras como las maduras», «estar a las duras pero no a las maduras») e incluso con la vestidura de verdadero refrán «El que está a las duras está a las maduras», aparece en varias colecciones de modismos. Según Cejador *(Fraseología,* tomo II) «las duras y las maduras» alude «a peras, al repartir».

La locución «ir tirando», se usa también para recalcar las angustias y esfuerzos implícitos en determinadas acciones o profesiones. El DA da de ella la siguiente explicación: «Sobrellevar las adversidades y trabajos que se presentan en la vida». Feijoo la utiliza para representar a Fortunata la triste alternativa que le ofrece la prostitución: «—O a la calle con Juan, Pedro y Diego, a ver si sale algún primo con quien *ir tirando*» (III, IV-II, 333) (v. «primo», p. 26), e Isabel Cordero para comentar las estrecheces domésticas: «—Los varones, con los deshechos de la ropa de su padre que yo les arreglo, *van tirando*» (I, II-VI, 33). Incluso el verbo «tirar» ha adquirido la significación figurada de «mantenerse trabajosamente» (DA). Así se obtiene la locución utilizada por Guillermina para destacar la penosa situación a que se ven reducidos, por falta de dinero, los niños de su asilo: «—*Tirando de aquí y allá* podían pasar aquel día; pero ¿y el siguiente? (I, VII-I, 77).

En el grupo encabezado por el epígrafe «hablar claramente» hemos visto el uso coloquial de las locuciones «ir derecho al bulto» y «embestir de frente» (p. 143). Del mismo origen taurino, aunque algo más recargada, procede la que encontramos en boca de Cadalso, y que en este caso sirve para contrastar la actitud resuelta y agresiva

de quien así habla, con la timidez de su interlocutor: «—No, señor mío, *yo no voy al trapo rojo, sino al bulto*» (M, XI, 583).

Pero la serie no termina en las locuciones anotadas; en la pluma del novelista o en boca de sus criaturas podemos rastrear un buen número de construcciones análogas, si bien a primera vista divergentes. Tales son: «liarse la manta, llevar a punta de lanza, llevar la batuta, meter el diente, picar espuelas, sacudirse las pulgas, salir del paso y tener pecho». Para ilustrar lo dicho, sirvan los ejemplos a continuación: «Una noche el ex capellán del vapor-correo *se lió la manta* y le dio tal paliza a Rubín, que éste hubo de salir con las manos en la cabeza» (III, I-IV, 302). Doña Lupe, comprendiendo la conveniencia de adoptar medios más suaves, dice que «las cosas no se podían *llevar a punta de lanza*» (II, IV-VIII, 225), y explicando la intervención de Guillermina en el triste deber de amortajar a Mauricia, comenta: «—La santa no había de ceder a nadie el *llevar la batuta* en aquella operación» (III, VI-IX, 394). Cuando Estupiñá está enfermo y, a falta de otras lecturas más amenas, toma el *Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Lugo,* si «le salía al encuentro un latín largo y oscuro, le *metía el diente* sin vacilar» (I, III-IV, 42). Feijoo se aconseja a sí mismo proceder con cautela y dejar los arrebatos pasionales para oportunidad más propicia: «—Calma, compañero, y repliégate un poco; tienes tiempo de *picar espuelas*» (III, IV-I, 330). Segunda anuncia la efectiva táctica que piensa seguir: «—Ya he empezado yo a *sacudirme las pulgas*» (IV, VI-XII, 535). El emprendedor Santa Cruz «no tenía que calentarse mucho los sesos para *salir del paso*» (III, II-III, 314). Contrariamente, la indecisa Fortunata se pregunta «si no *tendría ella pecho* alguna vez, quería decir iniciativa...; si no haría alguna vez lo que le saliera 'de entre sí'» (II, VII-V, 275).

Como ejemplos de la situación contraria a la aludida en las locuciones vistas hasta ahora en este grupo, es decir, del caso de hallarse desorientado y «sin saber qué hacer», encontramos el giro «perder pie» y las locuciones negativas «no saber a qué santo encomendarse», «no saber por dónde tirar», que hasta en la estructura se nos presentan como la contrapartida de «tirar por la calle de en medio», y «no tenerlas todas consigo».

Mauricia se refiere a la desorientación que experimentará Santa Cruz cuando se entere de la boda de Fortunata, anunciándole a ésta: «—¿Qué apuestas a que cuando te echen el Sacramento *pierde pie?*» (II, VI-VI, 247) (v. «echar el Sacramento», p. 101). Seguramente esta locución se basa en los temores que pasan los que sin saber nadar se internan mar adentro, hasta perder contacto con la capa sólida bajo las aguas. Cuando Cadalso no acierta a terminar lo que está

diciendo a su cuñada, leemos: «—Porque cuando se aborrece a un hombre, como me aborreces tú a mí... —confuso y *sin saber a qué santo encomendarse*» (M, XX, 608), y para destacar el decaimiento de ánimo de doña Lupe, Galdós nos dice que «varias noches estuvo en la tertulia de las de la Caña completamente achantada y *sin saber por dónde tirar*» (II, IV-VIII, 225) (v. «achantado), p. 63).

Finalmente, el «no tenerlas todas consigo», lleva una fuerte carga de inseguridad, como se aprecia en los ejemplos que siguen: cuando Mauricia está preparada para recibir el viático, tiene miedo de hablar por si se le escapa alguna palabra malsonante: «*No las tenía todas consigo* y estaba como bajo la presión de un gran temor» (III, VI-II, 373). Maxi tiembla ante la posibilidad de que Fortunata no corresponda al amor que él siente por ella, y Galdós recoge así su recelo: «Sin embargo, *no las tenía todas consigo,* porque como se dan casos de que salga fallido lo que el corazón anuncia» (II, II-III, 177). Ya hacia el final del relato, Fortunata comenta con Ballester la visita que su marido le ha hecho y los alardes de lógica por él desplegados: «—No me fío, no me fío —meditabunda, demostrando en el tono que *no las tenía todas consigo*» (IV, VI-I, 503). Cuando su marido vuelve a visitarla, el novelista repite la locución: «Ella *no las tenía todas consigo*» (IV, VI-III, 507). Ballester y Guillermina también están muy perplejos por la extraña actitud de Maxi, y aquél dice a la señora: «—*No las tiene usted todas consigo*... Ni yo tampoco» (IV, VI-VIII, 523). Beinhauer *(op. cit.*, p. 312), al estudiar esta expresiva fórmula, menciona la posibilidad de que el pronombre «las» se refiera a «potencias» o «facultades», pero Iribarren *(op. cit.*, página 189), recogiendo las opiniones de Montoto y de Seijas Patiño, hace notar que el origen tal vez provenga de los juegos de naipes, y equivalga a no llevar o tener las cartas necesarias para ganar el juego, o sea una alusión al hecho de ir medio armado, es decir, no llevar consigo todas las armas.

### D) *Hacer con esplendidez*

El DA explica una de las acepciones familiares de «correrse» como «ofrecer por una cosa más de lo debido». En el ambiente navideño de un vecindario popular ha causado sensación la compra de Severiana, la cual, gozándose en la admiración de las comadres, muestra orgullosamente los aprovisionamientos adquiridos, suscitando estos comentarios: «—¡Un conejo! —clamaron media docena de voces. —¡Hija, *cómo te has corrido!* (Sev.) —Hija, porque se puede y lo he sacado por siete reales!» (I, IX-VIII, 120). Ido del Sagrario, al verse forzado a invitar a Izquierdo a almorzar, advierte con

el fin de que éste no pida más de lo que él puede pagar: «—Pero, tocayo, sepa que no tengo más que un duro... Conque *no se corra mucho*» (I, IX-IV, 108). La misma locución aflora a los labios de Feijoo al ver que Santa Cruz ha incluido cuatro mil reales en la carta en que da por terminadas sus relaciones con Fortunata: «—Vamos... *No se ha corrido* que digamos» (III, IV-I, 327).

Parecida alusión a una abundancia que se manifiesta con alardes de derroche encontramos en las locuciones «darse la gran vida», «echar la casa por la ventana» y «estar nadando en oro». La portera de la casa, criticando con su marido el desarreglo de las 'Miaus', dice: «—El día que les cae algo, aunque sea de limosna, ya las tienes *dándose la gran vida,* y *echando la casa por la ventana*» (M, II, 556), y Villaamil, renegando de la pésima administración estatal, comenta con el portero del Ministerio de Hacienda: «—Yo, en mi casa, tan tranquilo, viendo como se desmorona este país, que podría *estar nadando en oro*» (M, XXXV, 655).

E) *Hacer muy raramente*

«Hacer algo muy pocas veces» es el significado que hay que atribuir al verbo «catar» en su forma negativa, cuando Galdós, comentando la severa educación que recibió Baldomero, escribe que «el teatro *no lo cataba* sino el día de Pascua» (I, II-IV, 27), o que Jacinta «alegróse mucho de poder llevar al Real a sus hermanitas solteras, porque las pobrecillas, si no fuera así, *no lo catarían nunca*» (I, VI-III, 70). «Catar» ha sufrido también un cambio de su significación recta de «probar, gustar alguna cosa para examinar su sabor o sazón» (DA), al sentido traslaticio, en las palabras que le dirige Fortunata a su marido: «—Tú no sabes lo que es una mujer que se muere por un hombre. Pobretín, *esa miel no la has catado nunca!*» (IV, VI-IX, 525). Es probable que Galdós, al poner estas palabras en boca de su personaje, esté recordando el refrán «No se hizo la miel para la boca del asno», que tan poco favor hace al infeliz esposo de Fortunata.

F) *Hacer lo inesperado o improcedente*

Tres verbos utilizados por el novelista con el significado que estudiamos en este grupo son «desbarrar», «descolgarse» y «zascandilear». El DA explica la acepción figurada del primero como «errar en lo que se dice o hace», y Galdós nos explica que Fortunata «para vestirse tenía instintos de elegancia; pero en muebles y decoración de casa *desbarraba*» (III, III-I, 322). Uno de los sentidos familiares

de «descolgarse» es el de «aparecer inesperadamente una persona» (DA), y a él recurre el escritor al darnos cuenta de la molesta fiscalización de doña Lupe sobre la vida de los recién casados, «*descolgándose* en la casa a horas intempestivas» (II, VII-VIII, 281), o del lamento de esta señora cuando es ella la víctima de la inoportuna visita: «Lo que yo debía hacer era ponerle la cuentecita, y entonces... ¡Ah!, entonces sí que *no se volvía a descolgar* con invitados» (II, V-II, 230). En otra ocasión, doña Lupe dirige a su sobrino este reproche: «—Te llamo a las once de la noche, y ésta es la hora en que *te descuelgas* por aquí» (II, VII-XI, 290). Sobre los temores de una repentina aparición de Santa Cruz, dice Feijoo a Fortunata: «—Creo que no me faltarás como no *se descuelgue* otra vez el danzante de marras» (III, IV-III, 333) (acerca del uso de «danzante» y «de marras», v. las pp. 27 y 73). El DA menciona asimismo la acepción de «decir o hacer una cosa inesperada o intempestiva», y este matiz es el que recoge Ballester al comentar las ingeniosidades de Maxi: «—Habla poco, y a lo mejor *se descuelga* diciendo cosas muy buenas» (IV, VI-I, 503), y doña Bárbara al echar en cara a Estupiñá el desacierto de alguna de sus compras: «—No vayas a *descolgarte* con las agujas cortas del otro día» (I, VI-V, 73). Acerca de las actividades de las 'Miaus', Galdós nos explica que la «abuela y Milagros *zascandileaban* por la cocina» (M, XX, 607), sugiriéndonos que se ocupaban en tareas poco útiles, y dándonos así un significado que se aparta del único que recoge el DA, «andar con un zascandil», es decir con un hombre despreciable.

Mediante la locución «andar en malos pasos», Galdós alude a las irregularidades de Fortunata: «La señora de Jáuregui, observadora sagaz, había comprendido que desde primeros de junio su sobrina *andaba en malos pasos*» (IV, I-VI, 428).

Un aire bastante más rebuscado presenta el comentario de Maxi al enterarse de que su hermano ha sido detenido: «—Y merecido, hija. ¿Para qué se mete a *buscarle el pelo al huevo?* (II, VII-VII, 278). Se trata de una locución con el mismo significado que las de «buscarle tres pies al gato» y «buscarle cinco pies al gato», ambas citadas por los escritores clásicos. (Cervantes en el cap. XXII de la parte I del *Quijote* escribe «buscando tres pies al gato», a pesar de que el buen sentido nos indica la segunda como más apropiada, y ésta es la versión que recogen Covarrubias y Correas en sus respectivas obras. V. Iribarren, *op. cit.*, pp. 221-222.)

Mucho más popular es «no dar pie con bola», locución usada por Galdós para destacar el descontrol de sus personajes bajo determinadas circunstancias: de Papitos nos dice que «había llegado ya a tal punto su azoramiento, que *no daba pie con bola*» (II, V-II, 230),

e igualmente de Guillermina: «La virgen y confesora llegó a tal grado de confusión, que *no daba ya pie con bola*» (III, VII-III, 405). Doña Lupe la usa para denostar a Fortunata: «—*Ya no das pie con bola*» (III, VI-VI, 385), y el escritor vuelve a usarla comentando el extraño acierto de Juan Pablo en asuntos que no fueran los suyos: «Muchas personas que no hacen más que disparates poseen esta perspicacia del consejo y de la dirección de los demás, y *no dando pie con bola* en los destinos propios, ven claro en los del prójimo» (II, I-II, 160). El DA da por equivalente de esta locución «equivocarse muchas veces seguidas». Casares la estudia para demostrar «la dificultad de remontarse al origen de los modismos a partir de su uso actual», pues a pesar de que la interpretación normal para el hombre de nuestros días es la de que se está aludiendo a un futbolista que no consigue 'chutar', él opina, basándose en testimonios tan autorizados como los de Covarrubias y Correas, que el origen no hay que buscarlo en un partido de pelota, sino, probablemente, en los juegos de naipes (v. *Introducción a la lexicografía moderna,* Madrid, C. S. I. C., 1950, pp. 237-238). Iribarren, por su parte *(op. cit.,* pp. 253-255), trae la cita de Correas para apoyar la posibilidad de que sea locución procedente de los juegos de bolos.

Menos problemático es el origen de «echar el pie fuera del plato» o «sacar los pies del plato», locuciones inspiradas en el progreso de los animales domésticos (gatos, perros), que cuando dejan de ser cachorrillos se mueven con más soltura y no meten las patas en la comida. Aunque esta versión explica satisfactoriamente el origen del modismo, no sucede lo mismo con su uso, pues siempre hay implícito cierto sentido de crítica hacia las acciones aludidas con estas locuciones. Don Baldomero se refiere así a la resistencia típica de los españoles a acatar normas: «—Pero nos cansamos de ella (la autoridad), y todos queremos *echar el pie fuera del plato*» (III, II-I, 310). En *Tristana,* Galdós nos explica los intentos de la heroína por independizarse de su tutor mediante la observación de que «la linda figurilla de papel *sacaba los pies del plato*» (T, II, 1542), y poco después, Saturna declara a la joven, valiéndose de esta locución y de otro eufemismo, las actividades y el nombre dado a cierta clase de mujeres: «—¿Sabe la señorita cómo llaman a las que *sacan los pies del plato?* Pues las llaman, por buen nombre, 'libres'» (T, V, 1549).

Para acentuar lo alocado de la conducta del joven Olmedo, Galdós la compara a «un desorden de transición fisiológica, algo como una segunda dentición», y partiendo de este paralelo, escribe: «Todo se reduce a *echar muchas babas* y luego ya viene el hombre con otras ideas y otra manera de ser» (II, I-III, 164).

Con el verbo «echar», se forman también las dos locuciones de las que se sirve Feijoo para sermonear a Fortunata con el fin de evitar acciones contraproducentes por parte de la joven: «—Eso de *echar todo por la ventana* en cuanto el señor corazón se atufa es un disparate que se paga caro... *lo echas todo a rodar,* y no hay vida posible» (III, IV-VI, 341) (v. «atufarse», p. 122). Nótese la diferencia entre la locución ya estudiada «echar la casa por la ventana» (página 167), que he traducido al lenguaje conceptual como «hacer con esplendidez», y la que ahora presento de «echar todo por la ventana». Desde el punto de vista de la estilística, el diferente significado de locuciones de estructura parecida depende, muchas veces, de palabras aparentemente incapaces de producir estos efectos.

Otro significativo modismo que tiene cabida en el grupo que estudiamos, es el que irónicamente utiliza Torquemada al enterarse de que un caballero en apuros económicos ha recibido un generoso préstamo de un familiar: «—Pues aviado está el pariente... Ya puede decir que *ha hecho un pan como unas hostias*... Con muchos negocios de ésos...» (TH, VII, 926).

Cuando Fortunata recapacita sobre los deseos y repugnancias de su vida sentimental, imagina que 'la idea blanca' recrimina lo impropio de sus anhelos con estas tres animadas locuciones: «—Déjate de *hacer melindres* y de *pedir gollerías,* porque entonces no te doy nada y *tirarás otra vez al monte*» (II, VI-VII, 249). Esta última locución se deriva del refrán «La cabra tira al monte», que encontramos varias veces en *Fortunata y Jacinta* como se verá al estudiar los refranes. De él proviene también la locución con la que el clérigo Rubín afea el proceder de Fortunata: «—La pusimos en el camino de la regeneración, y le ha faltado tiempo para *echarse por los senderos de la cabra*» (II, VII-XII, 292).

Una alusión de alguna manera semejante (a las costumbres de la cabra, a las consecuencias de acercarse al fuego) notamos en la metáfora que emplea Cadalso continuando su cruel burla de fingirse enamorado de su cuñada: «—Abelarda, Abelarda, no juegues conmigo; no *juegues con fuego*» (M, XX, 608). El significado que el DA atribuye a esta locución es el de «empeñarse imprudentemente, por pasatiempo y diversión, en una cosa que pueda ocasionar sinsabores o perjuicios».

Connotaciones más vulgares hallamos en la locución menos frecuente «matar pulgas». El DA no recoge el significado con que aparece en Galdós, pero el *Larousse Ilustrado* la explica como «modo de obrar particular». A ella recurre don Baldomero para recalcar las especiales circunstancias con que los españoles han llevado a cabo

la Restauración de la monarquía: «—Es nuestra manera de *matar pulgas*» (III, II-I, 310).

Frecuentísima, en cambio, para referirse al hecho de «intervenir en alguna cosa con dichos o hechos inoportunos» (DA) es la locución «meter la pata». Fortunata no sabe cómo comportarse al recibir la visita de Nicolás, y piensa: «*No metamos la pata* sin necesidad» (II, IV-IV, 214), y cuando vuelve de un largo viaje, aunque su aspecto se ha refinado considerablemente, los que la conocían dudan que haya algo más que un ligero barniz, y Villalonga comenta: «—Por supuesto, hablando, de fijo que *mete la pata*» (I, XI-I, 152).

La palabra «pata» es elemento indispensable en dos locuciones que hacen referencia a las circunstancias de una situación caótica. Al hablar de la inesperada transformación del Madrid finisecular, nos dice el escritor que fue preciso «que las reformas arancelarias del 49 y del 68 *pusieran patas arriba* todo el comercio madrileño» (I, II-V, 28), y acerca de las esperanzas del cesante Villaamil, explica que «no tenía más consuelo que aplicar su oreja, seca y amarilla, a la conversación, por si escuchaba algo de crisis o de trifulca próxima que *diese patas arriba con todo*» (III, I-V, 304). El DA considera «patas arriba» un modo adverbial con el significado de «al revés, o vuelto lo de abajo hacia arriba». La denominación de «modo adverbial», a juicio de algunos lexicógrafos[16] peca de excesiva inexactitud, frente a la más precisa de «locución». Yo he optado por considerar que «patas arriba» se une a los verbos «poner» y «dar» para formar una locución verbal. He creído más conveniente hacerlo así, que no ver «patas arriba» como una locución adverbial, (a pesar de que este criterio estaría más de acuerdo con los presupuestos del Diccionario), entre otras razones, porque la sustitución de «patas arriba» por el adverbio «desordenadamente», que vendría a ser su equivalente conceptual, no podría hacerse en los textos aducidos sin cambios considerables en la estructura sintáctica.

Pantoja, poniendo a Villaamil al corriente de los comentarios que origina su desatinada conducta, le dice: «—En todas las oficinas hablan de ti como de una persona que empieza a *pasearse por los cerros de Ubeda*» (M, XXXIV, 654). El DA aplica esta locución al que «divaga o se extravía en el raciocinio o discurso», y menciona que suele formarse con los verbos «echar, ir» o «irse». Tanto Covarrubias como Correas recogen «Irse por los cerros de Ubeda». Iribarren (*op. cit.*, pp. 55-56) presenta varios ejemplos de su uso en los clásicos y explica las varias versiones acerca del origen, siendo una de las más populares aquélla del alcalde de Ubeda que olvidaba

---

[16] Véase Julio Casares, *op. cit.*, pp. 167-168, 171, 180 y 208.

las funciones de su cargo para visitar a la moza que vivía por los cerros.

De modo parecido, a destacar de manera plástica una reacción excéntrica, se encaminan las locuciones «salir por malagueñas» y «salir por un registro». Fortunata, temerosa por lo que pueda hacer su desequilibrado esposo, piensa: «A lo mejor *me sale por malagueñas,* y me da el gran susto» (IV, VI-IV, 509), y cuando se prepara cautelosamente para una conversación con Jacinta, piensa que debería hablarle «esperando a ver *por qué registro salía*» (III, VI-VI, 385). En otra ocasión en que es ella la que actúa de manera insolente, declara Galdós: «Por fin, hubo de *salir por este registro*» (IV, III-III, 467). El escritor nos explica así la sorpresa de Torquemada cuando su vieja sirvienta rechaza la magnífica cama que el prestamista pensaba regalarle: «Esperaba el tacaño una explosión de gratitud... cuando ésta (la tía Roma) *salió por un registro muy diferente*» (TH, VIII, 932). Cuando don Lope ve el asombro con que Horacio recibe la invitación del caballero de venir a su propia casa para visitar a Tristana, le explica así: «—¿Creía tal vez que yo iba a *salir por el registro* del padre celoso o del tirano doméstico?» (T, XXV, 1603).

De estructura menos simple, aunque similares por las connotaciones que nos sugieren, son las locuciones con las que Galdós nos da a entender los temores de Maxi de que su hermano el clérigo «saliese con ciertas 'mistiquerías' propias de su oficio *sacando el Cristo de debajo de la sotana* y alborotando la casa» (II, IV-II, 209), y la referente a las medidas extraordinarias que Feijoo cree necesario aplicar para convencer a Juan Pablo: «Al oír esto, la diplomacia de Feijoo se alarmó, creyendo llegada la ocasión de *sacar, si no todo el Cristo, la cabeza de él*» (III, IV-VII, 345). Estas locuciones constituyen un ejemplo de la libertad con que Galdós maneja los modismos, pues si bien es cierto que el DA menciona «Sacar el Cristo. Frase figurada y familiar. Acudir a algún medio de persuasión extremo y decisivo», podemos apreciar las ampliaciones del escritor, encaminadas a conseguir un efecto estilístico. Es muy probable que estas locuciones tengan su origen en la costumbre de mostrar poco a poco la imagen de un crucifijo con el fin de hacer surgir buenos propósitos. Restos de esta práctica pueden verse todavía en la liturgia del Viernes Santo.

### G) *Hacer lo que repugna*

La locución «hacer de tripas corazón» figura en el DA con la explicación siguiente: «Esforzarse para disimular el miedo, dominarse,

sobreponerse a las adversidades». Es modismo que cuenta con varios siglos de vida, pues Covarrubias y Correas lo mencionan con el significado que mantiene hasta hoy. En su *Comentario al «Cuento de cuentos», de Quevedo,* Seijas Patiño da una curiosa interpretación: «Al que le falta corazón para estar tranquilo, hágalo de las tripas, que ascienden a la cavidad del pecho cuando se retienen los suspiros». Galdós lo usa para aludir a la actitud de Juan Pablo cuando se encuentra con sus acreedores en el café y los invita a tomar algo: «El infeliz deudor *hacía de tripas corazón»* (III, I-V, 305). Recurre a la misma locución con el fin de resaltar los esfuerzos para sobreponerse a su pena hechos por Ballester en el entierro de Fortunata, y por don Lope al prometer un regalo a la afligida Tristana: «Ballester, afectadísimo, *hacía de tripas corazón,* y se retiró el último» (IV, VI-XVI, 544); «—Hoy mismo —dijo el viejo, *haciendo de tripas corazón»* (T, XXIII, 1595).

H) *Hacer entrometiéndose. Intervenir de obra*

El poco escogido verbo «hocicar», que en sentido recto significa «mover y levantar la tierra con el hocico, lo que hacen el puerco y el jabalí» (DA), es empleado traslaticiamente por doña Lupe para referirse a sus planes de visitar y curiosear a sus anchas un nuevo establecimiento comercial: «—Así veremos y *hocicaremos* todo antes que se abra al público» (IV, I-IV, 425).

Al presentar la locución «meter la cucharada» (p. 153) en el epígrafe «hablar entrometiéndose», se vio claramente que puede usarse también para aludir a intervenciones que con frecuencia exceden al mero uso de la palabra. A más de ésta ya vista, cabe mencionar con igual significado, «meter la jeta, meter las narices, meter los dedos en el plato ajeno», y «meterse a lañador». Todas ellas participan de un marcado aire vulgar, explicable fácilmente si consideramos que mediante ellas se alude a acciones consideradas inoportunas y hasta censurables. La animadversión que el hablante siente, no es precisamente la circunstancia más adecuada para buscar refinamientos lingüísticos. Ello nos afirma en el convencimiento del papel preponderante que los sentimientos juegan en el lenguaje coloquial.

Galdós menciona el deseo de doña Lupe de alternar, cuando los hechos le deparan la oportunidad, con damas de más categoría social, y pregunta: «¿Por qué no había ésta (doña Lupe) de intentar *meter la jeta?»* (III, V-IV, 366) (v. «jeta», p. 15). Con las connotaciones propias de esta expresión, el novelista está sugiriendo que el afán de doña Lupe no es, en el fondo, sino un capricho de comadre

que desea verse ascendida a una clase superior. Algo muy parecido sucede en los ejemplos a continuación.

Con motivo diferente se nos dice que «la curiosidad de doña Lupe se acaloraba más, y ya no podía tener sosiego hasta no *meter su propia nariz en aquel guisado*» (II, IV-VI, 220), o que «doña Casta no estaba tranquila el día que no iba a *meter las narices* en la tienda y taller» (IV, I-VIII, 434). Ballester se refiere a los entrometimientos de doña Lupe diciendo que «la 'ministra' esa quiere *meter aquí las narices*» (IV, VI-XII, 532), y a Maxi le reprende por su afición a las elucubraciones filosóficas, con estos términos: «—Porque esto de *meter las narices en la eternidad* es una cosa que a Dios le debe de cargar mucho» (IV, I-VIII, 434).

Fortunata propina a Aurora una tremenda bofetada por inmiscuirse en su vida amorosa, y acompaña el golpe con estas palabras: «—Eso para que vuelvas, so tunanta, a *meter tus dedos en el plato ajeno*» (IV, VI-VI, 516), y Feijoo, a modo de excusa por su intromisión en los problemas del matrimonio Rubín, dice a Maxi: «—Usted dirá que quién *me mete a mí a lañador*» (III, IV-IX, 351).

Bastante menos vulgar, y de gran fuerza expresiva es la locución «echar un jarro de agua fría», usada para enfatizar el desagradable efecto de una intervención inesperada. Cuando Maxi anuncia a Fortunata que se marchan a vivir a un pueblo, lo hace, según Galdós, «comprendiendo por instinto de celoso que *echaba un jarro de agua fría* sobre aquel contento» (II, VII-IX, 284).

Roza bastante de cerca el sentido de las locuciones que estamos estudiando, la que utiliza Galdós al decirnos que Guillermina se vio obligada a prohibir a sus amigas las visitas al asilo: «La fundadora del establecimiento tuvo que *tomar cartas en el asunto*» (I, XI-I, 150), o que, con ocasión de la herencia de los sobrinos, «a doña Lupe le dieron ganas de *tomar cartas en el asunto*» (II, IV-II, 208). En otro lance, es la misma doña Lupe la que declara su decisión de intervenir: «—Pues lo que es ahora, que quieras que no, *tomo cartas en el asunto*» (IV, I-VI, 429).

De la antigua costumbre que tenían las familias de un difunto de entregar velas a los asistentes al funeral, proviene la siguiente locución que oímos a doña Lupe: «—Me parece que no debo intervenir ya, *ni tomar vela en este entierro*» (IV, III-III, 468), y cuando Cadalso tercia en los asuntos de Abelarda, ésta le contesta: «—Y a ti *¿quién te da vela en este entierro?*» (M, XX, 609). En el DA figura la locución «no darle a uno vela en un entierro» con esta explicación: «No darle autoridad, motivo o pretexto para que intervenga en aquello de que se esté tratando. Usase también sin negación en sentido interrogativo «¿Quién le ha dado a usted vela en este entierro?»

I) *Hacer para ayudar a alguien. Favorecer*

Cuando detienen a Juan Pablo, su tía se acuerda del otro hermano, Nicolás, quien podría ayudarle a salir del apuro, y piensa: «Si estuviera aquí, él *daría pasos por* su hermano» (II, VII-V, 275).

Del ambiente taurino procede la locución «estar al quite», que el DA explica como «estar preparado para acudir en defensa de alguno». Quite, en la terminología de la tauromaquia es la «suerte que ejecuta un torero, generalmente con el capote, para librar a otro del peligro en que se halla por la acometida del toro» *(Ibíd.)*. El joven Santa Cruz, para distraer el aburrimiento de su enfermedad, intenta hacer alguna burla a Estupiñá, pero «Barbarita, que tanto apreciaba a su buen amigo, *estaba*, como suele decirse, *al quite* de estas bromas que tanto le molestaban» (I, VIII-V, 97). En el almuerzo que siguió a la boda de Fortunata, la tía de la novia se previno para evitar a ésta una situación desairada, y el novelista observa que «doña Lupe, que la tenía al lado, *estaba al quite* para auxiliarla si fuera menester» (II, VII-III, 269). Con ocasión de otro apuro de Fortunata, Galdós refuerza esta locución con otra metáfora taurina que casi coincide con la definición que de «estar al quite» trae el Diccionario: «Maximiliano habló poco durante la visita. No hacía más que *estar al quite, acudiendo con el capote* allí donde Fortunata se veía en peligro por torpeza de lenguaje» (II, IV-VII, 224).

El léxico culinario ha dado al habla familiar la gráfica locución empleada por Galdós para presentar la repugnancia de Bailón a arriesgarse en favor del beneficio ajeno: «No quería exponer su pelleja para *hacer el caldo gordo* a cuatro silbantes» (TH, III, 913) (v. «silbante», p. 29). La explicación que de este modismo da el DA es la de «obrar uno de modo que aproveche a otro, involuntaria o inadvertidamente por lo general».

Las expresiones religiosas han enriquecido la lista de giros coloquiales que estudiamos en este grupo, con las locuciones «sacar del Calvario» y «sacar del purgatorio». Moreno, pidiendo ayuda a Jacinta, le ruega: «—*Sáqueme de este calvario*» (III, VII-I, 401), y a Torquemada, deseando aparentar que con sus préstamos usurarios no hace sino aliviar los sufrimientos de sus víctimas, le oímos decir: «—Voy, voy al momento a *sacar del purgatorio* a ese buen amigo don Juan» (TH, VII, 925).

J) *Hacer mal a alguien. Perjudicar*

Con este sentido es frecuente encontrar el verbo «jorobar» en su acepción figurada y familiar de «fastidiar, vejar, molestar» (DA).

Uno de los curas que frecuenta la tertulia del café, se expresa así: «—He visto de cerca la guerra..., y esta seguirá *jorobándonos* mientras unos y otros mamen de ella» (III, I-III, 298). La consecuencia que Ballester deduce en caso de haber habitantes en las estrellas, es, que «estarán tan *jorobados* como nosotros» (IV, I-I, 415).

Al deseo de causar males a alguien hace referencia el modismo «jurársela», cuya explicación en el DA es la de «asegurar que se ha de vengar de él». Galdós lo usa humorísticamente al hablar de las andanzas de Juan Pablo: «Pero su infame estrella *se la había jurado;* a los tres meses cambió la situación política; y mi Rubín, cesante» (II, I-I, 159). Parece claro que el pronombre 'la' alude, en este caso, a la prometida venganza.

Muy comunes en el lenguaje coloquial son las locuciones «dar a uno una jaqueca», y más todavía, «dar la lata». El DA define la primera de ellas como «fastidiarle y marearle con lo pesado, difuso o necio de la conversación». Galdós, remedando el lenguaje de Fortunata, describe así a uno de sus amantes: Era un vicioso y *le daba muchas jaquecas* con 'tantismas' incumbencias como tenía» (II, II-II, 176), y Santa Cruz, recordando el fastidio que le causaron Fortunata y el hombre que con ella vivía, declara: «—Aquella infeliz pareja *me dio la gran jaqueca*» (I, X-VII, 145). En cuanto a «dar la lata», Dámaso Alonso, en un estudio muy completo acerca del auge y del origen de este modismo [17], demuestra que alcanzó popularidad a finales del pasado siglo, y que proviene de alguna anécdota en la cual se entregaba algún objeto hecho de lata; por ejemplo: la ficha que se devolvía a los obreros de cierta empresa cuando se les despedía; las cajas en que se acostumbraba a guardar papeles y documentos; o la lata que se entregaba a los canónigos después de asistir al coro. También es posible que el nacimiento de esta locución esté asociado con las molestias que ocasionaban los borrachos de una taberna andaluza que bebían un aguardiente infernal medido con un recipiente de lata, o con el desagradable ruido que se acostumbra a hacer con latas y otros objetos sonoros (v. «cencerrada», p. 31). El DA registra la acepción familiar del sustantivo «lata» como «discurso o conversación fastidiosa, y, en general, todo lo que causa hastío y disgusto por prolijo e impertinente». Esta definición está reflejada en lo que el novelista quiere sugerir al presentarnos al infeliz Villaamil andando por las oficinas y «*dando la lata* a diferentes amigos, sin excluir a los porteros» (M, XXXIII, 650).

Todavía más enfáticas, por la fuerza de las metáforas en que se

---

[17] Véase Dámaso Alonso «Esp. 'lata', 'latazo'». *Boletín de la Real Academia Española,* tomo XXXIII, Madrid, 1953, pp. 351-388.

basan, nos resultan las locuciones «dar el estacazo», y «dar la puñalada». Santa Cruz, a fin de poner más viveza en el relato de su enfermedad, dice a Fortunata: «—A la vuelta de una esquina me acechaba una pulmonía para *darme el estacazo*..., caí» (II, VII-VI, 277) (v. «dar estacazo» con el sentido de «dominar», p. 119). Maxi, profundamente herido por la conducta de su esposa, le declara: «—Dios es el único que no nos engaña, el único que no se pone careta de amor para *darnos la puñalada*» (IV, I-II, 418). Con frecuencia, el habla popular añade más vehemencia a esta locución por medio de la amplificación «dar una puñalada trapera», o «dar una puñalada por la espalda».

Connotaciones muy similares encierra el uso irónico del verbo «jugar» en la locución «jugarla buena»: (Doña Bárbara) «—Tu amigo el 'Sordo' *nos la ha jugado buena*» (I, VI-V, 73), y el modismo bastante más explícito y enfático «jugar una partida serrana». Según el DA «partida serrana» significa «comportamiento o proceder injusto y desleal». Mauricia habla a Fortunata del señorito Santa Cruz, en estos términos: «Da pena verle..., loquito por ti..., y arrepentido de *la partida serrana que te jugó*» (II, VII-II, 265). Luego será Fortunata la que se reconoce culpable con respecto a la familia Rubín: «—*Les jugué una partida muy serrana*... Lo que yo hice es de eso que no se perdona» (III, IV-VI, 341), y el mismo Galdós, comenta acerca de este punto: «*La partida que ella le había jugado a Maxi era demasiado serrana* para que éste la olvidara» (III, IV-VIII, 346). Vergara, en su *Diccionario geográfico-popular* (p. 218), ve una alusión al proceder de los habitantes de la serranía de Ronda, que son tenidos «por falsos y poco formales, y para indicar que una acción es mala y ruin, la llaman 'partida serrana'». Rodríguez Marín, en *Mil trescientas comparaciones populares andaluzas,* da a entender que las gentes del campo miran con malos ojos a las de la sierra. Ya Quevedo, en su *Cuento de cuentos,* incluye la expresión proverbial «No quiero cuentos con serranos». Como puede apreciarse, la locución ya lleva varios siglos de existencia. (V. Iribarren, *op. cit.,* pp. 232-233.)

Otras locuciones coloquiales encaminadas a destacar el daño que causa una conducta desconsiderada, son «poner perdido, levantar ampollas, sacar los ojos», y «traer al retortero». Fortunata recurre a la primera de ellas para advertir a Feijoo del riesgo que corre si se empeña en presenciar la limpieza de la casa: «—Pero le vamos a *poner perdido.* Mire que ahora empezaremos con la sala» (III, IV-II, 330). Acerca de la absoluta falta de delicadeza del cura Quevedo, expone Galdós que era de «una sinceridad zafia que *levantaba ampollas*» (III, I-IV, 301). La locución «sacar los ojos» aparece traslaticiamente en el siguiente diálogo que los esposos Santa Cruz man-

tienen con motivo de la triste historia de Fortunata: (Jacinta) «—Y esa tonta no te *sacó los ojos* cuando se vio chasqueada?... Si hubiera sido yo...» (Juan) «—Si hubieras sido tú, tampoco *me habrías sacado los ojos*» (I, V-II, 51). Explicando las muchas molestias que el 'Pituso' causa por sus travesuras, dice Ido: «—*Trae al retortero* a toda la vecindad» (I, VIII-IV, 94).

K) *Ser causa de que otro haga. Obligar a hacer*

El DA explica la locución «dar pie» como «ofrecer ocasión o motivo para una cosa». Galdós, al comentar las noticias políticas que traían los periódicos en el accidentado año 1874, dice que, «por lo común, *daban pie* a inacabables comentarios» (III, I-III, 298).

Mucho más expresiva, aunque bastante más vulgar, nos parece la locución con la que doña Lupe se plantea a sí misma su decisión de obligar a Fortunata a aceptar una pensión de la familia Santa Cruz: «Cuando hago el bien... *se lo meto por los hocicos* a las personas tercas e inútiles que no saben hacer nada por sí» (IV, V-V, 498).

«Poner a uno en el disparadero» es, según el DA, «provocarle, apurando su paciencia o su reserva, a que diga o haga lo que de suyo no diría o no haría». Fortunata recapacita así acerca de los acontecimientos que la empujaron al matrimonio: «Sale Maxi y..., tras!, *me pone en el disparadero de casarme*» (II, VII-V, 276). Locución muy semejante es la que encontramos en los consejos que el experimentado Feijoo da a Fortunata: «—*Si te ves en el disparadero* de faltar, guardas el decoro, y habrás hecho el menor mal posible» (III, IV-IX, 353).

Sentido parecido encierra la locución «sacar de su paso a uno», es decir, «hacerle obrar fuera de su costumbre u orden regular» (DA). Galdós se vale de ella para explicar las prácticas religiosas de doña Lupe, y su resistencia a extender el ámbito de las piadosas costumbres: «Oía misa los domingos y confesaba muy de tarde en tarde; mas *de este paso regular no la sacaba nadie*» (II, IV-I, 207).

L) *Hacer de nuevo*

Las locuciones «tirar de la cuerda, tocar la misma tecla» y «volver a las andadas», que presentamos en este grupo, llevan ciertas connotaciones peyorativas que no escapan a la sensibilidad del nativo. Es por ello que resultaría anómalo emplearlas para aludir a acciones consideradas por el hablante como dignas de alabanza. Cuando Ballester le anuncia a Fortunata la imposibilidad de volver cada noche, olvidando sus obligaciones profesionales, se expresa

así: «—No puedo *tirar mucho de la cuerda,* y esta noche no vendré» (IV, VI-XII, 533). En parecidos términos habla Galdós de las repetidas peticiones de Guillermina y del peligro de recibir una repulsa por parte de los favorecedores de sus obras benéficas, pues *«si se tiraba un poco más de la cuerda era fácil que se rompiera»* (I, VII-I, 77). Según doña Lupe, los dictámenes de una conciencia muy escrupulosa pueden traducirse en faltas de tacto. La señora, para prevenir la excesiva delicadeza de su sobrino, le hace la siguiente advertencia: «—El pobre Samaniego no dejó capital a su familia porque también *tocaba la misma tecla»* (IV, I-I, 416), aludiendo con esta locución a los repetidos rasgos de honradez del difunto. La alusión a una acción reiterada está sugerida por la palabra «tecla», que por asociación de ideas —el piano, el teclado de la máquina de escribir— nos lleva de modo inconsciente a evocar un conjunto de teclas. «Tocar una tecla» puede significar también «mover de intento y cuidadosamente un asunto o especie» (DA), indagar la opinión de alguien, y de acuerdo a lo dicho, su uso con este sentido es frecuente cuando son varias las personas a quienes hay que tantear. Así, cuando Feijoo le anuncia a Fortunata su determinación de hablar con quienes pueden arreglar las desavenencias del matrimonio de la joven, dice: «—Ahora *la tecla que me falta tocar* es tu marido» (III, IV-VIII, 347). (Locuciones en ciertos aspectos semejantes pueden verse en el grupo «hablar veladamente», p. 142.)

«Volver a las andadas», tiene el significado de «reincidir en un vicio o mala costumbre» (DA). Acerca de los errores políticos de Juan Pablo, opina su tía: «Y no aprenderá —pensaba doña Lupe—. Todavía es capaz de *volver a las andadas»* (II, IV-I, 207), y a Fortunata, que se muestra triste por causa del rompimiento con el amante, le dice: «—Que sacaría yo de consolarte ahora y corregirte, si el mejor día *volvías a las andadas?»* (IV, III-III, 468). Del mismo modo, Guillermina, que también desconfía de los buenos propósitos de Fortunata, comenta con Ballester: «—El día menos pensado, esta mujer *vuelve a las andadas»* (IV, VI-VII, 518). Sobre el reanudado llanto del niño Cadalso, observa Galdós que «oyendo el gimoteo de las tías, *volvió a las andadas»* (M, XLI, 672).

### M) *No hacer. Interrumpir*

El verbo «cerdear» en su acepción figurada y familiar de «resistirse a hacer algo, o andar buscando excusas para no hacerlo» (DA), es empleado por Feijoo con referencia a doña Lupe: «—Pero mientras más *cerdea* ella, más claro veo yo que hará lo que deseamos» (III, IV-VIII, 347).

El verbo «ahorcar» es susceptible de asumir un significado traslaticio que lo coloca en el grupo que estamos estudiando. Como consta en el Diccionario, ahorcar significa, «hablando de hábitos religiosos, estudios, etc., dejarlos». Acerca del cura Pedernero, manifiesta Galdós que «era doctor en teología y aunque *había ahorcado los libros* hacía mucho tiempo, algo recordaba» (III, I-IV, 302).

Sentido más amplio y más tajante lleva la locución «cortar por lo sano». Según el DA: «Emplear el procedimiento más expeditivo, sin consideración alguna, para remediar males o conflictos, o zanjar inconvenientes o dificultades». Cuando Santa Cruz le cuenta a su esposa los pasados amores con Fortunata y la primera interrupción de estas relaciones, declara así: «—Un día dije: 'Vuelvo', y no volví más... Lo que decía Villalonga: *cortar por lo sano*» (I, V-VI, 61). Al reanudarse las relaciones, después de algún tiempo el señorito se siente hastiado y con deseos de acabar otra vez. El novelista lo narra así: «Pensaba el muy tuno que lo mejor era *cortar por lo sano*» (III, III-I, 321). Guillermina, que ha renunciado a averiguar el porqué de los hechos, formula de esta forma su actitud ante la vida: «—Yo *corto por lo sano,* y todas mis 'matemáticas' se reducen a decir: 'cúmplase la voluntad del Señor'» (IV, VI-V, 514). Esta locución puede también referirse a un corte brusco en un discurso, y en tal caso su traducción sería «dejar de hablar» (v. el epígrafe así titulado, página 155). Esto sucede cuando Galdós explica la confusión que sufre Mendizábal al exponer sus ideas, se trabuca, pierde el hilo del discurso y acaba: «—*cortando por lo sano*—. ¡Ya no hay cristiandad!» (M, II, 556).

Con el verbo «cortar», en este caso de clara procedencia taurina, tenemos la locución «cortarse la coleta». El mechón de pelos que los toreros acostumbraban a dejarse en la parte posterior de la cabeza se llama «coleta», y cuando se retiraban del ruedo celebraban una reunión de amigos y allí «se cortaban la coleta». Por extensión y en sentido figurado, esta locución ha venido a significar «apartarse uno de alguna afición o dejar una costumbre» (DA). Feijoo, tratando de convencer a Juan Pablo de que las aventuras amorosas terminaron para él en época pasada, recalca: «—Hace tiempo que *me corté la coleta*» (III, IV-VII, 345). Tratando del mismo tema, don Lope le confiesa a Saturna: «—*Me he cortado la coleta* y ya se acabaron las bromas y las cositas malas» (T, XXV, 1601). Amplificando la metáfora taurina, Moreno Rubio aconseja a Moreno Isal en estos términos, que ponga fin a las aventuras sentimentales: «—Huir de las emociones y *cortarte la coleta de banderillero, con intención de no dejártela crecer más*» (IV, II-I, 446-447).

Connotaciones taurinas, aunque no sea más que por la terminología, conlleva la locución «hacer novillos», muy frecuente en el lenguaje estudiantil, como queda consignado en la explicación del Diccionario: «Dejar uno de asistir a alguna parte contra lo debido o acostumbrado, especialmente los escolares». Comentando la educación que se le dio al niño Santa Cruz, dice Galdós: «Bien sabía el muchacho que si *hacía novillos* a la misa de los domingos no iría al teatro por la tarde» (I, II-IV, 27). Acerca de las cada vez menos frecuentes visitas de Horacio a Tristana, nos revela que «a la siguiente semana *hizo novillos* dos veces» (T, XXVII, 1608), e incluso sobre la ausencia de la Visión sobrenatural, que no se presenta a la febril imaginación del niño Luisito, observa: «El misterioso personaje *hizo novillos*» (M, XX, 607).

Como quiera que cuando el joven Estupiñá atiende los asuntos de la tienda, sus patrones no necesitan intervenir en el negocio, Galdós recurre a esta gráfica locución: «Estando él al cuidado de la tienda y de la caja, ya podían Arnáiz y su familia *echarse a dormir*» (I, III-I, 35).

Procede de un ambiente más culto la locución «escapar por la tangente», que el Diccionario explica como «valerse de un subterfugio o evasiva para salir hábilmente de un apuro». Cuando Fortunata intenta dejar de contestar la pregunta que Guillermina acaba de hacerle, Galdós declara que «quiso *escapar por la tangente*» (III, VI-X, 396).

De la antigua costumbre de lavarse las manos en presencia del pueblo para eximirse de responsabilidades, proviene la locución «lavarse uno las manos». Nosotros la asociamos con el lavatorio de Poncio Pilato en el proceso de Cristo, pero es evidente que se trata de una práctica mucho más antigua. En la misma Biblia (salmo 72, versículo 13), aparece la expresión «Lavé mis manos entre los inocentes», palabras que han pasado al ritual de la misa. Doña Lupe recurre a esta solemne fórmula para dar a entender que no quiere intervenir en el asunto de la reconciliación del matrimonio Rubín: «—*Yo me lavo las manos.* A mí no me metáis en vuestras contradanzas» (III, V-II, 362). Maxi la usa para subrayar su imparcialidad: «—Así es que yo *me lavo las manos,* y dejo que la lección natural se produzca y la justicia se cumpla» (IV, VI-VIII, 523). En circunstancias muy diferentes, al hablar Galdós de la muletilla que usa don Basilio, hace un chiste jugando con el sentido real y el sentido traslaticio de esta locución: «—*Yo me lavo las manos.* Esto de lavarse las manos lo repetía mucho La Caña; pero los hechos no correspondían a las palabras, com lo demostraba la simple observación» (III, I-III, 299). La acusación de Villaamil a Cadalso, se basa en una alu-

sión a esta frase tradicional: «—No se puede decir más claro que *tus manos no están muy limpias*» (M, XI, 582).

Muy diversa es la procedencia de la locución «llamarse andana». Según Iribarren (*op. cit.*, pp. 39-40), «andana» es corrupción de «antana», que en germanía significa iglesia, y el modismo nació del derecho de asilo. Este investigador del lenguaje recoge copiosas citas de los clásicos para ilustrar la costumbre que tenían los criminales al ser interrogados, de no responder otra cosa sino «iglesia» o «antana», para esquivar así la obligación de dar otra respuesta. El DA da como significado de esta locución el de «desdecirse o desentenderse de lo que dijo o prometió». Cuando Fortunata sospecha que Santa Cruz está cansado de las relaciones y quiere romperlas, piensa: «Lo que hace ahora es buscar un pretexto para *llamarse andana*» (IV, III-I, 463).

Galdós nos presenta así la interrupción de la tradicional costumbre entre los dependientes del antiguo comercio de Santa Cruz de rezar el rosario todos juntos: «Esto no *pasó a la Historia* hasta la época reciente del traspaso a los 'Chicos'» (I, II-V, 28), y para sugerir la dificultad que encontraba Olmedo en abandonar sus hábitos bohemios, echa mano de otra locución algo más elaborada y menos frecuente: «Tenía por deshonra *soltar de improviso la casaca e insignias* de perdulario» (II, II-VII, 187).

Añadamos, como final de esta extensa serie, la locución «no tener arte ni parte en alguna cosa», explicada en el Diccionario como «no intervenir en ella de ningún modo». Mediante este giro se excusa Urbanito Cucúrbitas con Villaamil, y le hace saber que él no participó para nada en la burla de las caricaturas: «—Mire usted, querido don Ramón —poniéndole ambas manos en los hombros—: *yo no he tenido arte ni parte* en los monigotes» (M, XXXVII, 661).

## Irse

**Guillarse. Largarse.** El DA registra estos dos infinitivos como equivalentes familiares de «irse», añadiendo en el primer caso «huirse», y en el segundo, «ausentarse uno con presteza o disimulo», aclaraciones ambas que sugieren que el acto se lleva a cabo rápidamente. Torquemada usa esta fórmula de despedida al dejar a uno de sus clientes: «—En fin, *me las guillo*, que me aguardan en otra parte» (TH, VII, 926). ¿A qué alude el pronombre «las»? La etimología [18] —el

[18] Para problemas etimológicos resultan de inapreciable ayuda los diccionarios de J. Corominas, *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*, Madrid, 1954-1957, y *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, Madrid, 1961, obras que con frecuencia he consultado en el curso de este estudio.

antiguo término jergal «guiñarse», el vocablo catalán «esquitllar-se» y aun el gótico «usquillan»—, no nos aclaran el significado de este «las». ¿Tal vez está la clave en «guiñarse» y sería una alusión a las señas que se hacen los malhechores para escapar cuando corren peligro? «Largarse» es de uso más frecuente. Cuando los nuevos esposos Santa Cruz marchan de luna de miel, Galdós aclara que «era costumbre que *se largaran* los novios, acabadito de recibir la bendición» (I, V-I, 47), y para destacar la prisa que le entra a Izquierdo al anunciarse la visita de Guillermina, escribe: «A trangullones despachó la comida, apresurándose a *largarse* a la calle» (IV, VI-V, 512). Al presentarnos a Fortunata incómoda por la visita de su futura tía, aclara que lo que aquélla deseaba «era que *se largara* pronto» (II, IV-VII, 224), y tiempo después, cuando la tía descubre el adulterio de la sobrina, le dice: «—Hace usted bien en *largarse*» (II, VII-XI, 289). También Mauricia increpa a Papitos con un «*lárgate* a tu cocina y déjanos en paz» (II, VII-II, 263). Merece destacarse la cómica matización con que el novelista subraya el torneo de galas estilísticas que siempre mantienen Muñoz y Aparisi. En cierto caso, aquél «iba a decir *'me largo'*; pero al ver entrar a Aparisi... dijo: —... me ausento» (I, VIII-III, 90). En ocasiones, el coloquialismo puede tomar un modificante adverbial inspirado en la acepción marinera de «desplegar velas». Lo podemos comprobar en el anuncio de Santa Cruz: «—Resolvimos Villalonga y yo *largarnos con viento fresco* y no volver más» (I, V-VI, 61). En otro caso, el escritor emplea «largar» con el significado de «vender», o como más detalladamente explica el DA, «soltar, dejar libre. Dícese especialmente de lo que es molesto, nocivo o peligroso». En un contexto de marcado sabor coloquial, Moreno se ha enterado de la baja en la cotización de acciones, y ofrece a un presunto comprador: «—Si usted quiere comprarme las mías a ciento setenta, ahora mismo *las largo*» (I, VII-III, 81). Narrando otro suceso, Jacinta emplea «largar» con el sentido de «hablar, decir», acepción que podemos constatar muchas veces en el habla familiar: «—Aparisi afirmó que la Monarquía no era factible, y después *largó* un 'ipso facto' y otras cosas muy finas» (I, VIII-III, 89) (v. «largar un 'spich'» en la p. 140).

**Ser la del humo.** El DA registra «la ida del humo», o simplemente «la del humo», con la siguiente explicación: «Locución familiar con que al irse alguno se da a entender el deseo de que no vuelva, o el juicio que se hace de que no volverá». Del modo como Ballester reacciona ante la conducta de Maxi, afirma Galdós: «Tomaba con calma las extravagancias de su colega, y su deseo era que una de aquellas escapatorias *fuera la del humo*» (IV, I-III, 421). Más lacónica es la

fórmula que usa Aurora para contar como fue seducida y abandonada por Moreno: «—El muy tunante se divirtió todo lo que quiso, y después *la del humo*» (IV, I-XII, 444).

**Tomar el olivo. Tomar soleta.** La primera de estas locuciones es término procedente de la tauromaquia: «Guarecerse en la barrera» (DA). La segunda queda registrada en el Diccionario como «andar aprisa o correr; huir». Las dos llevan connotaciones avulgaradas, y Galdós se las hace decir a José Izquierdo, el personaje de habla más plebeya de cuantos salieron de su prolífica imaginación. «—*Tomé el olivo* y nos juimos *(sic)* a Cartagena» (I, IX-V, 110). «—¡Ea! —dijo, entrando—, bastante hemos hablado. Y usted, señor de Maxi, haga el favor de *tomar soleta*» (IV, VI-IX, 525).

**Tomar el portante. Tomar las de Villadiego.** Estas dos locuciones, y sobre todo la segunda de ellas, están más alejadas del ambiente popular propio del grupo anterior. Acerca de «tomar el portante», Julio Casares *(op. cit.,* p. 238) explica que a pesar de que el vulgo toma este modismo como si tuviera estrecha relación con «tomar la puerta», portante es un paso de las caballerías, que consiste en mover al mismo tiempo la mano y el pie del mismo lado. Este origen de la locución está claro en citas de Cervantes, Vélez de Guevara, Quevedo y Alemán, recogidas por Iribarren en *El porqué de los dichos* (p. 60). Santa Cruz declara así a su esposa su afán de ver desaparecer a Fortunata después de la muerte del hijito: «—Yo no tenía otro deseo que ver a la madre *tomando el portante*» (I, X-VII, 145), y cuando Villaamil despide al yerno de la casa, le dice: «—Recoge tus bártulos y *toma el portante*» (M, XXXVIII, 665).

Galdós, al dar cuenta del comportamiento de Horacio y de su desaparición de la vida de Tristana, observa: «En resumidas cuentas, que Horacio *tomó las de Villadiego*» (T, XVI, 1578). Esta locución siempre lleva el significado de «ausentarse repentinamente, fugarse» (DA). Iribarren *(op. cit.,* pp. 193-197) dedica varias páginas a averiguar quién fuera este Villadiego y si el pronombre «las» se refiere a unas alpargatas, alforjas o calzas, y para ello recoge numerosas opiniones y citas. El hecho es que se trata de un giro muy antiguo que figura en las principales colecciones de modismos y expresiones curiosas, y ya aparece en *La Celestina* (acto XII), cuando Sempronio advierte a Pármeno: «—Apercíbete a la primera voz que oyeres a *tomar calzas de Villadiego*».

**Levantar(se)**

**Abandonar las ociosas plumas.** Esta locución hace referencia a la época en que los colchones se hacían de plumas de ave. Aparece frecuentemente en los escritores clásicos, Cervantes incluido, a veces con sentido irónico, por no tratarse precisamente de colchones de plumas. Galdós parodia con esta locución las costumbres de la señora de Villaamil: «Las ocho. Doña Pura no tardaría en *abandonar las ociosas plumas*» (M, XXXI, 644). Con tono parecido, explica que, el ocupado día de la boda de Fortunata y de Maxi, «doña Lupe *dejó las ociosas plumas* a las cinco de la mañana» (II, VII-III, 267).

No al acto de levantarse, sino al de levantar a los demás, se refiere la locución con la que Santa Cruz contesta una madrugada a las bromas de su esposa, que trata de hacerle creer que esperan un hijo: «—Si fuera cierto, ahora mismo *ponía en planta* a toda la familia para que lo supieran» (I, X-II, 131).

**Limpiar**

**Despercudir. Chovelar.** Cuando una mujer agitanada (aquí el origen del personaje puede ser una clave acerca de la procedencia de los vocablos) se ofrece a lavar al Pituso de la mugre con que se ha embadurnado, lo hace «diciendo que ella tenía agua de sobra para *'despercudir'* y *'chovelar'* a aquel ángel» (I, IX-III, 106). «Despercudir» figura en el DA como «limpiar o lavar lo que está percudido», pero «chovelar» se trata probablemente de una adaptación del caló y no consta en el léxico oficial.

**Hacer sábado.** Es locución de claro origen doméstico, pues se basa en la costumbre de hacer una detenida limpieza de la casa en este día de la semana. Mauricia emplea éste y otros términos metafóricos muy similares para aconsejar a Fortunata la conveniencia de llevar una vida arreglada: «—El día que *hagas sábado* en tu conciencia vas a necesitar mucha agua y jabón, mucha escoba y mucho estropajo» (III, VI-I, 367).

**Mirar**

**No quitar el ojo.** El mirar con fijeza a alguien o algo ha dado lugar a esta locución. El DA explica «no quitar los ojos de una persona o

cosa», como «poner en ella atención grande y persistente». Cuando Galdós recuerda la época de buen estudiante que atravesó el joven Santa Cruz, escribe que «se ponía en la grada primera para mirar al profesor con cara de aprovechamiento, *sin quitarle ojo*» (I, I-I, 14), y la sorpresa que se lleva Estupiñá al encontrarse con Moreno en la iglesia, la resalta el novelista diciendo que «*no le quitaba ojo* al señor de Moreno» (IV, II-IV, 455).

## Morir, matar, alusiones a la vida de ultratumba

El lenguaje coloquial acoge las resonancias de uno de los rasgos que, los críticos extranjeros particularmente, han encontrado en la literatura española: la obsesión de la muerte. Los escritores no han hecho sino fijar en el arte una nota que parece flotar en el ambiente desde épocas remotas. El historiador latino Tito Livio dejó constancia del asombro que produjo a los invasores romanos ver que los celtíberos eran el único pueblo que adoraba a la muerte como una de sus deidades. Lo curioso de esta tendencia al cuajar en expresivas fórmulas del habla popular, es, que si observamos las numerosas locuciones creadas en torno a la idea de morir, vemos que en la mayoría de ellas predomina la nota chistosa, de humor desgarrado, rozando a veces el terreno de lo chabacano.

A fin de presentar con algún orden este fruto del ingenio de la raza, agrupo las expresiones bajo diferentes epígrafes, según que aludan al acto mismo de morir, sea en sentido recto o figurado; a la vida de ultratumba; al hecho de despojar de la existencia a otra persona o de causarle algún perjuicio serio, situación a la que el hablante suele referirse traslaticiamente con alguna de las expresiones aplicables a «matar», y, finalmente, como remate de la serie, recojo aquellos modismos en los que figuran palabras asociadas al concepto de la muerte o de los ritos fúnebres, aunque el significado de la locución no se refiera a la extinción de la vida.

### A) *Alusiones al acto de morirse en sentido recto y figurado*

En los vocablos y locuciones reunidos en este apartado, —con la excepción de «irse, llevárselo Dios a uno», y «pasar a mejor vida»—, percibimos una nota popular, a veces algo avulgarada, por lo que su uso no sería aceptable fuera del ambiente coloquial y familiar en que los encontramos.

Entre los infinitivos susceptibles de asumir el significado de

«morir», emplea Galdós «cascar», «contar» (en la fórmula «no contarlo»), «espichar», «liárselas» e «irse».

Un funcionario del Ministerio, al comunicarle a Villaamil la muerte de otro empleado, se expresa así: «—El pobre Cruz fue el que *cascó*» (M, XXI, 611), y el propio novelista, al dar la noticia del fallecimiento de la querida de Bailón, escribe: «Lo público y notorio es que la viuda aquella *cascó*» (TH, III, 912).

Tristana, aceptando resignadamente el peligro de muerte en que ella cree estar, dice al médico que la asiste: «—Comprendido, doctor... Esta... *no la cuento*» (T, XXII, 1594), y cuando Horacio la visita y la exagera la enfermedad de su tía, declara aquél: «—¡Mi tía tan malita...! Por poco *no lo cuenta* la pobre» (T, XXVI, 1604). Fortunata, poseída de su rabia contra Aurora, amenaza: «—Si la cojo *no lo cuenta*» (IV, VI-IV, 511), y cuando Mauricia le explica a ella el gravísimo estado en que se halló Santa Cruz con una pulmonía, recurre a esta locución y a otra igualmente enfática: «—Por poco *no la cuenta*. Estuvo *si se las lía, si no se las lía*» (II, VI-II, 235).

Galdós se refiere burlonamente a cierta escena de una ópera en la que la actriz expira, diciendo que «cuando ésta *espichó* bajo el manzanillo, retiráronse las 'Miaus'» (M, XXVII, 632). El mismo verbo es usado por Fortunata al tomarse el chocolate que su marido rechaza creyendo que tiene veneno: «—A ver si *espichamos* de una vez... El podrá tener veneno, pero bien rico está» (IV, I-II, 419), y por Mauricia al encarecer los trastornos de su enfermedad: «—Me entraron unos calambres que creí que *espichaba*» (II, VI-II, 235).

En otro caso, Mauricia enfatiza así la gravedad de Santa Cruz: «—El otro estuvo dos meses muy malito... *si se va si no se va*» (II, VI-II, 236). Feijoo añade una coletilla al verbo «irse», que él emplea para destacar la firmeza de sus convicciones: «—Sigo creyendo que el casarse es estúpido, y *me iré para el otro barrio* sin apearme de ésto» (III, IV-V, 339). Como vamos a tener ocasión de ver en otras locuciones de este apartado, en el lenguaje familiar es frecuente referirse a esta vida mediante la expresión «este barrio» o «estos barrios» —Maxi dice que las verdades que él aspira a descubrir «no se ven desde *estos barrios*» (IV, V-I, 487)—, y aludir a la región de más allá de la muerte, como «el otro barrio».

Para aludir al tránsito final de Villaamil y de la viuda Reluz, la portera de la casa y el propio Galdós recurren a variaciones populares del eufemismo literario «cerrar los ojos». «—Pues el pobre don Ramón, cuando *cierre el ojo*, se irá derecho al cielo» (M, II, 556); «Total: que la viuda Reluz *cerró la pestaña*» (T, III, 1546).

Con idéntica connotaciones vulgares y mayor carga expresiva,

podemos citar «dar las boqueadas» y «entregar el pellejo». Cuando Pura Villaamil comunica a su esposo que cierto señor está en el trance último, le dice: «—El tío, hombre, el tío de Ponce, que *está dando las boqueadas*» (M, XVIII, 603). En este caso, la locución aparece estrechamente relacionada con el acto físico que la origina, que es la respiración dificultosa de quien se halla en estado agónico. Su relación con el hecho fisiológico ya no es tan patente cuando Izquierdo cuenta a Ido cómo estuvo a punto de perecer de hambre: «—La carpanta fue tan grande, maestro, que por poco *doy las boqueás (sic)*» (I, IX-V,110) (v. «carpanta», p. 46); y está empleada en sentido figurado cuando Galdós manifiesta que el quehacer de Juan Pablo era estar en el café viendo «cómo expiraban las horas *dando boqueadas*» (III, I-I, 293). Este último ejemplo prueba una vez más que, con frecuencia, las locuciones se separan del hecho de donde proceden y adquieren significados diversos y aun contradictorios del que tuvieron en un principio. Acerca de los que prefieren la muerte antes que la vergüenza, ya hemos visto que Galdós explica que el usurero Torquemada sabía escoger sus víctimas entre las personas pundonorosas «que *entregan el pellejo*» (II, III-V, 204) antes que dar un escándalo (v. la p. 154). A locución casi idéntica recurre doña Lupe para advertir a Maxi de los graves peligros del noviazgo con Fortunata: «—Así, pronto *entregarás la pelleja*» (II, III-I, 194). Si «entregar la pelleja» (una desvirtuación chavacana del solemne «entregar el alma») se refiere al acto de morir, el hecho de exponerse a un peligro grave ha dado motivo al modismo «exponer la pelleja», del cual echa mano Galdós para comunicarnos, en un tono sumamente familiar, que Bailón «no quería *exponer su pelleja* para hacer el caldo gordo a cuatro silbantes» (TH, III, 913 (v. «hacer el caldo gordo», p. 175, y «silbante», p. 29).

Evidente galicismo es la locución «hacer el 'crac'». La encontramos en boca de Aurora cuando ésta le explica a Fortunata el estado en que se halla Moreno: «—Porque los médicos dirán lo que quieran, pero el mejor día *hace el 'crac'*» (IV, I-XII, 443). Notemos que Aurora ha vivido en Francia muchos años y Galdós se encarga de recordarnos este hecho por medio de las expresiones que a menudo intercala en su habla.

Un tono diferente, desprovisto de notas vulgares y de influencias extrañas, hallamos en las locuciones «llevárselo Dios a uno» y «pasar a mejor vida», usadas por el escritor al darnos cuenta de la partida definitiva de los padres de Juan Pablo, Nicolás y Maxi Rubín. A la madre «*se la llevó Dios* en 1867, y al año siguiente *pasó a mejor vida* el pobre Nicolás Rubín» (II, I-I, 158). Doña Lupe acude a esta última expresión para anunciar a Maxi el fallecimiento de una pa-

rienta lejana: «—Tu tía doña Melitona Llorente *ha pasado a mejor vida*» (II, II-V, 181).

Las connotaciones de sabor popular aparecen de nuevo en la descripción del triste fin de Villaamil: «Dando terrible salto, hincó la cabeza en la movediza tierra y *rodó seco* hacia el abismo» (M, XLIV, 683), y en los comentarios con que las dos heroínas de *Fortunata y Jacinta* presagian la muerte de Mauricia: (J) «—La pobre Mauricia *no saldrá de ésta*». (F) «—*No saldrá* la pobre» (III, VI-V, 384). Obviamente, «ésta» se refiere aquí a la enfermedad que acarrea el final de Mauricia, pero el demostrativo de la locución podría aludir a cualquier circunstancia —accidente, desgracia, mala noticia— capaz de llevar a alguien al término de sus días.

Además del verbo «irse», ya mencionado, algunas de las locuciones de carácter coloquial presentadas en el grupo así titulado, pueden asumir también el significado de morir. Maxi explica acerca de las descabelladas filosofías a que se ha entregado, que una de sus virtudes es conducir a las almas a un estado tal que «comprenden por su propio sentido cuando llega el momento de *tomar el portante*» (IV, I-X, 439), aludiendo al suicidio como al término ideal de esta fatigosa existencia. (V. la explicación sobre «tomar el portante» en la p. 184.)

B) *Alusiones a yacer sin vida y a la existencia de ultratumba*

«Estar de cuerpo presente» es locución muy empleada para referirse al difunto en el acto de recibir los últimos tributos que le rinde la sociedad. El DA registra «de cuerpo presente» con la explicación de que es un modo adverbial «tratándose de un cadáver dispuesto para ser conducido al enterramiento». Juan Pablo usa este modismo en sentido traslaticio cuando nos lo encontramos «diciendo con mucho tupé que el Gobierno *estaba de cuerpo presente*» (III, IV-VI, 346) (v. «tupé» en la p. 37).

La locución «gozar de Dios» suele añadirse después de nombrar a una persona fenecida, como una indicación del deseo o de la confianza de que el difunto haya alcanzado la eterna bienaventuranza. Galdós, al referirse a la familia de Estupiñá, recuerda a «su hermana la sastra *(que de Dios gozaba)*» (I, III-II, 38). Valle Inclán recurre a una sarcástica caricaturización de esta fórmula al convertirla en «que de Satanás goce».

También es frecuente, al considerar el asombro o la indignación que las circunstancias presentes causarían en la persona fallecida si pudiera volver a este mundo, el uso de la locución que le escuchamos a Villaamil cuando se lamenta de que don Juan Bravo Mu-

rillo no se cuente entre los vivos para poder ayudarle: «—¡Ah! Si aquel grande hombre *levantara la cabeza* y me viera cesante» (M, IV, 563). Naturalmente, este modismo lo encontramos siempre en el imperfecto o pluscuamperfecto de subjuntivo, como corresponde a las oraciones condicionadas de carácter irreal. No debe confundirse esta fórmula con la también muy usual de «levantar cabeza», locución verbal que tiene el sentido de recobrarse después de una enfermedad o de rehacerse tras una fuerte impresión moral.

Cuando Estupiñá se encuentra solo en el cuarto de Fortunata agonizante, piensa que si pide ayuda y avisa a los vecinos, «cuando vengan ya *estará ella en el otro barrio*» (IV, VI-XIV, 538). Otra designación, bastante más rebuscada y sugestiva para referirse al misterio de más allá de la vida que el popular «el otro barrio», es la que emplea Moreno en la pregunta que dirige a Guillermina: «—¿Qué has de saber lo que hay *del lado allá de la puerta negra?*» (IV, II-V, 459) (v. también las locuciones nominales «la de la cara fea» y «la de la cara pelada», con las que se suele aludir a la personificación de la muerte, p. 60).

### C) *Matar, en sentido recto y figurado*

El familiar vocablo «espachurrar», que el DA explica como «aplastar una cosa despedazándola, estrujándola o apretándola con fuerza», es el término elegido por la zancuda muchacha, hija de Ido, para advertir el peligro que corre un niño de poca edad que anda suelto por el vecindario: «—Y tú, pitoja, recoge a tu hermanillo, que le vamos a *espachurrar*» (I, IX-I, 101) (v. «pitoja» en la p. 31).

Entre las locuciones que hacen referencia al acto de privar de la vida a un tercero, encontramos, con el verbo «dar», «dar cuenta de una persona, dar la morcilla» y «dar la morrada», y con «dejar», «dejar en el sitio» y «dejar seco».

Al describir la escena en que Fortunata se abalanza sobre Aurora para vengarse, observa Galdós: «Gracias que las oficialas sujetaron a la fiera en el momento en que clavaba sus garras en el pelo de la víctima, que, si no, allí, *da cuenta de ella*» (IV, VI-VI, 516).

El funcionario Argüelles, ante lo que él considera una injusticia de la administración, se lamenta y amenaza del siguiente modo: «—Ese perro de Pantoja me ha engañado ya tres veces, y me engañará la cuarta si no *le doy la morcilla*» (M, XXXV, 656). Aquí encontramos un doble juego de palabras, pues «dar la morcilla», es uno de los sistemas empleados para envenenar a los perros de los que hay que deshacerse, y Argüelles, en su indignación, ha llamado a

Pantoja «perro», que es un insulto aplicable al que obra villanamente (v. «perrada» y «perrería» en la p. 45).

Doña Lupe, para no oponerse a la obsesión de Maxi, anuncia su conformidad en deshacerse de este cuerpo mortal, con estas palabras: «—A mí me tienes dispuesta a *darle la morrada* a la bestia cuando menos ella se lo piense» (IV, I-X, 440).

La locución «dejar a uno en el sitio», que en sentido recto significa «dejarle muerto en el acto» (DA), es usada traslaticiamente por Jacinta para referirse al efecto de una contestación rápida e inesperada que un señor de la tertulia dio a su interlocutor: «—*Le dejó en el sitio*» (I, VIII-III, 89). Idéntico significado tiene la locución «dejar a un seco», que Galdós usa en sentido recto al relatar la muerte de Fenelón en la guerra franco-prusiana: «A los primeros disparos los prusianos *le dejaron seco*» (IV, I-IV, 424), y para destacar los peligros que el invierno encierra para los madrileños: «Viene callandito por detrás una pulmonía de las finas, le apunta, tira y me *le deja seco*» (I, XI-III, 157). Cuando Fortunata se entera por Maxi de los amores de Santa Cruz y de Aurora, increpa furiosamente al mensajero porque no les disparó seis tiros «*dejándolos secos* a los dos» (IV, VI-IX, 525); pero como el resentimiento hacia la rival es mucho más fuerte que hacia el infiel amante, vuelve a insistir: «—Compras un revólver... bien seguro..., pero bien seguro... La acechas, y ¡plim...!, *la dejas seca*» (IV, VI-IX, 526).

Con la alusión ya vista de «el otro barrio», se forma la siguiente locución verbal usada por el desequilibrado Maxi: «—Hace días que vengo pensando en cuál es la mejor manera de hacerle al alma el gran favor de *mandarla para el otro barrio*» (IV, I-X, 438).

En la locución «quitar a uno de en medio», aunque la forma difiere de la anterior, el significado es el mismo. Como Fortunata cree que Jacinta la vería desaparecer de este mundo con un suspiro de alivio, pregunta a Guillermina: «—¿No se alegraría ella de que *me quitaran a mí de en medio?*» (IV, VI-XI, 531).

La actividad destructora, como todos los movimientos primarios —amor, odio, deseo, envidia, etc.—, es uno de los más ricos yacimientos de locuciones de carácter coloquial. Las expresiones con que cerramos este apartado, «escabechar» «poner en salmuera» y «sacar el mondongo», con otras de este jaez, son estudiadas por Beinhauer (*op. cit.*, p. 209) al examinar los procedimientos expresivos para dar relieve a la idea de matar, quien concluye, que la vehemencia de estas fórmulas está en que la muerte se da ya por supuesta, pues no se escabecha ni se pone en salmuera a un animal vivo. Acerca de las disputas de doña Lupe con la criadita «Papitos», Galdós explica que la señora «la amenazaba con mandarla a la 'ga-

lera' o con llamar una pareja, con *escabecharla* y *ponerla en salmuera,* y poco a poco se iba aplacando la fierecilla» (II, II-V, 182), y Nicanora, con el fin de no contradecir la locura de su infeliz esposo, quien se imagina que la pobre mujer le es infiel con un duque, le sigue la corriente con estas palabras: «—Ya puedes *escabecharnos* —le dijo—, anda, anda; estamos allí, en el camarín, tan agasajaditos... Fuerte, hijo; dale firme, y *sácanos el mondongo*» (I, IX-VI, 113).

En varias ocasiones durante el curso de este estudio han aparecido locuciones que aunque por su significado no tengan relación con la idea de morir-matar que estamos examinando, las palabras que las integran sí evocan conceptos relacionados con el tema aquí estudiado. Vimos el uso del adjetivo «muerto» y de la locución casi irracional «muerto de risa», para denotar la inactividad (v. la p. 67). Cuando se quiere expresar la intensidad de una emoción, es frecuente también, recurrir a la perífrasis «morir de» risa, gozo, miedo, ansiedad, etc. Así lo hace Fortunata cuando explica a Ballester sus temores por el hijito que acaba de tener: «—*Estoy muerta de miedo,* y por las noches sueño que alguien viene a robármelo» (IV, VI-I, 502). En otro lugar se estudiaron las locuciones «tomar vela en este entierro» y «dar vela en este entierro» (p. 174) que, aunque tienen el significado de «intervenir», por su origen se podrían alinear en el epígrafe que nos ocupa.

## Olvidar - perdonar - repudiar

**Echar tierra. Doblar la hoja.** La primera de estas locuciones parece estar basada en el olvido a que por lo general queda relegado el ser humano después de que se le entierra. El DA recoge la locución «echar tierra a una cosa» y la explica como «ocultarla, hacer que se olvide y que no se hable más de ella». Pantoja, presintiendo que Cadalso no será castigado a pesar de sus desmanes, comunica a Villaamil: «—Acuérdate de lo que te digo: le *echarán tierra* al expediente» (M, XXVI, 628), y doña Lupe le recuerda a Fortunata con la misma fórmula, la generosidad con que fue perdonada: «—Después que *echamos tierra* al horrible crimen» (IV, I-VI, 428). En otra ocasión en que esta señora concibe la fundada sospecha de que las relaciones entre Feijoo y su sobrina no han sido tan desinteresadas como el caballero se empeña en aparentar, se dice a sí misma tratando de apartar la duda: «El mismo Feijoo quizá..., puede..., habrá tenido..., y ahora... Sobre esto quiero *echar tierra,* porque me volvería loca» (III, V-I, 358), y como la sospecha renaciese, la aparta de nuevo con un: «—En fin, *doblemos la hoja*» (III, V-II, 360). Feijoo emplea la mis-

ma locución para aconsejar a Fortunata que olvide por completo a la familia Santa Cruz: «—*Dobla la hoja* y hazte cuenta de que esa gente se ha ido a ultramar o se ha muerto» (III, IV-IV, 336). El DA explica este modismo como «dejar el negocio que se trata, para proseguirlo después», pero en el texto galdosiano, como muchas veces en el habla coloquial, la locución adquiere un sentido más definitivo que el de un mero aplazamiento.

Contrariamente, el conservar vivo el recuerdo de un acto injusto cometido por otro, se expresa mediante la fórmula «no pasar algo a alguien». Ido del Sagrario muestra su completo acuerdo con Jacinta sobre el hecho de que el no tener ella hijos es algo que va contra la sabiduría de la Providencia, diciendo a la dama: «—Lo que yo digo... Ese señor Dios será todo lo sabio que quieran; pero yo *no le paso* ciertas cosas» (I, VIII-IV, 94).

«Mudar de conversación», es el significado que el Diccionario atribuye a otra locución muy similar: «volver la hoja». Cuando Ballester teme ser demasiado insistente en sus insinuaciones amorosas a Fortunata, le dice: «—Aunque todo podía conciliarse, me parec a mí, ser santa y querer a este hijo de Dios... Pero, en fin, *vuelvo la hoja*» (IV, VI-XII, 533).

**No tener vuelta de hoja. No tener hoja.** «No tener vuelta de hoja» es locución que se aplica a lo que se tiene por irrefutable. Con esta intención la utilizan Feijoo y don Lope, para convencer a Fortunata y a Tristana, respectivamente, de la absoluta vigencia de determinadas ideas: «—Eso *no tiene vuelta de hoja*» (III, IV-II, 331); «—¡Si esto *no tiene vuelta de hoja,* niña querida!» (T, XXI, 1590). El segundo modismo presenta una versión más breve del mismo significado. Guillermina, refiriéndose al verdadero nieto que acaba de nacer y aludiendo al chasco que se llevaron con el Pituso, comenta con doña Bárbara: «—Este es auténtico... Este es de ley; *no tiene hoja,* como el otro» (IV, VI-X, 529). El origen de las locuciones de este grupo se encuentra en el hecho de que durante algún tiempo circularon unas monedas acuñadas clandestinamente y formadas de una aleación inferior, monedas que eran rechazadas con la excusa de que «tenían hoja». Este sucedido ha dejado huella en el Diccionario, pues en la explicación correspondiente a la locución «tener hoja» se dice: «Quedar resquebrajado el metal de una moneda, con lo cual pierde esta su sonido característico».

**Pedir - pagar**

**Dar sablazos.** Es locución muy empleada para aludir al hecho de pedir dinero con la sana intención de no devolverlo. El DA registra como acepción figurada del vocablo «sablazo», la de «acto de sacar dinero a uno, o de comer, vivir y divertirse a su costa». Ante la gravedad de las circunstancias, oímos decir a don Lope: «—Haré lo que siempre me repugnó y me repugna: *daré sablazos*» (T, XXII, 1593), y Torquemada, al ver con dinero a un joven conocido por su precario estado económico, pregunta: «—¿Quién será el desgraciado a quien *ha dado el sablazo?*» (II, III-I, 195). Si Estupiñá veía entrar a un cliente en la tienda cuando él estaba en lo más sabroso de una conversación, observa Galdós que «le ponía la cara que se pone a los que van a *dar sablazos*» (I, III-I, 35). Moreno, conversando con su tía Guillermina y aludiendo a las continuas peticiones de dinero de ésta, hace el siguiente comentario: «—Tus misas por la mañana, y el resto del día, *dando cada sablazo que tiembla el misterio*» (IV, II-IV, 453), y la misma Guillermina, no desmiente su costumbre y alienta a Jacinta a que pida a Moreno más dinero para las obras benéficas, valiéndose para ello del verbo «sonsacar» en un sentido algo diverso del corriente: «—Con veinte duros que le *sonsaques* hay bastante» (I, VII-II, 81). Cuando Santa Cruz explica a su esposa el modo como logró quitarse de encima a unas personas molestas, además de usar este modismo, utiliza el verbo «aflojar» en su acepción familiar de «soltar, entregar» (DA), para referirse al dinero dado: «—Y con tal de verlos marchar, no me importaba *el sablazo que me dieron. Aflojé los cuartos* a condición de que se habían de ir inmediatamente» (I, X-VII, 145).

**Dar una estocada. Tirar al degüello.** Guillén, al hablar de la lastimosa situación económica de la familia Villaamil, parte de la locución «dar sablazos» para formar una versión más novedosa de este giro, e inmediatamente añade otra locución de significado análogo, esta vez inspirada en el arte del toreo, que resulta plástica en grado sumo: «—*Viven ahora del 'sable'*. El buen señor *da unas estocadas... de maestro*» (M, XXVII, 631).

«Tirar al degüello», aunque en sentido figurado y familiar significa «procurar con el mayor ahinco perder o perjudicar a alguno« (DA), en la mente de la mayoría de los hablantes es también locución asociada con la tauromaquia. Cuando el estoque penetra en el cuerpo del toro por un lugar incorrecto, haciendo el animal echar sangre por

la boca, el público protesta de que el toro ha sido degollado. Hay ocasiones en las que el matador, ante la dificultad de dar la estocada de acuerdo con las reglas taurinas, se lanza a darla de manera que el toro muera, aunque el modo no sea el prescrito. Es lo que se llama «tirar al degüello», o sea, dar una estocada mortal aunque incorrecta. Cuando Guillermina apura la caridad de los contribuyentes a su obra con peticiones que van en aumento, uno de ellos le replica: «—Como va subiendo!... Usted *nos tira al degüello*» (I, X-IV, 135).

**Echar memoriales.** Es locución originada en las antiguas usanzas de pedir favores a los grandes personajes, y que resulta muy gráfica para destacar la insistencia y el empeño de la súplica. Si Maxi desea recibir alguna demostración de afecto, alguna caricia de su esposa, Galdós explica que «para obtenerla tenía Maxi que *echarle memoriales*» (II, VII-VIII, 281), y cuando Torquemada recuerda que sus insistentes súplicas al cielo por la vida de su hijo no fueron atendidas, le replica a la tía Roma: «—A eso te respondo que *si buenos memoriales eché,* buenas y gordas calabazas me dieron» (TH, IX, 936) (v. «dar calabazas», p. 112).

## Pegar (golpear)

**Achuchar. Alumbrar. Endiñar. Sacudir.** Mediante estos verbos los personajes galdosianos aluden al acto de golpear a otra persona. «Achuchar», que el DA define como «empujar una persona a otra; agredirla violentamente, acorralándola», es usado por el niño Silvestre Murillo para destacar el apocamiento de su condiscípulo Cadalso: «—Como tú eres así tan poquita cosa, es a saber, que no *achuchas* cuando te dicen algo» (M, I, 552) (v. «poquita cosa», p. 79). El verbo «alumbrar», que en sentido figurado significa «maltratar con golpes a una persona» (DA), lo emplea Mauricia para contar la pelea que sostuvo con Matilde: «—De la primera bofetada que le *alumbré* fue rodando por el suelo» (II, VI-II, 235). «Endiñar» no figura en el Diccionario, pero aparece en la colección de «Voces Andaluzas (o usadas por autores andaluces) que faltan en el Diccionario de la Academia Española» recogida por Miguel de Toro y Gisbert [19], quien la explica como vocablo de germanía que significa dar con violencia, y añade el dato de que en gallego es pegar. Galdós la pone en boca

[19] Miguel de Toro y Gisbert, «Voces Andaluzas (o usadas por autores andaluces) que faltan en el Diccionario de la Academia Española», *Revue Hispanique*, XLIX, 1920, pp. 313-647.

de una mujer agitanada que camina seguida de un grupo de muchachos e iba «amenazándolos con *'endiñarles'* si no se quitaban de en medio» (I, IX-II, 106). Las connotaciones populares de «sacudir» quedan puestas de relieve por las circunstancias en que lo encontramos. Estupiñá se preciaba de haber sido testigo de los acontecimientos históricos más significativos del siglo y, de acuerdo a ello, leemos que «había visto a Fernando VII el 7 de julio cuando salió al balcón a decir a los milicianos que *'sacudieran'* a los de la Guardia» (I, III-I, 35). Con «sacudir» se forma la locución «sacudir el polvo». Cuando Samaniego interviene para poner fin a la agresión que Aurora ha sufrido por parte de Fortunata, increpa a ésta: «—Por ser usted mujer no *le sacudo el polvo* ahora mismo» (IV, VI-VI, 517).

**Dar galletas. Dar un repaso. Dar una solfa.** El verbo «dar» es vocablo favorito para unirse a sustantivos tomados en su acepción figurada y familiar de golpes o paliza, formando así locuciones como las reunidas en las citas siguientes. Santa Cruz, refiriéndose a un inoportuno turista inglés, «dijo que algún día había de tener ocasión de *darle el par de galletas* que se tenía ganadas» (I, V-VII, 63). Mauricia formula este comentario sobre su mencionada pelea con Matilde: «—Dicen que por el boquete que le hice se veía la sesada... *Buen repaso le di*» (II, VI-II, 235), y Santa Cruz, en la intimidad, amenaza humorísticamente a su esposa: «—Voy yo a enseñar a mi payasa a dar bromitas, y *le voy a dar una solfa buena*» (I, VIII-III, 88).

**Tomar las medidas.** El DA explica la locución «tomarle a uno las medidas», como «hacer entero juicio de lo que es un sujeto». Sin embargo, cuando Ballester la usa en su conversación con Fortunata, parece tener un sentido más preciso, pues el farmacéutico está aludiendo a la paliza que la joven propinó a su rival en amores: «—Si doña Casta sabe que estas ausencias mías son para venir a visitar a la que *le tomó las medidas* a su niña» (IV, VI-XII, 533). (Véanse los sustantivos coloquiales que se refieren a «golpes y riñas», páginas 41-42.)

## Pensar y sus contrarios

**Descrismarse. Empollar.** Galdós recurre a la voz familiar «descrismarse», formada mediante una «alusión a la parte en que se pone el crisma» (DA), para sugerir la obsesión de la esposa por descubrir las preocupaciones de Santa Cruz: «Y la pobre Jacinta, a todas éstas, *descrismándose* por averiguar qué demonches de antojo o manía embargaba el ánimo de su inteligente esposo» (I, XI-III, 156).

«Empollar», en su acepción figurada y familiar de «meditar o estudiar un asunto con mucha más detención de la necesaria» (DA), es término muy usado en ambientes estudiantiles. Acerca de las aficiones de Juan Pablo, leemos que «un día se despertó pensando que debía *'empollar'* algo de sistemas filosóficos y de historia de las religiones» (III, I-IV, 301).

**Atar cabos.** Es locución que en acepción figurada significa «reunir especies, premisas o antecedentes para sacar una consecuencia» (DA). De acuerdo a esta explicación, Galdós presenta así las inquietudes de la señora de Santa Cruz: «Pasó Jacinta parte de aquella noche *atando cabos,* como ella decía, para ver si de los hechos aislados lograba sacar alguna afirmación» (I, VIII-I, 83), y más adelante, volviendo al mismo tema, explica el escritor que «*atando cabos* y observando pormenores, trataba de personalizar las distracciones de su marido» (I, XI-I, 150). Galdós recurre a idéntica locución al analizar los celos de Fortunata: «Recordó frases y actos, *ató cabos*» (IV, VI-IV, 510), y se la hace decir a Villalonga cuando éste invita a don Baldomero a recapacitar sobre la desastrosa situación económica: «—El director del Tesoro... extiende el pagaré por todo el valor nominal..., al interés de doce por ciento. Usted vaya *atando cabos*» (I, X-VI, 142).

**Calentarse la cabeza. Quemarse las cejas.** Son locuciones con las que el habla coloquial ha dado expresión concreta al calor que la fantasía popular supone que se desprende de la acción de pensar intensamente. Feijoo pone fin con esta expresión a su largo parlamento con Fortunata: «—Por hoy *no quiero calentarte la cabeza, ni calentármela yo,* que bastante he charlado ya» (III, IV-VI, 341). Entre Santa Cruz y su esposa se desarrolla el diálogo siguiente sobre el 'Pituso': (Jacinta) «—Tu mamá también le encontró un gran parecido.» (S. C.) «—Porque tú *le calentaste la cabeza*» (I, X-VII, 145), aludiendo mediante el modismo a las razones que Jacinta utilizó para convencer a su suegra. Muy similar es la locución empleada por Galdós para dar a entender la facilidad con que Santa Cruz vencía las dificultades que le presentaban los argumentos de su mujer: «No tenía que *calentarse mucho los sesos* para salir del paso» (III, II-III, 314).

Cuando Villaamil cree que le han robado su idea de un impuesto único, se lamenta así ante los empleados del Ministerio: «—Vean ustedes lo que saca uno de *quemarse las cejas* por estudiar algo que sirva de remedio a esta Hacienda moribunda» (M, XXXIII, 650). Ballester, indignado porque Maxi pasa las horas sumido en inútiles

pensamientos, le recrimina: «—No puedo ver que un cristiano *se queme las cejas* por averiguar cosas de las cuales ha de sacar lo que el negro del sermón» (IV, I-III, 422) (v. «sacar lo que el negro del sermón», p. 107), y el propio Maxi, cuando ya ha dado forma a sus teorías, comunica a las mujeres de su familia: «—Para exponer el sistema completo con claridad bastante para que todos lo comprendan, se necesita *quemarse las cejas*» (IV, I-VII, 431). Según el DA esta locución significa «estudiar mucho», pero Iribarren *(op. cit.,* página 281) demuestra con varias citas del período clásico que «su primitivo y genuino significado es 'estudiar de noche, pasarse las noches estudiando', porque el *quemarse las cejas* alude a las velas o velones, cuya llama suele chamuscar las cejas de los que, absortos en el estudio, se acercan demasiado a ella». El DA también apunta la locución «metérsele a uno entre ceja y ceja alguna cosa», con la explicación de «fijarse en un pensamiento o propósito», y éste es el giro que escoge Galdós para explicar cómo el chiquitín llenaba la imaginación de Jacinta: «El 'Pituso' *se le metía al instante entre ceja y ceja*» (I, X-II, 130).

**Contar las arrugas. Dar vueltas a algo. Devanarse los sesos. Seguir los pasos.** Estos cuatro giros de naturaleza familiar sirven para enfatizar la insistencia con que el pensamiento se detiene en el punto que le preocupa y sigue la marcha de su proceso. El menos frecuente es el primero de ellos, y lo utiliza Ballester, junto con el último, para poner de manifiesto una vez más lo impertinente de las meditaciones de Maxi acerca del misterio de la existencia, pues «Dios, a todos los sobones y entrometidos que *le siguen los pasos* y *le cuentan las arrugas,* los castiga volviéndolos tontos» (IV, I-VIII, 434). Mendizábal, comentando con su mujer los consejos que él le da a Villaamil para que abandone sus obsesiones, repite las palabras que dijo al cesante: «—*No le dé usted vueltas,* don Ramón, *no le dé usted vueltas*» (M, II, 556), y Guillermina reúne dos de estas fórmulas para llegar a la conclusión de que determinados sucesos son incomprensibles: «—*Nos devanamos los sesos* por adivinar el sentido de ciertas cosas que pasan, y mientras *más vueltas les damos,* menos las entendemos» (IV, VI-V, 514). Doña Lupe se expresa en términos muy parecidos: «Yo no sé por qué *me devano los sesos,* porque, en rigor, ¿a mí qué me va ni me viene?» (III, V-I, 358) (v. «no irle ni venirle a uno nada en una cosa», p. 82). De las estudiadas en este grupo, «devanarse los sesos» es la locución más frecuentemente usada por Galdós. A ella recurre en dos ocasiones en que nos presenta a Fortunata entregada a resolver ideas complicadas. Cuando la heroína trata de descubrir qué clase de fascinación es

la que Jacinta ejerce sobre ella, leemos que «*se devanaba los sesos* y no podía dar con la razón de que 'la mona' le trastornase su espíritu» (III, VI-VII, 390), y cuando en su febril insomnio, la figura de Mauricia se le aparece confundida con la de Guillermina, «*se devanaba los sesos* en el torniquete de su desvelo» (III, VI-XI, 400). Villalonga recurre a este giro: «—*Nos devanábamos los sesos*» (I, XI-II, 153), explicando vívidamente cómo él y Pez se dieron a recordar dónde habían visto al acompañante de Fortunata, y Feijoo, para convencer a la joven de que sus únicas salidas son, o la vuelta con el marido o la vergüenza pública, le dice: «—Por más que *se devane los sesos*, no podrá salir de este dilema» (III, IV-II, 331).

A mayor abundamiento añadimos a las locuciones examinadas, otras de andadura semejante, cuyo sentido es obvio dentro de su contexto. Acerca de la actitud espiritual de Fortunata en el convento de las Micaelas, nos explica Galdós que «ni una sola vez, en los momentos de mayor fervor piadoso, *le pasó a la pecadora por el magín* la idea de volverse santa» (II, VI-V, 244) (v. «magín», p. 33).

Feijoo aconseja a Maxi la reconciliación con la esposa con estas palabras: «—Piénselo bien, piénselo bien; *pregúnteselo a la almohada*, compañero» (III, IV-IX, 351).

Acerca de las ligerezas infantiles de la sirvientita 'Papitos', aclara Galdós que «tenía buena índole, y cuando *sentara la cabeza* y diera un estirón, sería una criada inapreciable» (II, II-VI, 183), y dándonos a conocer los sentimientos de Abelarda hacia su cuñado, se sirve de la misma locución: «Tenía buen fondo; con la edad *sentaría un poco la cabeza*, y sólo necesitaba una mujer de corazón y de temple que le sujetase» (M, XV, 595). El sentido de «sentar la cabeza» es «hacerse juicioso y moderar su conducta el que era turbulento y desordenado» (DA).

Juan Pablo Rubín opina que mietras él sea gobernador, los rebeldes deberán considerar con mucho cuidado cualquier movimiento subversivo: «Lo que es en su provincia, ya *se tentarían la ropa* los 'revolucionarios' de oficio» (IV, V-VI, 501).

Algo más complicada en su estructura es la locución de la que se sirve Galdós para acentuar la intensidad de la reacción psicológica de Santa Cruz cuando Fortunata le propone que Jacinta cambie con ella «un nene chico por el nene grande». Al oír esta singular interpretación de los instintos dominantes de las dos mujeres, «el ilustrado joven *se zambulló en un mar de meditaciones*» (II, VII-VII, 280). Esta fórmula, desde el punto de vista sintáctico, ofrece la particularidad de que mediante la sustitución de la última palabra por la emoción apropiada, se hace apta para referirse enfáticamente a diver-

sos estados de ánimo. De hecho, en el lenguaje coloquial se dan las expresiones «zambullirse en un mar de dudas, tristezas, goces», etc.

Por otra parte, la ausencia de energía intelectual también ha dado motivo a la creación de locuciones tales como «estar en Babia, mamarse el dedo» y otras que ya han sido estudiadas en el epígrafe «comprender y sus contrarios» (pp. 103-108), y que en determinados casos bien podrían ser consideradas fórmulas lingüísticas representativas, en el terreno del habla familiar, de la idea opuesta a «pensar».

## Presumir

**Echárselas de. Tirárselas de.** El DA recoge las construcciones elípticas «echárselas de» y «tirarla de» y las explica como frases familiares con el significado de «presumir de». Cuando Fortunata le muestra a Feijoo la carta de rompimiento que ha recibido del amante, se expresa así: «—Aquí se despide otra vez, dándome consejos y *echándoselas de* santo varón» (III, IV-I, 327), y Galdós echa mano de este giro para enfatizar las apariencias que asume Estupiñá en sus funciones de administrador: «Entró una mañana gruñendo y *echándoselas de* hombre de mal genio» (IV, VI-II, 505). En artículo aparte, el Diccionario registra la siguiente locución: «Echarla uno de plancheta, fr. fam. Hacer alarde de valiente o de aventajado en cualquier línea». Maxi y doña Lupe escogen esta expresión para aludir a los aires de suficiencia adoptados por Juan Pablo: (Maxi) «Que no nos venga aquí *echándoselas de plancheta* con su 'neísmo'» (II, IV-II, 207) (v. «neísmo», p. 44); (doña Lupe) «—Y, sobre todo, no vengas *echándotela de plancheta*» (II, IV-VII, 222). Galdós, describe a uno de los compañeros de carrera de Maxi, Anacleto, recalcando que «*se las tiraba de* muy fino y muy señorito» (II, I-II, 162), y Moreno hace burla de las aficiones de cierto caballero inglés con esta declaración: «—El amigo Davidson, que llama a Don Quijote 'don Cuiste' y *se las tira de* hispanófilo» (IV, II-V, 457).

**Darse lustre. Darse pisto. Empingorotarse.** Galdós selecciona estas tres expresiones para hacer resaltar la actitud de superioridad adoptada por doña Lupe en su primera entrevista con Fortunata: «Juzgaba fácil *darse mucho lustre* en la visita. Así fue, en efecto. Pocas veces en su vida... *se dio doña Lupe tanto pisto* como en aquella entrevista... *se empingorotó* hasta un extremo increíble» (II, IV-VII, 223) (v. «empingorotado», p. 65). También Ballester alude a los conocimientos literarios de que alardea en sus conversaciones con

Ponce, afirmando: «—Yo *me doy con él un lustre* que no hay más que ver» (IV, VI-I, 503), y cuando a Juan Pablo lo hacen gobernador de una provincia, Galdós menciona que Refugio, la querida, «ya se estaba *dando pisto* de gobernadora» (IV, V-VI, 501).

**Darse charol. Darse tono.** Son locuciones de estructura muy parecida y significado idéntico a las del apartado anterior. Cuando Pura Villaamil, desde su localidad de delantera, ve a su yerno en el patio de butacas de la ópera hablando con un personaje, exclama: «—¿No es aquél Víctor? —dijo Pura, echándole los gemelos—. *¡Buen charol se está dando!...* ¡Si le conocieran!... ¡Parece un potentado! ¡Cuánto hay de eso en Madrid!» (M, XXVII, 632), y Segunda Izquierdo, como se imagina que el nacimiento del hijo de Fortunata va a ser motivo de gran lucimiento social para ella y los suyos, medio en broma y medio en serio, comenta con Fortunata: «—¡Ah! ¡Quién me lo había de decir!... Todavía me he de ver yo cogida al brazo de don Baldomero, dando vueltas en la Castellana..., *y poco charol que me voy a dar!...* Si es una comedia... Tú *date tono,* no seas boba» (IV, VI-XII, 535). Jacinta se sirve de esta última locución para desalentar la presuntuosa creencia de su esposo: «—Si te figuras que voy a tener celos, te llevas un chasco. Eso quisieras tú para *darte tono*» (I, V-IV, 56).

**No caber en el pellejo.** De esta locución ya se ha visto que es susceptible de asumir varios significados, como «asustarse» (v. la página 97) y «hacer con decisión» (v. la p. 196). Galdós vuelve a usarla con el sentido traslaticio de «presumir», al exponer la satisfacción paternal de Torquemada: «—De la precoz inteligencia de Valentín estaba tan orgulloso, que *no cabía en su pellejo*» (TH, II, 910). En este caso, el coloquialismo sirve para reflejar vivamente el sentimiento de superioridad, incluso la sensación de esponjamiento físico, que produce la complacencia, y el escritor se aproxima, más que en las otras citas estudiadas, a la significación figurada que el DA recoge de este modismo: «Estar muy contento, satisfecho o envanecido.»

## Prevenirse

**Curarse en salud.** Tristana se vale de esta locución, cuyo significado es el de «precaverse de un daño ante la más leve amenaza» (DA), durante su charla con Saturna. La joven, además de ser enemiga del matrimonio, comprende perfectamente que en su situación es sumamente difícil encontrar a un hombre dispuesto a casarse con ella.

Después de hacer estas confidencias a la criada, añade: «—Ya, ya sé lo que estás pensando: que *me curo en salud,* porque después de lo que me ha pasado con este hombre...» (T, V, 1549).

**«Quemarse»**

Galdós pone en boca de sus personajes una significación figurada y familiar de este verbo, que podría traducirse como «adivinar» o «descubrir». El DA la explica de este modo: «Estar muy cerca de acertar o de hallar una cosa. No se usa, por lo común, sino en las segundas y terceras personas del presente de indicativo». Fortunata, en vísperas de su boda con Maxi, habla con Mauricia acerca de Santa Cruz, el antiguo amante. Mauricia sabe que éste la persigue obstinadamente, y el diálogo entre las dos mujeres toma este derrotero: (Mauricia) *«—Que te quemas».* (For.) *«—¿Cómo que me quemo?»* (Mau.) «—Nada, mujer, *que te quemas,* que le tienes muy cerca» (II, VII-II, 264), y a continuación explica la trampa que Santa Cruz le tiene armada. Recordemos que el juego infantil de «frío y caliente», consiste en buscar un objeto previamente escondido; cuando el que lo busca se aproxima al lugar del escondite, los demás gritan, «caliente, caliente», y cuando va a ser descubierto, «¡que te quemas, que te quemas!» Como podemos apreciar en Galdós, el lenguaje de un juego inocente puede ser utilizado en la vida adulta con referencia a serios problemas.

**Rechazar** (Véanse las páginas 85-87, aceptar, rechazar).

**Reñir(se). Acalorarse**

**Amontonarse. Liarse. Tronar.** Una de las acepciones traslaticias de «amontonarse» es la de «montar en cólera, enfadarse sin querer oír razón alguna» (DA), y aunque hoy día tal significado no goce de popularidad, debió ser frecuente en la época galdosiana, a juzgar por el uso que de él hace el novelista. Nos habla de las tirantes relaciones entre doña Lupe y Juan Pablo desde un día en que la señora, «disputando con su sobrino sobre este tema (la religión) *se amontonaron* los dos» (II, IV-I, 207). Emplea otra vez este verbo al dar cuenta de la depresión de ánimo de Izquierdo al recapacitar sobre la inutilidad de su vida, cuando en medio de su desconsuelo, «sentía una dulce voz silbándole en el oído: 'Tú sirves para algo..., *no te*

*amontones'*» (I, IX-VI, 112), y la pone en boca de Fortunata al responder la joven a la enérgica reprensión de Ballester: «—Mientras más *se amontone* usted para negarlo, más creo yo en ello» (IV, VI-VI, 514).

«Liarse» es el término que elige Mauricia para contar la disputa que sostuvo con cierta mujer de su misma catadura: «Yo *me lié* con la Visitación, que me robó un pañuelo» (II, VI-II, 235), y el propio escritor no se desdeña de usar un vocablo cargado de connotaciones vulgares, para mejor hacer sentir la excitabilidad de doña Lupe el día de la boda de su sobrino y sus continuos choques con las que la ayudaban en los preparativos: «Ya *se liaba* con Papitos y con Patricia» (II, VII-III, 268).

Roza de algún modo el sentido de las expresiones que estamos viendo, lo que nos sugiere el verbo «tronar» cuando le oímos decir a Feijoo que Fortunata y Santa Cruz «hace la mar de tiempo que *tronaron*» (III, IV-VII, 345), o leemos el pensamiento de doña Lupe de que «eso de *tronar con* Maximiliano y cerrarle la puerta, muy pronto se dice; pero hacerlo ya es otra cosa» (II, IV-VIII, 225). El DA explica el significado de «tronar con uno», como «reñir con él, apartarse de su trato y amistad».

**Andar a la greña. Armar camorra.** Estas dos locuciones tienden a destacar el tono desapacible que se produce con el calor de las discusiones. Acerca de la habilidad de Nicolás para poner paz entre los mal avenidos, comenta Galdós que «el curita Rubín había reconciliado dos matrimonios que *andaban a la greña*» (II, IV-IV, 214), y el carácter atrabiliario de Juárez el Negro lo destaca mediante la observación de que «con el mundo entero *armaba camorra*» (II, II-II, 175). Con la forma negativa de esta locución, enfatiza el escritor las tendencias pacificadoras de Maxi y de doña Lupe: aquél «se calló por *no armar camorra* ni quitar a la reunión sus tonos de circunspección y formalidad» (II, II-VII, 188), y la señora, «como presumía fuese cosa de política, no quiso tocar este punto delicado por *no armar camorra* con Juan Pablo» (II, IV-I, 206).

**Ser todo pico y uñas. Ser todo uñas y dientes.** Estas dos gráficas locuciones, inspiradas en la observación de las luchas entre animales, cumplen su cometido de resaltar con vehemencia las actitudes hostiles de los que contienden. Sobre las frecuentes disputas del matrimonio Villaamil, afirma Galdós que «doña Pura, al cuestionar con él, *era toda pico y uñas toda*» (M, III, 562). En la desigual pelea que tiene lugar entre Santa Cruz y Maxi, esta imagen da enorme resalte a la inferioridad física de éste, quien se encuentra como una alima-

ña, desesperado ante la fuerza del animal grande que podría deshacerlo de un feroz zarpazo: *«Era todo uñas y todo dientes;* sacaba las armas del débil; pero con tanta fiereza, que si coge al otro le arranca la piel» (II, VII-X, 286).

**Tirarse los platos a la cabeza.** En el almuerzo que sigue a la boda de Fortunata y Maxi se habla de política, y la divergencia de pareceres entre don Basilio y Nicolás por un lado, y los farmacéuticos, «que eran atrozmente liberales», por el otro, fue tan grande, que, según explica Galdós, «por poco *se tiran los platos a la cabeza»* (II, VII-III, 269). Aclaremos que si la discusión fue tan agria que efectivamente estuvieron a punto de lanzarse la vajilla unos a otro, las palabras hay que tomarlas en su sentido recto, y en tal caso no podríamos hablar de una locución coloquial. Sin embargo, no parece ser ésta la auténtica interpretación, sino que hay que entender lo de «tirarse los platos a la cabeza» en sentido traslaticio, y entonces, nos encontramos ante un verdadero modismo. Como advierte Casares al estudiar la tropología del modismo *(op. cit.,* p. 210), sería erróneo deducir que tales expresiones han de tener siempre sentido traslaticio, aunque en el caso particular que estamos viendo, la tropología de la locución constituye una válida piedra de toque. Lo mismo vale decir del desacuerdo de opiniones entre doña Lupe y Juan Pablo, durante el cual, «por poco *se tiran los trastos a la cabeza»* (II, IV-I, 207). El valor metafórico parece persistir también cuando Galdós recurre a este giro para manifestar la tristeza que causa a Maxi el despego de Fortunata: «Habría preferido él mil veces que su mujer *le tirase los trastos a la cabeza»* (II, VII-VIII, 281).

**Responder** (salir garante)

**Cargar con el mochuelo.** Esta locución sustituye en el habla coloquial al verbo «responder» en el sentido de tomar la responsabilidad de alguna cuestión desagradable. El DA la recoge, y explica la acepción figurada del vocablo «mochuelo», como «asunto o trabajo difícil o enojoso, de que nadie quiere encargarse». Con este modismo se alude a la anécdota del mozo andaluz y el soldado gallego que tenían que distribuirse para la cena una perdiz y un mochuelo, y aunque intentaron varios modos de reparto, siempre tenía el soldado que «cargar con el mochuelo». Doña Lupe se vale de él para defender sus intereses económicos, diciéndole a Nicolás: «—Si piensas que yo *cargo con el mochuelo* de los gastos, te equivocas» (III, VI-VII, 389).

**Dar la cara.** De modo más simple y directo, esta locución resume la idea de «responder de los propios actos y afrontar las consecuencias» (DA). Acerca del comprometido negocio para las contratas de vestuario del Ejército y Milicia Nacional, observa Galdós que «ni Santa Cruz, ni Arnáiz, ni tampoco Bringas, *daban la cara*» (I, II-I, 18).

**Poner la mano en el fuego.** Las costumbres medievales —los llamados juicios de Dios— para dilucidar quién hablaba con verdad en la cuestión que se debatía, han dejado huella permanente en el lenguaje. Cuando el hablante actual afirma que «pone su mano en el fuego por ello», está diciendo del modo más enfático posible que tiene pleno convencimiento de la legitimidad de la causa que defiende. Como era de esperar dada la fragilidad de la naturaleza humana y la inclinación a los juicios desfavorables, el uso negativo de esta locución es el que con más frecuencia hallamos en el lenguaje coloquial. Jacinta piensa así de la lealtad de su esposo: «—Ya sé que hay otros peores; pero *no pongo yo mi mano en el fuego* porque seas el número uno» (I, VIII-III, 88), y Feijoo se expresa de modo muy parecido con respecto a la fidelidad de Fortunata: «—Yo no soy celoso —le decía—, y aunque *no pongo mi mano en el fuego* por ninguna mujer, creo que no me faltarás» (III, IV-III, 333).

## Robar

**Birlar. Desplumar. Garfiñar.** Aunque estos tres vocablos pertenecen a distintos niveles de la lengua, coinciden básicamente en expresar la idea que estudiamos bajo el epígrafe de «robar». «Birlar» y «garfiñar» son voces que figuran en el Diccionario con la aclaración de ser términos de germanía[20] («birlar» en la acepción con que lo encontramos en el texto de Galdós), donde se da como equivalente de la primera el verbo «estafar» y de la otra «hurtar». Cuando Segunda echa de menos al hijito de Fortunata y ve que Estupiñá está allí en el cuarto, se dirige a él gritándole: «—Usted nos *ha birlado* a la criatura» (IV,

---

[20] Con referencia a las expresiones de germanía dice Julio Casares: «El repertorio más completo que poseemos se halla, como es sabido, en el vocabulario que publicó Juan Hidalgo en 1609. Este acervo lo recogió casi íntegramente Oudin, fue pasando de unos léxicos a otros y, al fin, halló honroso acomodo en el primer Diccionario de la Academia.» (*Op. cit.*, p. 276). La oportunidad y conveniencia de mantener estos términos en el Diccionario oficial es materia de debate, especialmente entre los lexicógrafos de América. El lector interesado en estos términos puede consultar el estudio de John M. Hill, *Voces Germanescas*, Indiana University Publications. Humanities Series núm. 21, 1949.

VI-XIV, 539), y Nicanora emplea este término poniendo de relieve lo difícil que le resulta a su marido reunir lo necesario para vivir, pues «—lo poco que se apaña *se lo birla* el casero» (I, IX-II, 104). «Garfiñar» es empleado por Galdós para destacar el miedo de Ido al encontrarse por la calle con los tres chulos, «porque se acordó del duro y temió que se lo *garfiñaran*» (I, IX-IV, 108), y, en sentido traslaticio, por Santa Cruz cuando en una explosión de remordimientos recuerda su depravada conducta con Fortunata: «—La engañé, la *garfiñé* su honor» (I, V-V, 60). Observamos que los personajes que usan estos verbos pertenecen a las capas ínfimas de la sociedad o, en el caso de Santa Cruz, el término es un recuerdo de la época en que el señorito se contagió de las expresiones desgarradas propias de los círculos que frecuentaba. Cuando es el propio Galdós el que echa mano de estas voces, lo hace porque el ambiente que describe deja su marca incluso en el lenguaje utilizado para reflejarlo.

«Desplumar», en sentido figurado, significa «quitar con engaño, arte o violencia los bienes a otro» (DA). A esta significación aluden las inquietudes de doña Bárbara ante el viaje de su hijo a París, pues no se fía de «aquellos gabachos y gabachas tan diestros en *desplumar* al forastero» (I, I-II, 16) (v. «gabacho», p. 25), y piensa en aquellas mujeronas «borrachas y ávidas de dinero, que *desplumaban* y resecaban al pobrecito que en sus garras caía» *(Ibíd.,* 18). Moreno, queriendo expresar de modo lacónico y vivo que su tía le despojó de todo el dinero que llevaba encima, dice sencillamente: «—*Me desplumó*» (III, II-IV, 318), y el niño Silvestre Murillo explica con la misma palabra los procedimientos abusivos de las casas de préstamos: «—Al que no desempresta la capa le *despluman*» (M, I, 552). Como ha investigado Iribarren *(op. cit.,* pp. 407-409) «las expresiones 'Quedar sin pluma' (sin nada) y 'Dejar a uno sin pluma' (sacarle todo su caudal), alusivas al gallo, son muy antiguas en nuestra lengua. En *La Celestina* se lee: «Si tal fuese agora su hijo, a mi cargo (correría) que tu amo quedase sin pluma y nosotros sin queja». En el folklore andaluz abundan las coplas referentes al «Gallo de Morón», que quedó «sin plumas y cacareando».

**Sufrir.** (Véanse las páginas 133-136, gozar-sufrir.)

## No tener dinero

**Estar a la cuarta pregunta. Estar la patria oprimida.** El significado de estas locuciones es el de «estar escaso de dinero o no tener ningu-

no» (DA). El origen de la primera de ellas parece hallarse en la costumbre de los tribunales y juzgados, los cuales usaban un formulario uniforme de preguntas, y la cuarta se refería al estado económico de los interrogados. Iribarren *(op. cit.*, pp. 98-99) cita la lista de preguntas de las audiencias y cómo, si al reo se le acusaba de haber gastado dinero en una francachela, se defendía diciendo que tal cosa era imposible, «por estar a la cuarta pregunta». Menciona también que los estudiantes de la Universidad de Alcalá de Henares hacían a los novatos las cuatro preguntas clásicas:

*¿Salutem habemus?*
*¿Ingenium habemus?*
*¿Amores habemus?*
*¿Pecuniam habemus?*

Naturalmente respondían que sí a las tres primeras y no a la cuarta, de donde se tomó la expresión de «estar a la cuarta pregunta» como equivalente de no tener dinero. Acerca de la situación económica de Juan Pablo, comenta Galdós que *«siempre estaba a la cuarta pregunta»* (II, IV-II, 209), y sobre cierto sujeto víctima de los prestamistas, advierte que «vivía con gran rumbo, a pesar de *estar a la cuarta pregunta»* (II, III-V, 204). Cadalso adelanta la siguiente observación sobre las ideas de Ruiz, quien asocia la dicha con la pobreza: «—No hemos de atenernos al criterio del amigo Ruiz, según el cual no hay felicidad como *estar a la cuarta pregunta»* (M, XVI, 596). El consejo de Jacinta a Izquierdo contiene una locución de significado análogo, aunque de origen más personal y familiar: «—Para usted lo mejor sería una cantidad. Me parece que *está la patria oprimida»* (I, IX-VII, 117).

**Hallarse sin blanca.** Es locución que ya aparece formada en el siglo XVI —«no haber blanca» figura en el *Tesoro* de Covarrubias—, por alusión a la «blanca», una moneda antigua de muy poca valía. Iribarren *(op. cit.*, pp. 87-88) reúne diversas citas de los clásicos y menciona que, como observó Rodríguez Marín, a veces, por dejarse llevar de lo que sugiere la palabra «blanca», se ha creído que se trataba de una moneda de plata. El énfasis de la locución está precisamente en el escasísimo valor de esta moneda. Galdós destaca la gravedad de la quiebra comercial de Reluz explicando que «el batacazo fue de los más gordos, *hallándose de la noche a la mañana sin blanca»* (T, II, 1544). Para subrayar la completa ruina económica de Estupiñá, el escritor recurre a otra locución semejante en su significado, aunque algo más amplificada por lo que a la forma se refiere: *«Se había quedado con lo puesto y sin una mota»* (I, III-II, 36).

**«Toser»**

El Diccionario oficial explica así el significado figurado y familiar del verbo «toser» en la locución «toser una persona a otra»: «Competir con ella en algo y especialmente en valor. Por lo común úsase sólo con negación y en las terceras personas de singular de los presentes de indicativo y subjuntivo. 'A mí nadie me tose; no hay quien le tosa'». Galdós ilustra esta norma al exponer los pensamientos de Fortunata irritada por la presencia de su rival y por la fama de su virtud: «Sí, y si me atufo, no hay quien *me tosa*. Pues ¿qué cree usted, que a mí me costaría trabajo cuidar enfermos y dármelas de muy católica?» (III, VI-VI, 386) (v. «atufarse», p. 122), y las construcciones «echárselas de» y «tirárselas de», p. 200), semejantes al giro que aquí encontramos). Ballester hace el siguiente comentario irónico sobre la conversión de Fortunata: «—¡Quién *le tose* a usted ahora, hallándose en relaciones con personas de la corte celestial!» (IV, VI-XII, 533), e Izquierdo alardea de sus pasados éxitos políticos con estas palabras: «—Toda la inclusa era nuestra, y en tiempo leitoral *(sic)*, ni Dios *nos tosía,* ni Dios» (I, IX-V, 110).

**Trabajar y sus contrarios**

El rasgo característico de las locuciones coloquiales con las que el genio de la lengua ha plasmado el concepto del trabajo, consiste en una doble implicación: el esfuerzo que el trabajo supone, y el que este fatigarse encuentra su compensación en la seguridad del sustento que mediante él se logra.

**Defender el garbanzo. Tener la olla asegurada. Tirar del carro.** En los ambientes populares madrileños es corriente considerar las faenas diarias como el medio necesario para «defender el garbanzo». Recuérdese que el garbanzo es la base del popular cocido madrileño, y que, por tanto, «defender el garbanzo» es un modo coloquial de decir «trabajar para comer». Así, acerca de la laboriosa jornada de Estupiñá, nos dice Galdós que «*emprendía su tarea para defender el garbanzo*» (I, III-III, 39). El funcionario Argüelles, «el padre de familia», lamentándose del duro afán para mantener a su numerosa prole, exclama: «—Y *defienda usted el garbanzo* de tanta gente» (M, XXI, 612), y cuando Izquierdo intenta justificarse por el timo que empleó para sacar dinero a Guillermina y a Jacinta, no se le ocurre

otra cosa que soltarle a la fundadora: «—*Defendemos el santo garbanzo,* señora» (IV, VI-VII, 519), que es como decir «cada cual hace el trabajo que puede para comer». La tendencia a considerar la certeza del necesario sustento como fruto del trabajo o del ahorro, se manifiesta también en el modismo que usa Galdós para manifestar que Bailón no se arriesgaba a desempeñar ciertas tareas porque «*tenía la olla asegurada*» (TH, III, 913).

La familia del farmacéutico Ballester vive gracias al trabajo de éste, y por tal razón, cuando él explica a Fortunata la situación de su casa, declara: «—El pobre 'pensador', mi ilustre cuñado, está mal de intereses, y si yo no *tiro del carro,* los ayes y lamentos pidiendo pan se han de oír en Algeciras» (IV, VI-XII, 533).

**Limpiarle a uno el comedero. Dejar en seco.** Si «trabajar» ha venido a estar representado en el lenguaje familiar por locuciones como «defender el garbanzo» y «tener la olla asegurada», el quedarse cesante, la mayor desgracia del funcionario español, equivale también a quedarse sin comer, asociación que ha dado pie a la locución que presentamos ahora. En el diálogo entre Fortunata y Ballester que acabamos de mencionar, él, considerando la posibilidad de que la propietaria de la farmacia se entere de sus frecuentes ausencias para visitar a la joven, augura: «—Al instante *me limpia el comedero*» (IV, VI-XII, 533). Acerca de Juan Pablo, Galdós nos informa que «cuando soñaba con el ascenso le *limpiaron otra vez el comedero*» (II, I-I, 159), y sobre Pantoja, el funcionario que conoce todas las menudencias del engranaje administrativo, observa que «era de esos pocos a quienes... *no se les limpia nunca el comedero*» (M, XII, 613). El DA consigna el significado de esta locución como «quitarle el empleo o cargo de que vive».

En otra ocasión el escritor pone en boca de Villaamil la locución «dejar en seco» para referirse a la idea de «quedar cesante». El DA define el sentido figurado de «en seco» como «sin medios o sin los necesarios para realizar algo». En el texto que citamos, se está jugando al mismo tiempo con la significación recta de «fuera del agua», pues Villaamil nombra a los miembros de la influyente familia Pez, y alude al significado de «pez» como sustantivo: «—Los Peces no privan ahora; se defienden, y nada más. Ya hay quien habla de *dejarlos en seco*» (M, XXVI, 630) (v. la locución «dejar seco», p. 191).

## «Trincar»

Los dos significados de uso general que el DA recoge del verbo «trincar» —aparte algunos usos locales y del lenguaje técnico de la marina—, son los de «atar fuertemente» y «sujetar a uno con los brazos o las manos como amarrándole». Aunque estas acepciones no llevan la anotación de «familiar», tan pródigamente usada en el Diccionario, puede aventurarse la opinión de que a los oídos de muchos hablantes, el término suena a vocablo propio del lenguaje coloquial. Sea o no así, este verbo aparece con el sentido mencionado en la advertencia que escuchamos a don Baldomero acerca de las visitas de personas indeseables: «—En cuanto llegue hombre o mujer de malas trazas con papel o recadito, me lo *trincan,* y al Saladero de cabeza» (I, IV-I, 44), y en el comentario de doña Lupe al recibir un inesperado desplante del hasta entonces sumiso Maxi: «—Estoy por seguirle y avisar a una pareja de Orden Público para que me lo *trinquen*» (II, III-III, 197).

Donde no cabe duda de que «trincar» aparece en un uso que cae de lleno dentro del habla coloquial es cuando Mauricia narra la pelea que sostuvo con Visitación: «—*Le trinqué* la oreja y me quedé con el pendiente en la mano, partiéndole el pulpejo» (II, VI-II, 235), y al dar cuenta Galdós del ruidoso altercado entre Juan Pablo y los curas que frecuentan el café: «*Trincando* una botella, Rubín apuntó al cura con tal desacierto, que quedó descalabrado... el infeliz bajo de ópera» (III, I-IV, 303). En estos dos últimos casos, el significado del verbo vendría a ser el de coger o agarrar violentamente.

En artículo aparte, el DA da como único significado familiar de «trincar» el de «beber vino o licor». Relacionado con esta acepción está el sustantivo «trinquis» que se presentó en el lugar correspondiente (v. la p. 41).

## Vivir

**Tener cuerda. Tener tela.** Cuando Feijoo comprende que su vida ya llega al término, confía sus presentimientos a Fortunata valiéndose de la primera de estas locuciones: «—De todas maneras, ya *tengo poca cuerda,* chulita de mi alma» (III, IV-V, 338). Maxi recurre a la segunda para expresar que su falta de salud tal vez no sea un impedimento para vivir largo tiempo: «—Pero con estos achaques, quizá *tenga tela* para muchos años» (IV, I-I, 417). De hecho, ambas lo-

cuciones son susceptibles de tomar varios significados. Cabe aplicarlas a casi cualquier actividad o estado que pueda durar más allá de los límites normales. En el grupo encabezado por el subtítulo «hacer hablar», ya vimos las locuciones «dar a uno cuerda» y «dar a uno tela» (pp. 180-181), las cuales, con un ligero cambio sintáctico en el contexto, podrían adoptar la forma que ahora estudiamos y conservar el mismo significado. Así en vez de «*darle cuerda* a esa maniática» (I, VIII-V, 98), bastaría decir que «esa maniática ya *tiene cuerda para un rato*». Efectivamente, el DA registra este giro con el significado de «ser propenso a hablar con demasiada extensión».

También se recoge en el Diccionario un ejemplo de la amplia significación que adquiere el vocablo «tela» en sentido figurado: «Asunto o materia. 'Ya tienen tela para un buen rato'». Galdós nos ofrece un ejemplo cuando al presentarnos a doña Bárbara y a Estupiñá entregados a su pasatiempo favorito, ir de compras, comenta que «aún *tuvieron tela* para una hora más» (I, X-IV, 137).

**Tirar.** Ya hemos visto que este verbo interviene en varias locuciones aplicables a actividades penosas, y sirve para destacar el esfuerzo que supone llevarlas a cabo. Ejemplos de ellas son «ir tirando, tirar de aquí y allá» (p. 164, grupo «hacer con esfuerzo») y «tirar del carro» (p. 208). El simple verbo «tirar» se utiliza también para aludir al hecho de «vivir», si ya la existencia se ha convertido en una carga ingrata. Así sucede cuando Feijoo, al darse cuenta de su rápido envejecimiento, recapacita tristemente: «—Por mucho que *tire*..., pon que *tire* un año, dos» (III, IV-V, 337), y cuando el médico que atiende a Mauricia en su última enfermedad pronostica que «a todo tirar, *tiraría* dos días» (III, VI-V, 383). («A todo tirar» es locución adverbial que será estudiada en otro lugar). Esta acepción figurada de «tirar» se halla explicada en el DA como «durar o mantenerse trabajosamente una persona o cosa. 'El enfermo va tirando'».

**Traer un tren.** Esta locución no alude al hecho de existir, sino al de llevar una vida rodeada de comodidades. Cuando Olmedo comenta con Maxi los lujos (lujos relativos) de que Fortunata y su acompañante se rodearon en Madrid los pocos días que duró la visita a la capital, exclama: «—*¡Traían un tren,* chico!» (II, I-III, 164). En el artículo «tren», el Diccionario anota la acepción de «ostentación o pompa en lo perteneciente a la persona o casa».

## Locuciones verbales de origen religioso

La huella de la religión en todos los estratos de la vida española y singularmente en el literario, ha sido abundante y sagazmente estudiada por los teorizadores del genio nacional y por los críticos literarios.

En la obra de Galdós la influencia religiosa es una de las más hondas, y está analizada en muchos estudios [21]. El aspecto que aquí pretendo destacar es el de que los ecos religiosos pueden hallarse también en el lenguaje coloquial. No en valde proclamó nuestro novelista en su discurso de entrada en la Real Academia, que el lenguaje es la marca de la raza.

En diferentes ocasiones durante esta revista de las locuciones verbales de naturaleza coloquial nos hemos topado con expresiones y fórmulas que proceden del sentir religioso. Sin embargo, creo que sería erróneo establecer una relación clara entre el uso de estas locuciones y la conciencia religiosa de Galdós o de los personajes en cuya boca las encontramos. Tales giros forman parte del patrimonio lingüístico general, y con frecuencia son usados sin que el hablante los asocie con las circunstancias religiosas en que se originaron. Spitzer ha observado agudamente que «precisamente España, tierra del más fervoroso catolicismo, es la que más prodiga la aplicación burlesca de las fórmulas eclesiásticas a lo cotidiano. Es que la misma impregnación religiosa da origen a una irradiación lingüística especialísima, lo mismo que ocurre en el ámbito mental de una actividad o profesión determinada, donde la lengua de sus miembros se entreteje continuamente con los términos de esa profesión» (mencionado por Beinhauer en su *op. cit.*, p. 207, nota 75). Como muestra de ello, bástenos recordar las siguientes locuciones ya estudiadas en los epígrafes que cito a continuación.

Aceptar: «decir amén». (Nicolás) «—Yo le respondo a usted que, como este indigno capellán de el pase, toda la familia *dirá 'amén'*» (II, IV-V, 218) (v. la p. 84).

Arrepentirse: «darse golpes de pecho». (Guillermina) «—Tiempo

---

[21] Uno de los primeros estudios dedicados a este tema fue el trabajo de Stephen Scatori, *La idea religiosa en la obra de Benito Pérez Galdós*, Toulouse, Privat, 1926. De mucho más reciente aparición es la obra de Gustavo Correa, *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós*, Madrid, Gredos, 1962. Entre ambos títulos cabría situar una abundante serie de artículos y estudios recogidos en varias bibliografías galdosianas que pueden servir de guía al interesado en esta cuestión.

tienes, hijo, tiempo tienes de *darte golpes de pecho.* Lo primero es la salud» (IV, III-VI, 460) (v. la p. 98).

Asustarse: «hacerse cruces». Doña Lupe salió de la estancia *haciéndose cruces* y diciendo que si lo que acababa de oír *se lo hubieran contado los cuatro Evangelistas, no les habría dado crédito»* (IV, V-III, 494) (v. la p. 98). La primera de estas locuciones proviene de la costumbre de santiguarse al presenciar algo impresionante, como queriendo deshacer los maleficios que pudiera haber en tal acontecimiento. En cuanto a la complicada locución que hace referencia a la incredibilidad del hecho, no cabe duda de que la mención de los cuatro evangelistas, cuyas palabras constituyen artículo de fe, sirve para resaltar lo extraordinario de tal suceso.

Casarse: «echar el Sacramento», «volver por agua a la fuente de la Vicaría». (Mauricia) «—¿Qué apuestas a que cuando te *echen el Sacramento* pierde pie?» (II, VI-VI, 247). (Saturna) «—Yo me casé una vez, y no me pesó; pero no *volveré por agua a la fuente de la Vicaría»* (T, V, 1549) (v. la p. 102).

Sufrir: «Apurar el cáliz», «traer crucificado», «crucificar», «hacerle a uno falta Cirineo para llevar la cruz». (Villaamil) *«—Apuremos el cáliz,* y Dios castigará al infame que nos lo ofrece» (M, XLI, 672). (Nicanora) «—Quiere ser torero y *nos trae crucificados»* (I, IX-II, 104). (Moreno) «—Crea usted que su amiguita me está *crucificando»* (III, VII-I, 401). «Se las componía sola mucho mejor, y *cualquiera que fuese su cruz, no le hacía falta Cirineo»* (IV, I-VI, 429) (v. la página 134).

Hablar solemnemente: «Poner el paño al púlpito.» «También allí *ponía el paño al púlpito* para anunciar la venida del príncipe» (III, I-V, 304) (v. la p. 141).

Hacer con decisión, y sus contrarios: «No saber a qué santo encomendarse.» (Cadalso) «—Porque cuando se aborrece a un hombre, como me aborreces tú a mí... —confuso y *sin saber a qué santo encomendarse»* (M, XX, 608) (v. la p. 166).

Hacer lo inesperado: «Sacar el Cristo de debajo de la sotana», «sacar, si no todo el Cristo, la cabeza de él». «Podría suceder muy bien que cuando todo iba como una seda saliese (el clérigo Rubín) con ciertas 'mistiquerías' propias de su oficio *sacando el Cristo de debajo de la sotana* y alborotando la casa» (II, IV-II, 209). «Al oír esto, la diplomacia de Feijoo se alarmó, creyendo llegada la ocasión de *sacar, si no todo el Cristo, la cabeza de él»* (III, IV-VII, 345) (v. la página 172).

Favorecer: «Sacar del calvario», «sacar del purgatorio». (Moreno) *«—Sáqueme de este calvario»* (III, VII-I, 401). (Torquemada)

«—Voy, voy al momento a *sacar del purgatorio* a ese buen amigo don Juan» (TH, VII, 925) (v. la p. 175).

Morir: «Llevárselo a uno Dios», «gozar de Dios». (A Maximiliana Llorente) «*se la llevó Dios* en 1867» (II, I-I, 158). «Como Juanito le manifestara deseos de ver el traje, contestábale Plácido que hacía muchos años su hermana la sastra *(que de Dios gozaba)* lo había convertido en túnica» (I, III-II, 38) (v. las pp. 188 y 189).

Añadimos como complemento una serie de dichos de difícil clasificación, pero de clara inspiración religiosa o litúrgica y que por tanto tienen legítima cabida entre las locuciones que estamos estudiando.

**No acordarse ni del santo de su nombre.** Es modismo que se usa para enfatizar el olvido total. Como la locución «no saber a qué santo encomendarse», se basa en una alusión a la piadosa costumbre de implorar el auxilio de los bienaventurados, especialmente el de aquél cuyo nombre se lleva y en cuya protección se confía de modo particular. Cuando doña Lupe aconseja a Maxi que olvide completamente a Fortunata, le recalca: «—No vuelvas a *acordarte más del santo de su nombre*» (IV, V-V, 499), y cuando Fortunata cree que Santa Cruz no conserva de ella ni el recuerdo, se expresa así: «—Si él *no se acuerda ya ni del santo de mi nombre*» (II, VI-VI, 247).

Santa Bárbara es abogada contra los males que traen las tormentas, y refiriéndose a la práctica de invocarla en tales peligros, encontramos la locución «no acordarse de Santa Bárbara sino cuando truena», que se aplica a los que no se preocupan de poner remedio a los males sino cuando éstos son ya inminentes. En cierta ocasión, doña Lupe le advierte a Fortunata: «—*Tú no te acuerdas de Santa Bárbara sino cuando truena*» (IV, III-III, 468).

**Arrojar margaritas a cerdos.** Esta metáfora, cuya popularidad se debe al consejo bíblico de que las cosas santas se han de tratar con respeto, aunque su origen sea probablemente mucho más antiguo, la emplea Galdós parodiando el digno silencio en que se encierra el portero de la Academia de Historia cuando asiste a la tertulia del café y apenas habla, «no queriendo aventurar su opinión, que habría sido lo mismo que *arrojar margaritas a cerdos*» (IV, V-I, 488).

**Besar la zapatilla.** Esta locución, que en el habla familiar se emplea como equivalente de humillarse, acatar, rendir pleitesía, en la conciencia lingüística del hablante moderno se asocia con el ceremonial que se observa en la corte pontificia. Con ocasión de haber dado

a luz Fortunata al hijo de Santa Cruz, su tía Segunda la insta a sacar de ello todo el provecho posible: «—Yo que tú no paraba hasta que la Jacinta viniera a *besarme la zapatilla*» (IV, VI-XII, 535). Otros modos coloquiales de expresar la misma idea son «estirar la levita», y el tan corriente «dar coba».

**Desear como los judíos al Mesías. Guardar de los lobos el rebaño.** Galdós, mediante el uso de estas locuciones, vuelve a inspirarse en una comparación bíblica y en una imagen evangélica. Recurre a la primera explicando los ardientes deseos del matrimonio Santa Cruz por tener un hijo: «Los felices esposos contaban con él este mes, el que viene y el otro, y estaban viéndole venir y *deseándole como los judíos al Mesías*» (I, II-IV, 26). La segunda locución le sirve para encarecer los desvelos de Isabel Cordero por salvaguardar la virtud y felicidad de sus hijas, al mencionar «el exceso de vigilancia para *guardar el rebaño, cada vez más perseguido de lobos* y expuesto a infinitas asechanzas» (I, II-VI, 33). Recuérdese las veces que la Biblia identifica al grupo de los escogidos con un rebaño de ovejas, y a las tentaciones y peligros con la amenaza del lobo.

**Recibir con palio.** En sentido figurado, esta locución significa «hacer singular estimación de la venida muy deseada de uno» (DA). Se alude a la ceremonia de usar el palio para dar la bienvenida a Pontífices y personas de sangre real o rango muy encumbrado. Explicando los diferentes recibimientos de que era objeto por parte de los protectores de las obras benéficas, comenta Guillermina: «—Algunos *me recibían casi con palio,* pero la mayor parte se quedaban fríos» (I, VII-I, 77), y Aurora recuerda las cariñosas acogidas que doña Casta dispensaba a su sobrino Moreno, diciendo así a Fortunata: «—Mamá le consideraba mucho, y cuando venía a casa *le recibía poco menos que con palio*» (IV, I-XII, 443).

**No saber de la misa la media.** Es locución despectiva que significa «ignorar una cosa o no poder dar razón de ella» (DA). Don Lope la utiliza en su conversación con el doctor Miquis para referirse al atraso de la ciencia médica: «¡Ah! *No saben ustedes de la misa la media*» (T, XXII, 1595), y en boca de Bailón sirve para destacar la inanidad del ser humano: «—Somos unos pedazos de átomos que *no sabemos de la misa la media*» (TH, VI, 923). Cuando Feijoo comienza a darle a Fortunata lecciones de «filosofía práctica», también le dice: «—Usted *no sabe de la misa la media*» (III, IV-I, 328). A pesar de ser una expresión antigua, pues ya Correas la cita en su colección, su origen no aparece claro. Iribarren ha tratado inútilmente de encontrarlo *(op. cit.,* p. 113), y menciona la posibilidad de que

se trate de una locución que se aplicaba a los clérigos «de misa y olla», es decir, a los «de cortos estudios y poca autoridad» (DA).

**Venir Dios a ver a uno.** Con esta locución el hablante puede aludir a las ventajas reportadas por cualquier suceso afortunado. Lo dicho al comienzo de este epígrafe acerca de la desconexión entre el uso de estas expresiones y un genuino sentimiento religioso puede apreciarse en las citas traídas aquí como ejemplos. En tres ocasiones diferentes, las personas que conversan con Fortunata recurren a esta locución para referirse a circunstancias o hechos alejados de una verdadera atmósfera de religiosidad. Maxi la usa al darle cuenta de la herencia recibida de la tía Melitona: «—Créete que *ha venido Dios a vernos*» (II, II-VIII, 190), Mauricia al felicitarla por el próximo matrimonio con Rubín: «—Tú estás en grande, chica, y *te ha venido Dios a ver*» (II, VI-VI, 246), lo que no le impide acompañar la piadosa fórmula de maliciosísimas insinuaciones, y Segunda echa mano de esta misma expresión para animar a Fortunata al logro de ventajas materiales con motivo del nacimiento del hijo adulterino que la joven acaba de traer al mundo: «—Tú, trabájalo bien, que *nos ha venido Dios a ver* con este hijo de nuestras entrañas» (IV, VI-XII, 535).

## Locuciones taurinas, circenses, tomadas de la caza, de los juegos y deportes y de las partidas de naipes

A) *Taurinas.* El toro y todo ese exótico ceremonial surgido alrededor de su bravía acometividad que forma la estructura de la fiesta nacional, ocupan un lugar único en el costumbrismo español y constituyen una de las notas más características del folklore hispánico.

Un rico caudal de locuciones integradas por el vocabulario con el que se designa al noble animal y sus medios de defensa y ataque, las costumbres de los toreros, los instrumentos de la lidia, y aun todo lo referente a las prácticas de la tauromaquia, desde la cría de la fiera en las dehesas hasta su sangriento fin en el ruedo, es usado frecuentemente en el lenguaje de cualquier español medio.

La causa de que estos términos taurinos, en su acepción metafórica, hayan encontrado tan amplia aceptación en el habla familiar es, probablemente, la gran plasticidad, el carácter altamente visual y colorista de todos los elementos de la fiesta. Estos destacados rasgos son eficazmente utilizados para reflejar la concreción y expresividad del estilo coloquial.

El escritor José María de Cossío ha publicado una extensa lista

de expresiones inspiradas en el lenguaje taurino[22]. Como oportunamente destaca al comentar la índole de la fraseología toreril, «todo ello ha traído como consecuencia la inserción en el habla familiar, y por más artificioso y deliberado camino, en el lenguaje literario, de un copioso caudal de voces, metáforas, imágenes y alusiones procedentes de la fiesta de toros, que debían llamar la atención, no ya de un filólogo interesado, sino de cualquier observador atento».

En múltiples ocasiones he traído a colación diversas locuciones verbales inspiradas en el llamativo mundo de los toros. Revisemos someramente las mencionadas a continuación bajo los epígrafes en que fueron recogidas.

Amar: «torear, tomar varas, poner varas». (Feijoo) «—Y si en mis treinta y en mis cuarenta, y aun en mis cincuenta, *he toreado por lo fino,* lo que es ahora...» (III, IV-VII, 345). «Lo que desorientaba más a Maxi era que ella (Fortunata) no *tomaba varas* con nadie, y siempre que él decía 'Vámonos', estaba dispuesta a retirarse» (II, VII-VIII, 281). (Argüelles) «—Espinosa, *por la buena lámina,* iría a Estado, a *poner varas* a las diplomáticas» (M, XXVI, 629) (v. las páginas 93-94). Notemos que la locución «buena lámina», que en boca del funcionario Argüelles equivale a varonil hermosura, aparece consignada en el DA como aplicable en sentido figurado a algunos animales. De hecho lo es muy especialmente al toro de lidia, pues las crónicas taurinas siempre destacan la «buena o mala lámina» de los animales. Cossío *(op. cit.,* tomo I, p. 80) en su «Vocabulario taurino autorizado», menciona varios ejemplos de esta clase de literatura.

Engañar: «darla completa, a fondo, de maestro». (Doña Lupe) «—*Me las has dado completa, a fondo, de maestro*» (II, III-IV, 200) (v. p. 127). Como ya indiqué, se trata probablemente de un cruce lingüístico entre «darla» y la locución que expresa la suerte de matar brillantemente de una estocada «completa, a fondo, de maestro».

---

[22] José María de Cossío, «Inventario antológico de frases y modismos taurinos de uso corriente en el lenguaje familiar», en *Los toros,* Madrid, Espasa-Calpe, 1947, tomo II, pp. 238-242. Algunas indicaciones sobre el papel que juegan los términos taurinos en el habla, aparecieron en un *Almanaque taurino* para 1883 en el artículo de don Luis Carmena y Millán «El tecnicismo tauromáquico en el lenguaje», reproducido posteriormente en la revista profesional *El Tío Jindama.* Observaciones semejantes se recogen en el artículo de don Leopoldo Vázquez «Fraseología taurina», publicado en la revista taurina *Pan y Toros* en 1896. El mismo tema es tratado mucho más ampliamente y con enfoque académico en la tesis doctoral presentada por Wilhelm Kolbe en la Universidad de Hamburgo en 1929, titulada *Estudio sobre el influjo de las corridas de toros en el lenguaje perifrástico español.* En 1931 se presentó en la Universidad de Colonia otra disertación doctoral, *Corridas de toros e idioma (Un problema del típico hablar nacional),* cuyo autor era Wilhelm Hanisch. (Datos recogidos por Cossío, pp. 236-237).

Comenzar a hablar: «dar una embestida». (Doña Lupe) «Ahora se me ocurre que debo empezar por *darle una embestida* a mi amiga Guillermina, que se hará cargo de la justicia del caso» (IV, V-V, 498) (v. p. 138).

Hablar claramente: «ir derecho al bulto, embestir de frente, echar el toro». «Feijoo, en vista de estas buenas disposiciones, *se fue derecho al bulto*» (III, IV-IX, 350). Don Lope «queriendo obtener una declaración categórica, y viendo que no lo lograba por ataques oblicuos, *embistióle de frente:* 'Pues yo creí que usted, al venir aquí, traía el propósito de casarse con ella» (T, XXVI, 1606). (Guillermina) «—No aguardo sino a que descanse del viaje para ir a *echarle el toro*» (III, II-I, 310). (Nicolás) «—Verá usted, en cuanto llegue, *le echo el toro*... ¡Oh! Es mi fuerte» (II, IV-III, 210) (v. la p. 143).

Hacer acertadamente: «(usar) un poco de muleta». (Feijoo) «—Casi estoy por decirte que mejor te cuadra un marido como el que tienes, que otro *de mejor lámina,* porque *con un poco de muleta* harás de él lo que quieras» (III, IV-VII, 343) (p. 189).

Hacer con decisión: «no ir al trapo rojo, sino al bulto». (Cadalso) «—Creerá que me voy a pasar la vida escribiendo cartas, espiando la sonrisa de un director general o quitándole motas a Cucúrbitas. No, señor mío, *yo no voy al trapo rojo, sino al bulto*» (M, XI, 583) (p. 165). Cossío consigna en su inventario la locución «buscar el bulto», y la explica como «desentenderse de lo accesorio para ir derecho a lo esencial» *(op. cit.,* p. 240).

Favorecer: «estar al quite, acudir con el capote». «Barbarita, que tanto apreciaba a su buen amigo, *estaba,* como suele decirse, *al quite* de estas bromas que tanto le molestaban» (I, VII-V, 97). «Doña Lupe, que la tenía al lado (a Fortunata), *estaba al quite* para auxiliarla si fuera menester, y en los más de los casos respondía por ella si algo se le preguntaba, o le soplaba con disimulo lo que debía decir» (II, VII-III, 269) (v. «soplar», p. 146). «Maximiliano habló poco durante la visita. No hacía más que *estar al quite, acudiendo con el capote* allí donde Fortunata se veía en peligro por torpeza de lenguaje» (II, IV-VII, 224) (p. 175). Para la locución «estar al quite», José María de Cossío recoge la siguiente explicación: «Prevenido para rectificar los errores o torpezas en beneficio del que los dice y comete», y sobre «echar un capote», aclara: «Intervenir para disimular un error o plancha» *(op. cit.,* pp. 240-241).

No hacer, interrumpir: «cortarse la coleta, hacer novillos». (Feijoo) «—Diferentes veces me ha oído usted decir que hace tiempo *me corté la coleta*» (III, IV-VII, 345). (Don Lope) «—*Me he cortado la coleta* y ya se acabaron las bromas y las cositas malas» (T, XXV, 1601). (Moreno Rubio) «—No me refiero solamente al café y al té,

sino más principalmente a los excitantes imaginativos e ideales; huir de las emociones y *cortarte la coleta de banderillero, con intención de no dejártela crecer más»* (IV, II-I, 446-447). «Bien sabía el muchacho que si *hacía novillos* a la misa de los domingos no iría al teatro por la tarde» (I, II-IV, 27). «La retirada fue tan lenta y gradual que apenas se notaba. Empezó por faltar un día, excusándose con ocupaciones imprescindibles; a la siguiente semana *hizo novillos* dos veces» (T, XXVII, 1608). «El misterioso personaje *hizo novillos»* (M, XX, 607) (pp. 180-181).

Irse: «tomar el olivo». (Izquierdo) «—*Tomé el olivo* y nos juimos *(sic)* a Cartagena» (I, IX-V, 110) (p. 184). Para completar la explicación que trae el DA de «guarecerse en la barrera», conviene tener en cuenta la que da Cossío: «Abandonarlo todo presa del pánico *(op. cit.,* p. 239), circunstancia de carácter moral que, como sucede en esta cita, acompaña al uso metafórico de la locución.

Pedir: «dar una estocada de maestro, tirar al degüello». (Guillén) «—Viven ahora del 'sable'. El buen señor *da unas estocadas... de maestro»* (M, XXVII, 631). Como ya expuse, aunque las connotaciones taurinas de esta locución son evidentes, parece formada por asociación con «dar sablazos». (Un dependiente) «—¡Cómo va subiendo!... Usted *nos tira al degüello»* (I, X-IV, 135) (p. 194).

Con facilidad se llega a la conclusión de que uno de los aspectos que mejor refleja la popularidad de la fiesta nacional es la presencia en el lenguaje coloquial de estas frases de carácter pintoresco que, a pesar de estar empleadas en sentido traslaticio, matizan la idea de modo tan eficaz, que no podría hacerlo mejor ninguna otra explicación más académica a la que el hablante pudiera recurrir.

Los ejemplos galdosianos aducibles para confirmar lo dicho, no se reducen a los que acabo de recordar. Las referencias al ambiente taurino son claramente perceptibles en las expresiones que añado como complemento de la serie.

**Enchiquerar.** El DA explica este verbo como «meter o encerrar el toro en el chiquero», y en sentido figurado y familiar, «encarcelar». Su uso es frecuente en el habla coloquial para aludir al hecho de meter a alguien en una habitación valiéndose de engaños o subterfugios. Al presentarse Ponce en casa de Villaamil en momentos sumamente inoportunos, leemos: «No podía venir en peor ocasión, y su presunta suegra, contrariada con la visita, *le enchiqueró* en la sala» (M, XXXIX, 667). El chiquero es el lugar en el que los toros están encerrados hasta el momento de soltarlos en el ruedo para comenzar la lidia.

**Dar la puntilla. Dar un quiebro.** La puntilla es el puñal con que se remata a las reses que no mueren de la estocada, y esta suerte se llama «dar la puntilla». En sentido figurado significa «causar finalmente la ruina de una persona o cosa» (DA), es decir, recibir la última desgracia. Cuando Villaamil visita a un diputado y le viene el presentimiento de que como resultado de esta entrevista van a fracasar sus esperanzas, formula así sus aprensiones: «Como si lo viera; este señor me va a *dar ahora la puntilla*» (M. XXIX, 639).

«Quiebro» es en el lenguaje taurino el «lance o suerte con que el torero hurta el cuerpo, con rápido movimiento de la cintura, al embestirle el toro» (DA). Cossío consigna la locución «dar el quiebro» como «burlar lo que enoja» *(op. cit.,* p. 241). Galdós recurre a ella para explicarnos el rapidísimo y radical cambio de conversación que tuvo que hacer Villalonga al entrar Jacinta en la habitación en que él le explicaba a Santa Cruz las aventuras de Fortunata, y ponerse él a comentar una sesión de las Cortes: «Entró Jacinta, y Villalonga tuvo que *dar un quiebro violentísimo*» (I, XI-I, 153).

**Ser ciertos los toros.** El DA dice así: «Expresión figurada y familiar con que se afirma la certeza de una cosa, por lo regular desagradable, que se temía o se había anunciado». Se trata de una locución con varios siglos de uso, pues ya Covarrubias y Correas la mencionan. Aparece en el *Quijote* en boca de Sancho (I parte, cap. XXXV), y Clemencín hace el siguiente comentario acerca de su procedencia: «Hubo de tomar origen de las ocasiones en que los apasionados a las corridas de toros (afición tan común en España), al ver el toril u otros preparativos para el espectáculo, se dirían, congratulándose, unos a otros: *Ciertos son los toros*... [y] se generalizaría la expresión, extendiéndose a todos los casos dudosos en que se ven o se cree ver indicios vehementes del éxito» («Comentario a su edición de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*», Madrid, 1833-1839).

Cuando don Lope ve que los hechos confirman la transformación que ha tenido lugar en Tristana, Galdós explica: «Don Lope, al verla salir en tan decidida y arrogante actitud, se llevó las manos a la cabeza y se dijo: 'No me teme ya. *Ciertos son los toros*'» (T, XII, 1568). De modo idéntico se expresa Aurora cuando imagina que su sospecha de unos amores entre Jacinta y Moreno tiene fundamento cierto: «—Ya no me queda duda. *Ciertos son los toros*» (IV, I-XII, 443), y Nicolás anuncia así que por fin logró la ansiada canonjía: «—Cuando el jefe de personal de catedrales me dijo que *eran ciertos los toros,* creí que me daba un desmayo» (III, VI-VII, 388).

**Tener resabios. Tomar el tiento.** «Resabio» es, según el Diccionario oficial, el «vicio o mala costumbre que se toma o adquiere», y «en tauromaquia, los que el toro saca al ruedo, o los que adquiere en la lidia» (Cossío, *op. cit.*, tomo I, p. 109). Cuando doña Lupe se propone ser la maestra de Fortunata y piensa en el triunfo de sus habilidades docentes, imagina que su labor será semejante a la del diestro a quien le sale a la arena un toro difícil: «La cosa no sería fácil, porque el animal debía de *tener muchos resabios;* pero mientras más grandes fueran las dificultades, más se luciría la maestra» (II, IV-VIII, 225).

Santa Cruz, para justificar ante su esposa sus pasadas aventuras, recurre a una locución que en la mente del hablante español es fácilmente asociada con el lenguaje taurino: «—La educación del hombre de nuestros días no puede ser completa si éste no trata con toda clase de gente, si no echa un vistazo a todas las situaciones posibles de la vida, si no *toma el tiento* a las pasiones todas» (I, V-I, 48). En tauromaquia se llama «la tienta», a la «prueba que se hace de la bravura de las reses, previa a su lidia» (Cossío, *op. cit.*, tomo I, página 118). El DA menciona la locución «tomar el tiento a una cosa», como «pulsarla, examinarla», y no la anota como expresión taurina, aunque la asociación con el ambiente taurino en el hablante medio creo que es válida y real.

B) *Circenses.* En las locuciones ya vistas «bailar al son que tocan» (v. la p. 162 «hacer con decisión»), «entrar por el aro» y «meter por el aro» (p. 120), encontramos destacadas notas plásticas que asociamos con conocidos números de circo. La primera de ellas nos recuerda asimismo el popular espectáculo que ofrecen los gitanos recorriendo las calles en compañía de un oso que baila al son de la pandereta. Cuando Maxi piensa que contestará a su tía con las palabras: «Sepa usted que *al son que me tocan, bailo.* Si mi familia se empeña en tratarme como a un chiquillo, yo le probaré a mi familia que soy hombre» (II, II-IX, 192), la locución tiene el sentido de que el joven intentará presentar cara a los obstáculos y no dejarse arredrar por la autoridad de la señora. Esta connotación de actuar con independencia es la que me llevó a incluirla en el epígrafe «hacer con decisión». Lo curioso es que en un lance diferente, Feijoo emplea este giro con connotaciones opuestas, es decir, para aludir a la facilidad con que Fortunata permite que las circunstancias la dominen: «Pobre chulita! Hay que mirar mucho como la dejo, porque ésta *al son que le tocan baila*» (III, IV-V, 338). Esta aparente contradicción está justificada por el hecho de que el verdadero sig-

nificado de «bailar uno al son que le tocan», no es el de obrar con independencia o con sumisión, sino, como se registra en el DA, «acomodar la conducta propia a los tiempos y circunstancias» aunque tal acomodo lleve el inconfundible acento de las reacciones individuales.

Para no repetir lo dicho en el epígrafe «dominar», recordemos solamente las citas galdosianas: (don Baldomero) «—Veremos a ver si ahora, ¡qué dianches!, hacemos algo; si esta nación *entra por el aro*» (III, II-I, 309). «Nicolás fue quien *metió a Juan Pablo por el aro carlista*» (II, IV-II, 208).

C) *De la caza.* Cuando Segunda explica a Fortunata el afán con que doña Lupe busca a Maxi, lo hace mediante la comparación implícita del cazador persiguiendo la presa: «—*Anda a caza del sobrino,* que se le escapó esta mañana, y todavía no ha aparecido» (IV, VI-XII, 533).

Con motivo del encuentro de Fortunata y Santa Cruz después de varios años de separación y de tenaz asedio por parte de él para conseguirla otra vez, entre los amantes se desarrolla un diálogo lleno de locuciones alusivas a la caza: (S. C.) «—Desde que volví de Valencia *te estoy dando caza*... ¡Lo que he pasado, hija! Ya te contaré. Y al fin te he cogido..., *ah buena pieza!*... (For.) «—Quiero ser como antes, como cuando tú *me echaste el lazo y me cogiste*...» (S. C.) «—Me parece mentira —dijo él— que te tenga aquí, *cogida otra vez con el lazo, fierecita mía*» (II, VII-VI, 277-278). Hasta los nombres cariñosos que Santa Cruz da a la joven están tomados del lenguaje de los cazadores: «buena pieza, fierecita». En otra ocasión, doña Lupe también piensa en Fortunata llamándola «buena pieza», aunque, por supuesto, no se trata de un apelativo de afección, sino de una amarga ironía: «Te veo venir..., *buena pieza*» (IV, I-I, 416).

D) *De los juegos y deportes.* En el epígrafe «hacer acertadamente» se adujeron abundantes ejemplos del uso de las locuciones «dar quince y raya» e «ir quince y raya» (p. 157). Recordemos solamente las palabras con que Maxi destaca sus facultades discursivas: «—Mi cabeza *da quince y raya* hoy a las cabezas mejor organizadas» (IV, V-III, 493). La explicación que el DA registra de «dar quince y raya a uno», es: «Excederle mucho en cualquier habilidad o mérito. Se dice con alusión al juego de la pelota».

Al estudiar las locuciones coloquiales en que ha quedado plasmado el concepto de «hacer lo improcedente», recordé cómo emplea Galdós la locución «no dar pie con bola»: «Había llegado ya a tal punto su azoramiento, que *no daba pie con bola*» (II, V-II, 230), y plan-

teé el problema de su origen, pues aunque en la conciencia lingüística del hablante actual se relacione con el fútbol, su procedencia parece hallarse en los juegos de naipes o en las partidas de bolos (páginas 206-207).

También he mencionado ya la locución «no dar el brazo a torcer», que volvemos a encontrar cuando Maxi experimenta la mordedura de los celos y se resiste a admitirlo ante doña Lupe: «Ideó consultar el caso con su tía; pero *no quiso dar su brazo a torcer,* y temblaba de que doña Lupe le dijese: '¿Ves? ¡Por no hacer caso de mí!'» (II, VII-VIII, 281) (p. 85).

E) *De las partidas de naipes.* Del léxico que usan los jugadores de cartas proceden claramente los vocablos y locuciones «barajar», «acusar las cuarenta» y «meter baza», que fueron mencionados con los significados de «dominar», «insultar» y «hablar entrometiéndose» en los epígrafes respectivos. (Moreno, refiriéndose al nuevo rey) «—Yo no creo que pueda *barajar* a esta gente. El querrá hacerlo bien; pero falta que le dejen» (III, II-IV, 319) (p. 118). (Doña Lupe) «—El señoritingo no vendrá a almorzar, y si viene, *le acusaré las cuarenta*» (II, III-III, 198) (p. 145). «Se expresaba con exaltación (Maxi), sin dejar *meter baza* a su hermano, y éste, en cambio, *no se la dejaba meter a él*» (III, IV-VIII, 349) (p. 152).

Con idéntico significado a «meter baza», mencioné «meter su cuarto a espadas»: «(Villaamil) hubo de *meter su cuarto a espadas* en la catequización» (M, XLI, 671) (p. 153). La gran mayoría de los hablantes establece un vínculo entre esta locución y el palo de espadas de la baraja, pero según Bastús en *La Sabiduría de las Naciones* (serie I, p. 221), su origen es muy otro, pues con ella se alude a la moneda que había que echar en la bandeja para poder participar activamente en las lecciones públicas de esgrima que los maestros de armas ofrecían por las poblaciones de España. Esta práctica aún podía observarse a principios del siglo XIX, y de aquí surgió la expresión «echar o meter su cuarto a espadas». (V. Iribarren, *op. cit.,* p. 78).

Una salvedad de naturaleza parecida habría que hacer con respecto a la locución «tomar cartas en el asunto» que ya hemos estudiado con el significado de «intervenir»: (Doña Lupe) «—Pues lo que es ahora, que quieras que no, *tomo cartas en el asunto*» (IV, I-VI, 429) (p. 171). Es posible que las cartas que figuran en este expresivo giro no sean las de la baraja, pero es innegable que la asociación con los naipes surge inmediatamente al escuchar la locución.

## Locuciones «intraducibles»

Reúno en este epígrafe una serie de locuciones cuya significación no puede explicarse mediante un infinitivo simple, y que ni siquiera son traducibles con una perífrasis verbal. En ellas están condensadas varias circunstancias y connotaciones que sería muy difícil comunicar de otro modo. Mi explicación servirá, a lo sumo, para que los no familiarizados con el lenguaje coloquial comprendan su sentido, pero irá desprovista de la concisión e inmediatez que son el distintivo de las locuciones. Veámoslas en el contexto galdosiano.

**Hacer a pelo y a pluma.** Esta locución, casi desconocida al hablante de hoy, la usa Galdós al presentarnos a unos «tipos muy madrileños» que «pertenecían al gremio de los randas. El uno era descuidero; el otro, tomador, y el tercero *hacía a pelo y a pluma*» (I, IX-IV, 108) (v. «descuidero», «randa» y «tomador» en las pp. 27, 29 y 30). No figura en el Diccionario oficial, y dado el ambiente de bajos fondos en que hallamos a tales personajes, podemos pensar que se trata de un giro de vida efímera de los que con frecuencia surgen en el mundo de los delincuentes. En el *Nuevo Pequeño Larousse Ilustrado* aparece con la explicación de «no desperdiciar nada, servir para todo», lo que nos autoriza a pensar que esta locución, referida a las actividades de uno de los randas, tiene un sentido peyorativo que no desdice de las «profesiones» de sus dos acompañantes. Cuando se decía de un individuo que «hacía a pelo y a pluma» se indicaba, por tanto, que desprovisto de escrúpulos morales, estaba dispuesto a cualquier actuación que reportara un beneficio material.

**Ser el reverso de la medalla.** Mediante esta locución se destacan las cualidades totalmente contrarias de los términos comparados. El novelista, al comentar los hábitos de la familia Pantoja, tan opuestos a los de la familia del cesante Villaamil en todo lo pertinente a la administración de los ingresos, explica: «*Eran el reverso de la medalla* de los Villaamil, que se gastaban la paga entera en los tiempos bonacibles, y luego quedaban pereciendo» (M, XXII, 614). El DA define al sujeto de esta locución como la «persona que por su genio, cualidades, inclinaciones o costumbres es la antítesis de otra con quien se compara».

**Tener días.** Cuando Galdós explica los grandes cambios en la disposición de la criadita «Papitos», quien se porta unas veces como el

dechado de las sirvientas, mientras que en otras ocasiones es una verdadera calamidad, nos dice que «la mona aquella *tenía días*» (II, II-V, 182). El DA explica la acepción familiar de esta locución como «ser desigual y mudable en el trato, en el semblante, en el humor, etcétera».

**Tener más conchas que un galápago.** Casares *(op. cit.*, p. 178) al estudiar la dificultad de traducir esta locución, afirma que su equivalencia no puede encontrarse en ningún «verbo transitivo o intransitivo, puesto que no existe acción inmanente ni trascendente. Cuando esa locución se aplica a una persona se da a entender únicamente que esa persona es astuta y disimulada». Galdós echa mano de ella y la aplica a la viuda de Jáuregui: «Pero doña Lupe *tenía más conchas que un galápago* y se hacía la tonta» (IV, III-VIII, 479). Cadalso está aludiendo a este modismo cuando le dice a su suegro: «—Aquel jefe económico es un trapisonda... Se empeñó en echarme de allí y ha intentado formarme expediente. No conseguirá nada; *tengo yo más conchas que él*» (M, X, 579). También es frecuente oír el mismo concepto, expresado mediante la locución «tener gramática parda» (v. la p. 55).

**Tener monos pintados en la cara.** Cuando doña Pura Villaamil sabe que el cojo Guillén se fija obstinadamente en ella y en todo lo de la casa con el fin de ridiculizar luego ante los compañeros de oficina lo que ha observado en el hogar de las 'Miaus', comenta indignada: «—Pero ¿acaso *tenemos monos pintados en la cara?*» (M, XXIV, 622). «Tener monos pintados en la cara» como locución verbal, sería intraducible. En cambio, la pregunta que hace la señora de Villaamil es la misma que haría una persona al sentirse molesta por la mirada insistente de otro, y que equivaldría a decir: «¿Puede saberse cuál es el motivo por el que fija usted su atención en mí de modo tan impertinente?»

**No tocar pito.** Fortunata, después de haber dado un hijo a Santa Cruz, se recrea en su maternidad y en la esterilidad de su rival. Sus pensamientos toman esta forma: «Y la otra, con todo su ángel, *no toca pito, no toca pito*..., eso es lo que yo digo. Que me presente uno como éste... No lo presentará, no. Porque Dios me dijo a mí: *'Tú pitarás'*; y a ella no le ha dicho tal cosa» (IV, VI-II, 506). La locución «no tocar pito», que el DA explica en sentido figurado y familiar como «no tener parte en una dependencia o negocio», y que Iribarren *(op. cit.*, p. 139) traduce por «carecer de autoridad o de influencia en el asunto de que se trata», se difundió mucho debido a que en la popularísima zarzuela *La verbena de la Paloma* (escena 7), en un al-

boroto de vecindario, se le dice al sereno (uno de cuyos atributos de autoridad es precisamente el pito): «Ni usté aquí toca el pito, ni usté aquí toca na», jugando con el sentido recto y traslaticio de la locución. En cuanto a «pitar», aun cuando el DA no registra la acepción que aquí encontramos, que es sin duda la de «ser eficiente en el cumplimiento de su misión», su uso es frecuente en el habla familiar. Sbarbi en su *Gran diccionario de refranes* trae como explicación de su origen la anécdota del viejo que iba a la feria y a quien varios chiquillos le pidieron que les trajera un silbato. Como sólo uno de ellos le diera el dinero para comprarlo, el viejo le dijo: «—Pierde cuidado, hijo, que tú pitarás.»

## Verbos con un modificante

La mayoría de las locuciones verbales constan, como ya dije al exponer este concepto, de un verbo que, asimilando su complemento directo o preposicional, forma un predicado complejo. Esta explicación no pierde su vigencia en el presente apartado, pero lo propio de él es que el verbo que interviene en estas locuciones conserva casi siempre su sentido recto, aun después de sufrir la añadidura de un modificante de naturaleza adverbial (negar en redondo), o de una comparación proverbial con la que forma sentido unitario (oír como quien oye llover). A su vez, el modificante añadido al infinitivo no suele tener el mismo sentido cuando se le separa del verbo con el que el uso idiomático de la lengua lo ha asociado. Así, la fórmula «a pierna suelta» no nos dice nada, en cambio, unida al verbo «dormir», inmediatamente nos sugiere la idea de un sueño profundo.

En el curso de este estudio ha habido ocasión de presentar varias locuciones en las que se cumplen estas condiciones, «hablar por los codos», «contárselo a uno en las barbas», etc., por lo que ahora reúno las que no tuvieron cabida oportuna en los epígrafes analizados.

**Andar de ceca en meca.** Jacinta, aconsejando a Moreno que se asiente definitivamente en un lugar, le dice «—No le conviene *andar siempre de ceca en meca,* como un viajante de comercio que va enseñando muestras» (IV, II-II, 449). Es claro que el significado es, como explica el DA: «De una parte a otra, de aquí para allí», sin embargo, su origen ha dado lugar a muchos comentarios. Su uso ya era corriente en la época clásica de nuestra literatura y nada tiene de particular que la encontremos en boca de Sancho aconsejando a su

amo que se dejen «de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen» (parte I, cap. XVIII). Pero mientras Covarrubias explica en su *Tesoro* que Ceca era «cierta casa de devoción en Córdoba, a do los moros venían en romería, y de allí se dijo andar de Ceca en Meca», Correas en su *Vocabulario de refranes* sostiene que «ceca» y «meca» no significan nada, que son solamente «palabras castellanas enfáticas, fingidas del vulgo para pronombres indefinidos de lugares diversos». La locución ha sido estudiada por Bastús, Clemencín, Rodríguez Marín, Cejador, Vergara Marín y Morawski, sin que se haya llegado a una solución definitiva. Iribarren recoge las opiniones de todos y presenta la suya de que «andar de ceca en meca es una de tantas fórmulas rimadas, donde la segunda voz (meca) carece de significado y no tiene otro valor que el de un consonante» *(op. cit.,* p. 72). El empleo que Galdós hace de esta locución tampoco contribuye a favorecer ninguna de las opiniones existentes, pues si en boca de Jacinta encontramos «andar de ceca en meca», en que el uso de letras minúsculas y la carencia de artículos parece favorecer la interpretación de Correas, cuando la misma locución se la escuchamos a Fortunata nos encontramos con que la joven explica así sus andanzas por tierras catalanas: «En el poco tiempo que *anduve yo suelta en Barcelona, de la Ceca a la Meca,* solía ir a bailes y divertirme algo» (III, IV-I, 329), donde las mayúsculas y el uso de los artículos determinados hacen más plausible la explicación de Covarrubias.

**Andar de picos pardos.** El hecho de que en el pasado existiera una ley que obligaba a las mujeres de la vida o «mozas del partido» a usar «jubón de picos pardos», para que se distinguieran de las mujeres honradas, dio lugar a la locución «andar o irse de picos pardos», que alude a los que buscan la compañía de tales hembras. Cuando Maxi se entera de las correrías de Juan Pablo, Galdós comenta que «la idea de que su hermano *andaba de picos pardos* regocijaba a Maxi» (II, IV-II, 207), y Nicanora, explicando a Jacinta los lances de las disparatadas novelas que escribía su esposo, le habla de «damas infieles, guapetonas, que *se iban de picos pardos* con unos duques muy adúlteros» (I, IX-VII, 114). Como se ve, en boca de Nicanora, la locución se aplica de modo diferente al habitual, pues aquí son las damas las que se van con los caballeros, lo que prueba que, en el habla del pueblo, los modismos sufren transformaciones que los hacen distintos de lo que en un principio significaron. También encontramos la locución «picos pardos», es decir, prescindiendo del verbo, aunque aludiendo implícitamente a la acción de «irse de picos pardos». Ballester, atacando ante los practicantes de la far-

macia los artículos que escribe Ponce, protesta: «—Y porque un joven se retira tarde y se gasta algún durete en *picos pardos,* me le llama monstruo» (IV, I-IX, 437). Considerando la afición de Santa Cruz a devaneos amorosos, el novelista, a través de otros personajes, se expresa en estos términos: «Cuando el 'Delfín' se mostraba muy decidor de frases sensatas, envolviendo a la familia en el incienso de su argumentación paradójica, *picos pardos* seguros» (I, XI-I, 151); «el danzante de Juan no merecía tal joya, por ser muy dado a *picos pardos*» (II, VI-IV, 242).

En las locuciones «irse de pindongueo» e «irse de pingo», observamos un patrón lingüístico muy semejante, aunque su significado, que podría explicarse como «dedicarse a actividades más gratas dejando a un lado el cumplimiento de las obligaciones», carece de las notas eróticas implícitas en los «picos pardos». La portera Mendizábal, al tener indicios de que las 'Miaus' van a asistir al teatro abandonando lo que ella cree que es su principal deber, comenta con su marido: «—Y de seguro que esta noche las tres 'lambionas' *se irán también de pindongueo* al teatro» (M, II, 556). Cuando el maestro de escuela envía a su casa a un niño enfermo, «otros, Cadalsito entre ellos, creían que la enfermedad era farsa, pura comedia para *irse de pingo* y estarse brincando toda la tarde en el Retiro» (M, XXIV, 623).

**Conocer el paño.** Según el diccionario esta locución significa «estar bien enterado del asunto de que se trata». Pantoja, dándose aires de entendido, pronostica a Villaamil cuál será la resolución de un problema burocrático diciéndole con suficiencia: «—Créeme a mí, que *conozco el paño*» (M, XXVI, 628).

Otras locuciones coloquiales que expresan la idea de «saber algo perfectamente», son «estar al cabo de la calle, estar en el ajo» y «saber al pelo». Cuando Maxi anuncia a su novia la confianza que siente de que sus optimistas esperanzas se cumplirán en todo, le dice: «—Y como tu comportamiento ha de ser bueno, porque tu alma tiene todos los resortes del bien, *estamos al cabo de la calle*» (II, II-VII, 186), locución que sirve para dar realce a sus presentimientos, pues, como explica el DA, significa «haber entendido bien alguna cosa y comprendido todas sus circunstancias». El señor de la Caña anuncia así un sorprendente acontecimiento: «—Todo dispuesto, y el primerito que *estaba en el ajo* era Serrano» (III, I-III, 300), y Villalonga, protestando de que le acusen de sentir miedo, y queriendo dar a entender que él sabía muy bien cuál iba a ser el resultado de cierta reunión política, replica: «—¿Pero miedo a qué?... Si yo *es-*

*taba en el ajo»* (I, XI-II, 154). El DA da como una de las acepciones figuradas de «ajo» la de «negocio o asunto, generalmente reservado, que se está tratando entre varias personas». «Al pelo» es locución adverbial que significa «a punto, con toda exactitud, a medida del deseo» (DA). Al explicar Galdós las ansias de doña Lupe por constituirse en maestra de Fortunata, nos dice que se comportaba «como cumple a profesores que *saben al pelo* su obligación» (II, VII-I, 262). Igual sentido tiene el siguiente comentario del clérigo Rubín: «—No necesita usted confirmarlo. *Me sé estas historias al dedillo»* (II, IV-IV, 215).

Contrariamente, el no saber lo referente a un asunto o negocio ha cuajado en la fórmula «no saber lo que se pesca». Ido del Sagrario, queriendo desautorizar la voz popular alegando que la gente se permite opinar sobre materias que desconoce, afirma: «—La voz pública *no sabe lo que se pesca»* (I, VIII-IV, 92). Fortunata, para convencer a su marido de que sus celos son infundados, le dice: *«—Tú no sabes lo que te pescas»* (II, VII-IX, 284), y Ballester, al examinar un medicamento preparado por su incompetente subalterno, «dijo luego con enojo, llevándose el potingue a la nariz o esto es 'valeriana' o *no sé lo que me pesco»* (IV, I-I, 414). (Véase «no saber de la misa la media», p. 283.)

Don Baldomero, recordando la ignorancia en que él se crió por lo que se refiere al trato social con mujeres, echa mano de la locución «no conocer más que por el forro», que por su significado, podemos colocar junto a la anterior: «—No sabía ninguna suerte de travesuras, *ni había visto a una mujer más que por el forro»* (I, I-II, 17).

**Costar Dios y ayuda.** Se usa esta enfática locución ponderando los esfuerzos necesarios para lograr algo. Guillermina la emplea encareciendo sus gestiones con José Izquierdo en el asunto de la compra del Pituso, y al explicar los ataques de nervios de Mauricia: «—*Me ha costado Dios y ayuda* hacer entrar en razón al señor Izquierdo» (I, X-I, 128); «Cuando le dan convulsiones, *cuesta Dios y ayuda* sujetarla» (III, VI-I, 369). También Ballester recurre a ella comentando un acceso de locura de Maxi: «—Está furioso el infeliz, y *costó Dios y ayuda* quitarle un maldito revólver que ha comprado» (IV, VI-XV, 542). Incluso en la boca de Dios pone Galdós este coloquialismo, pues cuando la visión cuenta a Luisito la hazaña de 'Posturitas' y otros angelitos pillos que le echaron al mar la bola del mundo, dice que *«costó Dios y ayuda* sacarlo» (M, XL, 670).

Si mediante «costar Dios y ayuda» se hace referencia a los trabajos, ya físicos, ya de orden moral, que hay que hacer para conse-

guir un fin, cuando se alude a la excesiva cantidad de dinero que se ha de pagar por algo, es frecuente en la lengua coloquial la locución que usa Villaamil al detenerse a pensar en los sacrificios económicos que la sociedad impone al individuo, «obligado a gastar chistera, corbata y todo este matolaje que, sobre molestar, *le cuesta a uno un ojo de la cara*» (M, XLII, 677). Acerca de las dificultades con que tropieza el inglés Tom para hallar recuerdos taurinos, aunque pagara un precio exorbitante, comenta Galdós: «No encontraba moñas ni aun *ofreciendo por ellas un ojo de la cara*» (IV, II-V, 457). Otras locuciones usuales que se podrían añadir a las de este epígrafe son «costar un triunfo», «costar la torta un pan», y la de indudable sabor religioso e histórico «remover Roma con Santiago».

**Creer a pie juntillas.** La discordancia gramatical observable en esta locución, hace de ella un ejemplo de lo que el diccionario llama «idiotismo», es decir: «Modo de hablar contra las reglas ordinarias de la gramática, pero propio de una lengua». (Véase también Casares, «Anomalía gramatical», en su *op. cit.*, p. 208.) El significado traslaticio que se le atribuye es el de «firmemente, con gran porfía y terquedad» (DA). Galdós, con motivo del cómico episodio en que a Estupiñá le toca la lotería sin haber jugado, comenta: «Se me figura que Estupiñá llegó a *creer a pie juntillas* que había dado el escudo» (I, X-I, 127).

**Dar hasta la camisa.** Ballester, encomiando su propia generosidad con las personas que le son simpáticas, recurre a este expresivo giro: «—Al que me entra por el ojo derecho *le doy hasta la camisa*» (IV, VI-I, 503) (v. «entrar por el ojo derecho», p. 86). El DA registra la locución «vender uno hasta la camisa. Fr. fig. y fam. Vender todo lo que tiene, sin reservar cosa alguna». La misma explicación es válida con el verbo «dar».

**Despedirse a la francesa.** El diccionario oficial explica esta locución como hacerlo «bruscamente, sin decir una palabra de despedida». Iribarren *(op. cit.*, pp. 135-136) para justificar su origen, menciona la moda que hubo en Francia en el siglo XVII de abandonar las reuniones sin despedirse de nadie con el fin de no interrumpir las conversaciones. Lo curioso es que cuando la moda cambió y este proceder no se consideraba elegante, en la propia Francia surgió la locución «se retirer a l'anglaise». Don Lope, refiriéndose a Horacio, dice así a Tristana: «—No es de estos —añadió don Lope— que al dejar de amar a una mujer *se despiden a la francesa*» (T, XXVII, 1607).

Sentido parecido, por aplicarse a los que guardan un silencio absoluto, encontramos en «sin decir oxte ni moste», o sea: «Sin pedir

licencia, sin hablar palabra, sin desplegar los labios» (DA). Abelarda, recordando la conducta de Cadalso, piensa: «Anoche entró y se metió en su cuarto *sin decir oxte ni moste*» (M, XVIII, 602). Acerca del problemático origen de esta locución menciona Iribarren *(op. cit.*, pp. 203-204) que hay quienes la suponen formada con las interjecciones —hoy anticuadas— «oxte» y «moste», mientras que otros investigadores opinan que estos términos son síncopes de «oiga usted» y «mire usted», fórmulas muy comunes para comenzar una conversación.

**Dormir a pierna suelta.** En el DA aparece «a pierna suelta» como «modo adverbial figurado y familiar con que se explica que uno goza, posee o disfruta una cosa con quietud y sin cuidado». En el habla coloquial suele aparecer formando locución con el verbo «dormir» para indicar un sueño apacible. Así es como lo encontramos en Galdós, quien se refiere a doña Lupe como a «aquella mujer, que *dormía a pierna suelta* después de haber estrangulado, en connivencia con Torquemada, a un infeliz deudor» (II, III-IV, 202). La tía Roma, luego de rechazar enérgicamente el espléndido colchón que Torquemada quiere regalarle, alaba así su mísero camastro: «—Aquello si que es rico para *dormir a pierna suelta*» (TH, VIII, 932).

**Irse con la música a otra parte.** Es locución que se aplica al que tiene que marcharse de un sitio llevándose consigo el bagaje de sus ideas u opiniones, el trabajo que ofrecía, o cualquier otra cosa que no ha sido aceptada. El DA la explica como «expresión figurada y familiar con que se despide y reprende al que viene a incomodar o con impertinencias». Acerca de las inoportunas visitas de Villaamil al Ministerio, observa Galdós que «en algunas oficinas cuidaban de no responderle o de hablarle con brevedad para que se cansara y *se fuese con la música a otra parte*» (M, XXXIII, 650).

**Ir echando chispas.** Comentando la rapidez con que marchan las obras del asilo, Estupiñá explica a Fortunata: «—La señora ha hipotecado ambas fincas para acabar el asilo, y por eso verá usted que éste *va echando chispas*» (IV, IV-I, 481), y la propia fundadora, Guillermina, se congratula así del rápido progreso: «—Gracias a las almas caritativas, la construcción *va echando chispas*» (IV, II-IV, 454). Debe notarse que el modificante «echando chispas», cuando acompaña al verbo dinámico «ir», sirve para destacar la velocidad, quizá por una asociación con la locomotora del tren que hizo su aparición por los años en que Galdós escribía sus novelas, mientras que con un verbo estático, «estar echando chispas», sería una manera de enfatizar la ira. Este es el significado traslaticio que recoge el DA: «Echar uno

chispas, fr. fig. y fam. Dar muestras de enojo y furor; prorrumpir en amenazas».

Producto indudable de una comparación con los medios de transporte entonces al uso, es la locución «ir por la posta», significando «con prisa, presteza o velocidad» (DA), que le viene a las mientes a Feijoo al darse cuenta de la gravedad de su estado y de la necesidad de asegurar el porvenir de Fortunata: «Esto *va por la posta*. Si me descuido no tengo tiempo ni de dejar a esta infeliz bien defendida de los pillos» (III, IV-V, 338).

Matices afines encontramos en la locución «recoger a escape»: «Varias mujeres que tienen en la cuneta puestos ambulantes de pañuelos *recogen a escape* su comercio» (III, VII-IV, 410).

Con el mismo sentido de acción precipitada, el verbo «salir» forma las locuciones «salir a espetaperros, salir de estampía» y «salir pitando». «Un individuo que sobre una mesilla de tijera exhibe el gran invento para cortar cristal tiene que *salir a espetaperros*» (III, VII-IV, 410). Según Beinhauer *(op. cit.*, p. 227) «estampía» es una deformación vulgar de «estampida», o sea, salir dando un estampido. El DA explica que es salir «de repente, sin preparación ni anuncio alguno». Así parece que fue la salida de Villalonga: «—*Salí de estampía*... —siguió Villalonga— a anunciar a los amigos que había empezado la votación» (I, XI-II, 153), y la de Mauricia cuando busca remedio a sus males en el vino: «—*Salí de estampía*, y en la taberna me aticé tres copas de aguardiente» (II, VI-II, 235) (v. «atizarse», p. 102). En «salir pitando» se recoge una alusión a la veloz partida del tren. Doña Bárbara, ante el peligro de que su hijo le traiga a casa a un individuo de baja estofa, amenaza: «—Hago lo que no he hecho nunca: cojo una escoba y ambos *salís de aquí pitando*» (I, IV-I, 43). Cuando Guillermina ordena que los guardias despachen de modo expedito a un piano de manubrio que molestaba en la vecindad, Galdós resume así la situación: «Total, que el piano tuvo que *salir pitando*» (III, VI-III, 374).

**Llorar a lágrima suelta.** El verbo «llorar» admite varias modificaciones de naturaleza coloquial. «Fortunata, desde que su tía empezó a hablar, *lloraba a lágrima suelta*» (IV, VI-XII, 535), y con motivo de la separación del amante explica Galdós que se entregó a extravagancias tales «como no querer comer, estar *llorando a moco y baba* tres horas seguidas» (III, III-II, 324). La vieja tía Roma recurre a esta locución para demostrar la vehemencia de sus súplicas al cielo: «—Yo se lo he pedido anoche y esta mañana a la Virgen del Carmen con tanta devoción, que más no puede ser, *llorando a moco y baba*» (TH,

VIII, 931). A doña Lupe le sirve este giro para poner de relieve la emoción que embargaba el ánimo de los que asistieron al viático de Feijoo: «Todos los concurrentes *lloraban a moco y baba*» (III, V-I, 358). Beinhauer, al estudiar este tipo de locuciones *(op. cit.*, pp. 222-223) menciona «llorar a lágrima viva», tan semejante a «llorar a lágrima suelta», y expone que «probablemente se explica como representación del visible rodar de las lágrimas». Respecto a «*llorar a* moco tendido» y «llorar a moco y baba», las considera locuciones «muy naturalistas» y hace notar que se aplican a los berrinches de los niños. Como hemos visto, Galdós hace de ellas un uso más amplio que el reducido mundo infantil. En cambio, lo de «llorar como una Magdalena», que establece una comparación con la famosa pecadora de la Biblia, sí es locución que el novelista aplica al llanto de mujeres y niños. De Fortunata, la noche antes de su boda, nos dice que «*lloraba a ratos como una Magdalena*» (II, VII-III, 267); acerca de una fuerte emoción del niño Luisito Cadalso, escribe que «rompió a *llorar como una Magdalena*» (M, XVII, 600), y con motivo de un disgusto en el hogar de las «Miaus», «Abelarda, confesándose autora del conflicto, *lloraba en su lecho como una Magdalena*» (M, XXXIX, 667).

**Mirar de hito en hito.** El significado de esta locución es «fijar la vista en un objeto sin distraerla a otra parte» (DA). Cuando Aurora, al hacer a Fortunata una pregunta de mucha importancia, se le queda observando todos los indicios de la reacción, Galdós indica que «preguntó a su amiga, *mirándola de hito en hito*» (IV, III-II, 466). Los hitos son las piedras que indican las direcciones de los caminos, y según Seijas Patiño en su *Comentario al «Cuento de cuentos»*, esta locución hace referencia a la atención de los caminantes cuando van por lugares desconocidos.

Análogo sentido hallamos en la locución «ser todo ojos», a la que alude el escritor para destacar la mirada inquisitiva de Belén: «—¿Y te dijo algo, te dijo algo? —preguntó Belén *toda ojos*» (II, VI-IX, 253). Así como «ser todo ojos» se aplica al que mira atentamente, es frecuente referirse al que escucha de igual modo con el giro «ser todo oídos».

**Negar en redondo.** En esta locución el modo adverbial «en redondo» tiene el sentido de «claramente, categóricamente» (DA). Acerca de un ridículo lance que le sucedió a Estupiñá, Galdós escribe lo siguiente: «Pidiéronle que cantara la Pitita, y hay motivos para creer que la cantó, aunque él *lo niega en redondo*» (I, III-II, 38).

**Oír como quien oye llover.** La indiferencia con que escuchamos lo que nos interesa ha venido a quedar plasmada en esta comparación proverbial. Galdós recurre a ella al hablar de dos novias que escuchan, sin asomo de entusiasmo, las palabras de sus prometidos. Sobre la actitud de Fortunata observa: «Maximiliano habló a su futura de las invitaciones que había hecho, y ella *le oía como quien oye llover*» (II, VII-III, 267), y en cuanto a la desgana de Abelarda escuchando a Ponce, declara igualmente «*Oíale* la insignificante *como quien oye llover*» (M, XVIII, 604).

**Olvidarse de su nombre.** Cuando Fortunata quiere indicarle a Santa Cruz la seguridad con que recordará lo convenido entre ambos con ocasión de que él insiste en que no lo olvide, le replica: «—¿Qué me he de olvidar, hombre? *Primero me olvidaré de mi nombre*» (III, VI-V, 414). Como puede apreciarse, esta familiar hipérbole suele usarse como prueba irrefutable para demostrar de modo enfático el interés con que algo será recordado.

**No perder ripio.** El vocablo «ripio» aparece en esta locución con el sentido de «palabra o frase inútil». Generalmente este giro denota el interés con que alguien escucha lo que se dice, y en tal sentido queda registrado en el DA: «Estar muy atento a lo que se oye, sin perder palabra». El uso que de él hace Galdós difiere un tanto del acostumbrado, pues el novelista expresa no el empeño en escuchar, sino el afán de hablar y exponer la propia opinión: «A Barbarita le daba aquella noche por hablar de arquitectura y *no perdía ripio*» (I, VII-II, 80). Coincide, sin embargo, con la explicación oficial en que la locución sirve para poner de relieve el deseo de aprovechar todas las oportunidades sin perder una ocasión.

**Prometer villas y castillos.** Los ofrecimientos de bienes dudosos han sido motivo de varias locuciones coloquiales. El porvenir lisonjero que el clérigo Rubín pone ante su hermano con el fin de ganarlo para su partido político, queda plasmado en esta expresión proverbial: «Precisamente Nicolás fue quien metió a Juan Pablo por el aro carlista, *prometiéndole villas y castillos*» (II, IV-II, 208) (v. «meter por el aro», pp. 120, 222). De uso muy frecuente es la fórmula «el oro y el moro, locución figurada y familiar con que se ponderan ciertas ofertas ilusorias, y que expresa también el exagerado aprecio de lo que se espera o posee» (DA). Su origen pudiera encontrarse en alguno de los muchos lances de la Reconquista en que intervinieron moros principales y cantidades de oro pagadas en rescate (v. Iribarren, *op. cit.*, pp. 138-139), pero es muy probable que se trate de una de tantas fórmulas rimadas en las que entra la «m» como inicial de la

segunda palabra, como ocurre en «andar de ceca en meca, sin decir oxte ni moste» y otras muchas[23]. Fortunata recurre a ella al explicar a Maxi las falaces promesas que le hizo Juárez el Negro: «—Viéndome tan mal *me ofreció el oro y el moro,* y que iba a *hacer y a acontecer*» (II, II-II, 175). «Hacer y acontecer» es igualmente una «frase familiar con que se significan las ofertas de un bien o beneficio grande» (DA), aunque en este caso no se trata de una auténtica locución verbal por no ser conjugable. En otra ocasión en que doña Lupe reprende a Fortunata por su total entrega al amante, volvemos a encontrarla: «—Se te antoja campar por tus respetos, y *hacer y acontecer,* como una mozuela sin juicio» (IV, I-VI, 429) (v. «campar por sus respetos», p. 163).

**Robarle a uno los ojos.** Con esta exageración de carácter coloquial se expresa la idea de robar mucho. Como ya hemos visto en «costar un ojo de la cara» y «ofrecer un ojo de la cara», los ojos son, en el lenguaje figurado, uno de los símbolos favoritos de los que se tiene en gran valor. Doña Lupe amonesta a Maxi en cierta ocasión: «—Tendréis que tomar un administrador, que *os robará los ojos*» (II, IV-II, 208).

**Saber a ciencia cierta.** El DA recoge esta locución con la explicación de «con toda seguridad, sin duda alguna». Galdós escribe que «una de las más puras satisfacciones de los señores de Santa Cruz era *saber a ciencia cierta* que su hijo no tenía trampas» (I, VIII-II, 85) (v. «trampas», p. 39).

**Tratar de tú.** Con esta locución, usada en sentido traslaticio, se logra enfatizar la nota de confianza y seguridad que predomina en los comentarios o relaciones del caso. Para destacar el aplomo con que los habladores que concurren a la tienda de Estupiñá conversan sobre temas de política, explica Galdós que se pasaban las horas «*tratando de tú* a Mendizábal, a Calatrava, a María Cristina y al mismo Dios» (I, III-I, 36). Cuando Moreno piensa en el tono que tendrán las oraciones de su tía Guillermina, se le ocurre la misma locución: «Ahora se va a oír siete misas lo menos..., y a *tratar de tú* a la Santísima Trinidad» (IV, II-III, 453).

**Valer un imperio.** A diferencia del modificante «un ojo de la cara», que suele añadirse para dar realce al valor cotizable en dinero, en esta locución se destacan principalmente las cualidades morales.

---

[23] Para un estudio de este tipo de construcciones, véase el artículo de J. Morawski, «Les formules rimées de la langue espagnole», *Revista de Filología Española,* XIV, 1927, pp. 113-133.

«Valer un imperio una persona o cosa. fr. fig. y fam. Ser excelente o de gran mérito» (DA). Santa Cruz dedica esta irónica alabanza al matrimonio Izquierdo: «—Cada uno por su estilo, aquella pareja *valía un imperio*» (I, V-III, 52). Variantes muy comunes del mismo modismo son «valer un Potosí» (alusión a las riquísimas minas de plata) y «valer su peso en oro».

A veces, un adverbio que carece de connotaciones coloquiales considerado aisladamente, se une a determinados verbos formando a modo de un cliché fijo que se convierte en fórmula estereotipada y adquiere un tinte de familiaridad que lo coloca dentro de los límites del lenguaje coloquial. Tal sucede cuando se quiere enfatizar la acción de verbos que indican el cumplimiento de una obligación, con el aditamento del adverbio «religiosamente». Acerca del afán de estudiar que tuvo el joven Santa Cruz, Galdós comenta: «Entróle la comezón de *cumplir religiosamente* sus deberes escolásticos» (I, I-I, 13-14), y sobre el fracaso financiero de Estupiñá, escribe: «Plácido había salvado el honor, que era lo importante, *pagando religiosamente* a todo el mundo con las existencias» (I, III-II, 36).

Ido del Sagrario, que tan aficionado se muestra al uso de estas fórmulas, se dirige muy finamente a Guillermina advirtiéndole: «—La puerta de su domicilio está *cerrada... herméticamente,* muy herméticamente» (I, IX-III, 105). En este caso, la construcción se ha convertido, tanto por el carácter del personaje que la usa, como por lo inapropiado de su aplicación (nada podía cerrar «herméticamente» en aquella casa), en una caricatura de estas muletillas de las que a veces se hace un uso excesivo. Ridiculizando esta tendencia, se ha escrito un humorístico «herméticamente abierto».

## Categorías especiales

Incluyo en este apartado algunos coloquialismos en los que mediante el empleo del verbo en sentido figurado, una perífrasis verbal, la contraposición de las formas afirmativa y negativa del verbo, o una repetición del mismo, se logra un efecto lingüístico especial, encaminado a destacar un matiz de la acción. El aspecto que queda así realzado nos servirá para encabezar cada uno de los grupos a continuación.

**La efusión.** La intensidad de los afectos generosos se magnifica por medio de giros como los siguientes. Cuando Juanito Santa Cruz volvió a su casa después de pasar una noche en la cárcel, nos dice Gal-

dós que «su mamá vacilaba entre reñirle o *comérsele a besos*» (I, I-I, 13). Igualmente valdría decir «comérsele a abrazos, caricias, miradas», etc.

Ido del Sagrario demuestra así su agradecimiento a Jacinta: «Don José *se deshizo en reverencias,* pero no se turbó porque le llamaran loco» (I, VIII-IV, 94). Con frecuencia se emplean «deshacerse en gracias, saludos, muestras de sumisión y afecto», etc.

**El exceso.** La idea de abundancia, sea en la cantidad o en la duración e intensidad, queda eficazmente puesta de relieve con expresiones como las que encontramos en los textos que menciono.

Cuando doña Lupe se niega a admitir los mantones que le trae Mauricia, por tener ya un número excesivo de ellos, le replica: «—¡A buena parte vienes!... Si *estoy yo de mantones...*» (II, VII-II, 267). «Estar de» mantones, de trabajo, de tal circunstancia, de tal persona», etc., es fórmula muy usada para referirse a todo aquello de lo que el hablante está harto.

Galdós, explicando los temores de doña Bárbara por la salud de su hijo, menciona los pensamientos de la dama, de que con los niños, «los más brutos, los más feos y los perversos son los que *se hartan de vivir*» (I, I-I, 15). La excesiva duración de una acción cualquiera puede ser realzada mediante esta construcción, obteniendo así «hartarse de hablar, de trabajar, de dormir», etc.

Para subrayar la intensidad de la risa, el novelista recurre a las locuciones «morir de risa, partirse de risa, soltar el trapo» y «reírse a todo trapo». Santa Cruz relata su último encuentro con el loco Ido, de la manera siguiente: «—Le vi hace días en casa de Pez, y nos hizo *morir de risa*» (I, VIII-III, 90). (También se escucha con frecuencia «morir de pena, angustia, dolor», etc.). Cuando la esposa le habla del supuesto parecido entre él y el 'Pituso'. Galdós cuenta así la reacción al comentario: «Lo mismo fue oír esto el 'Delfín' que *partirse de risa*» (I, X-VII, 145), y acerca de una ocurrencia del niño Cadalso, nos dice: «Díjole con ingenuidad tan graciosa, que todos *se partieron de risa*» (M, XXIII, 619).

«Soltar uno el trapo» es locución que según el DA puede emplearse traslaticiamente tanto para significar «echarse a reír», como «echarse a llorar». De ambos sentidos encontramos ejemplos en Galdós. Fortunata recuerda de este modo la indiscreta pregunta de una vecina: «'Pero ese señor, ¿no se casa con usted?' Por poco *suelto el trapo*... Yo le contesté: 'Puede'» (III, IV-V, 339). El usurero Torquemada, desahogándose con la Rufete, dice: «—Tengo una aflicción

tal dentro de mi alma, Isidora, que..., si sigue usted llorando, también yo *soltaré el trapo»* (TH, VI, 925). El origen de esta locución está en el término náutico «soltar el trapo», es decir, desplegar las velas al viento. Esta imagen también ha dado lugar al modificante «a todo trapo», «con eficacia y actividad» (DA). Sobre la actitud de los que presencian el ataque de locura de Ido, leemos: «Los que desde el corredor le oían *reíanse a todo trapo»* (I, IX-VI, 113).

**La fugacidad.** La celeridad de una acción se enfatiza poniendo el verbo en la forma afirmativa e inmediatamente en la negativa. Este recurso es particularmente frecuente al explicar acciones percibidas por los sentidos corporales, sobre todo por el de la vista. Cuando Fortunata cuenta a Santa Cruz lo sucedido durante su separación, recurre a este procedimiento para recordarle el brevísimo encuentro de ambos en cierta triste ocasión: «—Cuando estuve aquí con, ¡ji, ji, ji!..., Juárez el Negro, *te vi y no te vi»* (II, VII-VI, 277).

**La reiteración.** La continuidad e insistencia de una acción queda puesta de relieve a base de la repetición del verbo en la tercera persona del singular del presente de indicativo. Hablando en términos exactos, las expresiones así formadas no son auténticas locuciones verbales, pues al carecer de la propiedad de adaptación a los tiempos y personas de la conjugación verbal, pierden la característica fundamental de tales giros lingüísticos. Cuando Jacinta quiere hacerle ver a su marido hasta qué punto llegó la paciencia en soportar sus veleidades, se expresa de esta manera: «—Por dentro siento algo que me está rallando así, así..., *muele que te muele»* (III, II-II, 313), e insistiendo en su queja, añade: «—Y yo *aguanta que aguanta,* siempre callada, poniendo cara de Pascua y tragando hiel» *(Ibíd.)* (v. «cara de Pascua», p. 75, y «tragar hiel», p. 136). Como puede apreciarse en la primera de estas dos citas, a veces, para reforzar el giro se antepone un «te» enfático a la segunda forma del verbo: «muele que 'te' muele». Así ocurre también cuando Galdós quiere hacer ver la constancia de la fundadora en la elaboración de ropas para sus asilados: «Guillermina, que seguía *cose que te cose,* ayudada por Jacinta» (I, VII-II, 79), y en las palabras con que Izquierdo describe una sesión de Cortes: «—*Espotrica que te espotricarás (sic)* en las Cortes» (I, IX-V, 111). Otro modo de dar énfasis, es usar la segunda forma verbal en la segunda persona del singular del futuro, en lugar de en presente: «espotrica que te espotricarás». Nótese, sin embargo, que estos dos tiempos verbales son los únicos admisibles en el mecanismo de esta construcción, aunque la acción a que nos refiramos esté en otro punto de la línea temporal. Cuando Jacinta dice «yo aguanta que aguanta», se refiere a la paciencia que ya tuvo en el

pasado, y lo mismo diría en el caso de anunciar un propósito para el futuro. Si se deseara situar la acción de Guillermina en el presente o en el futuro en lugar de en el pasado, habría que decir: «Guillermina sigue o seguirá cose que te cose», y los señores de la Corte «continuaban, continúan o continuarán espotrica que te espotricarás. Espotricar es la forma incorrecta que usa Izquierdo en lugar de «despotricar».

## Locuciones con el sujeto incluido

Las locuciones reunidas en este apartado ofrecen la particularidad de incluir el sujeto como parte integrante del modismo. Como es comprensible, la locución podrá sufrir las modificaciones temporales y modales propias del verbo, aunque no es susceptible de cambios personales. En las páginas precedentes nos hemos topado con giros de esta clase que fueron incluidos en el epígrafe que correspondía a su significado, «subírsele a uno la mostaza a la nariz» y «requemársele a uno la sangre» (pp. 124 y 125, enfadarse); «no quedársele a uno el sermón en el cuerpo» (p. 139, hablar), etc. Como los que ahora vamos a examinar se refieren a acciones o situaciones impregnadas de carga afectiva, los distribuyo en subgrupos nominados por la emoción que reflejan.

**El disimulo.** Para aludir a sentimientos que hay que ocultar suele usarse la locución «andar o ir por dentro la procesión», que el DA explica como «sentir pena, cólera, inquietud, etc., aparentando serenidad o sin darlo a conocer». Cuando Jacinta, a pesar de sentirse desgarrada por los celos, tiene que participar en las alegrías familiares, Galdós explica: «Jacinta tenía que entusiasmarse también, a pesar de *aquella procesión que por dentro le andaba*» (III, II-I, 309), y al comentar el noviazgo de Baldomero, tan soso en apariencia, observa: «También pensaba Barbarita, oyendo a su novio, *que la procesión iba por dentro*» (I, II-III, 25). Años más tarde, cuando Barbarita se ha convertido en doña Bárbara y en presunta abuela del 'Pituso', entusiasmada por la idea, dice a Jacinta refiriéndose a sus vacilaciones anteriores: «—Qué quieres... Era preciso dudar porque estas cosas son muy delicadas. Pero *la procesión me andaba por dentro*» (I, X-VI, 141). Guillermina, creyendo que su sobrino Moreno se halla en una profunda crisis espiritual a pesar de su aparente escepticismo, le dice: «*—Alguna procesión muy grande te anda por dentro*» (IV, II-IV, 454).

**La impaciencia.** «No cocérsele a uno el pan» es locución figurada y familiar «con que se explica la inquietud que se tiene hasta hacer, decir o saber lo que se desea» (DA). Cuando doña Bárbara tiene noticia de la existencia del 'Pituso' y de la posibilidad de que sea su nieto, Galdós nos dice: «*No se le cocía el pan* a Barbarita hasta no aplacar su curiosidad» (I, X-VI, 140), y sobre los deseos de doña Lupe de llamar la atención y de congraciarse con la fundadora, observa que a aquélla «*no se le cocía el pan* hasta no dar a Guillermina prueba palmaria de humildad y abnegación» (III, VI-IV, 378). Sobre la impaciencia por decir lo que se desea comunicar, ya hemos visto las locuciones «no quedársele a uno el sermón en el cuerpo» y «no apagársele a uno la bomba en el cuerpo» (v. la p. 134).

**La indiferencia.** Fortunata se esfuerza por dar a entender que para ella la virtud de Jacinta es el símbolo de que en el mundo hay un orden moral, y que si su ídolo cayera del pedestal, ella misma se hundiría en el más absoluto indiferentismo. Tratando de exponer esta idea con claridad, recurre a la fórmula siguiente: «—Paréceme que se rompe todo lo que la ata a una; no sé si me explico; y que ya *lo mismo da blanco que negro*» (IV, III-II, 466).

Más avulgarada resulta la locución empleada por Torquemada para aludir a la insensibilidad de cierto tipo de señoritos que, careciendo de ingresos, viven derrochando los fondos adquiridos con préstamos: «—Al principio, el embargo los asusta; pero como lleguen a perder el punto una vez, *lo mismo les da 'fu' que 'fa'* (II, III-II, 195). Anteriormente hemos visto locuciones tan parecidas en la forma y en el significado como «no darle a uno ni frío ni calor», «no irle ni venirle» (v. la p. 88), pero que desde el punto de vista sintáctico difieren porque «frío o calor» no es el sujeto de la locución, mientras que «blanco o negro» y «fu o fa» sí son el sujeto gramatical de las que ahora examinamos.

**La sospecha y la agitación.** Doña Lupe, al darse cuenta del profundo cambio en la conducta de su sobrino y tener indicios de la causa, piensa: «Aquí *hay gato encerrado* —decía la astuta señora—, o en términos más claros, 'gata encerrada'» (II, II-III, 177). El DA explica «haber gato encerrado» como «haber causa o razón oculta o secreta, o manejos ocultos». El «gato» que figura en esta locución no es el animal doméstico, sino el «bolso o talego en que se guarda el dinero» (DA) y que se hace con la piel del felino. Quizá algunos investigadores hayan sido inducidos a error por el hecho de que los romanos expresaban la misma idea con el giro «serpens latet in herba» (en la hierba se oculta una serpiente). La locución «hay gato

encerrado» se halla en textos clásicos, y Cejador *(Fraseología o Estilística Castellana,* tomo II) dice que equivale a «tiene misterio», y «díjose del 'gato' en el sentido de bolsa, por lo cerrada e impenetrable». Iribarren aclara el comentario de Cejador: «No por lo cerrada e impenetrable, sino por estar la bolsa oculta en un escondite» *(op. cit.,* p. 259).

Aunque de muy distinto origen, encontramos un significado parecido en la locución «haber moros por la costa», «con que se recomienda la precaución y cautela» (DA). «¡Hay moros en la costa!» era el grito que durante siglos sirvió para dar la alarma en los pueblos del Mediterráneo que se vieron azotados por los frecuentes asaltos de los piratas berberiscos. Galdós, explicando los recelos de Jacinta sobre los devaneos de su esposo, después de haber oído una conversación de éste y de Villalonga, escribe: «Indudablemente, *había moros por la costa»* (I, XI-II, 155), y prolongando la comparación, añade: «Era preciso descubrir, perseguir y aniquilar el corsario a todo trance».

Para referirse a los trastornos y disgustos que traen serias consecuencias, es muy frecuente la locución que don Basilio Andrés de la Caña, con su proverbial tono de suficiencia y misterio, suelta en la tertulia del café: «—Yo lo único que me permito decir es que esto está muy malo..., pero muy malo, y que *hay mar de fondo»* (III, I-III, 299).

**El paso del tiempo.** Cuando Torquemada aconseja a Maxi que abandone sus extravagantes filosofías, que obre bien y que deje que el tiempo corra, lo hace empleando la siguiente fórmula: «—Tengamos la conciencia tranquila; no hagamos cosas malas, y *ruede la bola»* (IV, I-VII, 432). «Ruede la bola» y «dejar rodar la bola», son locuciones que significan «dejar que un suceso o negocio siga su curso sin intervenir en él», y también «mirar con indiferencia que las cosas vayan de uno y de otro modo» (DA). Aunque no he encontrado otras explicaciones, mi primera interpretación fue la de que este «ruede la bola» era un modo familiar de decir «que la esfera terrestre siga girando». En las dos explicaciones que trae el diccionario hallo ciertas notas peyorativas en la conducta descrita que no se avienen del todo con «tengamos la conciencia tranquila» y «no hagamos cosas malas», pues esto sería difícil cuando el deber moral obliga a intervenir. Pero... todo podría ser.

El verbo «llover», considerado por las gramáticas como un verbo con sujeto impersonal sobreentendido, es usado en el lenguaje co-

loquial para indicar el transcurso de largos períodos de tiempo. Con ocasión de que Santa Cruz, ante los muros de Sagunto, evoca la antigua gesta, escuchamos esta observación de Jacinta: «—Pero *habrá llovido mucho* desde entonces» (I, V-IV, 57). Villaamil también, al enterarse de la muerte de un funcionario que fue compañero suyo, recuerda los tiempos lejanos en que esto sucedió, y comenta con otro empleado: «—Mire usted si *ha llovido*... ¡Pobre Cruz! Lo siento» (M, XII, 611).

No al discurrir del tiempo, sino a que ha venido la hora de suceder algo, se refiere una de las acepciones figuradas del verbo «tocar»: «Haber llegado el momento oportuno de ejecutar algo» (DA). A ella recurre Galdós cuando nos da cuenta de la marcha de los amores de Olimpia Samaniego: «Contaba esta niña la serie de sus novios por los dedos de las manos; pero lo que es a casarse *no habían tocado todavía*» (III, VI-VII, 389). Es posible que esta acepción tenga su remoto origen en la vida monástica, que tan importante papel ha tenido en la historia de la cultura, y en la que todo se hacía a toque de campana.

**La pérdida.** El negocio de Estupiñá acabó desastrosamente, pues como observa Galdós: «Por un rato de palique era Estupiñá capaz de dejar que *se llevaran los demonios* el mejor negocio del mundo» (I, III-I, 35) (v. «palique», p. 37). «Llevarse los demonios», es claro que tiene aquí el sentido de «perderse». No debe confundirse esta locución con la muy similar «llevárselo a uno los demonios», que ya hemos visto con el significado de «enfadarse» (p. 123).

**La buena suerte; suceder algo venturoso.** Aludiendo a la popularísima costumbre de jugar a la lotería, y a las esperanzas de que un premio sea la solución de los problemas económicos, se ha formado la locución «caerle a uno la lotería», que en sentido figurado se emplea para referirse a cualquier suceso del que se esperan grandes beneficios. Mauricia felicita a Fortunata por su proyectada boda diciéndole: «—Vaya, que *te ha caído la lotería*» (II, VII-II, 264). (Anteriormente y hablando de la boda, había usado Mauricia la locución «te ha venido Dios a ver», que pusimos con las locuciones religiosas, pero que también lleva el sujeto incluido y tiene un significado como el de las que ahora estudiamos (v. la p. 216). En dos ocasiones recurre Guillermina a este modismo hablando con Fortunata, y las dos veces lo emplea en sentido irónico, pues tiene la intención de señalar una gran desgracia. En la entrevista que ambas celebran, le advierte: «—¡Desdichado hombre el que cargó con usted! De veras que *le cayó la lotería*» (III, VI-X, 397); y cuando Fortunata está en su lecho de enferma, le predica la dama tratando de enderezar las ideas

de la joven: «—Si, lo que Dios no quiera, sobreviene la muerte a la hora menos pensada, y la coge así, *le cayó la lotería*» (IV, VI-XI, 530). El propio Galdós nos dice que cuando a Juan Pablo le hicieron gobernador, el camarero a quien debía la consumición de cinco meses «se puso más contento que si *le hubiera caído la lotería*» (IV, V-VI, 500). Feijoo parafrasea esta locución y añade otra semejante con el fin de poner más énfasis en su proposición. Al ofrecer a Fortunata relaciones amorosas, dice muy seguro de sí mismo: «—*Le ha caído a usted la lotería, y no así un premio cualquiera, sino el gordo de Navidad*» (III, IV-II, 332).

Con la acepción figurada de «breva» como «ventaja lograda o poseída por alguno» (DA), se ha formado la locución «caerle a uno una breva». Sobre el tan comentado tema del casamiento de Fortunata, opina Mauricia: «—No podías pedir a Dios que *te cayera mejor breva*» (II, VI-VI, 246), y como la novia no se mostrara muy convencida, añade en tono persuasivo: «—¿Crees *que esas brevas caen todos los días?*» (II, VII-II, 265).

«Quitársele a uno un peso de encima» es locución con la que se expresa el alivio sentido al vernos libres de una preocupación. Al volver Maxi a casa temeroso de enfrentarse con su tía, Galdós explica: «Cuando Papitos le dijo que la señora no había vuelto todavía, *quitósele de encima un gran peso*» (II, II-VI, 183), y cuando Santa Cruz, gracias a la delicadeza de su mujer, se libra de hacer una confesión dolorosa, comenta el novelista: «Al 'Delfín'» *se le quitó un peso de encima*» (I, V-VII, 62).

**La mala suerte; suceder algo desagradable.** El DA explica la locución figurada «caérsele a uno las alas del corazón» como «desmayar, faltarle el ánimo y constancia en algún contratiempo o adversidad». Galdós se sirve de ella para describir el estado de ánimo de Villaamil al recibir una carta en que con fórmulas ambiguas se le enfrían las esperanzas: «Al leerla *se le cayeron las alas del corazón*» (M, XXIX, 639).

Guillermina, creyendo ver en Fortunata signos de turbación, los atribuye a algún acontecimiento ingrato, y le dirige la siguiente pregunta: «—Usted, hija mía, está como trastornada... El otro día me pareció usted más razonable... *¿Qué mosca la ha picado?*» (III, VII-II, 405). La explicación que el DA recoge para la locución «picarle a uno una mosca», es la de «sentir o venirle a la memoria una especie que le inquieta, desazona y molesta».

Más directa y expresiva es la locución «ser el remedio peor que

la enfermedad, fr. fig. con que se indica que lo propuesto es más perjudicial para evitar un daño que el daño mismo» (DA). Con motivo de que Fortunata dice a Feijoo que *ella no llora si le ve a él en* casa, el caballero se ofrece a acompañarla continuamente, pero recapacitando en que su presencia puede convertirse en un estorbo, añade: «—Pero *podría ser el remedio peor que la enfermedad»* (III, IV-I, 329).

De los juegos infantiles procede la locución «tocarle a uno la china». «China» es cualquier piedra diminuta. El DA describe así el modo como los niños proceden para saber quién ha de tomar la parte del juego que nadie quiere: «Suerte que echan los muchachos metiendo en el puño una piedrecita u otra cosa semejante, y, presentando las dos manos cerradas, pierde aquel que señala la mano en que está la piedra». De aquí que la locución haya venido a significar que se ha cumplido cualquier suceso temido. Doña Lupe la emplea tratando de hacer creer a Maxi la muerte de Fortunata: «—Hijo, todos nos tenemos que morir. No te asombres de que *le haya tocado a ella la china antes que a ti»* (IV, III-VIII, 479).

«Venirse el cielo abajo»: «suceder un alboroto o ruido extraordinario» (DA) y «hundirse el mundo»: «ocurrir un cataclismo» (DA), son locuciones figuradas a las que recurre Galdós para expresar de manera enfática que cuando Estupiñá se halla entregado a sus ocupaciones favoritas, no las abandona suceda lo que suceda: «Como él pegase la hebra con gana, ya podía *venirse el cielo abajo*... Si estaba jugando al tute o al mus, únicos juegos que sabía, y en los que era maestro, primero *se hundía el mundo* que apartar él su atención de las cartas» (I, III-I, 35) (v. «pegar la hebra», p. 138).

El Diccionario oficial menciona el giro siguiente: «Un color se le iba y otro se le venía. loc. fam. de que se usa para denotar la turbación de ánimo que uno padece cuando se halla agitado de varios afectos». El hecho de que la expresión aparezca en el imperfecto en vez de estar enunciada en el infinitivo, como es lo normal en las que hemos venido llamando «locuciones verbales», nos hace pensar que no se trata de una locución verbal, sino más bien de una frase proverbial o una fórmula coloquial de expresar el superlativo «turbadísimo». Contribuye a reforzar esta opinión el que en las dos citas galdosianas que recogemos a continuación, también encontramos el modismo en el imperfecto de indicativo. Cuando Fortunata recibe la visita de doña Lupe, nos dice el novelista que «estaba pasando la pena negra con aquella visita de tantísimo cumplido, y *un color se le iba y otro se le venía»* (II, IV-VII, 224) (v. «pasar la pena negra», página 135), y acerca de la confusión del niño Cadalso al admitir ante la Visión que en la escuela no supo la lección, comenta: «En-

mudeció la augusta persona, quedándose con los ojos fijos en Cadalso, al cual *un color se le iba y otro se le venía»* (M, IX, 577). Aun así, no veo que el lenguaje sufra violencia si alguien dijese, por ejemplo: «Estoy tan alterado que un color se me va y otro se me viene», en cuyo caso sí estaríamos ante una locución verbal. Sea o no de este modo, como el aspecto de locución verbal es evidente, la incluyo antes de cerrar este apartado.

Tratamiento especial merecen también las locuciones «no entrar muchos en libra», que provee un modo coloquial de destacar la escasez, y «sonar a cencerrada», que sirve para dar relieve a la nota de falsedad. La particularidad consiste en que estas locuciones pueden adoptar como sujeto un acontecimiento, una actitud, una cualidad abstracta, etc., por lo que siempre las encontramos conjugadas en la tercera persona. «No entrar muchos en la libra» le sirve a don Baldomero para ensalzar el mérito del varón fiel, cuando le dice a su esposa: «—Ni de esos tipos que jamás, ni antes ni después de casados, tuvieron trapicheos, *entran muchos en la libra»* (I, I-II, 17) (v. «trapicheo», p. 45), aunque de hecho podría aplicarse a todo lo que, por tener un raro valor, no abunda. El DA recoge la locución tan parecida «entrar pocos en la libra», y la explica como «no poderse contar sino pocas de aquellas cosas de que se trata. 'De polémicas tan urbanas entran pocas en la libra'».

Sobre los poco oportunos temas de conversación del joven Baldomero con su prometida, Galdós hace la siguiente observación: «Todo esto era muy bonito para dicho en la tertulia de una tienda; pero *sonaba a cencerrada* en el corazón de una doncella que, no estando enamorada, tenía ganas de estarlo» (I, II-III, 25). El «sonar a cencerrada» puede ser aplicado a muchas cosas que resultan impropias, tales como promesas envueltas en falsedades, alabanzas sin fundamento, etc. (v. «cencerrada», p. 47).

## Locuciones participiales

Cerramos este extenso estudio de las locuciones verbales con el apartado de las locuciones participiales. Al estudiar sus características dice Casares que «no son muchas las que forman esta categoría, pero reclaman lugar aparte porque, si de primera intención parece que podrían incluirse entre las adjetivales o las verbales, se distinguen de ellas por la estructura, por el significado y por la función. Comienzan obligadamente con el participio 'hecho' (o 'hecha') y se emplean como complemento nominal de verbos de estado, o bien en construcciones absolutas» *(op. cit.*, p. 179).

**Hecho un brazo de mar.** Es locución que como consta en el DA «dícese de la persona ataviada con mucho lujo y lucimiento». Sobre los recónditos deseos de Fortunata, nos revela Galdós que «solía pensar que si el pícaro de Santa Cruz la veía *hecha un brazo de mar,* tan elegantona y triunfante, se le antojaría quererla otra vez» (II, II-II, 176), y comentando el cuidado que las Villaamil ponían en el arreglo de sus personas y las galas de sus atuendos, tan inconsecuentes con el precario estado económico de la familia, escribe: «Salían las Villaamil a la calle *hechas unos brazos de mar*» (M, XVIII, 601).

**Hecho un mar de lágrimas.** Mediante esta locución se logra eficazmente sugerir la idea de un copiosísimo llanto. Como observa Casares en el lugar arriba citado, «en estas locuciones hay algo más que una simple comparación, ya que no es igual parecerse a una cosa, ser como una cosa, que convertirse en la cosa misma». Galdós recurre a este giro para explicar el intenso dolor que el desengaño matrimonial produce en Jacinta: «Quería llorar; pero ¿qué diría la familia al verla *hecha un mar de lágrimas?*» (I, VIII-V, 95). En efecto, si se dijera que Jacinta «estaba como un mar de lágrimas», la locución habría perdido su fuerza, a más de resultar una comparación extravagante en sumo grado, pues tal «mar de lágrimas» es inexistente. De ello deduce Casares una de las notas distintivas de la locución participal: «Cuando la sustitución de 'hecho' (o 'hecha') por 'como' es practicable, sin cambio de sentido, hay la seguridad de que no se trata de una verdadera locución participial» (pp. 179-180).

**Hecho un pingo.** Podríamos explicar esta locución diciendo que es el reverso de la medalla de «hecho un brazo de mar», es decir, vestido miserablemente. Cuando Olmedo encuentra a Feliciana ataviada pobre y desastrosamente, aclara Galdós que «se había encontrado a su antiguo amor, *hecha un pingo,* y la convidó a tomar café» (III, I-VI, 305), y cuando Fortunata no sabe qué traje será mejor ponerse para recibir la visita de su futuro cuñado el clérigo Rubín, piensa: «Quizá sea mejor ponerme *hecha un pingo*» (II, IV-IV, 212). Nótese que si Fortunata pensara «ponerme como un pingo», la locución habría perdido su significado. «Poner como un pingo, como un trapo, como chupa de dómine», etc., son locuciones verbales que tienen el sentido de «insultar» (v. la p. 148).

En otro lugar hemos visto la locución «hecha una leona» (p. 124) con el significado de «muy enfadada». No se trata de una locución participial, pues «leona» tiene el valor metafórico de «mujer audaz, imperiosa y valiente» (DA), y, por tanto, lo mismo valdría decir

«como una leona». Igual sucede con otras locuciones que usa Galdós para destacar ciertas cualidades o estados: «hecho un áspid» (enfadado), «hecho un marmolillo» (atontado), «hecho una plasta» (desanimado), «hecho un pollo» (juvenil), «hecho un Salomón» (sabio). En todas ellas encontramos sustantivos que tienen el sentido recto o metafórico que el escritor necesita para aludir a la nota que le interesa enfatizar. Se trata, por lo tanto, de una forma elíptica de presentar efectivamente una comparación y que, por lo tanto, dejo para analizar en otro lugar. Si consideramos, en cambio, «brazo de mar», el sentido de estas palabras no nos anuncia nada del significado que asume la locución participial que hemos citado.

Hace notar Casares, además de lo dicho, que «es característico de las locuciones participiales que el participio 'hecho' no puede ser sustituido por formas personales del verbo 'hacer'. Estar uno 'hecho migas' o 'hecho polvo', giros familiares de mucho uso para expresar que una persona se halla profundamente contrariada, no son locuciones participiales, porque cabe cambiar la construcción, como se ve en los ejemplos siguientes: 'Si me suspenden en septiembre me hacen migas; el fracaso de la comedia me hizo polvo'» (página 180). Como puede apreciarse, en las tres locuciones que he presentado como auténticamente participiales, «hecho un brazo de mar», «hecho un mar de lágrimas» y «hecho un pingo», no caben otras formas del verbo «hacer».

Llamemos la atención sobre el dato de que Galdós recurre a la locución «hacer migas»: «Iba doña Lupe, deseosa de introducirse y de hacer migas con la santa» (III, V-I, 357) (v. la p. 92), aunque evidentemente no significa lo mismo que en el ejemplo de Casares. En el DA figuran ambos significados: «Hacer buenas, o malas, migas dos o más personas. fr. fig. y fam. Avenirse bien en su trato y amistad, o al contrario». «Hacerle a uno migas. fr. fig. y fam. Aniquilarle, arruinarle, vencerle en una contienda». Así queda probada una vez más la característica, ya mencionada, de que al igual que los vocablos simples, dentro de un contexto adquieren estas locuciones su pleno valor y lucen el garbo estilístico que las hace insustituibles.

## CONCLUSION

Las expresiones y giros vistos en estas páginas, y muchos más que me propongo estudiar, son las armas con que contaba Galdós al «enarbolar en la Academia el pabellón liberalísimo de amplitud en el léxico, a fin de que el castellano alcance a enriquecerse en armonía con el espíritu de la época», y las que usó para vencer los obstáculos con que tropieza «el lenguaje literario para producir los matices de la conversación corriente» (véase la Introducción).

Pero la campaña que Galdós llevó a cabo, no fue una batalla definitivamente ganada para siempre: en el lenguaje que nosotros usamos, como sucedía a finales del siglo XIX, hay una pugna constante para dar cabida a lo afectivo que se esfuerza por penetrar en el lenguaje conceptual. La gramática y muchos de los estudios lingüísticos prescinden de la afectividad y consideran que el lenguaje es la expresión del pensamiento y que la palabra es el molde de la idea, cuando la realidad es que al hablar, más que nuestros conceptos, descubrimos nuestros sentimientos, y las palabras van tan cargadas de emociones como de ideas. De ahí lo absurdo de la creencia de que la lengua pueda encerrarse en gramáticas y diccionarios.

El hecho de que la emoción y el sentimiento sean mucho más difíciles de plasmar en el lenguaje que los conceptos es, sin duda, la causa principal de lo poco apto que es el lenguaje para que acertemos a verter en él nuestro auténtico sentir. «El rebelde, mezquino idioma» de que se lamentaba Bécquer. El lenguaje coloquial viene a suplir en parte esta limitación de la lengua considerada en toda su amplitud, y Galdós nos da una lección acerca de cómo usarlo. Procediendo así, se muestra más fiel a la vida que al arte. Al enfrentarse con la disociación existente en su época entre la lengua escrita y la hablada, comprendió que tal polarización es inmantenible en una sociedad moderna. Ya los lingüistas nos han hablado de la catástrofe que sobreviene a un idioma cuando la lengua hablada

marcha mucho más aprisa que la lengua escrita. Galdós, como hizo Cervantes en su tiempo, al dar cabida en la obra literaria a la enorme vitalidad del lenguaje coloquial, ha contribuido a conjurar el peligro de esta separación.

El efecto producido por la lectura de las páginas galdosianas que he comentado es el del tono directo, expresivo, plástico, coloreado, lleno de inmediatez. La novela de Galdós, y de modo especial *Fortunata y Jacinta,* cumple con el fin de toda gran novela de sacar al lector de su mundo personal y meterlo de lleno en el ambiente de la ficción. Llegamos a compenetrarnos de tal modo con los personajes que, más que criaturas hijas de la fantasía, se nos presentan como seres reales unidos a nosotros por experiencias comunes de la vida cotidiana. El estilo coloquial es un medio eficacísimo para llegar a esa atmósfera de familiar intimidad y, a mi juicio, en el uso de los coloquialismos reside una parte esencial del mérito y del valor de la novela. Unamuno, tan displicente con Galdós en otros aspectos, fue uno de los primeros en reconocerlo así, cuando califica la lengua de Galdós como «su obra de arte suprema» [1]. En la revalorización de Galdós que en nuestros días se está llevando a cabo, uno de los grandes méritos que se le adjudica es precisamente el del lenguaje [2].

A la vista de lo que Galdós hace con los coloquialismos, los lectores de sus novelas nos hallaríamos más dispuestos a aceptar la opinión de los defensores del lenguaje coloquial para quienes este estilo, en sus mejores momentos, expresa clara y concisamente lo que otros estilos apuntan de un modo débil y oscuro. Observador meticuloso de los giros y habla familiares, conoce Galdós el valor estilístico que su uso confiere a la novela y, por lo mismo, no se retrae de insertarlos profusamente en las suyas. Con ello sigue la tradición cervantina y la de gran parte de los escritores más representativos de la literatura española. Como ha dicho un crítico y maestro en lexicografía: «Muchas páginas de los clásicos, cuya lectura nos produce una inefable sensación de garbo, jugosidad y gracia, no tienen otro condimento específico que los modismos aplicados con oportunidad y arte» [3].

---

[1] Miguel de Unamuno, «Galdós en 1901», en *Obras Completas,* III (New York: Las Americas Publishing Company, 1966), p. 1206.

[2] No siempre ha sido así, pues durante muchos años las locuciones y vocablos escogidos por Galdós parecieron vulgares y poco artísticos e, indudablemente, contribuyeron a la popularidad del mote «don Benito el garbancero», como lo llamó Valle Inclán en *Luces de Bohemia.*

[3] Julio Casares, *Introducción a la lexicografía moderna* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1950), p. 231.

El examen del lenguaje galdosiano nos muestra que aunque algunas de sus expresiones, muy pocas, ya han caído en desuso, la inmensa mayoría todavía goza de vigencia. Galdós no solamente ha puesto en boca de sus personajes el lenguaje que realmente habrían usado de existir como personas de carne y hueso, sino que él mismo, al hablar como autor, usa una lengua que es de una riqueza extraordinaria en giros populares y expresiones coloquiales. Por ello el lector recibe la impresión de que «el principal hablante de *Fortunata y Jacinta* es Madrid, en perpetuo diálogo consigo mismo» [4].

El lenguaje coloquial de Galdós ha dado la materia de este estudio. Si he contribuido a mostrar en lo que consiste y a abrir camino a otras perspectivas, habré logrado mi propósito.

---

[4] Stephen Gilman, «La palabra hablada y *Fortunata y Jacinta*», en *Nueva Revista de Filología Hispánica,* 15 (1961), p. 548, nota 16. Unamuno escribió acerca del estilo galdosiano: «Tenía el deleite de la conversación escrita. Sus novelas parecen contadas en un café de Madrid, de sobremesa. Y su lengua quedará, como dechado de la lengua conversacional, corriente, de café, del Madrid del último tercio del siglo XIX». [En «Nuestra impresión de Galdós», *Obras completas* III (New York: Las Americas Publishing Company, 1966), p. 1209].

## BIBLIOGRAFIA SUMARIA

En esta bibliografía se mencionan solamente los trabajos que por su contenido guardan más estrecha relación con el presente estudio.


Anónimo: *Diccionario de la Lengua Española,* decimoctava edición. Real Academia Española. Madrid, 1956.

— *Nuevo Pequeño Larousse Ilustrado,* quinta edición. París, 1951.

Alonso, Amado: *Estudios lingüísticos. Temas españoles.* Gredos, Madrid, 1951.

Alonso, Dámaso: «Esp. 'lata', 'latazo'», *Boletín de la Real Academia Española,* tomo XXXIII, Madrid, 1953, pp. 351-388.

Andrade Alfieri, Graciela, y J. J. Alfieri: «El lenguaje familiar de Pérez Galdós», *Hispanófila,* 22 (1964), 27-73.

— «El lenguaje familiar de Galdós y de sus contemporáneos», *Hispanófila,* 28 (1966), 17-25.

Armistead, S. G.: «The Canarian Background of Pérez Galdós 'echar los tiempos'», *Romance Philology,* 7 (1953-54), 190-92.

Bastús, Joaquín: *La sabiduría de las naciones* o *Los Evangelios abreviados.* Barcelona, 1862-1867.

Beinhauer, Werner: «Dos tendencias antagónicas en el lenguaje coloquial español», *Español Actual,* 6 (1965).

— *El español coloquial.* Madrid: Gredos, 1963.

Besses, Luis: *Diccionario de Argot Español.* Barcelona, 1909.

Buffum, M. E.: «Galdós usage with regard to enclitic pronoun», *The Modern Language Journal,* XI (1926), pp. 33-37.

Caballero, Ramón: *Diccionario de Modismos.* Madrid, 1905.

Carballo Picazo, Alfredo: *Español conversacional,* Madrid, 1962.

Carnicer, Ramón: *Sobre el lenguaje de hoy.* Prensa Española, Madrid, 1969.

Casares, Julio: *Introducción a la lexicografía moderna.* C. S. I. C., Madrid, 1950.

Cejador y Frauca, Julio: *La lengua de Cervantes,* Madrid, 1905.

Clavería, Carlos: *Estudios sobre los gitanismos del español.* Madrid: C. S. I. C., 1951.

Corominas, Joan: *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana,* Madrid, 1954-1957.

— *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana.* Gredos, Madrid, 1961.

Correa, Gustavo: *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós.* Gredos, Madrid, 1962.

Correas, Gonzalo: *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana* (obra del primer tercio del siglo XVII). Edición Mir, Madrid, 1924.
Cossío, José María: *Los toros.* Espasa-Calpe, Madrid, 1947.
Covarrubias, Sebastián: *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (según la impresión de 1611). Barcelona, 1943 (ed. preparada por Martín de Riquer).
Criado de Val, Manuel: *Sintaxis del verbo español moderno.* Madrid, C. S. I. C., 1948.
Chamberlin, V. A.: «The Muletilla: An important facet of Galdós characterization», *Hispanic Review,* XXIX (1961), pp. 296-309.
Gilman, Stephen: «La palabra hablada y *Fortunata y Jacinta*», *Nueva Revista de Filología Hispánica,* XV (1961), pp. 542-560.
Gullón, Ricardo: «Lenguaje y técnica de Galdós», *Cuadernos Hispano-Americanos,* 80 (1958), pp. 38-61.
Hatzfeld, Helmut: *El 'Quijote' como obra de arte del lenguaje.* C. S. I. C., Madrid, 1966.
Herman, J. Chalmers: *'Don Quijote' and the novels of Pérez Galdós.* Ada, East Central Oklahoma State College, Oklahoma, 1955.
Hill, John M.: *Voces germanescas.* Indiana University Publications, Humanities Series, 21, Bloomington, Indiana (1949).
Iribarren, José María: *El porqué de los dichos.* Aguilar, Madrid, 1962.
Lapesa, Rafael: «La lengua desde hace cuarenta años», *Revista de Occidente,* números 8-9 (1963), pp. 193-208.
Lida, Denah: «De Almudena y su lenguaje», *Nueva revista de Filología Hispánica,* XV (1961), pp. 297-308.
Lorenzo, Emilio: *El español de hoy, lengua en ebullición.* Gredos, Madrid, 1966.
López Estrada, F.: «Notas del habla de Madrid», *Cuadernos de Literatura Contemporánea,* VII (1943), pp. 261-272.
Martínez Kleiser: *Refranero general ideológico español,* Madrid, 1953.
Medina, León: «Frases literarias afortunadas», *Revue Hispanique,* XVIII (1908), páginas 162-232, y XX (1909), pp. 211-297.
Montoto y Rautenstrauch, Luis: *Personajes, personas y personillas que corren por las tierras de ambas Castillas,* Sevilla, 1921-1922.
— *Un paquete de cartas, de modismos, locuciones, frases hechas, frases proverbiales y frases familiares.* Madrid-Sevilla, 1888.
Morawski, J.: «Les formules rimées de la langue espagnole», *Revista de Filología española,* XV (1927), pp. 113-133.
Muñoz Cortés, Manuel: *El español vulgar.* Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1958.
Navarro, Tomás: «La lengua de Galdós», *Revista Hispánica Moderna,* IX (1943), páginas 292-293.
Onís, José de: «La lengua popular madrileña en la obra de Pérez Galdós», *Revista Hispánica Moderna,* XV (1949), pp. 353-363.
Pastor y Molina, Roberto: «Vocabulario de Madrileñismos», *Revue Hispanique,* XVIII (1908), pp. 51-72.
Pérez, Elisa: «Algunas voces sacadas de las obras de los Alvarez Quintero», *Hispania,* XII (1929), pp. 479-488.
Rabanal Alvarez, Manuel: *El lenguaje y su duende.* Prensa Española, Madrid, 1967.
Roca Pons, José: *Estudios sobre perífrasis verbales del español.* C. S. I. C., Madrid, 1958.
Rodríguez Marín, Francisco: *Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro léxico,* Madrid, 1922.
— *Mil trescientas comparaciones populares andaluzas,* Sevilla, 1899.

— *Quinientas comparaciones populares andaluzas,* Sevilla, 1899.
Rosenblat, Angel: *Buenas y malas palabras.* Ediciones Edime, Caracas-Madrid, 1960.
— *La lengua del 'Quijote'.* Gredos, Madrid, 1971.
Sánchez Barbudo, A.: «Vulgaridad y genio de Galdós. El estilo y la técnica de *Miau», Archivum,* VII (1957), pp. 48-75.
Sbarbi, José María: *Gran Diccionario de refranes de la Lengua Española,* Buenos Aires, 1943.
Scatori, Stephen: *La idea religiosa en la obra de Benito Pérez Galdós.* Privat, Toulouse, 1926.
Schimmel, R.: «Algunos aspectos de la técnica de Galdós en la creación de Fortunata», *Archivum,* VII (1957), pp. 77-100.
Seijas Patiño: «Comentario al *Cuento de cuentos,* de Quevedo», incluido en la edición de las obras de Quevedo. Vol. 48 de la Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, 1859.
Suñé Benages, Juan: *Fraseología de Cervantes.* Lux, Barcelona, 1929.
Tarr, F. C.: «Prepositional complementary clauses in Spanish with special reference to Pérez Galdós», *Revue Hispanique,* LVI (1922), pp. 5-264.
Toro y Gisbert, Miguel de: «Voces andaluzas (o usadas por autores andaluces) que faltan en el Diccionario de la Academia Española», *Revue Hispanique,* XLIX (1920), pp. 313-647.
Vega, Vicente: *Diccionario ilustrado de frases célebres y citas literarias.* Gustavo Gili, Barcelona, 1952.
Vergara Martín, G.: *Diccionario geográfico-popular.* Madrid, 1923.
Wagner, M. L.: «Sobre algunas palabras gitano-españolas y otras jergales», *Revista de Filología Española,* XXV (1941), pp. 161-181.
Ynduráin, Francisco: «Más sobre el lenguaje coloquial», *Español Actual,* 6 (1965).

# INDICE ALFABETICO


A

A cuarto 77
A pelo 68
Abandonar las ociosas plumas 185
Acoquinar 99
Acortar la cuerda 119
Acudir con el capote 175, 218
Acusar los cuarenta 145
Achantado 63
Achuchar 195
Achuchón 46
Adefesio 47
Adorado tormento 54
Aflojar 194
Aflojar la cuerda 88
Aguanta que aguanta 238
Aguantarse el gorro 83
Ahorcar los libros 180
«Ajumao» 63
Ajumarse 122
Ajustar bien las cuentas 145
Ajustar cuentas atrasadas 145
Al canto 78
Alma 32
Alma de Dios 56
Alumbrar 195
Alzar el gallo 150
Alzar la tranca 119
Alzarse con el santo y la limosna 159
Amontonarse 202
Amostazarse 122
Andar a caza de 222
Andar a la greña 203
Andar de ceca en meca 226
Andar de picos pardos 227
Andar con mucho ojo 157
Andar en lenguas de la fama 154
Andar en lenguas de la gente 154
Andar en malos pasos 168
Andar en telégrafos 141
Andar la procesión por dentro 239
Andar mal de la cabeza 129
Andróminas 36
Apabullar 100
Apandar 96
Apechugar con 84, 101
Apreciar el género a la vista 103
Apunte 24
Apurar el cáliz 134, 213
Archipámpano 26
Arder el pelo 134
Armar camorra 203
Armar la gorda 159
Armar un cisco 159
Armarse el nublado de ropa blanca 139
Armarse la de San Quintín 160
Armarse un Dos de Mayo 160
Arrancarse 137
Arrechucho 46
Arrimado a la cola 78
Arrojar unas chinitas 142
Arrojar margaritas a cerdos 214
Arrumaco 38

Atar cabos 197
Atar corto 119
Atizarse 102
Atravesársele a uno alguien 95
Atufarse 122
Aturrullado 63

B

Badulaque 27
Bailar al son que tocan 162, 221
Baladronada 36
Barajar 118, 223
Barbián 63
Barrabasada 42
Bastarse y sobrarse 162
Beber los vientos para 163
Beber los vientos por 110
Belén 42
Berganta 30
Besadera 38
Besar la zapatilla 215
Birlar 205
Bolsillo 38
Boquear 139
Bordar el papel 133
Botaratada 42
Botarate 27
Buena lámina 217
Buena pieza 222
Burrada 42
Buscar a uno la lengua 153
Buscarle el pelo al huevo 168

C

Cacarearlo 154
Cacumen 33
Cachivache 47
Cadáver 35
Caer, caer en la cuenta, caer del burro 104
Caer en gracia 91
Caerle a uno el gordo de Navidad 243
Caerle a uno la lotería 242
Caerle a uno una breva 243
Caérsele a uno las alas del corazón 243
Cafetera 34
Calar 104
(Calavera) 43
Calaverada 43
Calentar las orejas 146
Calentarse la cabeza 197
Calentarse los sesos 197
Caletre 33
Camelar 125
Campar por sus respetos 163
Cancamurria 47
Cantar 142
Cantar claro 143
Cantar clarito 143
Cantar cuatro frescas 146
Cantar el aleluya 120
Cantarlas claras 143
Cantarlo los ciegos 154
Cañi 64
(Cara) de palo, de vaqueta, de viernes, de pascua 75
Cara mitad 54
Carantoña 38
Carca 24
Cargar con el mochuelo 204
Cargarle a uno alguien 94
Carpanta 46
Cascar 187
Cáscara amarga 54
Católico 64
Cazar al vuelo 104
Cencerrada 47
Cerdear 179
Cerrar herméticamente 236
Cerrar el ojo 187
Cerrar el pico 155
Cerrar la pestaña 187
Cirineo para llevar la cruz 213
Clarearse 143
Clavar 125
Coger a uno por su cuenta 146
Coger con el lazo 222
Coger de medio a medio 87
Coger el cielo con las manos 151
Comerle a uno un codo 96
«Comerse» 102
Comerse a besos 236
Comistrajo 35
Comulgar con ruedas de molino 109
Con la pierna quebrada 78
Con un pico de oro 78
Conservar ley 94

Contárselo a uno en las barbas 143
Convertir lo blanco en negro 61
Conocer el paño 228
Copar 162
Cortar la hebra 155
Cortar por lo sano 180
Cortar sayos 152
Cortarse la coleta 180, 218
Cortarse la coleta de banderillero con intención de no dejársela crecer más 180
Corto 64
Correr la voz 155
Correrse 166
Correrse mucho 167
Corrido 64
Cose que te cose 238
Coser y cantar 61
Costar Dios y ayuda 229
Costar un ojo de la cara 230
Cotizarse caro 109
Cotorrear 159
Creer a pie juntillas 230
Crecerse y multiplicarse 163
Cristo de debajo de la sotana 213
Crucificar 134, 213
Crujida 46
Cuajar 156
Cubrir el expediente 117
Cuchufleta 36
Curarse en salud 261
Curda 40
Curdela 40

CH

Chafaldita 36
Chanchullo 43
Chillón 64
Chirimbolo 48
Chiripón 39
Chisme 36
Chochear 65
Chocheces 65
Chocho 64
Chovelar 185
Chubasca 65
Chuparse las calabazas 113
Chuscada 143

D

Danzante 27
Dar a uno cuerda 153
Dar a uno la morcilla 190
Dar a uno la morrada 191
Dar a uno tela 154
Dar alas 89
Dar amasado y cocido 119
Dar bombo 89
Dar calabazas 112
Dar carpetazo 113
Dar caza 222
Dar cuenta de uno 190
Dar cuerda por 84
Dar de barato 84
Dar de cara 95
Dar de puntapiés 113
Dar diente con diente 99
Dar el cañuto 113
Dar el estacazo 177
Dar el estallido 159
Dar el opio 91
Dar el pase 84
Dar el plantón hache 114
Dar en la flor 89
Dar en los hocicos 85
Dar estacazo 119
Dar galletas 196
Dar gato por liebre 127
Dar golpe 160
Dar hasta la camisa 230
Dar jaquecas 176
Darla 126
Dar la campanada gorda 160
Dar la cara 204
Darla completa, a fondo, de maestro 127, 217
Dar la lata 176
Dar la puñalada 177
Dar las boqueadas 188
Darle a uno el hipo por 89
Darle a uno el toque por 89
Darle a uno fuerte 87
Darle a uno la gana 111
Darle a uno la puntilla 220
Darle a uno la real gana 112
Darle a uno la santísima gana 112
Darle a uno la vena por 89
Darle a uno lo mismo fu que fa 114

Darle a uno por 88
Dar lo mismo blanco que negro 240
Dar lo mismo fu que fa 240
Dar mico 128
Dar «pa» el pelo 146
Dar palos 119
Dar patas arriba con todo 171
Dar pasos por 175
Dar pie 178
Dar puntadas 142
Dar quince y raya 157, 222
Dar sablazos 194
Darse a Barrabás 123
Darse a partido 84
Darse a todos los demonios 123
Darse charol 201
Darse golpes de pecho 98, 212
Darse la gran vida 167
Darse lustre 200
Darse pisto 200
Darse tono 201
Dar una embestida 218
Dar una estocada de maestro 194, 219
Dar una soba 146
Dar una solfa 196
Dar un estirón 108
Dar un plantón 113
Dar un quiebro 220
Dar un reposo 196
Dar vara alta 121
Dar vela en este entierro 174
Dar vueltas a algo 198
De alto copete 70
De brocha gorda 70
De buen año 70
De buena madera 70
De buena sombra 71
De buten 71
De cajón 71
De campanillas 71
De cáscara amarga 72
De chanfaina 72
De doscientos mil diablos 72
De encargo 72
De extranjis 73
De gancho 73
De la piel de Cristo 76
De labios afuera 73
De malísimo pelaje 76
De marras 73
De medio pelo 76
De miel 73
De mil demonios 72
De mil diablos 72
De mírame y no me toques 73
De órdago 74
De oro 74
De padre y muy señor mío 75
De patente 75
De pecho 75
De perlas 76
De perros 76
De pie de banco 76
De punta 77
De puntapié 77
De rechupete 77
De remate 77
De riñones 77
De rúbrica 77
De tomo y lomo 77
Decir amén 84
Decir cuántas son cinco 146
Decir cuatro cosas 146
Decir cuatro frescas 146
Decir las del barquero 147
Defender el garbanzo 208
Dejar a uno en seco 209
Dejar a uno en el sitio 191
Dejar a uno seco 191
Dejar bizco a alguien 161
Dejar las ociosas plumas 185
Dejar tamañito a alguien 161
Dengue 43
Derrengado 65
Desaborido 65
Desbocarse 137
Desatar líos 157
Desbarrar 167
Descamisado 27
Descolgarse 168
Descrismarse 196
Descuidero 27
Desear como los judíos al Mesías 215
Desembuchar 158
Deshacerse en reverencias 237
Desollar 90, 151
Despabilarse 162
Despachaderas 37
Despacharse a gusto 140
Despedirse a la francesa 230
Despepitarse por 110

Desperducir 185
Desplumar 206
Despotricar 150
Devanarse los sesos 198
Dimes y diretes 37
Dorar la hoja 192
Dorar la píldora 128

E

Echado para adelante 78
Echar a rodar 86
Echar al agua 113
Echar buen pelo 131
Echar el dogal al cuello 96
Echar el cimiento 158
Echar el lazo y coger 222
Echar el pie fuera del plato 169
Echar el quilo 135
Echar el toro 143, 218
Echar el Sacramento 101, 213
Echar en cara 147
Echar la casa por la ventana 167
Echar leña a la hoguera 123
Echar los tiempos 147
Echar memoriales 195
Echar muchas babas 169
Echar pestes 151
Echar por la boca 151
Echar por la calle de en medio 164
Echar tierra 192
Echar todo por la ventana 170
Echar un jarro de agua fría 174
Echar un parrafito 158
Echar un réspice 147
Echar un velo 117
Echar una chinita 142
Echar una flor 89
Echar una peluca 147
Echar una puntadita 142
Echar velos y más velos 118
Echarlo todo a rodar 170
Echarse a dormir 181
Echarse a pechos 163
Echarse al coleto 163
Echárselas de 200
Echárselas de plancheta 200
El aquél 49
El basilisco 52
El cuento de nunca acabar 58
El garbanzo 35
El garbanzo y la rosca 35
(El lado de allá de la puerta negra) 190
El padre fuguilla 59
El perro del hortelano 59
El pozo de la ciencia 60
Embaucar 125
Embestir de frente 143, 218
Embocar 138
Emperegilarse 98
Emperifollado 65
Empingorotado 65
Empingorotarse 200
Empollar 196
En ascuas sobre ascuas 78
En pelota 79
Encajar la bola 128
Encajar papas 128
Enchiquerar 219
Endilgar la tarabilla 152
Endiñar 196
Engatusar 125
Engolosinarse 91
Enjaretar la mentirilla 129
Enseñar cuántas son cinco 146
Enseñar los colmillos 95
(Entendederas) 37
Entender la aguja de marear 157
Entortolarse 91
Entrar en parola 138
Entrar por el aro 222
Entrar por el ojo derecho 91
Entrarle a uno una cosa por un oído y salirle por el otro 114
Entregar el pellejo 188
Entregar la pelleja 188
Erizársele a uno el cabello 99
Escabechar 192
Escamarse 122
Escapar por la tangente 181
Espachurrar 190
Espichar 187
«Espotrica» que te «espotricarás» 238
Estado interesante 55
Estar a la cuarta pregunta 206
Estar a las agrias y a las maduras 85, 164
Estar al cabo de la calle 228
Estar al quite 175, 218

Estar de cuerpo presente 189
Estar de cháchara 140
Estar de mantones 237
Estar de monos 123
Estar de morros 124
Estar de vena 140
Estar en babia 106
Estar en candelero 119
Estar en el ajo 228
Estar en el otro barrio 190
Estar en el potro 135
Estar en sus glorias 133
Estar ido 129
Estar la patria oprimida 206
Estar muerto de miedo 99, 192
Estar nadando en oro 167
Estar por los suelos 117
Exponer la pelleja 188

F

Faltarle a uno un tornillo 130
Fandango 43
Fantasmona 30
Farfantona 30
Filosofía parda 55
Fregado 44
Fulastre 66

G

Gabacho-a 25
Gaita 44
Galleta 41
Garatusas 38
Garfiñar 205
Garlochín 66
Gastar diccionario 136
Gastar geniazo 136
Gastar genio 136
Gastarlos 136, 162
Gastar saliva 140
Gatera 25
Gaterías 38
Gaznápiro 27
Gilí 66
Golpes de incensario 56
Gorigori 43
Gozar de Dios 189, 214
Gramática parda 55
Guano 39
Guardar el rebaño perseguido de lobos 215
Guillado, guillati 66
Guillárselas 182
Guindilla 27
Guita 39

H

Haber gato encerrado 240
Haber mar de fondo 241
Haber motivo para bombo y platillo 154
Haber moros en la costa 241
Haber una marimorena 161
Hablar gordo 95
Hablar por los codos 140
Hacer a pelo y a pluma 224
Hacer comedia 133
Hacer cortesías 121
Hacer de tripas corazón 172
Hacer el artículo 89
Hacer el caldo gordo 175
Hacer el «crac» 188
Hacer el oso 93
Hacer el Otelo 93
Hacer el Trovador 93
Hacer el papamoscas 108
Hacer el papel 132
Hacer en gordo 160
Hacer la quinta pella 96
Hacer la rueda 111
Hacer la vista gorda 118
Hacer los tortolitos 91
Hacer mangas y capirotes 114
Hacer melindres 170
Hacer migas 92
Hacer novillos 181, 219
Hacer papeles 133
Hacer sábado 185
Hacer su pella 96
Hacer tilín 92
Hacer un pan como unas hostias 170
Hacer una cortesía de respeto 121
(Hacer y acontecer) 235

Hacerle a uno falta Cirineo para llevar la cruz 134, 213
Hacerse cruces 98, 213
Hacerse de manteca 85
Hacerse de miel 85
Hacerse el oso 132
Hacerse lenguas 89
Hacérsele a uno la boca agua 111
Hallarse sin blanca 207
Hartarse de vivir 237
Hecho un brazo de mar 246
Hecho un mar de lágrimas 246
Hecho un pingo 246
Helado 67
Hilar delgado 132
Hilar muy fino 157
Hincar la jeta 85
Hocicar 173
Horas muertas 67
Hundirse el mundo 244

I

In albis 107
Individua 30
Inglés-a 25
Intellectus 33
Ir a escardar cebollinos 116
Ir a plantar cebollinos 115
Ir al grano 144
Ir derecho al bulto 143, 218
Ir echando chispas 231
Ir la procesión por dentro 239
Ir muy a gusto en el machito 97
Ir por la posta 232
Ir quince y raya 157
Ir tirando 164
Irse 187
Irse a hacer puñales 116
Irse a los infiernos 116
Irse a los quintos infiernos 116
Irse al rábano 116
Irse con la música a otra parte 231
Irse de picos pardos 227
Irse de pindongueo 228
Irse de pingo 228
Irse para el otro barrio 187
Irsele a uno el santo al cielo 124, 130
Irsele a uno los ojos tras una cosa 110

J

Jarabe de pico 56
Jeta 34
Jícara 34
Jollín 44
Jorobar 175
Jorobarse 78
Jugar con fuego 170
Jugar una partida serrana 177
Jugársela a una buena 177
Jumera 40
Jurársela 176

L

La carabina de Ambrosio 58
La de la cara fea 60
La de la cara pelada 60
La del humo 184
La diabla 52
La edad del pavo 58
La esposa de Rubín 53
La joven 51
La loca de la casa 58
La madre 52
La más negra 68
La maza de Fraga 59
La otra 51
La pecadora 50
La Pitusa 52
La prójima 51
La samaritana 50
La señora de Rubín 53
Labia 37
Lambiona 67
Largar un «spich» 140
Largarse 183
Largarse con viento fresco 183
Las luces del siglo 60
Lavarse el palmito 121
Lavarse las manos 181
Leer la cartilla 144
Leer la cartilla bien leída 144
Leído y escribido 79
Leña 41
Levantadita de cascos 79

Levantar ampollas 177
Levantar el gallo 151
Levantar el palo y deslomar 119
Levantar la cabeza 190
Liarse 202
Liarse la manta 165
Liárselas 187
Limpiarle a uno el comedero 209
Linterna 33
Lipendi 67
Lo negro 48
Lucirle a uno el pelo 131

LL

Llamar 89
Llamarse andana 182
Llevar a punta de lanza 165
Llevar la batuta 165
Llevar los pantalones 119
Llevarse las manos a la cabeza 99
Llevarse los demonios 242
Llevarse un pellizco 97
Llevárselo a uno Dios 188, 214
Llevárselo a uno los demonios 123
Llorar a lágrima suelta 232
Llorar a moco y baba 232
Llorar como una Magdalena 233
Llover 241

M

Magín 33
Majagranzas 28
Mamar 97
Mamarse el dedo 106
Mameluco 28
Mamotreto 48
Mandar a donde fue el padre Padilla 115
Mandar a freír espárragos 115
Mandar a paseo 115
Mandar a plantar cebollinos 115
Mandar a uno para el otro barrio 191
Mandinga 25
Mandria 28
Manejar el gancho 154
Mangonear 118
Mantener el pico 103
Marisabidilla 31
Marmotona 31
Matalascallando 57
Matar el gusanillo 102
Matar pulgas 170
Matarlas callando 118
Matute 44
Menearse 162
Meollo 33
Mequetrefe 28
Mete y saca 61
Meter a uno los dedos en la boca 154
Meter baza 152, 223
Meter el diente 165
Meter en cintura 120
Meter en un puño 120
Meter la cucharada 153
Meter la jeta 173
Meter la pata 171
Meter la propia nariz en el guisado 174
Meter las narices 174
Meter las narices en la eternidad 174
Meter los dedos en el plato ajeno 174
Meter por el aro 120, 222
Meter por los hocicos 178
Meter su cuarto a espadas 153, 223
Meterse a lañador 174
Meterse en dibujos 158
Meterse en el bolsillo 97
Meterse por los ojos 91
Metérsele a uno algo entre ceja y ceja 198
Metomentodo 57
Mirar de hito en hito 233
Mirar con buenos ojos 92
Mollera 34
Mona 40
Monís 39
Morderse los puños 135
Morir de risa 237
Morirse por 111
Moro de paz 56
Muele que te muele 238
Muertas de risa 67

N


Neo 68
Neísmo 44
Negar en redondo 233
No acordarse de Santa Bárbara sino cuando truena 214
No acordarse del santo de su nombre 214
No apagársele a uno la bomba en el cuerpo 134, 240
No bajar del trípode 119
No caber en el pellejo 100, 163
No caber uno en su pellejo 201
No caérsele a uno de la boca 140
No catar 167
No catar la miel 167
No contarla 187
No contarlo 187
No cocérsele a uno el pan 240
No dar crédito aunque lo cuenten los cuatro evangelistas 213
No dar ni frío ni calor 88
No dar pie con bola 168, 222
No dar su brazo a torcer 85, 223
No decir esta boca es mía 155
No decir «por ahí te pudras» 114
No entrar muchos en la libra 245
No haber tocado todavía 242
No hacerse cargo de nada 107
No ir al trapo rojo sino al bulto 165, 218
No irle ni venirle a uno 88
No mirar con malos ojos 92
No morderse la lengua 144
No parar el pico 140
No pararse en barras 144
No pasar por 86
No perder ripio 234
No petarle a uno por 86
No poder ver 92
No poder ver ni en pintura 92
No poder ver ni pintado 92
No quedársele a uno el sermón en el cuerpo 139, 240
No quitar ojo 185
No saber a qué santo encomendarse 166, 213
No saber de la misa la media 215
No saber lo que se pesca 229
No saber por dónde tirar 166
No sacar ninguna sustancia 105
No salir de ésta 189
No soltar prenda 155
No tener arte ni parte 182
No tener atadero 131
No tener hoja 193
No tener sal 69
No tener soldadura 98
No tener trastienda 118
No tener vueltas de hoja 193
No tenerlas todas consigo 166
No tocar pito 225
No tragar 95
No tragarse las bolas 109
No ver con malos ojos 92
No ver la tostada 108
No ver más allá de su nariz bonita 108
No ver más que por el forro 229
No ver tres sobre un burro 104
No volverle a uno el alma al cuerpo 99
Noche toledana 55
(Noche perra) 55
Numen 34


O


Obra de romanos 57
Ofrecer el oro y el moro 234
Ofrecer un ojo de la cara 230
Oír como quien oye llover 234
Olvidarse de su nombre 234


P


Pagar los vidrios rotos 153
Pagar «religiosamente» 236
Palafustán 28
Palique 37
Palmito 35
Palo 41
Panoli 68
Paparrucha 37
Partirse de risa 237

Pasar a la Historia 182
Pasar a mejor vida 189
Pasar algo a alguien 193
Pasar la pena negra 135
Pasar la piedra pómez 122
Pasar las de Caín 135
Pasar una crujida 135
Pasarle a uno por el magín 199
Pasarse por la nariz 116
Pasarse por las narices 116
Pasear la calle 93
Pasearse por los cerros de Ubeda 171
Pasmarote 28
Patochada 44
Pechugón 40
Pedir gollerías 170
Pedírselo a uno el cuerpo y el alma 111
Pegado con saliva 79
Pegar la hebra 138
Pegarla 126
Peine 25
Pelafustán 28
Pelagatos 28
Pelotera 44
Peneque 68
Perder el hilo 155
Perder la chaveta 130
Perder los estribos 124
Perder pie 165
Perendengue 48
Perifollo 48
Perrada 45
Perrería 45
Perro 39
Perro chico 55
Perro viejo 55
Pescar 105
Pescar el turrón 97
Pescar marido 101
Pesquis 34
Picar espuelas 165
Picarle a uno una mosca 243
(Picos pardos) 227
Pienso 36
Pindonga 31
Pintar la mona 133
Pintarse solo 158
Pintiparada 68
Piruétano 29
Pirrase por 110
Pitar 226
Pítima 40
Pitoja 31
Plancha 45
Plantarse 162
Plantificar 122
Poner a uno en salmuera 192
Poner cara de vaqueta 85
Poner como chupa de dómine 148
Poner como hoja de perejil 148
Poner de oro y azul 148
Poner de patitas en la calle 112
Poner de vuelta y media 149
Poner el dedo en la llaga 158
Poner el dogal al cuello 96
Poner el grito en el cielo 151
Poner el grito más allá del cielo 151
Poner el paño al púlpito 141, 213
Poner en berlina 100
Poner en el disparadero 178
Poner en la calle 112
Poner en las nubes 90
Poner en planta 185
Poner en solfa 100, 118, 144
Poner la mano 156
Poner la mano en el fuego 205
Poner las peras a cuarto 149
Poner los puntos 145
Poner los puntos sobre las íes 145
Poner los trastos en la calle 112
Poner patas arriba 171
Poner perdido 177
Poner por los suelos 117
Poner punto 155
Poner que no hay por donde coger 149
Poner un puño en el cielo 96
Poner una de cal y otra de arena 158
Poner una pica en Flandes 160
Poner varas 94
Poner verde 149
Ponerse como una leona 124
Ponerse de cháchara 139
Ponerse lo mismito que un pavo 100
Ponerse los pantalones 120
Ponerse por montera 116
Ponerse verde 125

Ponérsele a uno los pelos de punta 99
Ponérsele a uno la carne como la de las gallinas 99
Poquita cosa 79
Por detrás de la iglesia 79
Prometer villas y castillos 234
Preguntárselo a la almohada 199
Primo 26
Punto 26

Q

Que está ya mandado recoger 80
Que no dan ni frío ni calor 80
Quedarse a oscuras 106
Quedarse con lo puesto y sin una mota 207
Quedarse con uno 129
Quedarse en ayunas 107
Quedarse in albis 107
Quedarse tamañito 162
Quedarse tan fresco como si tal cosa 88
Quemarse las cejas 197
Quitar a uno de en medio 191
Quitar motas 90
Quitarse el pan de la boca 103
Quitarse uno a otro el pan de la boca 140
Quitársele a uno un peso de encima 243

R

Randa 29
Recibir con palio 215
Recitar de carretilla 152
Recoger a escape 232
Refitolera 68
Reírse a todo trapo 238
Repicar y andar en la procesión 61
Representar papeles 133
Requemársele a uno la sangre 125
Resollar por la herida 151
Revolvérsele a uno la bilis 125
Ringorrango 47
Robar los ojos 235
Rodar seco 189
Romper 137
Romper a hablar 137
Romper en denuestos 137
Romper el hielo 137
Roñoso 68
Ruede la bola 241

S

Saber a ciencia cierta 235
Saber a cuerno quemado 123
Saber al pelo 229
Saber de carretilla 152
Saberse al dedillo 229
Sacar a uno el mondongo 192
Sacar a uno las palabras con cuchara 154
Sacar a uno los pecadillos con cuchara 154
Sacar de debajo de las piedras 157
Sacar de quicio 124
Sacar de su paso a uno 178
Sacar del calvario 175, 213
Sacar del purgatorio 175, 213
Sacar el Cristo de debajo de la sotana 172, 213
Sacar el jugo 97
Sacar lo que el negro del sermón 107
Sacar los ojos 178
Sacar los pies del plato 169
Sacar los trapitos a la calle 150
Sacar lustre 122
Sacar partido 97
Sacar, si no todo el Cristo, la cabeza de él 172, 213
Sacar tajada 97
Sacar toda la sustancia 105
Sacudir 196
Sacudir el polvo 196
Sacudirse las cadenas 86
Sacudirse las pulgas 165
Sacudirse una mosca 158
Sacudirse una mosca que molesta 86
Salida de madre 80
Salir a espetaperros 232
Salir de estampía 232
Salir del paso 105
Salir pitando 232
Salir por malagueñas 172

Salir por un registro 172
Salirse con la suya 158
Saltar conversación 139
Seguir en sus trece 86
Seguir los pasos 198
Sentar la cabeza 199
Sentársele a uno en la boca del estómago 95
Ser ciertos los toros 220
Ser de grandes tragaderas 109
Ser el remedio peor que la enfermedad 243
Ser la del humo 183
Ser la gorda 160
Ser sonada 160
(Ser) todo ojos 223
Ser todo pico y uñas todo 203
Ser todo uñas y todo dientes 203
Silbante 29
Sin decir oxte ni moste 230
Sin pena ni gloria 80
Sin pies ni cabeza 80
Sindineritis 39
Soba 41
Sofocón 45
Solfa, solfeo 42
Soltar el trapo (a reír o llorar) 237
Soltar la casaca e insignias 182
Soltar por la boca sapos y culebras 151
Soltarse 162
Sonar a cencerrada 245
Sonsacar 194
Soplar 122, 141
Sorber 130
Sorber el seso 130
Soso, sosón 69
Superferolítico 69
Subirse a la parra 124
Subírsele a uno la hiel a la cabeza 124
Subírsele a uno la sangre a la cabeza 124
Subírsele a uno la mostaza a la nariz 124
Subírsele a uno el magín a la cabeza 130

T

Tagarote 29
Tal cualita 80
Tantear el terreno 142
Tarabilla 37
Tarambana 29
Tarasca 31
Tejemaneje 45
Ten con ten 61
Tener a la sombra 122
Tener aldabas 120
Tener arte para el manejo del gancho 154
Tener buena mano 157
Tener buenas despachaderas 140
Tener tragaderas 85
Tener buenos padrinos o madrinas 120
Tener cuerda 210
Tener días 224
Tener hecha una leona 124
Tener el padre alcalde 121
Tener la olla asegurada 208
Tener la palabra en la boca 139
Tener la sarten por el mango 121
Tener las manos en la masa 156
Tener labia 141
Tener ley 94
Tener malas pulgas 125
Tener más conchas que un galápago 225
Tener monos pintados en la cara 225
Tener mucho ojo con algo 157
Tener ojeriza 95
Tener pararrayos y paracaídas 121
Tener pecho 165
Tener pelusa 132
Tener resabios 221
Tener sentado en la boca del estómago 95
Tener tela 210
Tener tirria 95
Tener vara alta 121
Tenérselas tiesas 87
Tentarse la ropa 199
Tía, tiorra, tiota 32
Timonear 156
Tío 29
Tira y afloja 61
Tirar 211
Tirar al alma 94
Tirar al degüello 194, 219
Tirar al monte 170

Tirar de aquí y allá 164
Tirar del carro 208
Tirar mucho de la cuerda 178
Tirar piedras 131
Tirar por el balcón a la calle 117
Tirar por la calle de en medio 164
Tirar un poco más de la cuerda 178
Tirarse los platos a la cabeza 204
Tirarse los trastos a la cabeza 204
Tirárselas de 200
Tocado, tocati 69
Tocar la misma tecla 178
Tocarle a uno la china 244
Tolerar el gorro 84
Toletole 45
Tomador 30
Tomar a pechos 87
Tomar cartas en el asunto 174, 223
Tomar el olivo 184, 219
Tomar el pelo 101
Tomar el pelo de lo lindo 101
Tomar el portante 184, 189
Tomar el pulso 141
Tomar el tiento 221
Tomar ley 94
Tomar las de villadiego 184
Tomar las medidas 146
Tomar pie 97
Tomar por la calle de en medio 164
Tomar varas 94, 217
Tomar vela en este entierro 174
Tomarle el pelo al lucero del alba 101
Torear 93
Torear por lo fino 217
Tostada 49
Traer a cuento 139
Traer al retortero 178
Traer cuentos 141
Traer crucificado 134, 213
Traer en palmitas 90
Traer tren 211
Tragaldabas 26
Tragar acíbar 135
Tragar bilis 135
Tragar hiel 136
Tragar saliva 136
Tragar veneno 136
Tragarse 108
Tragarse la bola 108
Tragarse las mentiras 108
Tragarse las papas 108
Tragarse una rueda de molino 109
Trampa 39
Trampalarga 30
Trapicheo 45
Trapisonda 45
Trapisondista 26
Tratar a la baqueta 95
Tratar de tú 235
Trifulca 46
Trinar 150
Trinar de ira 150
Trinca 32
Trinquetada 47
Trinquis 41
Triquiñuela 46
Triquitraque 49
Trompada 42
Tronado 69
Tronar 202
Tronitis 39
Tuno 69
Tupé 37
Turca 41
Turrisburris 46
Turulato 69

U

Un color se le iba y otro se le venía 244
(Usar) un poco de muleta 159, 218

V

Valer un imperio 235
Vendehumos 26
Venderse caro 109
Venir a menos 136
Venir con cuentos 129
Venir Dios a ver a uno 216
Venirse el cielo abajo 244
Ver claro 105
Ver venir 105
Verlo y no verlo 238
Verse en el disparadero 178
Verse las caras 149
Viejo verde 56

Vino 41
Vivir del sable 194
Volada 69
Volver a las andadas 178
Volver la hoja 193
Volver por agua a la fuente de la vicaría 102, 213

Z

Zambullirse en un mar de meditaciones 199
Zarandaja 49
Zascandilear 168
Zipizape 46

# INDICE GENERAL

## INTRODUCCION

## I. SUSTANTIVOS Y LOCUCIONES NOMINALES

### Términos coloquiales referidos a personas, 23-32

A) A hombres y a mujeres


Apunte 24
Carca 24
Gabacho-a 25
Gatera 25
Inglés-a 25
Mandinga 25
Peine 25
Primo 26
Punto 26
Tragaldabas 26
Trapisondista 26
Vendehúmos 26


B) A hombres


Archipámpano 26
Badulaque 27
Botarate 27
Chisgarabís 27
Danzante 27
Descamisado 27
Descuidero 27
Gaznápiro 27
Guindilla 27
Majagranzas 28
Mameluco 28
Mandria 28
Mequetrefe 28
Pasmarote 28
Pelafustán 28
Pelagatos 28
Piruétano 29
Randa 29
Silbante 29
Tagarote 29
Tarambana 29
Tío 29
Tomador 30
Trampalarga 30


C) A mujeres


Berganta 30
Fantasmona 30
Farfantona 30
Individua 30
Marisabidilla 31
Marmotona 31
Pindonga 31
Pitoja 31
Tarasca 31
Tía, tiorra, tiota 32
A un grupo: Trinca 32

## Términos coloquiales referidos a partes anímicas o físicas de la persona, 32-35


Alma 32
Cacumen 33
Caletre 33
Intellectus 33
Linterna 33
Magín 33
Meollo 33
Mollera 34
Numen 34
Pesquis 34
Cafetera 34
Jícara 34
Jeta 34
Palmito 35


## Términos coloquiales referidos a objetos, actividades, situaciones, modos de actuar y padecimientos diversos, 35-49

A) Alimentos


Cadáver 35
Comistrajo 35
Garbanzo (el) 35
Garbanzo y la rosca (el) 35
Pienso 36


B) Conversación


Andróminas 36
Baladronada 36
Cuchufletas 36
Chafaldita 36
Chisme 36
Despachaderas 37
(Entendederas) 37
Dimes y diretes 37
Labia 37
Palique 37
Paparrucha 37
Tarabilla 37
Tupé 37


C) Demostraciones amorosas


Arrumaco 38
Besadera 38
Carantoña 38
Garatusas 38
Gaterías 38


D) Dinero


Bolsillo 38
Chiripón 39
Guano 39
Guita 39
Monís 39
Perro 39
Sindineritis 39
(Tronitis) 39
Trampa 39


E) Embriaguez


Curda 40
Curdela 40
Jumera 40
(Ajumarse) 40
(Ajumao) 40
Mona 40
Pechugón 40
Pítima 40
Turca 41
Trinquis 41
Vino 41

F) Golpes y riñas


Galleta 41
Leña 41
Palo 41
Soba 41
Solfa, solfeo 42
Trompada 42


G) Modos de actuar


Barrabasada 42
Belén 42
Botaratada 42
Burrada 42
Calaverada 43
(Calavera) 43
Chanchullo 43
Chuscada 43
Dengue 43
Fandango 43
Fregado 44
Gaita 44
Jollín 44
Matute 44
Neísmo 44
Patochada 44
Pelotera 44
Perrada 45
Perrería 45
Plancha 45
Sofocón 45
Tejemaneje 45
Toletole 45
Trapicheo 45
Trapisonda 45
Trifulca 46
Triquiñuela 46
Turrisburris 46
Zipizape 46


H) Padecimientos físicos


Achuchón 46
Arrechucho 46
Carpanta 46
Crujida 46
Trinquetada 47


I) Sustantivos de significado impreciso


Adefesio 47
Cachivache 47
Cancamurria 47
Cencerrada 47
Chirimbolo 48
Gorigori 48
Mamotreto 48
(Lo) Negro 48
Perendengue 48
Perifollo 48
Ringorrango 48
Tostada 49
Triquitraque 49
Zarandaja 49
El aquél 49


## Nombres dados a Fortunata, 50-53


La pecadora 50
La samaritana 50
La prójima 51
La otra 51
La joven 51
El basilisco 52
La Pitusa 52
La madre 52
La diabla 52
La esposa de Rubín 53
La señora de Rubín 53

## Locuciones nominales denominativas, 54-57

A) Geminadas


Adorado tormento 54
Cara mitad 54
Cáscara amarga 54
Estado interesante 55
Filosofía parda 55
Gramática parda 55
Noche toledana 55
(Noche perra) 55
Perro chico 55
Perro viejo 55
Viejo verde 56


B) Complejas


Alma de Dios 56
Golpes de incensario 56
Jarabe de pico 56
Moro de paz 56
Obra de romanos 57


C) Sustantivos compuestos


Matalascallando 57
Metomentodo 57


## Locuciones nominales singulares, 57-60


La carabina de Ambrosio 58
El cuento de nunca acabar 58
La edad del pavo 58
La loca de la casa 58
La maza de Fraga 59
El padre fuguilla 59
El perro del hortelano 59
La de la cara fea 60
La de la cara pelada 60
El pozo de la ciencia 60
Las luces del siglo 60


## Locuciones nominales de origen verbal, 60-61


Mete y saca 61
Ten con ten 61
Tira y afloja 61
Convertir en blanco lo negro 61
Coser y cantar 61
Repicar y andar en la procesión 61


# II. ADJETIVOS Y LOCUCIONES ADJETIVALES

## Adjetivos de naturaleza coloquial, 63-69


Achantado 63
«Ajumao» 63
Aturrullado 63
Barbián 63
Cañí 64
Católico 64
Corto 64
Corrido 64

Chillón 64
Chocho 64
(Chochear) 65
(Chocheces) 65
Chubasca 65
Derrengado 65
Desaborido 65
Emperifollado 65
Empingorotado 65
Fulastre 66
Garlochín 66
Gilí 66
Guillado, guillati 66
Helado 67
Lambiona 67
Lipendi 67
(Horas) muertas 67
Muertos de risa 67
(La más) Negra 68
Neo 68
Panoli 68
Peneque 68
Pintiparada 68
(A pelo) 68
Refitolera 68
Roñoso 68
Soso, sosón 69
(No tener sal) 69
Superferolítico 69
Tocado, tocati 69
Tronado 69
Tuno 69
Turulato 69
Volada 69

## Locuciones adjetivales, 70-80

A) Genitivas

De alto copete 70
De brocha gorda 70
De buen año 70
De buena madera 70
De buena sombra 71
De buten 71
De cajón 71
De campanillas 71
De cáscara amarga 72
De chanfaina 72
De mil demonios 72
De mil diablos 72
De doscientos mil diablos 72
De encargo 72
De mis entretelas 72
De extranjis 73
De gancho 73
De labios afuera 73
De marras 73
De miel 73
De mírame y no me toques 73
De órdago 74
De oro 74
Del otro jueves 75
De padre y muy señor mío 75
(Cara) de palo, de vaqueta, de viernes, de pascua 75
De patente 75
De pecho 75
De medio pelo 76
De malísimo pelaje 76
De perlas 76
De perros 76
De pie de banco 76
De la piel de Cristo 76
(Prima hermana del Nazareno) 76
De punta 77
De puntapié 77
De rechupete 77
De remate 77
De riñones 77
De rúbrica 77
De tomo y lomo 77

B) Otras locuciones con función adjetival

A cuarto 77
Al canto 78
Arrimado a la cola 78
Con la pierna quebrada 78
(Jorobarse) 78
Con un pico de oro 78
Echado para adelante 78
En ascuas, sobre ascuas 78

En pelota 79
Leído y escribido 79
Levantadita de cascos 79
Pegado con saliva 79
Poquita cosa 79
Por detrás de la iglesia 79
Salida de madre 80
Sin pena ni gloria 80
Sin pies ni cabeza 80
Tal cualita 80

Oración de relativo en función adjetival:

Que está ya mandado recoger 80
Que no dan frío ni calor 80

## III. VERBOS Y LOCUCIONES VERBALES

ACEPTAR - RECHAZAR.

Aguantarse el gorro 83
Tolerar el gorro 84
Apechugar con 84
Dar el pase 84
Decir 'amén' 84
Dar cuerda por 84
Dar de barato 84
Darse a partido 84
Estar a las agrias y a las maduras 85
Hacerse de manteca 85
Hacerse de miel 85
Hincar la jeta 85
Poner cara de vaqueta 85
Tener buenas tragaderas 85

Dar en los hocicos 85
No dar su brazo a torcer 85
No pasar por 86
No petarle a uno por 86
Echar a rodar 86
Sacudirse las cadenas 86
Sacudirse una mosca que molesta 86
Seguir en sus trece 86
Tenérselas tiesas 87

AFECTAR y sus contrarios.

Coger de medio a medio 87
Darle a uno fuerte 87
Tomar a pechos 87
No dar ni frío ni calor 88
No irle ni venirle a uno 88
Quedarse tan fresco, como si tal cosa 88

AFICIONARSE y sus contrarios.

Darle a uno por 88
Aflojar la cuerda 88
Darle a uno el hipo por 89
Darle a uno el toque por 89
Darle a uno la vena por 89
Dar en la flor 89
Llamar 89

ALABAR - ALENTAR - ANIMAR.

Dar alas 89
Dar bombo 89
Echar una flor 89
Hacer el artículo 89
Hacerse lenguas 89
Poner en las nubes 90
Traer en palmitas 90
Quitar motas 90
Desollar 90

AMAR y sus contrarios.

Caer en gracia 91
Dar el opio 91
Engolosinarse 91
Entortolarse 91
Hacer los tortolitos 91
Entrar por el ojo derecho 91
Meterse por los ojos 91

Mirar con buenos ojos 92
No mirar con malos ojos 92
No ver con malos ojos 92
No poder ver 92
No poder ver ni pintado 92
No poder ver ni en pintura 92
Hacer migas 92
Hacer tilín 92
Hacer el trovador 93
Hacer el Otelo 93
Pasear la calle 93
Hacer el oso 93
Torear 93
Poner varas 94
Tomar varas 94
Tener ley 94
Tomar ley 94
Conservar ley 94
Tirar al alma 94
Atravesársele a uno alguien 94
Cargarle a uno alguien 94
No tragar 95
Dar de cara 95
Tener ojeriza 95
Tener tirria 95
Tener sentado en la boca del estómago 95
Sentársele a uno en la boca del estómago 95
Tratar a la baqueta 95

AMENAZAR.

Hablar gordo 95
Enseñar los colmillos 95
Echar el dogal al cuello 96
Poner el dogal al cuello 96
Poner un puño en el cielo 96

APROVECHARSE.

Apandar 96
Comerle a uno un codo 96
Hacer la quinta pella 96
Hacer su pella 96
Ir muy a gusto en el machito 97
Llevarse un pellizco 97
Mamar 97
Meterse en el bolsillo 97
Pescar el turrón 97
Sacar el jugo 97
Sacar tajada 97
Sacar partido 97
Tomar pie 97

ARREGLARSE.

Emperegilarse 98
No tener soldadura 98

ARREPENTIRSE.

Darse golpes de pecho 98

ASUSTAR(SE).

Acoquinar 98
Hacerse cruces 98
Llevarse las manos a la cabeza 99
Estar muerto de miedo 99
No volverle a uno el alma al cuerpo 99
Dar diente con diente 99
Ponérsele a uno los pelos de punta 99
Erizársele a uno el cabello 99
Ponérsele a uno la carne como la de las gallinas 99
No caber en el pellejo 100

AVERGONZAR(SE).

Apabullar 100
Ponerse lo mismito que un pavo 100

BURLARSE.

Poner en berlina 100
Poner en solfa 100
Tomar el pelo 101
Tomar el pelo de lo lindo 101
Tomarle el pelo al lucero del alba 101

CASARSE.

Apechugar con 101
Pescar marido 101

Echar el sacramento 101
Volver por agua a la fuente de la Vicaría 102

COMER, dar de comer, mantener, etc.

«Comerse» 102
Atizarse, embaularse, matar el gusanillo 102
Mantener el pico 103
Quitarse el pan de la boca 103

COMPRENDER y sus contrarios.

Apreciar el género a la vista 103
Caer, caer en la cuenta, caer del burro 104
No ver tres sobre un burro 104
Calar 104
Cazar al vuelo 104
Pescar 105
Sacar toda la sustancia 105
No sacar ninguna sustancia 105
Ver claro 105
Ver venir 105
Estar en Babia 106
Mamarse el dedo 106
Quedarse a oscuras 106
Quedarse en ayunas 107
Quedarse en albis 107
«In albis» 107
No hacerse cargo de nada 107
Sacar lo que el negro del sermón 107
No ver la tostada 108
No ver más allá de su nariz bonita 108

CRECER.

Dar un estirón 108

CREER(SE) y sus contrarios.

Tragarse 108
Tragarse la bola 108
Tragarse las papas 108
Tragarse las mentiras 108
Hacer el papamoscas 108
Tragarse una rueda de molino 109
Comulgar con ruedas de molino 109
Ser de grandes tragaderas 109
No tragarse las bolas 109

NO DEJARSE VER.

Venderse caro 109
Cotizarse caro 109

DESEAR y sus contrarios.

Beber los vientos por 110
Irsele a uno los ojos tras una cosa 110
Despepitarse por 110
Pirrarse por 110
Hacérsele a uno la boca agua 111
Hacer la rueda 111
Morirse por 111
Pedírselo a uno el cuerpo y el alma 111
Darle a uno la gana 111
Darle a uno la santísima gana 112
Darle a uno la real gana 112

DESPEDIR.

Poner los trastos en la calle 112
Poner en la calle 112
Poner de patitas en la calle 112

DESPRECIAR.

Dar calabazas 112
Chuparse las calabazas 113
Dar el cañuto 113
Dar carpetazo 113
Echar al agua 113
Dar de puntapiés 113
Dar un plantón 113
Dar el plantón hache 114
Darle a uno lo mismo fu que fa 114
No decir 'por ahí te pudras' 114
Entrarle a uno una cosa por un oído y salirle por el otro 114
Hacer mangas y capirotes 114

Mandar a freír espárragos 115
Mandar a paseo 115
Mandar a donde fue el padre Padilla 115
Mandar a plantar cebollinos 115
Ir a plantar cebollinos 116
Ir a escardar cebollinos 116
Irse a los infiernos 116
Irse a los quintos infiernos 116
Irse al rábano 116
Irse a hacer puñales 116
Pasarse por las narices 116
Pasarse por la nariz 116
Ponerse por montera 116
Tirar por el balcón a la calle 117
Tirar por el suelo 117
Poner por los suelos 117
Estar por los suelos 117
Zamparse 117

DISIMULAR.

Cubrir el expediente 117
Echar un velo 117
Echar velos y más velos 118
Hacer la vista gorda 118
Matarlas callando 118
Poner en solfa 118
No tener trastienda 118

DOMINAR.

Barajar 118
Mangonear 118
Acortar la cuerda 119
Atar corto 119
Dar estacazo 119
Dar palos 119
Alzar la tranca 119
Levantar el palo y deslomar 119
Dar amasado y cocido 119
Estar en candelero 119
No bajar del trípode 119
Llevar los pantalones 119
Ponerse los pantalones 120
Cantar el aleluya 120
Meter en cintura 120
Meter en un puño 120
Meter por el aro 120
Entrar por el aro 120
Tener aldabas 120
Tener buenos padrinos o madrinas 120
Tener la sartén por el mango 121
Tener pararrayos y paracaídas 121
Tener vara alta 121
Dar vara alta 121
Tener el padre alcalde 121

DORMITAR.

Hacer cortesías 121
Hacer una cortesía de respeto 121

EDUCAR.

Lavarse el palmito 121
Pasar la piedra pómez 122
Sacar lustre 122

EMBORRACHARSE.

(V. el sustantivo «jumera» p. 21)
Ajumarse 122

ENCARCELAR.

Tener a la sombra 122
Soplar 122
Plantificar 122

ENFADAR(SE).

Amostazarse 122
Atufarse 122
Escamarse 122
Volarse 122
Darse a Barrabás 123
Darse a todos los demonios 123
Llevárselo a uno los demonios 123
Saber a cuerno quemado 123
Echar leña en la hoguera 123
Estar de monos 123
Estar de morros 124
Irsele a uno el santo al cielo 124
Perder los estribos 124
Sacar de quicio 124
Ponerse como una leona 124
Tener hecha una leona 124

Subirse a la parra 124
Subírsele a uno la sangre a la cabeza 124
Subírsele a uno la hiel a la cabeza 124
Subírsele a uno la mostaza a la nariz 124
Requemársele a uno la sangre 125
Revolvérsele a uno la bilis 125
Ponerse verde 125
Tener malas pulgas 125

ENGAÑAR.

Camelar 125
Clavar 125
Embaucar 125
Engatusar 125
Darla 126
Pegarla 126
Darla completa, a fondo, de maestro 127
Dar gato por liebre 127
Dar mico 128
Dorar la píldora 128
Encajar la bola 128
Encajar papas 128
Enjaretar la mentirilla 129
Venir con cuentos 129
Quedarse con uno 129

ENLOQUECER.

Andar mal de la cabeza 129
Estar ido 129
Faltarle a uno un tornillo 130
Irsele a uno el santo al cielo 130
Perder la chaveta 130
Sorber 130
Sorber el seso 130
Subírsele a uno el mengue a la cabeza 130
No tener atadero 131
Tirar piedras 131
Volver tarumba 131

ENRIQUECERSE.

Echar buen pelo 131
Lucirle a uno el pelo 131
Hacerse de oro 132

ENVIDIAR.

Tener pelusa 132

EXIGIR.

Hilar delgado 132

FINGIR.

Hacer el papel 132
Hacer papeles 133
Representar papeles 133
Sostener el papel 133
Bordar el papel 133
Hacer comedia 133
Pintar la mona 133

GOZAR - SUFRIR.

Estar en sus glorias 133
Apurar el cáliz 134
Traer crucificado 134
Crucificar 134
Hacerle a uno falta Cirineo para llevar la cruz 134
Arder el pelo 134
Morderse los puños 135
Pagar los vidrios rotos 135
Pasar la pena negra 135
Pasar una crujida 135
Pasar las de Caín 135
Estar en el potro 135
Echar el quilo 135
Tragar acíbar 135
Tragar bilis 135
Tragar hiel 136
Tragar saliva 136
Tragar veneno 136
Venir a menos 136

«GASTAR».

Gastar diccionario 136
Gastar geniazo 136
Gastar genio 136
Gastarlas 136

HABLAR y sus contrarios, INTERRUMPIRSE, CALLAR.

A) Comenzar a hablar:


Arrancarse 137
Desbocarse 137
Romper 137
Romper a hablar 137
Romper en denuestos 137
Romper el hielo 137
Echar el cimiento 138
Desembuchar 138
Embocar 138
Dar una embestida 138
Echar un parrafito 138
Entrar en parola 138
Pegar la hebra 138
Ponerse de cháchara 139
Saltar conversación 139
Traer a cuento 139
Tener la palabra en la boca 139
No quedársele a uno el sermón en el cuerpo 139
No apagársele a uno la bomba en el cuerpo 139


B) Continuar hablando:


Boquear 139
Cotorrear 139
Armarse el nublado de ropa blanca 139
No parar el pico 140
Despacharse a gusto 140
No caérsele a uno de la boca 140
Estar de cháchara 140
Estar de vena 140
Gastar saliva 140
Hablar por los codos 140
Largar un «spich» 140
Quitarse uno a otro la palabra de la boca 140
Tener buenas despachaderas 140
Tener labia 141
Tomar el pulso 141
Traer cuentos 141


C) Hablar por señas:


Andar en telégrafos 141


D) Hablar solemnemente:


Poner el paño al púlpito 141


E) Hablar en voz baja


Soplar 141


F) Hablar veladamente, insinuar:


Tantear el terreno 142
Echar una chinita 142
Arrojar una chinita 142
Echar una puntadita 142
Dar puntadas 142


G) Hablar claramente:


Cantar 142
Cantar claro 143
Cantar clarito 143
Cantarlas claras 143
Clarearse 143
Contárselo a uno en las barbas 143
Ir derecho al bulto 143
Embestir de frente 143
Echar el toro 143
Ir al grano 144
Leer la cartilla 144
Leer la cartilla bien leída 144
No morderse la lengua 144
No pararse en barras 144
Poner en solfa 144
Poner los puntos sobre las íes 145
Poner los puntos 145


H) Hablar de cosas desagrables, insultar:


Acusar las cuarenta 145
Ajustar bien las cuentas 145
Ajustar cuentas atrasadas 145
Coger a uno por su cuenta 146
Calentar las orejas 146
Dar 'pa' el pelo 146
Dar una soba 146
Decir cuatro cosas 146
Decir cuatro frescas 146
Cantar cuatro frescas 146
Decir cuántas son cinco 146
Enseñar cuántas son cinco 146
Decir las del barquero 147
Echar una peluca 147
Echar un réspice 147
Echar en cara 147
Echar los tiempos 147
Poner como chupa de dómine 148
Poner como hoja de perejil 148

Poner de oro y azul 148
Poner las peras a cuarto 149
Poner de vuelta y media 149
Poner que no hay por dónde coger 149
Poner verde 149
Verse las caras 149
Sacar los trapitos a la calle 150

I) Hablar airadamente, protestar, quejarse:

Despotricar 150
Trinar 150
Trinar de ira 150
Alzar el gallo 150
Levantar el gallo 151
Coger el cielo con las manos 151
Resollar la herida 151
Poner el grito en el cielo 151
Poner el grito más allá del cielo 151
Echar pestes 151
Echar por la boca 151
Soltar por la boca sapos y culebras 151

J) Hablar mal del prójimo, criticar:

Desollar 151
Cortar sayos 152

K) Hablar rápidamente:

Endilgar de tarabilla 152
Saber de carretilla 152
Recitar de carretilla 152

L) Hablar entrometiéndose, intervenir de palabra:

Meter baza 152
Meter su cuarto a espadas 152
Meter la cucharada 153

M) Hacer hablar:

Buscar a uno la lengua 153
Dar a uno cuerda 153
Dar a uno tela 154
Manejar el gancho 154
Tener arte para el manejo del gancho 154
Meter a uno los dedos en la boca 154
Sacar a uno las palabras con cuchara 154
Sacar a uno los pecadillos con cuchara 154

N) Difundirse una noticia:

Andar en lenguas de la fama 154
Andar en lenguas de la gente 154
Cacarearlo 154
Cantarlo los ciegos 154
Haber motivo para bombo y platillo 154
Correr la voz 155

Ñ) Dejar de hablar:

Cerrar el pico 155
Cortar la hebra 155
No decir esta boca es mía 155
Perder el hilo 155
No soltar prenda 155
Poner punto 155

HACER.

Poner la mano 156
Tener las manos en la masa 156

A) Hacer acertadamente, (hábilmente, cuidadosamente, etc.):

Cuajar 156
Timonear 156
Entender la aguja de marear 157
Andar con mucho ojo 157
Tener mucho ojo con algo 157
Tener buena mano 157
Sacar de debajo de las piedras 157
Dar quince y raya 157
Ir quince y raya 157
Desatar líos 157
Hilar muy fino 157
Meterse en dibujos 158
Pintarse solo 158
Poner el dedo en la llaga 158
Poner una de cal y otra de arena 158
Sacudirse una mosca 158
Salirse con la suya 158
(Usar) un poco de muleta 159

B) Hacer algo notable:

Alzarse con el santo y la limosna 159
Armar la gorda 159
Dar el estallido 159
Armar un cisco 159
Dar golpe 160
Ser sonada 160
Dar la campanada gorda 160
Hacer en gordo 160
Ser la gorda 160
Armarse la de San Quintín 160
Armarse un Dos de Mayo 160
Poner una pica en Flandes 160
Haber una marimorena 161
Dejar bizco a alguien 161
Dejar tamañito a alguien 161
Quedarse tamañito 162

C) Hacer con decisión, esfuerzo o independencia, y sus contrarios:

Gastarlas 162
Menearse 162
Plantarse 162
Soltarse 162
Despabilarse 162
Copar 162
Bailar al son que tocan 162
Bastarse y sobrarse 162
Beber los vientos para 163
No caber en el pellejo 163
Crecerse y multiplicarse 163
Campar por sus respetos 163
Echarse al coleto 163
Echarse a pechos 163
Echar por la calle de en medio 163
Tirar por la calle de en medio 164
Tomar por la calle de en medio 164
Estar a las agrias y a las maduras 164
Ir tirando 164
Tirar de aquí y allá 164
No ir al trapo rojo, sino al bulto 165
Liarse la manta 165
Llevar a punta de lanza 165
Llevar la batuta 165
Meter el diente 165
Picar espuelas 165
Sacudirse las pulgas 165
Salir del paso 165
Tener pecho 165
Perder pie 165
No saber a qué santo encomendarse 166
No saber por dónde tirar 166
No tenerlas todas consigo 166

D) Hacer con esplendidez:

Correrse 166
Correrse mucho 167
Darse la gran vida 167
Echar la casa por la ventana 167
Estar nadando en oro 167

E) Hacer muy raramente:

No catar 167
No catar la miel 167

F) Hacer lo inesperado o improcedente:

Desbarrar 167
Descolgarse 168
Zascandilear 168
Andar en malos pasos 168
Buscarle el pelo al huevo 168
No dar pie con bola 168
Echar el pie fuera del plato 169
Sacar los pies del plato 169
Echar muchas babas 169
Echar todo por la ventana 170
Echarlo todo a rodar 170
Hacer un pan como unas hostias 170
Hacer melindres 170
Pedir gollerías 170
Tirar al monte 170
Echarse por los senderos de la cabra 170
Jugar con fuego 170
Matar pulgas 170
Meter la pata 171
Poner patas arriba 171
Dar patas arriba con todo 171
Pasearse por los cerros de Ubeda 171
Salir por malagueñas 172
Salir por un registro 172
Sacar el Cristo de debajo de la sotana 172
Sacar, si no todo el Cristo, la cabeza de él 172

G) Hacer lo que repugna:

Hacer de tripas corazón 172

H) Hacer entrometiéndose. Intervenir de obra:

Hocicar 173
Meter la jeta 173
Meter la propia nariz en el guisado 174
Meter las narices 174
Meter las narices en la eternidad 174
Meter los dedos en el plato ajeno 174
Meterse a lañador 174
Echar un jarro de agua fría 174
Tomar cartas en el asunto 174
Tomar vela en este entierro 174
Dar vela en este entierro 174

I) Hacer para ayudar a alguien. Favorecer:

Dar pasos por 175
Estar al quite 175
Acudir con el capote 175
Hacer el caldo gordo 175
Sacar del calvario 175
Sacar del purgatorio 175

J) Hacer mal a alguien. Perjudicar:

Jorobar 175
Jurársela 176
Dar jaquecas 176
Dar la lata 176
Dar el estacazo 177
Dar la puñalada 177
Jugársela a uno buena 177
Jugar una partida serrana 177
Poner perdido 177
Levantar ampollas 177
Sacar los ojos 178
Traer al retortero 178

K) Ser causa de que otro haga. Obligar a hacer:

Dar pie 178
Meter por los hocicos 178
Poner en el disparadero 178
Verse en el disparadero 178
Sacar de su paso a uno 178

L) Hacer de nuevo:

Tirar mucho de la cuerda 178
Tirar un poco más de la cuerda 178
Tocar la misma tecla 178
Volver a las andadas 178

M) No hacer. Interrumpir:

Cerdear 179
Ahorcar los libros 180
Cortar por lo sano 180
Cortarse la coleta 180
Cortarse la coleta de banderillero con intención de no dejársela crecer más 180
Hacer novillos 181
Echarse a dormir 181
Escapar por la tangente 181
Lavarse las manos 181
Llamarse andana 182
Pasar a la Historia 182
Soltar la casaca e insignias 182
No tener arte ni parte 182

IRSE.

Guillárselas 182
Largarse 183
Largarse con viento fresco 183
Ser la del humo 183
(La del humo) 184
Tomar el olivo 184
Tomar soleta 184
Tomar el portante 184
Tomar las de Villadiego 184

LEVANTAR(SE).

Abandonar las ociosas plumas 185
Dejar las ociosas plumas 185
Poner en planta 185

LIMPIAR.

Despercudir 185
Chovelar 185
Hacer sábado 185

MIRAR.

No quitar ojo 185

MORIR, MATAR, alusiones a la vida de ultratumba.

A) Alusiones al acto de morirse:

Cascar 187
No contarla 187
No contarlo 187
Liárselas 187
Espichar 187
Irse 187
Irse para el otro barrio 187
Cerrar el ojo 187
Cerrar la pestaña 187
Dar las boqueadas 188
Entregar el pellejo 188
Entregar la pelleja 188
Exponer la pelleja 188
Hacer el 'crac' 188
Llevárselo a uno Dios 188
Pasar a mejor vida 189
Rodar seco 189
No salir de ésta 189
Tomar el portante 189

B) Alusiones a yacer sin vida y a la existencia de ultratumba:

Estar de cuerpo presente 189
Gozar de Dios 189
Levantar la cabeza 190
Estar en el otro barrio 190
(El lado allá de la puerta negra) 190

C) Matar:

Espachurrar 190
Dar cuenta de uno 190
Dar a uno la morcilla 190
Dar a uno la morrada 191
Dejar a uno en el sitio 191
Dejar a uno seco 191
Mandar a uno para el otro barrio 191
Quitar a uno de en medio 191
Escabechar 192
Poner a uno en salmuera 192
Sacar a uno el mondongo 192
Estar muerto de miedo 192

OLVIDAR - PERDONAR - REPUDIAR.

Echar tierra 192
Doblar la hoja 192
Pasar algo a alguien 193
Volver la hoja 193
No tener vuelta de hoja 193
No tener hoja 193

PEDIR - PAGAR.

Dar sablazos 194
Sonsacar 194
Aflojar 194
Vivir del 'sable' 194
Dar una estocada de maestro 194
Tirar al degüello 194
Echar memoriales 195

PEGAR (golpear).

Achuchar 195
Alumbrar 195
Endiñar 196
Sacudir 196
Sacudir el polvo 196
Dar galletas 196
Dar un repaso 196
Dar una solfa 196
Tomar las medidas 196

PENSAR y sus contrarios.

Descrismarse 196
Empollar 196
Atar cabos 197
Calentarse la cabeza 197
Calentarse los sesos 197
Quemarse las cejas 197
Metérsele a uno algo entre ceja y ceja 198
Seguir los pasos 198
Contar las arrugas 198
Dar vueltas a algo 198
Devanarse los sesos 198
Pasarle a uno por el magín 199
Preguntárselo a la almohada 199
Sentar la cabeza 199
Tentarse la ropa 199
Zambullirse en un mar de meditaciones 199

PRESUMIR.

Echárselas de 200
Echárselas de plancheta 200

Tirárselas de 200
Darse lustre 200
Darse pisto 200
Empingorotarse 200
Darse charol 201
Darse tono 201
No caber uno en su pellejo 201

PREVENIRSE.

Curarse en salud 201

«QUEMARSE». 202

RECHAZAR.

(V. las pp. 86-87, ACEPTAR-RECHAZAR.)

REÑIR(SE). ACALORARSE.

Amontonarse 202
Liarse 202
Tronar 202
Andar a la greña 203
Armar camorra 203
Ser todo pico y uñas todo 203
Ser todo uñas y todo dientes 203
Tirarse los platos a la cabeza 204
Tirarse los trastos a la cabeza 204

RESPONDER (Salir garante).

Cargar con el mochuelo 204
Dar la cara 205
Poner la mano en el fuego 205

ROBAR.

Birlar 205
Garfiñar 205
Desplumar 206

SUFRIR.

(V. las pp. 134-136, GOZAR-SUFRIR).

NO TENER DINERO.

Estar a la cuarta pregunta 206
Estar la patria oprimida 206
Hallarse sin blanca 207
Quedarse con lo puesto y sin una mota 207

«TOSER». 208

TRABAJAR y sus contrarios.

Defender el garbanzo 208
Tener la olla asegurada 208
Tirar del carro 208
Limpiarle a uno el comedero 209
Dejar a uno en seco 209

«TRINCAR». 210

VIVIR.

Tener cuerda 210
Tener tela 210
Tirar 211
Traer tren 211

LOCUCIONES VERBALES DE ORIGEN RELIGIOSO.

Aceptar: decir 'amén' 212
Arrepentirse: darse golpes de pecho 212
Asustarse: hacerse cruces 213
No dar crédito aunque lo cuenten los cuatro evangelistas 213
Casarse: echar el Sacramento, 213
volver por agua a la fuente de la Vicaría 213
Sufrir: apurar el cáliz, 213
traer crucificado, 213
crucificar, 213
hacerle a uno falta Cirineo para llevar la cruz 213
Hablar solemnemente: poner el paño al púlpito 213
Hacer con decisión y sus contrarios: no saber a qué santo encomendarse 213

Hacer lo inesperado: sacar el Cristo de debajo de la sotana; 213
sacar, si no todo el Cristo, la cabeza de él 213
Favorecer: sacar del calvario, 213
sacar del purgatorio 213
Morir: llevárselo a uno Dios, 214
gozar de Dios 214
No acordarse del santo de su nombre 214
No acordarse de Santa Bárbara sino cuando truena 214
Arrojar margaritas a cerdos 214
Besar la zapatilla 214
Desear como los judíos al Mesías 215
Guardar el rebaño perseguido de lobos 215
Recibir con palio 215
No saber de la misa la media 216
Venir Dios a ver a uno 216

LOCUCIONES TAURINAS, CIRCENSES, TOMADAS DE LA CAZA, DE LOS JUEGOS Y DEPORTES Y DE LAS PARTIDAS DE NAIPES

A) Taurinas.

Amar: torear por lo fino, 217
poner varas, 217
tomar varas, 217
(buena lámina) 217
Engañar: darla completa, a fondo, de maestro 217
Comenzar a hablar: dar una embestida 218
Hablar claramente: ir derecho al bulto 218
embestir de frente, 218
echar el toro 218
Hacer acertadamente: (usar) un poco de muleta 218
Hacer con decisión: no ir al trapo rojo, sino al bulto 218
Favorecer: estar al quite, 218
acudir con el capote 218
No hacer: cortarse la coleta, 218
hacer novillos 219
Irse: tomar el olivo 219
Pedir: dar una estocada de maestro, 219
tirar al degüello 219
Enchiquerar 219
Darle a uno la puntilla 220
Dar un quiebro 220
Ser ciertos los toros 220
Tener resabios 221
Tomar el tiento 221

B) Circenses.

Bailar al son que tocan 221
Dominar: entrar por el aro, 222
meter por el aro 222

C) De la caza.

Andar a caza de 222
Dar caza 222
Echar el lazo y coger 222
Coger con el lazo 222
(Buena pieza, fierecita) 222

D) De los juegos y deportes.

Hacer acertadamente: dar quince y raya 222
Hacer lo improcedente: no dar pie con bola 222
Rechazar: no dar su brazo a torcer 223

E) De las partidas de naipes.

Dominar: barajar 223
Hablar de cosas desagradables: acusar las cuarenta 223
Hablar entrometiéndose: meter baza, 223
(meter su cuarto a espadas) 223
Hacer entrometiéndose: tomar cartas en el asunto 223

LOCUCIONES «INTRADUCIBLES».

Hacer a pelo y a pluma 224
Ser el reverso de la medalla 224
Tener días 224
Tener más conchas que un galápago 225
Tener monos pintados en la cara 225
No tocar pito 225
Pitar 226

VERBOS CON UN MODIFICANTE.

Andar de ceca en meca 226
Andar de picos pardos 227
Irse de picos pardos 227
(Picos pardos) 227
Irse de pindongueo 228
Irse de pingo 228
Conocer el paño 228
Estar al cabo de la calle 228
Estar en el ajo 228
Saber al pelo 229
Saberse al dedillo 229
No saber lo que se pesca 229
No ver más que por el forro 229
Costar Dios y ayuda 229
Costar un ojo de la cara 230
Ofrecer un ojo de la cara 230
Creer a pie juntillas 230
Dar hasta la camisa 230
Despedirse a la francesa 230
Sin decir oxte ni moste 230
Dormir a pierna suelta 231
Irse con la música a otra parte 231
Ir echando chispas 231
Ir por la posta 232
Recoger a escape 232
Salir a espetaperros 232
Salir de estampía 232
Salir pitando 232
Llorar a lágrima suelta 232
Llorar a moco y baba 232
Llorar como una Magdalena 233
Mirar de hito en hito 233
(Ser) todo ojos 233
Negar en redondo 233
Oír como quien oye llover 234
Olvidarse de su nombre 234
No perder ripio 234
Prometer villas y castillos 234
Ofrecer el oro y el moro 235
(Hacer y acontecer) 235
Robar los ojos 235
Saber a ciencia cierta 235
Tratar de tú 235
Valer un imperio 235
Cumplir «religiosamente» 236
Pagar «religiosamente» 236
Cerrar «herméticamente» 236

CATEGORIAS ESPECIALES.

La efusión.

Comerse a besos 236
Deshacerse en reverencias 237

El exceso.

Estar de mantones 237
Hartarse de vivir 237
Morir de risa 237
Partirse de risa 237
Soltar el trapo (a reír o a llorar) 237
Reírse a todo trapo 238

La fugacidad.

Verlo y no verlo 238

La reiteración.

Muele que te muele 238
Aguanta que aguanta 238
Cose que te cose 238
'Espotrica' que te 'espotricarás' 238

Locuciones con el sujeto incluido:
El disimulo.

Andar la procesión por dentro 239
Ir la procesión por dentro 239

La impaciencia.

No cocérsele a uno el pan 240
No quedársele a uno el sermón en el cuerpo 240
No apagársele a uno la bomba en el cuerpo 240

La indiferencia.

Dar lo mismo blanco que negro 240
Dar lo mismo 'fu' que 'fa' 240

La sospecha y la agitación.

Haber gato encerrado 240
Haber moros por la costa 241
Haber mar de fondo 241

El paso del tiempo.

Ruede la bola 241
Llover 241
No haber tocado todavía 242

La pérdida.

Llevarse los demonios 242

La buena suerte; suceder algo venturoso.

Caerle a uno la lotería 242
Caerle a uno el gordo de Navidad 243

Caerle a uno una breva 243
Quitársele a uno un peso de encima 243

La mala suerte; suceder algo desagradable.

Caérsele a uno las alas del corazón 243
Picarle a uno una mosca 243
Ser el remedio peor que la enfermedad 243
Tocarle a uno la china 244
Venirse el cielo abajo 244
Hundirse el mundo 244
(Un color se le iba y otro se le venía) 244

La escasez.

No entrar muchos en la libra 245

La falsedad.

Sonar a cencerrada 245

LOCUCIONES PARTICIPIALES.

Hecho un brazo de mar 246
Hecho un mar de lágrimas 246
Hecho un pingo 246

## OTROS TITULOS EN LA MISMA COLECCION

BIRUTÉ CIPLIJAUSKAITÉ: *Baroja, un estilo.*
BIRUTÉ CIPLIJAUSKAITÉ: *La soledad y la poesía española contemporánea.*
BIRUTÉ CIPLIJAUSKAITÉ: *El poeta y la poesía.*
JOSÉ FRANCISCO CIRRE: *La poesía de José Moreno Villa.*
PIERRE DARMANGEAT: *Tres poetas españoles (Antonio Machado, Jorge Guillén y Pedro Salinas).*
LEO J. HOAR: *Benito Pérez Galdós y la «Revista del Movimiento Intelectual de Europa». Madrid, 1865-1867.*
JUSTINA RUIZ DE CONDE: *Antonio Machado y Guiomar.*
MARÍA ANTONIA SALGADO: *El arte polifacético de las «caricaturas líricas» juanramonianas.*
NORMA URRUTIA: *De Troteras a Tigre Juan.*
RODRIGO A. MOLINA: *Estudios: Francisco Ayala, Antonio Machado, Amado Nervo y otros ensayos.*
RODRIGO A. MOLINA: *Variaciones sobre Antonio Machado: el hombre y su lenguaje.*
ANTONY VAN BEYSTERVELDT: *La poesía amatoria del siglo XV y el teatro profano de Juan del Encina.*
HELIODORO CARPINTERO: *Bécquer de par en par.* (Segunda edición.)
PABLO DE ANDRÉS COBOS: *Sobre la muerte en Antonio Machado.*
PABLO DE ANDRÉS COBOS: *Humor y pensamiento de Antonio Machado en sus apócrifos.*
PABLO DE ANDRÉS COBOS: *Ocios sobre el amor y la muerte.*
PABLO DE ANDRÉS COBOS: *El pensamiento de Antonio Machado en Juan de Mairena.*
MARÍA TERESA FONT: *«Espacio»: Autobiografía lírica de Juan Ramón Jiménez.*
JUAN GUERRERO RUIZ: *Juan Ramón de viva voz.*
ROSARIO HIRIART: *Los recursos técnicos en la novelística de Francisco Ayala.*
JOSÉ OLIVIO JIMÉNEZ: *Cinco poetas del tiempo: Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, José Hierro, Carlos Bousoño, Francisco Brines.* (Segunda edición.)
JOSÉ OLIVIO JIMÉNEZ: *Diez años de poesía española (1960-1970).*
WILLIAM H. SHOEMAKER: *Los artículos de Galdós en «La Nación» (1865-1866 y 1868).*
ANDRÉS FRANCO: *El teatro de Unamuno.*
*Estudios de literatura española ofrecidos a Marcos A. Morínigo (En torno al Siglo de Oro español).*
JOSÉ LUIS S. PONCE DE LEÓN: *La novela española de la guerra civil (1936-1939).*

### EN PRENSA

ISAÍAS LERNER: *Arcaísmos léxicos del español en América.*